

ESTEBAN NAVARRO



PENUNMBRA

ESTEBAN NAVARRO



PENUNMBRA

Penumbra

Esteban Navarro

esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Marzo 2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o

total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

ISBN:

A Ester. A Raúl. A Rufus.

Lo terrible en cuanto a Dios,

es que no se sabe nunca si es un truco del diablo.

Jean Anouilh

Sumario

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Nota del autor](#)

Capítulo 1

Madrid, 2015

—Buenos días, señor Dupont —saluda, excesivamente cordial, el Inspector Jefe Oriol Semprún, mientras accede a la pequeña sala.

Samuel Santamaría Dupont, Inspector Jefe, también, desde el año 2002 en que

ascendió por méritos propios, lo mira con desconcierto en su expresión de ojos.

Conoce a ese policía desde hacía varios años. Sabe de sus andanzas y de su actividad dentro de la Policía Nacional. Había seguido su trayectoria a través de lo que hablaron otros policías de lo que él hacía y de quién era.

—Buenos días —acepta el saludo.

Semprún se sienta frente a él. Sobre la mesa no deja nada, porque no hay nada

que dejar. Dupont lo mira y comprende que ese hombre ha ido hasta allí para hablar con él. En su frente lleva escritas cientos de preguntas que anhelan las respuestas pertinentes por parte del Inspector Jefe.

—¿Sabe por qué estoy aquí?

—Por lo de Jaca.

Semprún cabecea con amabilidad esgrimiendo una sonrisa tranquilizadora.

—Por lo de Jaca —repite las palabras de Dupont—. Si quiere que le ayude —
dice—, debe contarme todo lo que ocurrió. Y no lo que usted cree que ocurrió, si

no lo que ocurrió de verdad.

—La verdad —musita, Dupont.

—La verdad le hará libre.

—La historia ocurrió tal y como se la voy a contar —comienza a hablar Dupont—. Es posible que con el paso de los años mi memoria, siempre frágil, siempre manipulable, haya intercambiado situaciones, lugares, personas o

fechas. Pero por mucho que mi retentiva flaquee, la idea principal es tan veraz como que ahora mismo estoy hablando con usted. Soy consciente, así lo he asumido desde entonces, que algunos detalles son insólitos y difíciles de digerir por una mentalidad cuerda que solo cree en lo que ven sus ojos. Antes yo también era así. Empírico, quiero decir. Pero desde mi paso por Jaca, y por su Seminario, que toda mi coherencia investigadora se desmoronó y desde entonces

estoy abierto a todo. Y cuando digo todo, quiero decir: todo.

El Inspector Jefe Semprún observa con cierta compasión a su homólogo, ahora jubilado, que se yergue altivo por encima de la mesa rectangular. Dupont tiene 70 años, pero los hechos se remontaban a diez años atrás, cuando él aún estaba en activo y era uno de los mejores inspectores jefes con los que contaba la Brigada de Policía Judicial de Madrid.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por el principio, Dupont. Las cosas siempre se han de comenzar por el principio.

—Yo no había oído hablar de Jaca antes del caso que conmovió a todo Aragón, la Comunidad Autónoma situada al norte de España donde limita con Francia. Jaca es un pueblo de Aragón, en la provincia de Huesca, con unos 13.000 habitantes. Mucho frío en invierno y una temperatura continental en verano, donde raramente se sobrepasan los 35 grados. ¿Ha estado usted alguna

vez en Jaca? —Semprún cabecea negativamente—. Bien, después de mi paso por Jaca decidí conservar mis notas, los apuntes de entonces, y los que confeccioné después, en los meses siguientes, cuando mi memoria aún

permanecía fresca, y están a disposición de todos los investigadores, policías, detectives, psiquiatras, médicos, forenses, jueces, fiscales o cualquier otra profesión relacionada con la investigación, para que en el futuro sean precavidos y sepan que cualquier aspecto es plausible cuando se está inmerso en la complicada tarea de observar, analizar y cotejar datos. Supongo, Inspector Jefe,

que ya ha leído mis notas, ¿cierto?

—Sí. Las he leído, pero quiero que me lo cuente usted personalmente. Quiero

oírlo de su propia voz y así le podré interrogar sobre alguna cuestión que no comprenda o que no me haya quedado clara. Sus notas, aunque completas, dejan

muchos flecos que son difíciles de abarcar.

—Quiero que sepa que nuestros ojos nos engañan, al igual que lo hace nuestro

instinto. No podemos, ni debemos, fiarnos de nada. Ni de nadie. Pero eso no implica que al mismo tiempo debamos escuchar a todo el mundo y darle la misma credibilidad a una versión; sin embargo contrastada, con otra distinta, aunque la segunda nos parezca menos creíble que la primera. Nada es

descartable. Nada se puede desechar cuando se trata de investigar un crimen. Ni

los sujetos que participan, ni los observadores que actúan como testigos, ni los encargados de la investigación, ni los familiares de los perjudicados, ni los médicos, forenses, jueces, psiquiatras, policías, docentes, peritos... Nadie es cien por cien confiable cuando lo que está en riesgo es la vida o la libertad de

cualquiera. ¿Entiende usted eso, Inspector Jefe Semprún?

—Sí, lo entiendo.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Del que sea necesario. Pero le ruego que no repita las explicaciones.

Aunque no me vea tomar notas, soy meticuloso en mi labor y todo lo que diga quedará registrado en mi memoria. Tan solo necesito comprender qué ocurrió en

el Seminario de Jaca en las semanas que usted estuvo allí.

—Se lo contaré, claro que lo haré. Quizá sea más importante para mí que para

usted, ya que desde entonces constaté, como siempre había supuesto, que todos los hombres tienen un demonio dentro. Y que la diferencia entre un hombre u otro, es que hay algunos que dominan esos demonios, y otros no. Cuando digo hombres me refiero al ser humano en su conjunto, pero soy de los clásicos que todavía utilizan la palabra «hombre» para referirse al género humano.

—Su historia.

—¿Perdón?

—Sí, Inspector Jefe Dupont, quiero escuchar su historia.

—Mi historia, esta historia, comienza en el mismo instante que la Dirección General de la Policía me destina a la comisaría de Jaca. Corría el invierno del año 2005 y en esa comisaría estaban ocurriendo unos hechos extraños e inexplicables que desembocaron en un crimen. O dos.

—¿Reconoce que hubo un crimen? —interrumpe Semprún.

—Sí, claro. ¿Por qué no había de reconocerlo? Es un dato objetivo.

—Me ha dicho que un crimen, o dos. Ha dudado usted mientras hablaba.

—Lo pongo en duda porque desde entonces todo lo pongo en duda —se defiende Dupont—. Los hechos extraños a los que hago referencia son los siguientes...

Capítulo 2

Jaca, 2004

Escarbando en el pasado, y buscando el origen e inicio de todo lo que aconteció en la comisaría de Jaca, estoy en situación de decir que lo que dio el pistoletazo de salida, a todo lo que surgió después, fue la muerte de aquella chica. De ella solo conocían su nombre: Elisa. No fue hasta después del accidente que la prensa difundió sus apellidos: Sánchez Díaz. Y entonces toda la

comisaría y toda la ciudad de Jaca supieron que la fallecida se llamaba Elisa Sánchez Díaz. Elisa era española, de familia humilde; aunque se podía decir que

hoy en día todas las familias son modestas; ese es uno de los efectos de la inacabable crisis. Supe que ese policía, Rosendo Lasaosa, no la conocía, según manifestó semanas después de su muerte, cuando alguien se lo preguntó. A mí me había llegado a asegurar, en diversas ocasiones, que hasta después del accidente nunca supo quién era esa chica. No la conocía o no recordaba conocerla, creo que nunca lo concretamos. Aunque había que tener en cuenta que una ciudad como Jaca es lo suficientemente pequeña como para que todos, en algún momento, se hayan cruzado al menos una vez. Es más que probable que

Elisa y Lasaosa se hubieran visto en el deambular calmado de la calle Mayor,

en

la plaza de la Catedral, en el *Pilgrim Café*, comprando el periódico, en el cine o en la panadería en alguna ocasión que habrían coincidido. Seguramente,

Lasaosa, no se fijó en ella porque Elisa era una chica normal. Sencilla. Ni guapa ni fea, ni alta ni baja, ni muy rubia ni muy morena. En las fotos que mostró la

familia comprobé como su pelo castaño le caía lacio sobre una cabeza redonda,

con una frente también redonda que ocultaba detrás de un flequillo repeinado. La

chica cumplió los dieciocho años unas semanas antes del accidente y albergaba

la ilusión de sacarse el carné de conducir. Su madre, Rosa Díaz, le había dicho

que, en cuanto su apretada economía se lo permitiera, le daría la entrada para un coche de segunda mano. Su padre, Rafael Sánchez, no había objetado nada a ese

respecto. Él solo quería que su hija y su esposa, fueran felices.

Elisa hacía un par de semanas que se había matriculado en la universidad San

Jorge de Zaragoza en el grado de enfermería. Rafael y Rosa habían hecho cálculos y le dijeron que lo podrían pagar; aunque con dificultad y aprieto económico ya que ese dinero lo desquitarían de otros gastos superfluos. Pero como solo tenían una hija, habían decidido volcarse en ella y darle lo mejor que

podieran. Como investigador, enviado *exprofeso* desde Madrid, tuve acceso a toda la documentación relacionada con el caso. Teniendo en cuenta que lo acontecido antes del atropello tenía una relación estrecha con los hechos

ocurridos después, la comisaría de Jaca me dio acceso a todas las declaraciones;

inclusive la de los familiares de la chica.

Pero el futuro de Elisa se vio truncado una mala mañana de domingo, cuando

la chica salió pronto de casa para comprar ensaimadas recién hechas en una panadería a pocos metros del piso donde vivía con sus padres. Desde que cumplió los dieciséis años que cada domingo, pienso que sin saltarse ninguno, había cruzado la estrecha calle que desembocaba en el callejón de la panadería

Buil, donde el propietario era el encargado de abrir cada mañana a las siete en punto y servir pan recién horneado, cruasanes, ensaimadas y unas magdalenas de

chocolate que hacían las delicias de los vecinos del barrio, y, por extensión, de toda la ciudad, ya que eran muchos los que caminaban largos tramos urbanos para apostarse delante de la legendaria y antigua panadería. El propio Lasaos me dijo que había sido cliente de esa panadería durante mucho tiempo.

Constantino Buil era un tipo corpulento y tenía unas manos enormes. Recuerdo

que la primera vez que se las estreché su apretón fue como el de una llave inglesa. Mientras conversamos en sus labios apareció una burbuja de saliva. Me

dio mucho asco. Entonces pensé que nunca compraría pan en esa panadería.

Elisa salió de casa cuando pasaban unos minutos de las siete de la mañana.

Caminó unos metros por el lateral izquierdo y se apostó frente al paso de cebra

de la calle Mayor. Miró a la izquierda y a la derecha y, cuando estuvo segura de

que no venía ningún coche, entonces se decidió a cruzar. El invierno arrojaba pequeñas motas de nieve sobre la calzada, tan minúsculas que no llegaban a cuajar. Había una inquietante oscuridad producto del reciente cambio de hora.

Las farolas ya se habían apagado y las nubes taponaban la claridad que aún no se

había fortalecido lo suficiente como para alumbrar toda la carretera.

El coche era grande. No lo supieron porque hubiera algún testigo que lo dijese

o que hubiera presenciado el atropello, lo supieron porque semanas después ocurrió algo insólito que les dio pistas suficientes de qué coche era y quién lo conducía. En el momento del atropello los investigadores solo hallaron una cámara de seguridad que grababa parcialmente la avenida. Contabilizaron tres cámaras en total. Pero una de ellas no funcionaba, otra no grababa y la tercera no enfocaba al paso cebra donde atropellaron a Elisa, pero sí que captó el lateral del automóvil mientras este se daba a la fuga. El coche, según conocieron después,

era un Audi A4 de color negro. Si la investigación hubiera seguido su curso habitual y no hubiera interferido el factor suerte, los investigadores de la comisaría de Jaca nunca hubieran dado con el culpable del atropello de Elisa.

Por mi experiencia sabía que la suerte formaba parte activa de cualquier investigación. Y en un tanto por ciento, bastante elevado, era incluso la que la resolvía.

El Audi de color negro embistió a Elisa por su costado izquierdo,

enganchándose el parachoques en la parte media del abdomen y arrastrándola varios metros hasta que su cuerpo quedó sepultado debajo de la rueda trasera derecha. Entonces el coche se detuvo unos segundos, el tiempo necesario para cambiar la marcha del vehículo. Ella, según averiguaron después, aún vivía; aunque estaba malherida. El forense había anotado en su informe que la chica no

murió al instante, algo que era desgarrador para su familia. No había nada más liberador para ellos que saber que su hija murió sin sufrir. Por mi experiencia sabía que en estos casos siempre es mejor mentir, y decir que murió al instante, sin sufrir, sin darse cuenta de que se estaba muriendo. En ese momento, cuando el Audi ya había rebasado el cuerpo de la chica, fue entonces cuando de forma incomprensible su conductor decidió recular unos metros, quizá porque había sentido el golpe contra el cuerpo de Elisa y resolvió comprobar si ella estaba debajo del coche. La rueda arrastró el cuerpo de la joven, lo volteó un par de veces, y ahí fue donde falleció, supuso la policía en virtud del informe médico.

El conductor del Audi se percató de que había atropellado a una mujer cuando continuó su marcha y miró por el espejo retrovisor. Entonces el cuerpo de Elisa

era un guiñapo arrojado sobre el asfalto y sin vida. Apenas había sangre, ya que

las heridas eran todas internas y el parachoques del Audi no incluye ningún objeto cortante. Pero eso no podía saberlo el conductor, me refiero a lo de que la chica ya era cadáver. Para mí fue hiriente cuando leí el Atestado y supe que la primera en acudir al lugar del atropello fue la madre de Elisa. Me la pude imaginar allí, arrodillada junto al cuerpo moribundo de su hija, con la cabeza apretada contra el pecho, empapándose con la poca sangre que salía de su cuerpo

destrozado. Sin emitir ningún sonido. Con los ojos cerrados. Balanceándose hacia atrás y hacia adelante, sobre sus rodillas y sin dejar de abrazar a Elisa con todas sus fuerzas, con toda su alma.

Capítulo 3

Cuando recopilé las declaraciones y pruebas tuve un conato de conjetura y

atisbé entre penumbra cómo debió sentirse el conductor del coche. Me lo imaginé allí, sentado, agarrando con fuerza el volante del Audi. Lo distinguí entre cientos de ideas cruzando su cerebro. Supuse que es en momentos así cuando nuestra sesera se descompone en cientos de miles de pedazos diminutos

y se acciona el misterioso mecanismo que conjuga todo nuestro universo interno.

Creo que en algún momento me pregunté qué es lo que hubiera hecho yo en esa situación, pero no tenía respuesta porque la respuesta se ha de dar en el instante.

Sea lo que fuese lo que pasaba por su cabeza, lo cierto y demostrado es que el conductor siguió su marcha, torció por la calle de la panadería Buil, donde Elisa iba cada domingo por la mañana a comprar las ensaimadas, y se perdió por la variante que salía de la ciudad. Creyeron que huyendo; porque es de suponer que

en ese momento él ya era consciente de lo que había hecho.

Creo que todo el mundo ha oído en alguna ocasión esa frase que dice que el batir de las alas de una mariposa puede provocar un huracán en otra parte del mundo. Sin ahondar en explicaciones más profundas, se puede extraer que una acción, por nimia que sea, puede desembocar en una serie de acciones más grandes. Es un principio de la Teoría del Caos, donde se dice que todo tiende a

desordenarse. No quiero ponerme escolástico, ya que yo soy investigador y no filósofo, pero la muerte de Elisa sumió en una depresión a Rosa, su madre, lo que la condujo a suicidarse unos meses después tras arrastrar un decaimiento que

la había hundido de forma irremediable. Ni los esfuerzos de Rafael, su esposo, que hizo de tripas corazón y se abanderó como el hombre fuerte de la familia,

ni

los consejos y apoyo de cuantos familiares sustentaron el ánimo de la familia, impidieron que Rosa se quitara la vida una mañana, también de domingo, cuando no pudo soportar por más tiempo la ausencia de su hija. En el informe de

la policía había escrito que Rosa se envenenó con una sobredosis de

tranquilizantes. Incluso los agentes no tuvieron miramiento a la hora de investigar al marido, al que creían había facilitado el suicidio de su esposa. La crueldad de nuestra sociedad no tiene límites cuando prevalece la justicia sobre

los sentimientos. Somos una sociedad con una pretendida obsesión por ser justos, pero con una olvidadiza capacidad de ser emotivos.

Los investigadores de la comisaría de Jaca citaron al padre de Elisa como si fuese un delincuente. Lo sometieron a la tortura de saberse sospechoso del crimen de su esposa, cuando el recuerdo de su hija aún permanecía en su memoria como un estilete clavado en una roca durante milenios y al que era imposible separar del arrecife que lo atrapó para siempre. Rafael Sánchez había

llorado, porque llorar es un sentimiento que nos fortalece. Rafael lloró forzado por una incomprensión que lo atolondró las horas siguientes a la muerte de su esposa. Y mientras él se hacía preguntas de en qué había fallado para que su esposa se quitara la vida, los policías le hacían preguntas de dónde estaba las últimas horas antes de que Rosa se suicidara. Interrogaron a la farmacéutica que

le vendió los tranquilizantes, al médico que los recetó y al marido que no supo

ver que su esposa ya se había ido el día que les dijeron que un Audi negro le había arrebatado a su hija.

Mientras el universo en su complejidad planificaba el desmoronamiento de una familia, el conductor del Audi, ajeno al cambio de rumbo de la vida de los

Sánchez, que con su mezquindad había provocado, recompuso su instinto de supervivencia y condujo durante unos kilómetros hasta que llegó a un almacén abandonado que había cerca de la primera gasolinera, según se salía de Jaca. Ese

tío era un delincuente experimentado y sabía que implicar a alguien más en el «accidente» le llevaría a la cárcel. Como buen rufián había aprendido que la mejor forma de que te guarden un secreto es no contarlo. Y cuanto menos gente supiera lo que había ocurrido esa mañana en la calle Mayor, mejor. Conocía ese

almacén por haberlo utilizado él mismo como depósito de productos de robo. En

un par de ocasiones almacenó allí alguna herramienta de obra como taladros o radiales, que hurtó al descuido y que custodió en ese almacén hasta que encontró

a algún estraperlista que se lo comprara por unos pocos euros, que invertía en comprar bebida. Siempre que hay un ladrón hay un receptor de los productos de

robo. Y, bajo mi humilde criterio, tan culpable es el que roba como el que se aprovecha de lo robado. El ladrón, y desde entonces asesino, metió el Audi en el

garaje, bajó la persiana sin cerrarla con llave, y comprobó con una linterna que

no hubiera nadie dentro. Ni fuera. Dentro temía encontrarse con un vagabundo que no tuviese donde dormir. Y fuera con algún coche con una pareja de enamorados que aprovecharan la lejanía, el silencio y la oscuridad para disfrutar de su juventud. Pese a haber asesinado a una chica conservaba una infrecuente serenidad. Cuando recompuse lo acontecido ese domingo, mi empatía hacía el conductor del Audi varió en múltiples ocasiones, pasando

por una primera fase

de aprendizaje, otra de comprensión, una de indiferencia, y la última de odio.

Creo que desde que me enteré del crimen, y durante las semanas posteriores, llegué a odiar tanto a ese hombre, que hasta yo mismo hubiera sido capaz de ajusticiarlo.

Conjeturé que una vez supo que no había nadie, ni dentro ni fuera de la barraca, cogió un cubo y lo llenó de agua que había en un aguadero de piedra donde en tiempos debía beber el ganado, cuando ese almacén funcionaba como granja agrícola. Comprobó cómo, para su suerte, el parachoques del Audi no presentaba excesivos desperfectos después del golpe, pero sí que había manchas de sangre en las ruedas, el guardabarros y en uno de los pilotos traseros. Contaba con que nadie lo había visto en la penumbra del amanecer invernal, así que su tarea durante el resto de la mañana de domingo fue limpiar a conciencia cualquier vestigio que hubiera podido quedar del cuerpo de esa chica, que, evidentemente, él no sabía como se llamaba. Y tampoco creo que le importara.

En el atestado policial habían escrito que remojó varias veces todos los trapos viejos que halló en el interior del almacén y los restregó parsimonioso por cada

unos de los recovecos del Audi, garantizando que en una inspección ocular no hubiera ninguna muestra de que unas horas antes, ese coche, había quitado la vida a una chica llamada Elisa Sánchez Díaz.

Capítulo 4

Unos meses antes del fatal atropello, a finales del año 2004, había ocurrido un

extraño incidente que obligó a los policías de la comisaría de Jaca a mudarse a

otro edificio, desacostumbrado para usarse como comisaría y misterioso hasta el

punto de que tiempo después varios policías habían solicitado la baja médica al

no soportar las guardias nocturnas en ese lugar lúgubre y enigmático. El derrumbe de la comisaría de la Policía Nacional por causas que aún hoy permanecen como desconocidas, forzó a la dirección a trasladar el conjunto de los agentes al viejo Seminario del Paseo de la Constitución. El Seminario fue inaugurado en febrero del año 1926. El alzado del edificio se componía de una

planta calle y dos pisos de altura. Su fachada se distribuía en tres grandes cuerpos adelantados entre los que se situaban dos pequeños elementos de transición, que dotaban al conjunto de continuidad. Yo ya había oído hablar de ese seminario incluso antes de que me trasladara a Jaca a investigar los sucesos.

Creo recordar que vi un programa en televisión de fenómenos paranormales donde hablaban de ese edificio. Aunque desde el punto de vista policial tengo que apostillar que no creo en nada que no sea empírico y demostrable. Y un fenómeno paranormal nunca lo es; supongo que habrá muchas personas que no

estarán de acuerdo conmigo. El Seminario era un edificio con el aspecto más extraño que haya visto jamás. La entrada tenía unas columnas dobles de piedra a

cada lado que lo embellecían o lo ensombrecían, según la hora del día, pero el

colofón era una escalera exterior de caracol en la parte trasera con una barandilla de piedra, que desembocaba en un torreón desde el que podía verse todo el edificio de la Ciudadela de Jaca.

Entre los policías de Jaca se había corrido el comentario de que la mudanza sería provisional; el tiempo necesario para que repararan la comisaría de la avenida Zaragoza, habían dicho los responsables en cuantas entrevistas

concedieron. Así que en una remodelación apresurada trataron de adaptar el

Seminario como comisaría. En la planta baja habilitaron una oficina para las denuncias, acoplada a la Sala del 091 y el puesto de seguridad, que ubicaron justo a la entrada, donde prestaba servicio a turnos el policía nacional Rosendo

Lasaosa. Cuando me comisionaron a la comisaría de Jaca, los agentes ya estaban

prestando servicio en el Seminario. Alguien les debió advertir de mi llegada, y,

como era ya habitual, debí ser motivo de burla y chanzas entre los policías por mi nombre y apellido: Samuel Santamaría Dupont. Ya de por sí, por mi aspecto y

edad de entonces, los policías solían ser receptivos ante mi presencia. Apenas había agentes de sesenta años que aún estuvieran activos, en primera línea de batalla, me refiero. Y además había pocos sesentones que aún conservaran todo

el cabello; aunque fuese blanco. Yo sabía que mi pelo se conservaba intacto gracias a que había encanecido en su totalidad, y eso es, precisamente, lo que lo mantenía pegado a mi enorme cabeza. Lo cierto es que ahora, cuando ya tengo

setenta años cumplidos, todavía conservo una envidiable cabellera; aunque no tiene la fuerza de entonces.

Durante todos los años que había estado en la policía, desde que accedí hace

ya la friolera de treinta y cinco años, en 1980, cuando la Policía Nacional de entonces era muy diferente a la Policía Nacional de ahora, me dediqué a cumplir,

a no meterme en líos y a ascender. Ingresé desde abajo, como policía de la Escala Básica en una organización de carácter militar y con jefes militares.

Desde la fusión con el Cuerpo Superior de Policía me dediqué a ascender de forma paulatina hasta llegar a Inspector. Para un policía que viene desde abajo,

Inspector era lo máximo a lo que se podía llegar, o se podía aspirar; al menos en esos años de zozobra política. Pero yo me propuse llegar a Inspector Jefe, y lo

conseguí. Desde el 2002 que soy Inspector Jefe y además el único integrante de

una unidad que no existía como tal en el organigrama de la policía. Una unidad secreta, ajena al resto de unidades y con unas funciones que solo dictamina el Director General de la Policía, bajo la supervisión del DAO, el Director Adjunto

Operativo. Desconozco si hubo alguien más haciendo lo que yo hacía. Pero entonces mi misión estaba bien definida dentro de la policía: investigar lo oculto.

O al menos así lo denominó el Director Adjunto. Y por oculto entendíamos todos aquellos sucesos o investigaciones que no se podían resolver de forma convencional.

 Mi padre también fue policía, ya fallecido, como es evidente, hace unos años.

 Mi madre también había fallecido, ella era de origen francés. A mis compañeros

siempre les hacía gracia mi segundo apellido, ya que todos me conocían y lo nombraban así cuando se dirigían a mí: Dupont. Un compañero de mi promoción

de policía, que nunca ascendió y se quedó como policía mondo y lirondo, siempre le chocó mi apellido y me dijo que le recordaba a su niñez, cuando su padre encendía sus cigarrillos con un encendedor de la marca Dupont, con

adornos de oro. Extrañamente había asociado «Dupont» a un recuerdo nostálgico

de su infancia. Un recuerdo feliz. Y ese recuerdo le encarriló a que yo le cayese bien, solo por mi apellido.

En la parte trasera del Seminario, bajo la escalera de caracol, construyeron dos habitáculos para usarse como celdas para en el caso de que hubiera detenidos poderlos custodiar ahí. Durante las obras se firmó un convenio con la Guardia Civil, con vigencia durante el tiempo que duraran las reformas de la calle Zaragoza, para que en el supuesto de que hubiera más de dos detenidos, ellos prestaran sus calabozos durante el periodo que estuvieran en custodia antes de

pasar a disposición judicial. Sinceramente creo que toda esa proclama que hicieron referente a que la comisaría estaría en el antiguo seminario durante poco tiempo, fue una maniobra de distracción para calmar a la Asociación de Vecinos

que iniciaron unas tímidas protestas por el hecho de que ubicaran la comisaría en su barrio. Siempre tuve bien presente esta máxima: nadie quiere cerca ni una prisión, ni una comisaría ni un manicomio. Las personas que pasan por

comisarías, prisiones o manicomios son personas peligrosas para la sociedad. Y

esa misma sociedad las quiere apartar y no contempla, bajo ninguna causa, que

estén cerca de sus casas, de sus familias y de sus hijos. Es comprensible que una familia media repudie la acción de un canalla y luego sepa que ese mismo canalla está durmiendo muy cerca de donde él vive. Así que, sin entrar en engaños, todos sabían que la ubicación de la nueva comisaría en el viejo Seminario del Paseo de la Constitución de Jaca se iba a prolongar una buena temporada. A mí no me correspondía cuestionar esa decisión entonces, ya que cuando yo llegué a Jaca la comisaría ubicada en el edificio del Seminario ya estaba funcionando. Pero no podía obviar, en cuantos informes redactase, que la

prolongación del tiempo en el interior de esa comisaría, en ese edificio, era perjudicial para los agentes. Me tengo que referir a Lasaosa, porque fue por él, o a causa de él, que hube de trasladarme desde Madrid. El caso de ese agente había

desbordado a la policía de Jaca e, incluso, a la psiquiatra que hicieron venir desde Zaragoza para tratarlo bajo una perspectiva médica. Puedo decir, con cierto orgullo, que mi traslado a Jaca inició una variante de intervención, hasta entonces desconocida en la policía, donde un investigador y una psiquiatra aunaban esfuerzos y competencias en tratar y resolver un asunto desde dos ámbitos distintos, pero perfectamente coordinados. Con mi mediación quedaban

atrás esos años en los que los policías eran energúmenos de porra y mano fácil,

derivando en unos protectores y estabilizadores de una sociedad frágil y vulnerable.

Capítulo 5

Los primeros días de estar allí, en el viejo Seminario, incluso antes de que hubieran concluido las obras de adaptación, uno de los agentes veteranos, Lasaosa, sufrió un ataque de ansiedad, precisamente durante el turno de noche.

Según dijeron se hallaba completamente solo en la comisaría, ya que el oficial de la oficina de denuncias había llamado antes de incorporarse a su puesto avisando

de que se encontraba indispuesto para el servicio, y el único coche patrulla estaba circulando por Jaca dando vueltas en su ronda nocturna. Rosendo

Lasaosa, que es como se llamaba el policía, había escuchado ruidos extraños provenientes de la segunda planta del Seminario. Eran como golpes, según dijo

en su informe que redactó unos días después. Martillazos, había especificado posteriormente tratando de ser más conciso. Martillazos sobre clavos

incrustándose en un tablón, concretó finalmente. Cuando hablé con él, la primera

vez, me percaté de que Lasiosa era un tipo arrogante y por eso no aceptaba su miedo, ni tampoco quería exteriorizarlo, lo que dificultó aclarar el suceso de una manera empírica. Excesivamente grueso, de tez amoratada y cabello teñido de negro y re peinado hacia atrás, su silueta asemejaba al contorno ya icónico de *Alfred Hitchcock*. Después de aquel, digamos, incidente, su rostro se tornó cetrino y nunca más fue el mismo, habían comentado los que lo conocían.

Después de escuchar los extraños ruidos cerró la puerta principal del Seminario

con llave y cogió una linterna del puesto de seguridad, con la firme decisión de

localizar el origen del estruendo de la planta superior. Él me comentó, pronunciando lentamente, como si cada palabra tuviera un sabor amargo, que estaba seguro de que los sonidos provenían de la segunda planta, y no de la primera, como se podía suponer en primera instancia, porque no eran unos sonidos excesivamente fuertes, justificó. Se escuchaban, pero se escuchaban lejanos. El Seminario no colindaba con ningún otro edificio habitado, pero en unas charlas, antes de la mudanza, el jefe del grupo de Policía Judicial les había alertado de que en la puerta que daba a la Ciudadela, es decir: la parte trasera, habían detectado semanas antes de trasladarse allí a un grupo de indigentes que

se colaban por la noche para dormir. Los vagabundos rompían una de las puertas

y horadaban un agujero lo suficientemente grande como para que pudieran adentrarse en el interior. Subían por las escaleras externas de caracol, que llevaban directamente a la primera planta. Desde allí podían romper cualquier cristal blandengue de las puertas y una vez dentro desplazarse a su antojo por todo el edificio. No había que olvidar que el invierno de Jaca es muy cruento. El traslado apresurado no permitió que la comisaría provisional pudiera estar

equipada con cámaras de vigilancia, así que, en ese sentido, estuvo desprotegida

esa fatídica noche. Pero los responsables policiales proclamaron que, una vez habitado el Seminario, los vagabundos dejarían de acceder para pernoctar.

Rosendo Lasaosa subió hasta la primera planta balanceando la linterna en su

mano izquierda y dejando libre la mano derecha por si fuese necesario asir su arma. Era un policía veterano y los agentes bregados solían acceder a los registros agarrando sus armas por si fuese menester utilizarlas. Recorrió el largo pasillo de la planta superior, con paredes pintadas con precariedad y bajo un techo de yeso del que se desprendían cables como si fuesen la cola de miles de

medusas, había descrito poéticamente cuando le tomé declaración. Solo había una habitación concluida y arreglada: la del comisario; que había decidido fijar

su despacho en la primera planta. En el tiempo que estuve trabajando en la policía me percaté de la extraña obsesión que tenían los comisarios de residir en el lugar de trabajo, pero hablando con un inspector me dijo que residir en la comisaría era una cuestión monetaria, más que funcional. Vivienda gratis, seguridad y gastos pagados, como luz, agua o calefacción. Definitivamente, residir en la misma comisaría era un buen negocio. Lasaosa sabía que la segunda

planta estaba vacía, a excepción de la vivienda del comisario, e incluso intuía que no podría acceder, ya que, según habían dicho los obreros, todos los restos

de la obra y muebles viejos que limpiaron de la primera planta los habían ido subiendo hacia arriba, arrinconados allí hasta que alguien decidiera qué hacer con ellos. Incluso al inicio de las escaleras, que iban de la primera a la segunda planta, habían colocado una valla de color amarillo, como las que utilizaba la policía local para cortar la calle cuando había una manifestación o una reparación en la vía pública que requería que no circulara ningún

vehículo. Esa

valla evitaba que algún visitante esporádico accediera a la vivienda del comisario por error.

Lasaosa fue apuntando la linterna en cada unas de las habitaciones conforme traspasaba las diferentes puertas. Todas, a excepción del despacho del comisario, contenían cajas apiladas en un desorden ordenado. Allí habían protegido los documentos hallados del Seminario para que no se ensuciaran con las obras.

Recorrió todo el pasillo y llegó hasta la valla que delimitaba el acceso a la segunda planta. Incluso se asomó por una de las ventanas que aún conservaba una cinta que cruzaba el cristal que habían colocado hacía pocos días.

Supongo

que pensó que en un edificio tan antiguo cualquier sonido podía provenir de cualquier parte, incluso externa. Siguió caminando y dejó de escuchar el sonido.

Durante el trayecto había llegado a conjeturar que quizá alguien estaba trabajando en una obra de algún edificio próximo y en el silencio de la noche se

confundieron los ecos. Era posible, así lo quiso hacer constar, que ni tan siquiera fuese un ruido del propio edificio, sino que podía ser incluso de una vivienda de

la calle de enfrente. Cuando redacté mi primer informe quise consultar algunos detalles que ahondaban más en la vertiente investigadora que en la puramente facultativa. Había ciertas preguntas que era mejor no consultarlas, sino averiguarlas por mi cuenta, como saber si el comisario estaba durmiendo esa noche en la vivienda de la segunda planta. ¿Y por qué saco a la palestra esta cuestión? Bueno, quiero imaginar que si el comisario estuviese esa noche en su

residencia de la segunda planta del Seminario y hubiera estado con otra mujer,

me constaba que estaba casado y tenía una hija que estudiaba en Zaragoza, pero

también sabía que su mujer en ocasiones no dormía con él porque tenía que viajar por asuntos laborales (nunca supe dónde trabajaba la mujer del comisario,

ni de qué), es posible y probable, echándole algo de imaginación, que si los ruidos que escuchó Lasaosa hubieran venido de su residencia, él nunca lo admitiría, por un motivo obvio.

Sea lo que fuese lo que había allí arriba, en la segunda planta, fue entonces cuando ocurrió algo súbito e incomprensible. Algo que transformó a Lasaosa y

propició que el Director Adjunto Operativo me enviara a Jaca a averiguar qué coño estaba ocurriendo allí, en el Seminario de Jaca. Y por qué ese policía, que

hasta entonces no había dado ningún motivo por el que hablar, se había asustado

tanto.

La principal preocupación de la Dirección General consistía en evitar que cundiese el miedo. Cualquier noticia, telediario o artículo de prensa donde se hablara de unos policías atemorizados por sucesos extraños en el interior de un

edificio de la policía daría tanto que hablar y serían tantas las especulaciones que ello conllevaría, que bien merecía la pena enviar antes a un experto en esos asuntos, como era mi caso. Sería dantesco que en la puerta de la nueva comisaría

de Jaca se apostaran decenas de periodistas, micrófono y cámara en ristre, pendiente de cualquier policía que traspasara la puerta para consultarle si había sentido miedo, si había oído voces o escuchado ruidos extraños provenientes del

interior del Seminario.

Capítulo 6

En el año 2002 yo acababa de ascender a Inspector Jefe, tenía 57 años, casado

felizmente y con una niña ya adulta: Carla, de 20 años. Mi mujer, Ainhoa, trabajaba en una aseguradora, entonces tenía mucho trabajo, y tras veintisiete años de matrimonio y con una hija mayor de edad, me podía permitir ausentarme

largas temporadas a causa de mi profesión. Ainhoa y yo teníamos la misma edad,

con apenas unos meses de diferencia que le sacaba por delante. En esa época había llegado a la conclusión de que con 57 años, encanecido y arrugado, no era

edad como para que la esposa de uno ande desconfiando. Pero pese a todo, Ainhoa había desconfiado de mí en alguna ocasión que me lo hizo patente o bien

con miradas sospechosas, o bien con desplantes verbales cuando le comunicaba

que tenía que viajar.

Recién ascendido me llamó el DAO (*Director Adjunto Operativo*). En esos años ostentaba el cargo don Eulalio Ferra Hostalrich. Ferra era Comisario Principal y tenía tantas medallas que cuando se las ponía caminaba de lado. Para

entonces mi vocación policial había disminuido y ascendí por pura inercia.

Durante los años de trayectoria albergué la esperanza de jubilarme de comisario

y disfrutar de una buena paga durante los años que me restaran de vida. Pero

para mi contrariedad, Ferra tenía planes para mí. Y en la jerarquía policíaca no se pueden rechazar los planes que los jefes tienen para uno. Es como ocurre en las

películas de mafia: «le voy a hacer una oferta que no podrá rechazar». Ferra me

citó en un bar del Paseo del Prado; hay que ver como les gusta a los jefes los bares. Y Ferra no era una excepción. El bar elegido estaba puerta con puerta con

el Museo del Prado. Era como si se sintiera culpable frente a su esposa y cuando

ella le recriminara que estaba mucho tiempo en el bar, él se excusara diciendo que en realidad había ido al Museo del Prado y que no tenía ninguna culpa que

delante hubieran puesto un bar. Y lo menciono aquí porque en una ocasión se lo

oí decir tal cual lo cuento. Palabra de policía.

—Ah, Dupont —me saludó alargando los dos brazos como si fuese a abrazarme—. Mi viejo y querido amigo.

El bar tenía una amplia terraza colmada de mesas y sillas que cubría con unas

aparatosas sombrillas, bajo las que se cobijaban los clientes que se ocultaban del inmisericorde sol de junio. Ferra sudaba tanto que me dio reparo abrazarlo, pero

acepté porque no se podía rechazar el abrazo del segundo jefe de la policía.

—¿Qué tal todo, Ferra? —le dije.

—Bien, aunque con mucho lío —protestó—. Me paso medio día hablando por

teléfono y el otro medio cagándome en todo lo que se menea. —Se quejó elevando la voz—. ¿Dentro o fuera?

—Fuera estaremos mejor —le dije. Además sabía que Ferra fumaba y no quería que ahumara a todos los clientes de ese bar con sus prolongadas exhalaciones de humo.

El comisario me acompañó hasta una mesa que había libre apoyando su mano sobre mi espalda, en un gesto muy característico de él y que en alguna ocasión me había molestado.

—Estoy un poco harto de este trabajo —se sinceró conmigo mientras nos sentábamos en una mesa, muy cerca de una pareja de extranjeras, alemanas según pude percibir, que sonreían mientras conversaban animadamente—. Harto

y cansado —añadió—. Siempre es lo mismo y no hacemos nada que se salga del

guión.

Lo miré a los ojos tratando de averiguar qué es lo que quería decirme. Si es que me quería decir algo, o solo hablaba por no callar.

—Bueno, todo es aburrido, Ferra —me congratulé con él—. Nuestra vida no

es más que una consecución de inercias.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Pero nuestro oficio debería dejarnos más margen para la creatividad, porque lo único que hacemos es caminar sobre las huellas que han dejado los que han pasado antes que nosotros. Mira. —Se echó

hacia atrás en su silla—. Cualquier inconveniente que surja o cualquier problema

que se presente, solo tengo que mirar la Ley de Personal, el Código Penal, el Código Civil, la Constitución, o toda esa extensa e inacabable recopilación de leyes y normas sobre las que se sustenta nuestro quehacer diario y elaborar una

respuesta que ya dieron otros antes que yo. Es como si mi trabajo se pudiera resumir en un copia pega o un corta pega. Copio de aquí y pego allá. En cierta

manera me siento como ese capitán de la guardia real inglesa que copió los cuadrantes de las guardias de Palacio durante tantos años que siempre mantuvo

un puesto vigilando un banco que hacía veinte años habían pintado. Todos los capitanes se dedicaron a copiar el cuadrante anterior, durante los sucesivos años, para mantener un soldado frente al banco que advirtiera a las damas de la corte

de que estaba pintado. Se mantuvo el puesto, el soldado y el banco, pero ya no tenía sentido que estuviera allí.

Una chica muy joven, que apenas tendría dieciocho años, se acercó hasta nosotros. Era menuda y grácil y vestía un pantalón negro que no podía disimular

unas piernas rectas y una camiseta también negra con una taza de café blanca dibujada en el pecho.

—¿Qué quieren tomar? —nos preguntó.

Ferra miró con dureza su reloj de pulsera, como si la hora fuese importante a

la hora de decidir qué tomar.

—Un café solo —dijo.

—¿Y usted? —me preguntó la chica, recogiendo de encima de la mesa una pequeña carta de bocadillos, cuando ya descartó que nosotros fuésemos a

desayunar.

—Un refresco de naranja —solicité.

—¿Una Fanta?

—Sí, lo que sea, pero que sea de naranja.

—Supongo que eso es porque no existen problemas nuevos, y los problemas actuales son los mismos de antes y se aprovechan las soluciones antiguas —le dije al hilo de lo que me estaba contando.

—Sí, amigo Dupont —replicó con tono paternalista—. ¿Y qué ocurre cuando

los problemas son nuevos?

Dudé un instante antes de responder, para estar seguro de lo que iba a decir.

—Pues en ese caso hay que buscar una solución innovadora que si funciona se

podrá utilizar más adelante para solucionar otros problemas parecidos.

—Bien, bien. Ya estás en mi terreno —afirmó maquiavélico—. ¿Y quién aporta esa solución?

—El responsable de solucionar el problema —le dije—. Pero si no me das más datos no te podré ayudar, porque me estás haciendo las preguntas como si fuese algún tipo de prueba. —Él me miró sin decir nada—. Quizá si me concretaras a qué te refieres podría ayudarte y darte una respuesta más concreta.

La camarera se acercó de nuevo hasta nosotros sosteniendo en su mano derecha mi refresco de naranja. Lo dejó sobre la mesa junto al recibo de caja.

—¿Y el café? —le pregunté.

—¿Qué café? —me preguntó ella a su vez.

—Era un café y un refresco de naranja —le dije.

Se disculpó y regreso al interior del bar. En medio minuto salió con una taza de café en la mano, que dejó sobre la mesa y cambió el recibo donde incorporó el cambio en el importe.

El comisario apartó su barriga y sacó el monedero y pagó las consumiciones.

—Gracias —dijo la chica antes de alejarse.

—De todos los problemas a los que se puede enfrentar un DAO —dijo refiriéndose a su cargo dentro de la policía—, hay uno al que ninguno se ha querido enfrentar y que todavía no hemos solucionado. En la policía tenemos de

todo: inspectores, forenses, peritos, juristas, abogados, técnicos, escritores, locutores, portavoces, instructores... —enumeró de memoria—. Para cada

problema que nos surge comisionamos al experto adecuado, o al más adecuado

que tengamos en ese momento. Y no nos ha ido mal porque vamos dando solución y respuesta a todo, o casi todo —balbuceó.

Cuando terminó de hablar, Ferra vació el sobre de azúcar en su café y dedicó

unos prolongados veinte segundos a darle vueltas con la cucharilla.

—Entiendo que hay un problema que no tiene solución —anoté después de escuchar su exposición.

—¿Uno? No, amigo Dupont, hay infinidad de problemas que esperan una solución. Pero algunos no creo que se puedan solucionar nunca, y otros, bueno, otros deberían poder solucionarse cuanto antes.

—Sabes que sigo sin saber a qué te refieres —me sinceré cuando vi que no sabía a dónde quería ir a parar.

—Hace unos meses. —Se detuvo mientras hablaba para aclararse la garganta,

como si temiera quedarse sin voz—, se acercó hasta una comisaria de las que tenemos en Cataluña una mujer preguntando con quién podría hablar para

comunicar algo. La atendió un subinspector de la Brigada de Información, que ni

siquiera la hizo entrar en ningún despacho, si no que conversó con esa chica en

uno de los pasillos de la comisaria. Del resultado de esa conversación me he enterado porque había un policía de prácticas que días después se lo contó a su

tutor. Su tutor hizo una nota informativa al comisario. El comisario la mandó al

Jefe Superior de Cataluña y este me la entregó a mí.

—¿Y qué decía esa nota? —me vi obligado a preguntar.

—La chica dijo que era una vidente y que sabía dónde estaba enterrado el cuerpo de Publio Cordón. ¿Sabes de quién hablo?

—Del empresario secuestrado por los GRAPO en el año 95 —le dije.

—En el 96, fue en el 96 cuando lo secuestraron y con toda seguridad murió

a

los pocos días, cuando intentó fugarse. Su cuerpo todavía no ha aparecido. Y eso

que tanto nosotros, como la Guardia Civil, lo hemos buscado hasta la saciedad.

Así que un buen día llega una vidente a una comisaría y dice que cree que sabe

donde está enterrado el cuerpo. ¿Y qué hacemos nosotros? —Me encogí de hombros como respuesta—. Nada. No hacemos nada, porque no sabemos qué

hacer en estos casos. El subinspector la escuchó como el que oye llover. Le dio

un par de palpaditas en el hombro y le dijo que ya la avisaríamos algún día. No le

cogió el nombre, ni siquiera anotó un teléfono o forma de contacto. Así que no tenemos manera de localizar a esa vidente.

Le di un prolongado trago a mi refresco mientras observé a las dos chicas extranjeras que se levantaban de la mesa y se marchaban. Una de ellas tenía unas

piernas preciosas, aunque evité resbalar los ojos por ellas a riesgo de parecer un viejo verde.

—Supongo que serán muchos los casos de personas que dicen saber dónde se

encuentra alguien. No creo que las comisarías puedan disponer de personal suficiente como para hacerse cargo de todos los videntes, curanderos, sanadores,

místicos y adivinos que pululan por ahí —dije con cierto desdén.

—Las comisarías no, desde luego. —Refunfuñó el comisario—. Pero se podía crear una unidad central, de carácter especial, que centralizara y gestionara todo este tipo de, digamos, imprevistos. En el caso que te he mencionado, a esa chica

la podían haber puesto en contacto con un experto de esa unidad especial de la que te hablo para que se ocupara de su caso de forma personal.

—Cuando dices central quieres decir en Madrid —anoté.

—Sí, claro. La oficina podía estar en alguna de nuestras comisarías de la capital —dijo planeando la mano a la altura de sus hombros—. No es necesario

que haya mucho personal dedicado a esa tarea. Un inspector jefe con un par de policías, o subinspectores, mejor, sería suficiente. La asignación presupuestaria correría a cargo de los mismos presupuestos de cualquier otra unidad básica, como Seguridad Ciudadana, por ejemplo. Aunque esta unidad la podríamos

encuadrar en Policía Judicial —habló para sí mismo—. Sí, eso es, sería una Unidad dentro de la Comisaría General de Policía Judicial. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece el qué?

—Lo de nombrar a alguien que se haga cargo de investigar asuntos sobrenaturales dentro de la policía.

—Me estás dando miedo, Ferra —le dije arrugando con mis dedos el sobre vacío de azúcar.

—Es una tarea sencilla —dijo como si me acabara de nombrar para ese empleo—. La mayoría del tiempo estarías en un confortable despacho de la capital, leyendo la prensa y atendiendo llamadas telefónicas y correos

electrónicos. Hoy día todo se hace a través del correo electrónico. De tanto en tanto, cuando la ocasión lo requiera, entonces es cuando deberás viajar para comprobar los hechos *in situ*. Trabajo de campo, ¿no me negarás que no te gusta?

Me repantigué en la silla con una mezcla de incomodidad y bienestar. Me

sentía incómodo porque Ferra ya hubiera pensado en mí para ese puesto, pero al

mismo momento me sentía reconfortado de que me hubiera tenido en cuenta para una labor exclusiva. En ese instante calibré en mi mente los pros y los contras. Había muchas cosas buenas, como la de ser independiente, no tener nadie por encima, y tampoco necesitaba a nadie por debajo. Una unidad así la podía gestionar yo solo, así que acepté sin dudar.

—Me has convencido —le dije sonriendo—. ¿Cómo se llamará esa unidad?

—No tendrá nombre, porque no existirá en la teoría; aunque sí en la práctica.

Pero el nombre en clave podría ser: Unidad De Asuntos Ocultos (UDAO). ¿Qué

te parece?

—Chapó —exclamé.

Capítulo 7

Los integrantes del Zeta encontraron a Rosendo Lasasosa tumbado en el tramo

que hay entre la primera y la segunda planta del edificio del Seminario de Jaca.

Por suerte la Policía Local disponía de un duplicado de la llave de la puerta principal y la patrulla de la Policía Nacional, al ver que no podía entrar en el

Seminario, decidió solicitarla a los locales. Abrieron y vieron que en el puesto de seguridad no estaba su compañero. Le llamaron por la emisora, pero no

respondió. Probaron con el teléfono y fue entonces cuando escucharon el tono de

llamada de su móvil que provenía de la parte de arriba del edificio. Cogieron una linterna del coche de policía y subieron las escaleras, hallando a Lasaoa tirado en el suelo boca arriba y espumando ligeramente por la boca. Su cuerpo estaba al

pie de la escalera que conducía al piso superior. Era como si alguien lo hubiera

arrojado desde la segunda planta del Seminario para que su cuerpo se estrellara

contra el suelo. «¿Pero quién podía tambalear un cuerpo de más de cien kilos cómo si fuera un pelele?», se habían preguntado los dos agentes. Los integrantes

de la patrulla se asustaron, pero conservaron la calma y, lo que es más importante, la profesionalidad. Llamaron a una ambulancia y pidieron refuerzos

de la Policía Local y de la Guardia Civil. Informaron por teléfono al Jefe de Servicio, un inspector que en ese momento dormía plácidamente en su cama,

al que le relataron lo sucedido.

—¿Es grave? —se interesó.

—No lo sé —respondió uno de los agentes—. Por la espuma de la boca igual

es epilepsia —dijo sin saber muy bien a qué se refería.

La ambulancia lo trasladó al hospital de Jaca y uno de los agentes lo acompañó en el vehículo para no dejar solo a su compañero. Habían escrito en su informe que Rosendo Lasaos tenía los ojos desorbitados, como de loco; aunque unas semanas después aseguraron que en realidad eran ojos de miedo.

Lasaosa estaba aterrorizado.

El otro policía se hizo acompañar por dos policías locales y un guardia civil que llegó en su auxilio y terminaron de comprobar todo el edificio del Seminario, por si había alguien escondido que hubiera sido el autor de las lesiones de Lasaos. La requisa arrojó el resultado de que allí no había nadie. El Jefe de Servicio alertó al comisario, pero no respondió a las tres llamadas seguidas que le hizo. El papel del comisario en esa crisis no había quedado reflejado en ningún informe ni atestado policial, aunque hallé un listado de los telefonemas que se cursaron esa noche, pero no había ninguno donde figuraran las llamadas que se le hicieron al comisario. Aunque tuve en cuenta que en los cruces de telefonemas nunca se incluyen los internos, como es el caso del comisario, de judicial o de científica, por ejemplo.

Lasaosa estuvo ingresado tres días en el hospital donde le hicieron diversas pruebas, descartando la epilepsia, como sugirió uno de los agentes cuando lo halló tirado en el suelo. Todos los análisis médicos y las pruebas le salieron bien: tensión, corazón o, inclusive, el colesterol. Lasaos estaba sano como una rosa.

Le dieron el alta médica y se reincorporó a su puesto de trabajo en el siguiente turno que tenía servicio. En esas fechas, y después de lo sucedido, la superioridad dispuso que de noche siempre hubiera al menos dos o tres personas

en el edificio del Seminario. Se redistribuyeron los turnos de trabajo, desplazando personal de la mañana a la tarde y la noche e hicieron venir funcionarios de refuerzo de otras comisarías, como Huesca o Canfranc. Es

posible que algún policía de Zaragoza también hubiera sido desplazado fuera de

su demarcación para prestar servicio en Jaca.

Antes de llegar yo a Jaca, la Dirección General de la Policía había convenido

en contratar los servicios de una psiquiatra para esclarecer los extraños sucesos desde una perspectiva médica y valorar las probables ramificaciones que podía tener. No querían los responsables de la comisaría que un agente se desvaneciera

en el interior del Seminario por causas desconocidas y que la ciudadanía comenzara a creer que allí había fantasmas. Así que optaron por tratar el asunto

a través de una psiquiatra experimentada. Realmente no fue así, como lo creí en

un inicio, ya que una semana después supe que la psiquiatra había visitado a los

agentes de la nueva comisaría días antes, para preparar su traslado posterior. La psiquiatra se llamaba Mar Vilas Miren. Tenía cuarenta y dos años y cuando la conocí la consideré una mujer elegante, de sinuosa figura y francamente atractiva, si dijera lo contrario estaría mintiendo o al menos no estaría diciendo lo que realmente pensé en ese momento. He de confesar que conocer a Mar me

causó cierta sensación indescriptible. La primera vez que hablé con ella tuve la

sensación de que su voz parecía llegar desde muy lejos. Hablaba con debilidad,

como si no quisiera hacerse entender. Nos presentamos nosotros mismos, ya que

el día que tenía que hablar con el comisario de Jaca, Pascual Herrero, los dos nos encontramos en la sala de espera que había en la parte externa de su despacho.

Ella levantó la vista, y me miró sin expresión alguna. Me fijé en que su piel tenía el aspecto reseco característico de la gente que vive en sitios de playa y soleados.

O esa psiquiatra iba mucho a la playa o había vivido en un sitio de costa, me dije.

Mar había viajado hasta Jaca con el encargo de tratar el tema de Lasaos, antes de que se desbordara y saltara a la prensa. Ninguna comisaría que se precie quiere que un asunto así estalle en los medios. La psiquiatra parecía sincera, al menos de entrada. Tenía una dilatada experiencia psiquiátrica en el tratamiento

de las fobias y la había recomendado la Jefatura Superior de Zaragoza para tratar el colapso de Lasaos y frenar lo que podía ser una plaga de miedos infundados

que desembocaran en una fobia colectiva. El asunto de las fobias colectivas ya había sido investigado anteriormente dentro del paradigma de la teoría del rumor

o del efecto dominó, como había ocurrido en situaciones análogas en otras comisarías españolas. Yo argumenté mi experiencia, comprobada, en el tiempo que estuve en la comisaría de Girona, donde un par de años atrás había tratado a

varios Guardias Civiles que se negaron a prestar servicio en la Subdelegación de

Gobierno afirmando que en su interior, y de noche, había fantasmas. El contagio

llegó al punto de que el propio Subdelegado de Gobierno tomó cartas en el asunto y reemplazó a toda la plantilla de la Benemérita por agentes de la

Policía Nacional, hasta que se aclararan los sucesos. Durante los días que duró mi investigación entrevisté al foco, un agente de treinta años y originario de Cáceres que fue el primero en asegurar que por la noche pululaban fantasmas en el edificio de la Subdelegación. Sonidos extraños, ordenadores que se encendían solos, puertas que se abrían y cerraban sin que hubiera nadie, el corretear de pasos y risas, fue lo que aseguró el joven guardia civil sin que consiguiera hacerle entrar en razón. Cuando llegué a Jaca sospeché que el asunto a tratar sería el mismo. Pero lo de Jaca era distinto, bien distinto.

Conocer a Mar me trastocó como policía y como hombre. Como he dicho era

una mujer atractiva, pero no solo físicamente, sino también desde una

perspectiva conductual. Y ese apreciable parecido que tenía con mi hija Carla, conseguía que sintiera cierta incomodidad en su presencia. En algunas de las conversaciones que mantuvimos, sobre todo si era por la tarde, percibí que tenía

los ojos vidriosos y se lamía los labios con una larga y estrecha lengua roja, lo que los amorataba hasta casi hacerlos sangrar. Supuse que ella no estaría acostumbrada al frío de Jaca, por lo que le sugerí que se comprara un buen bálsamo labial con cacao para proteger los labios. Su respuesta fue inclinarse hacia adelante y poner morros, como si quisiera lanzarme un beso. Confieso que

me sentí incómodo, y mucho más cuando ella me miró, casi avergonzada. Creo que su acción no fue meditada y luego se arrepintió.

Mi relación con la psiquiatra era útil para esclarecer los sucesos de la comisaría de Jaca. Era útil, pero no esencial. Podía haber prescindido, de hecho

yo siempre he trabajado solo, ya que es como mejor se trabaja en mi actividad.

Pero puesto que Mar estaba tratando a Lasaosa, y además había entrevistado

bajo una perspectiva médica al resto de policías, me interesaba su aporte. Mi relación con ella pasó por varias fases. La de confianza plena, al principio de conocerla. Lo que tuvo cierta influencia su voz melódica y suave. La de recelo,

cuando percibí un talento encubierto. Y es sabido que con frecuencia las

personas con talento son neuróticas. Y la de confianza total conforme avanzamos en desentrañar los sucesos del Seminario. Pero toda esa confianza se quebró cuando supe la verdad. La verdad de lo que estaba ocurriendo en el Seminario de

Jaca.

Capítulo 8

Confieso que cuando conocía a Mar, la psiquiatra, al principio me llevé una gran desilusión, porque tenía un preocupante parecido con mi hija. Con la distancia que da la edad se podía decir que Mar Vilas tuvo que ser como mi hija

cuando tenía sus años. Y eso quería decir que cuando Carla tuviese la edad de Mar, sería como ella. Las dos tenían un impresionante parecido físico: la misma

altura, el mismo color de piel, el mismo corte de pelo y se podía decir que incluso idéntica mirada. Los ojos de Carla eran de una profundidad invasiva, como si quisieran traspasarte cuando hablabas con ella. Y esa fue la misma sensación que albergué cuando conocí a la psiquiatra.

Durante las semanas que estuve en Jaca, Carla ya había cumplido los veintitrés años. Atrás quedaron esos años de zozobra y malestar, cuando nuestra

hija pasó una adolescencia complicada, como todas las adolescencias, y nos hizo

comprender a todos esos conocidos que nos alertaban sobre lo que serían los peores años de nuestra hija. Con quince años se enamoró del compañero más pendebrero que había por aquel entonces en su colegio. Yo lo conocía porque alguna vez lo había tenido sentado en la comisaría de Chamberí, donde estuve destinado varios años en Policía Judicial. El muchacho aquel se llamaba Amador. Tenía un año más que Carla, pero ya esgrimía orgulloso unos cuantos

tatuajes en sus brazos. Pendiente en la oreja, anillo de una calavera en uno de los dedos y siempre lo vi con la camisa abierta hasta la mitad del pecho, como queriendo demostrar una masculinidad de la que carecía. Reconozco que cuando

lo conocí sentí una repulsión tal que algún Dios bromista me quiso castigar precisamente por eso. Es de esos chicos que en cuanto los ves por primera vez te

dices a ti mismo: « *Ojalá mi hija nunca se junte con uno así* ». Y dicho, y hecho, un día que me fui caminando desde la comisaría hasta mi casa, va y los veo a los

dos cogidos de la mano mientras transitaban por la acera.

Ainhoa, siempre más comprensiva, y más inteligente, aconsejó que no le dijese nada. Ya sabes como son estos jóvenes de hoy día, insistió, basta que le prohíbas algo para que lo hagan más. Esa noche, en cuanto regresó Carla a casa,

se podía decir que yo ya la estaba esperando en el recibidor. La niña llegó, dejó las llaves de casa en el mueble de la entrada y enseguida se adentró en su habitación. La habitación de Carla era como un Santuario infranqueable que solo

traspasaba su madre, y cuando era necesario. Yo nunca había entrado en esa habitación cuando estaba ella; aunque confieso que alguna vez lo hice en su ausencia. Buscaba lo que supongo buscan los padres en sus hijas de esa edad: papel de fumar o alguna sustancia que no debería estar en la habitación de una niña.

—Hoy te he visto —comencé la conversación que ya sabía no iba a terminar bien.

—Ah, sí —respondió con desdén—. ¿Dónde?

—Hace un rato —le dije—. Cuando venía de camino a casa.

Ella me miró. Luego extravió la mirada en el pomo de la puerta de su habitación, esperando a que yo lo soltara para adentrarse dentro, y perderse. Y

como no habló más, pasé al ataque:

—¿Quién ese chico que te acompañaba?

—Un amigo.

—¿Del colegio?

—Sí, y no —se contradijo.

—¿Y eso?

—Fue al colegio un tiempo, pero ahora no.

No va al colegio porque lo echaron, rememoré sin hablar. Lo conocí nada más

verlo. Lo conocí porque cuando lo había visto en otras ocasiones siempre me dije que ojalá mi hija no se juntara con alguien así. Pero la vida me estaba poniendo a prueba. Solo tenía una hija y no tenía nadie mejor con quién salir que el Amador.

—¿Ese chico no es El Pecas? —interrogué.

Solo alguien de tan baja calaña podía tener un mote así. En mi experiencia en

la policía había aprendido que los motes son un reflejo del estatus de quién los

porta. El Pecas era un sobrenombre quinquillero que solo podía llevar alguien como él.

—Si ya lo conoces por qué me lo preguntas.

—No te conviene.

—No lo sabes.

—Lo sé porque he conocido muchos como él.

—No todos son iguales —replicó.

Ainhoa estaba en el salón, sentada delante del televisor. Durante la infancia de Carla habíamos convenido que jamás hablaríamos los dos a la vez cuando se tratara de reprender a nuestra hija. Lo convenimos porque sabíamos que algún día llegaría esa situación. Sabíamos que Carla cumpliría quince años y nos traería los primeros disgustos.

—Igual piensas que soy un padre estricto y que me meto donde no me llaman

—dije con solemnidad, haciéndome oír y soltando las palabras con dureza, sin derecho a réplica—. Pero ese es el cometido de un padre: aleccionar y prevenir a

su hija.

—No lo conoces. —Se defendió como una gata panza arriba—. Solo conoces

su aspecto exterior y piensas que el interior es igual. Pero Amador es distinto.

—¿Distinto, a quién? —cuestioné—. No solo conozco a los que son como él, sino que también lo conozco a él. Sé quién es porque ha...

No le podía decir a Carla que ese chico había estado muchas veces en la comisaría. No se lo podía decir porque desvelaría un secreto profesional. Y no se lo podía decir porque ella me rebatiría con la consabida frase de que de

jóvenes

todos hemos cometido errores.

—¿Por qué, qué?

—Porque conozco a los tipos así —concluí la frase.

Pensé que Carla se echaría a llorar esa noche. Pero me equivoque, como casi

siempre. Quién se echó a llorar fue Ainhoa cuando nuestra hija se sumergió en su habitación y yo seguí caminando hasta el salón. Ainhoa me esperaba sentada

en una de las sillas de la mesa y rodeaba con sus manos una taza de hierbas.

—No seas duro con ella —me recriminó.

—Debe darse cuenta de que ese chico es un peligro. —Justifiqué mi reprimenda—. Aún es joven para darse cuenta, y es posible que cuando se de cuenta ya sea demasiado tarde.

Pero Carla era nuestra única hija. Y por eso tanto Ainhoa como yo la queríamos con locura, pero cada uno a nuestra manera. Los dos queríamos lo mejor para ella, pero mientras Ainhoa optaba por la concesión, yo había elegido

la prohibición. Hasta los quince años nos había acompañado a todas partes.

Disfrutamos de la compañía de nuestra hija en vacaciones, en las salidas de fin

de semana, en las compras familiares de ropa, enseres o electrodomésticos. Carla

era parte del hogar y participaba activamente en cualquier tarea que implicara

la toma de decisiones. No había nada, absolutamente nada, que se hiciera en nuestra casa que no fuera consultado con nuestra hija. Desde el color de los azulejos del cuarto de baño, hasta el tipo de grifería de la cocina. Me tranquilizaba ver a Carla sentada en el asiento de atrás del coche. Me aliviaba cuando Ainhoa me dejaba en la puerta de la comisaría, cuando se dirigía a la agencia de seguros, y veía a través de los cristales del coche a nuestra niña sentada en la parte trasera. Ella me dejaba cinco minutos antes de las nueve en la puerta y luego continuaba hasta el colegio, donde dejaba a Carla justo cuando sonaba el timbre. Habíamos planeado infinidad de veces salir antes de casa, para

que me dejara en la comisaría al menos quince minutos antes y Carla pudiera llegar al colegio a la misma hora que el resto de sus compañeros. Pero la impuntualidad nos había perseguido siempre y era complicado que cambiáramos

a esas alturas. Yo era impuntual, al igual que lo era Ainhoa y al igual que lo iba a ser nuestra hija.

Capítulo 9

Pero buscando el origen de lo ocurrido supe que todo comenzó aquella noche

en que Rosendo Lasaosa tuvo que bajar al sótano del Seminario, reconvertido en

comisaría de la Policía Nacional. Reconstruí lo que ocurrió junto a la Psiquiatra Mar Vilas, con la finalidad de evitar que se nos escapara algún detalle importante de lo acontecido. Y mientras yo investigaba, ella analizaba. Y mientras yo hacía

un seguimiento empírico, ella aportaba una lógica psíquica.

Esa noche era una noche brumosa de finales de invierno, en el mes de marzo.

Una noche cualquiera de un día cualquiera. Los policías sabíamos que los días

se

juntan de tal forma que uno ya no sabe si es entre semana o fin de semana, si es festivo o laboral, si es una fecha señalada, como Navidad o Nochevieja, o si es la conmemoración de algún acontecimiento importante, desde el punto de vista personal, como podía ser el cumpleaños de una novia, de un amigo o un familiar;

aunque sea lejano. Ese dato es clave para comprender cómo se sienten los policías durante las prolongadas jornadas laborales en esos turnos terribles en los que no saben ni en qué día están. Esa noche era una noche de tantas, donde las

horas se ralentizan de tal forma que los agentes tienen la sensación de que el tiempo se ha detenido y que la noche es lo único que existe, como si la luz del día solo fuese un recuerdo feliz de una época inexistente.

Hay que aceptar que todo había cambiado en la comisaría desde el desgraciado accidente de Lasaosa. Desde entonces los policías nunca estaban solos de noche, y mucho menos si había detenidos en alguno de los calabozos. Y

ocurrió que esa noche, esa fatídica noche, había un único detenido en una de las

celdas. Pero no un detenido cualquiera, sino uno legendario. Legendario porque

era un viejo conocido de la policía al que se detenía al menos dos veces a la semana, y siempre por la misma causa. Lasaosa lo conocía. Todos lo conocían. Y

esa confluencia de coincidencias hizo que esa noche fuese una noche cualquiera

de un día cualquiera y con un detenido que no era cualquiera.

El tipo era rumano y se llamaba *Cosmin Antonescu*. Le encantaba beber. Pero no beber en el sentido literal de la palabra, sino beber en el más estricto sentido de que era un borracho irremediable. Bebía de tal forma que a primera hora de la

tarde ya era intratable. Por la noche, cuando los Zetas iniciaban el servicio, entonces era indomable. Y antes de la medianoche se convertía en alguien insoportable. Tan insoportable que acababa siendo detenido y trasladado a los calabozos de la comisaría.

Una vez en comisaría el carácter de Cosmin Antonescu no mejoraba, todo lo contrario, se alteraba tanto que siempre se acababa llevando algún bofetón de alguno de los agentes que no toleraban sus salidas de tono. Me contaron, sin incluir sus comentarios en la declaración oficial, que Lasaosa les recriminaba su forma de proceder con una mirada centelleante llena de odio. Él nunca aprobó que golpearan a un detenido; aunque se lo mereciera. Todos los compañeros de

Lasaosa habían coincidido en eso, salvo uno: Vicente Palomero. Palomero me dijo que conocía a Lasaosa desde hacía muchos años, incluso antes de que fuese

destinado a la comisaría de Jaca, cuando los dos coincidieron durante unos meses en Barcelona; en la comisaría del Puerto. Entonces, siempre según la versión de Palomero, Lasaosa era un energúmeno de mano fácil que había amasado los carrillos de más de un detenido que pasó por sus manos. Todos sabemos que en esa época, estoy hablando de finales de los noventa, lo de abofetear a los detenidos en las comisarías era una práctica quizá más habitual de lo éticamente permitido. O tolerable. Es posible que después de esos años de

guantazo fácil, Lasaosa se hubiera transformado y desde entonces se hubiera reconvertido en un entusiasta defensor de los derechos de los detenidos a no ser

golpeados.

En lo que sí coincidieron todos fue en las peculiaridades de Cosmin

Antonescu. Faltón, insolente, irrespetuoso y frívolo, Cosmin era un provocador

nato, me habían dicho. Pinchaba a cualquier agente que estuviese cerca de él con

el único fin de que este acabara soltándole un tortazo. He de reconocer, que cuando escuché a los policías hablar del comportamiento de Cosmin dentro de la

comisaría, tuve la impresión de que yo mismo no habría podido evitar soltarle un

sopapo a ese rumano engreído y petulante. Me guardo mis propias palabras para

describirlo, pero podríamos decir que yo sentí repugnancia. En los meses que pasó, de forma asidua, por la comisaría de la avenida Zaragoza de Jaca y luego

por la reformada del Paseo de la Constitución, no hubo ningún agente que se hubiera saltado el ritual de propinarle una bofetada ante los improperios de Cosmin. De hecho, en las metódicas entrevistas que les fui haciendo a todos, no

hallé ninguno que hubiera negado que en alguna ocasión le soltó un mamporro al

rumano. Los vídeos de seguridad tampoco ocultaban ese proceder hacia Cosmin.

Bueno, y hacia otros detenidos que se comportaban de igual forma cuando pasaban por los calabozos de la comisaría.

«¡Pégame, cabrón!», insistía mientras que ladeaba la cabeza para ofrecer su mejor mejilla.

Y al final acababa recibiendo un bofetón.

«Vale ya, Cosmin», le conminaba Lasaosa, tratando de calmar los ánimos.

Las grabaciones de las cámaras de seguridad no tenían voz, pero

observándolas se podía distinguir, junto a los aspavientos de los agentes, lo que estos expresaban. Pues bien, esa noche cualquiera de un día cualquiera con un detenido que no era cualquiera, Cosmin había entrado en el calabozo sobre las

once de la noche. Lo transportó el único Zeta que había de servicio. Los dos agentes eran unos auténticos caimanes, que en el argot policial quiere decir que

llevaban muchos años de servicio. Siempre me ha hecho gracia esa forma de denominar a los agentes veteranos: «caimanes». Cuando accedí a la policía pensé que se refería al aspecto físico de los policías más mayores, pero en realidad es una acepción que tiene relación con el diccionario. Un caimán es una

persona que con astucia y disimulo procura salir con sus intentos, leo textualmente del diccionario. Aunque entiendo que por intentos quiere decir propósitos. Prosigo con mi relato. Esa noche Cosmin no había bebido, o al menos no como solía hacer en otras ocasiones. Y que el rumano entrara en el calabozo en un estado medio sobrio era lo suficientemente llamativo como para

recordarlo para siempre. No obstante seguía siendo un lenguaraz maleducado, pero se le entendía perfectamente cuando hablaba y sus provocaciones, ya míticas, habían dejado paso a una ironía irritante. No cesaba de reírse de algo que solo él sabía, o eso es lo que quería dar a entender con su risa burlona.

«Sois todos patéticos», habló en voz alta cuando Lasaosa estaba inscribiendo

su nombre en el Libro Registro de Detenidos. En ese momento no había nadie más en el calabozo. Bueno, solo estaban Lasaosa, Cosmin y las cámaras de

videovigilancia. Los dos agentes que lo detuvieron habían salido a tomar un café

afuera, a la máquina de seguridad, y los dejaron solos; sabían que Cosmin no era

peligroso. «Me follo a vuestras mujeres, me bebo vuestra cerveza y robo vuestro

dinero», siguió jactándose. Tuve que visionar una decena de veces las

grabaciones para interpretar los labios del rumano. Yo no sabía leer los labios, o nunca me había preocupado de hacerlo, pero creo que cualquier persona con un

mínimo de interés es capaz de concordar si el movimiento de los labios se asemeja a lo que se supone deben decir. Es posible que alguna palabra esté mal

transcrita, pero en esencia es lo que dijo. Lasaosa no le hacía caso, porque parte del entrenamiento de un policía consiste en no dejar que un miserable como ese

lo arrastre a su terreno. En esa noche cualquiera de un día cualquiera, ambos: el detenido y el policía, sabían que todo iba a ser como siempre. Lasaosa seguía inscribiendo los datos de la detención en el Libro Registro y anotaba, metódicamente, las pertenencias. Mientras que Cosmin no cesaba de hablar y hablar, algo ya habitual, pero con la diferencia de que esa noche se le entendía y su verborrea versaba sobre temas distintos a los ya conocidos en detenciones anteriores. La mayoría de los agentes entrevistados me habían asegurado que jamás habían visto al rumano sobrio, pero esa noche, la última que lo vieron en

la comisaría, el tipo estaba alterado, pero completamente centrado. Ni siquiera olía a alcohol.

Capítulo 10

—Me han dicho los policías del turno de Seguridad Ciudadana que muestra usted mucho interés en las cámaras de seguridad —me dijo el comisario Herrero

en una conversación que mantuvimos al día siguiente de la detención de Cosmin

Antonescu.

Era la segunda o tercera vez que hablaba con Herrero, y lo cierto es que esa mañana lo percibí especialmente quisquilloso. No podía ocultar que le molestaba

mi presencia, mi deambular continuo por la comisaría, mis interrogatorios a los

policías y, sobre todo, la requisita y visionado de las cámaras de seguridad.

Herrero sabía, por algo era comisario, que de una grabación de una cámara de seguridad se pueden sacar muchas cosas.

—Las cámaras de seguridad es el testigo más imparcial del que podemos fiarnos —le dije—. Ya sabe usted que la memoria es muy frágil, y por lo tanto manipulable —añadí para su malestar—, pero a una cámara de seguridad no se

la puede ni engañar, ni manipular.

—Sí, no le digo lo contrario —me dijo, imperturbable—. Pero lo que no comprendo es por qué ha de visionar todas las grabaciones de la comisaría. Me

ha comentado el Secretario de Jaca que usted no hace nada más que pedir las grabaciones.

—Forma parte de mi labor —me defendí de su ponderado ataque—, ya sabe

que mi cometido se sustenta en la laboriosidad y meticulosidad de mi quehacer perseverante.

—No lo niego, la verdad —pareció sincero—. Pero eso de solicitar la totalidad de las grabaciones, además de los atestados y declaraciones, incluso las minutas internas de todos los funcionarios de esta comisaría, me parece excesivo.

—Jamás hay excesos cuando se trata de averiguar la verdad —objeté—. La verdad nos hará libres.

Con mi última frase advertí cierta incomodidad inquietante en la expresión del

comisario Herrero, que pareció mutar a un rostro menos amable del que había percibido el día que me presenté en Jaca. Cuando hablé con él y le dije a qué venía, pareció disgustarse. Ciertamente yo era Inspector Jefe y llevaba los suficientes años en la policía como para comprender que un mando superior se

podiera enojar cuando alguien, y más si era inferior, metía las narices en su jurisdicción. Que yo estuviera en Jaca haciendo averiguaciones referentes al

«*Asunto Lasaosa*» no era ni más ni menos que una injerencia externa por parte de la Superioridad de Madrid. Mencionar Madrid en la policía era lo más parecido a una amenaza. En Madrid estaba todo, las unidades centrales, las

comisarías generales, el Ministro del Interior, el Director de la Policía, los secretarios y el Director Adjunto Operativo. Definitivamente, nombrar Madrid a

un jefe de una comisaría local, como era el caso de Jaca, infundía miedo, respeto y recelo.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Herrero me miró con cierta indisciplina,

que achaqué a su manifiesta incomodidad por mi presencia en su comisaría.

—Claro, comisario —le dije sonriendo—, me puede usted hacer todas las preguntas que quiera. Pero he de advertirle —amenacé—, que en el supuesto de

que tenga alguna duda que sobrepase mi competencia, esa cuestión la ha de trasladar al Director Adjunto Operativo. Como le dije, el día que me presenté aquí, él, y solo él, es el jefe directo de la unidad a la que pertenezco. Cualquier cuestión relacionada con mi cometido, la tendrá que trasladar al DAO.

—Dígame una cosa, Dupont —se removi6 en su asiento mientras hablaba—, ¿Por qué ha estado indagando en las grabaciones del calabozo?

—¿Se refiere a Cosmin Antonescu?

—Sí, así es. Me ha dicho el secretario que ha estado visionando todas las grabaciones de las últimas detenciones de ese rumano. Y, si no le importa, me gustaría comprender qué es lo que está buscando.

—Cualquier asunto relacionado con Rosendo Lasaosa —le quise explicar—,

es interesante para mi informe. Sepa usted que es importante, y necesario, averiguar con quién habló ese hombre, con quien estuvo, e incluso qué hizo, antes y después del accidente de la primera planta de este edificio. —Golpeé el

suelo con mi zapato cuando terminé de hablar, algo que pareció disgustar al comisario—. El estudio del entorno de ese policía es ineludible para llegar a una conclusión que nos satisfaga.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —me interrogó sin miramientos.

—De momento, comisario Herrero, a ninguna. No puedo haber llegado a

ninguna conclusión aún, porque todavía estoy en fase de recopilación de datos.

Pero no dude que usted será el primero en tener los detalles de mi investigación, cuando haya avanzado más. Mi informe, junto al de la psiquiatra, serán determinantes para aclarar lo sucedido.

—¿Psiquiatra?

—Sí, claro. La psiquiatría es indispensable cuando se trata de averiguar algo

como lo ocurrido aquí.

—Un poco excesivo, ¿no? —cuestionó risueño—. A mi juicio no creo que el

accidente de ese policía, o el «Asunto Lasaosa», como lo ha denominado usted,

sea de la trascendencia necesaria como para que haya que elaborar informes psiquiátricos. Pero en fin —concluyó—, no es a mí a quién le corresponde evaluar los detalles de su investigación. Solo quiero decirle —se puso en pie—,

que si necesita cualquier cosa, no dude en pedírmelo.

No hacía falta ser muy perspicaz para comprender que el comisario Herrero quería deshacerse de mí cuanto antes. Mi presencia en su comisaría no hacía más

que empañar el prestigio que ese comisario se había labrado durante los años de

su carrera. Herrero gozaba de buena fama dentro del Cuerpo Nacional de Policía,

algo relativamente sencillo cuando su antecesor fue un fracaso y una vergüenza

para la policía. También, y era justo reconocerlo, mi cometido en Jaca era

posible gracias a que Herrero había sido receptivo y allanó el terreno para que yo pudiera investigar sin entrometimientos que me distrajeran. Si en vez de Herrero

hubiera estado, por ejemplo, Cornijo, el comisario que había antes, mi

investigación se habría convertido en un calvario, sin duda. Pedro Cornijo en ningún momento habría aceptado que yo estuviera allí, pisándole su terreno y conversando con los policías de Jaca. No hubiera dejado que consultara las grabaciones de las cámaras de seguridad, ni habría autorizado mis entrevistas con Lasaosa, que tan buenos frutos estaban dando. Y, por supuesto, hubiera puesto todo los impedimentos posibles para que Mar Vilas se entrometiera.

Definitivamente, Pedro Cornijo hubiera sido un lastre para cualquier

investigación externa que tratase de esclarecer el «Asunto Lasaosa».

Capítulo 11

Una vez me preguntaron por qué había dejado la calle. Desde mis inicios en la

policía siempre había estado en primera línea. Como decimos nosotros: en el frente. Me pasé muchos años en Seguridad Ciudadana, la única Brigada de la Policía Nacional que mira a los ojos a la realidad diaria. Pero con el paso de los años y con el crecimiento de mi familia, pensé que había llegado el momento de

ocultarse detrás de la mesa de un despacho. Además, desde que ascendí a Inspector Jefe, que me estaba vedado el trabajo de campo. Los inspectores jefes

nos dedicamos a coordinar, planear y dirigir. Si he de ser franco, con 60 años uno ya no tiene edad como para ir luchando contra los molinos de viento por las praderas de la larga y ancha España.

El año 2002 era un buen año para salir de la calle. Ainhoa y Carla me habían

animado los años anteriores, cuando la banda terrorista ETA retomó las armas después de una pausa que nos hizo creer a todos que el terror iba a terminar. Pero no fue así y siguieron haciendo lo único que sabían hacer: matar. En ese año, cuando el comisario Ferra me ofreció trabajar para la Unidad de Asuntos Ocultos, la banda había asesinado a cinco personas en otros tantos atentados. Un

concejal socialista, un jubilado de telefónica, un cabo de la Guardia Civil, un guardia civil de Tráfico y la hija de una Guardia Civil de tan solo seis años de edad.

—Esta mañana he tenido una conversación con el comisario Ferra —le dije a

Ainhoa.

Ella lo conocía, porque entre Ferra y nosotros siempre hubo una relación muy

cordial. Se podía decir que el comisario era más un amigo que un jefe.

—¿Qué quería?

—Cuando te lo cuente te vas a echar a reír —le dije vislumbrando la expresión de Ainhoa cuando supiera lo de la Unidad de Asuntos Ocultos.

—Pues cuéntamelo y así nos reiremos los dos. —Me miró con cierta ironía que no supo, o no quiso, ocultar.

—Pues mira —le dije—, Ferra se ha obstinado en crear una unidad especial dentro de la policía que investigue asuntos ocultos.

—¿Asuntos ocultos? —Ainhoa no pudo enmascarar su sorpresa—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Sabía que te iba a picar la curiosidad. —Avancé para mí deleite—. Según el

comisario Ferra, hay ciertos hechos que ocurren a nuestro alrededor para los que

no tenemos una explicación lógica.

—¿Te refieres a hechos sobrenaturales? —inquirió.

—Sabía que lo cogerías a la primera. —Alabé su buena disposición a comprender de qué le estaba hablando—. Pero también sé que tendrás dudas que quiero aclararte primero.

—Dudas, muchas. —Expelió una amplia e inquietante sonrisa.

—Es sencillo de explicar o complicado, todo depende de cómo lo enfoque.

Pero en un resumen muy ajustado te podría decir que lo que se propone Ferra es

investigar todos esos hechos, afortunadamente no hay muchos, que acontecen en

las diferentes comisarías de España, y que no se les puede dar solución desde una perspectiva policial.

—Fantasmas... —murmuró Ainhoa.

—Sí, si lo quieres denominar así. Fantasmas que atormentan a nuestros policías. Que los sumen en una congoja inexplicable que les impide realizar su

labor diaria con la competitividad exigible a un buen policía. Miedos ocultos, inenarrables, que atolondran, que desplazan, que acobardan. Esos hombres y mujeres que conforman la policía están sobradamente preparados. Saben

disparar un arma y entienden las leyes que aplican. Saben defenderse de una agresión y observan las intervenciones en las que participan desde un punto de

vista empírico y lógico. Pero todo se desborda cuando en sus cabezas se

injertan

fantasmas. Esos fantasmas no se van así como así, Ainhoa, los raptan, acaparan

sus recuerdos, su pasado y cualquier acción que se produzca en el futuro estará sometida a sus miedos...

—Escuchándote —me dijo, Ainhoa—, yo misma estoy cogiendo miedo.

Supe que bromeaba, pero dentro de la broma había dicho una gran verdad.

—¿Cuál es el peor temor que podemos tener? —consulté.

—Miedo al miedo.

—Ves como hice bien en casarme contigo. —Solté una enorme risotada—.

Sabía que tú me comprenderías. El miedo al miedo es el peor temor que puede aterrorizar a un ser humano. El comisario Ferra dice que en cuanto el miedo se afianza en el recuerdo de un policía, este nunca podrá superarlo sin ayuda externa.

—Eso está bien, Dupont —elogió Ainhoa—, pero... ¿cómo podrás ayudar tú a

quién tiene miedo a los fantasmas?

—No. No —rechacé inmutable—. El miedo a los fantasmas se enraíza en la conciencia de esos agentes que sufren su temor de manera inexplicable. La primera terapia consiste en comprenderles. Es importante que alguien como ellos, otro policía, les escuche. Y lo determinante para operar una solución factible es que ese policía que los escucha al mismo tiempo les diga que comprenden por lo que están pasando.

—Pero ellos siempre tendrán miedo —objetó Ainhoa.

—El miedo no se cura con valentía —rebatí—. El miedo no tiene un antídoto

que lo contrarreste. El miedo goza de entidad suficiente como para rechazar cualquier antídoto al que queramos enfrentarlo. El miedo se combate con conocimiento. Cuando esos agentes atemorizados conozcan su miedo, entonces sabrán cómo actúa. Lo que nos atemoriza del miedo es la sorpresa. No saber ni

cuándo va a actuar, ni cómo, ni dónde. El miedo dispone de sus propios mecanismos de coordinación que exploran nuestro cerebro y nos asalta cuando sabe que puede hacerlo.

—No te comprendo, Dupont. Insinúas que para que esos agentes rechacen el miedo han de saber cuando les va a atacar.

—Sí, aunque has hecho un resumen muy simple de algo mucho más complejo.

No se trata de decirles que esos fantasmas no existen. De lo que se trata es de hacerles ver que sí que existen, pero que están en su cabeza. Por lo tanto ellos tienen la llave de su propio miedo y serán capaces de determinar cuándo aparecen o cuando se desvanecen sus fantasmas.

—Sus fantasmas —repitió Ainhoa mis últimas palabras.

—Ahí le has dado —sonreí—. Son sus fantasmas. Ellos los crean, ellos los conocen y ellos los controlan. En el momento que comprendan lo que está ocurriendo, entonces es cuando serán libres.

La verdad los hará libres —musitó Ainhoa.

Capítulo 12

Los agentes de la comisaría de Jaca me reconocieron que Lasaos era pulcro y

metódico hasta la exasperación. No toleraba que hubiera borrones que deslucieran el Libro Registro de Detenidos. Ni que las hojas estuvieran arrugadas. Ni que una línea estuviera escrita de un color y otra en otro color distinto. El orden había sido una constante en su infancia, un quebradero de cabeza en su juventud y algo insoportable en su madurez. El tema del orden, en la construcción de la personalidad de Lasaosa, es algo que debí tratar más a fondo, ya que me pareció importante. Los psicólogos saben que dentro de todas las formas en que se manifiesta el Trastorno Obsesivo Compulsivo, conocido por sus siglas TOC, probablemente uno de los más estrafalarios e incontrolables sea la manía por el orden. Y cuando la paranoia adquiere dimensiones mayores puede convertirse en un verdadero infierno para el que lo padece y para los que rodean al paciente.

—Oye Cosmin, ¿por qué no te callas un rato? —Le ordenó uno de los caimanes que lo habían detenido, mientras asomaba su enorme papada por la puerta del calabozo.

Cosmin siguió riéndose con un gesto entre irónico y cínico. Se burlaba y su burla irritaba al caimán que balanceaba el vaso de café en su mano buscando un

apoyo en la mesa para dejarlo ahí y liberar las dos manos, que con todo pronostico en breve amasarían los carrillos de Cosmin.

—Tranquilo compañero, yo me encargo. —Intervino Lasaosa, para no provocar una revuelta en el calabozo.

En las grabaciones percibí como el policía utilizó un tono de voz que sonó sereno y mediador. De hecho, en todas las ocasiones que hablé con él nunca le noté que elevara la voz, ni que se alterara. Evidentemente su intención era que esa noche cualquiera de un día cualquiera con un detenido que no era cualquiera,

siguiera siendo una noche tranquila. Una noche igual de cualquiera que cualquier

otra noche.

El caimán salió afuera y se distinguió la luz de un encendedor, que luego supe

era de gasolina. Los policías conversaban. Los dos agentes de la patrulla conversaban animadamente en el patio trasero a donde se hallaba el calabozo. En

el visionado de las cámaras de grabación los pude ver como gesticulaban y reían.

—¿Ya te has sacado todo lo de los bolsillos? —le preguntó Lasaosa a Cosmin.

—Todo, todo —dijo mientras se ponía en pie.

Su metro sesenta y cinco apenas presentaba un peligro en el interior del calabozo. Se metió las dos manos a la vez en los dos bolsillos del pantalón y extrajo la tela hacia afuera. Su aspecto en ese instante fue de lo más cómico,

asemejando un mendigo que indicase que no tenía dinero. Incluso creo que le llegó a dar pena al policía. Mucha pena.

—Está bien —le dijo—. Siéntate, enseguida termino.

Cosmin acató la orden y se sentó de nuevo en la silla, mientras que Lasaosa se

dedicó a contabilizar y anotar las pocas pertenencias, que había dejado en la mesa del calabozo, en el Libro Registro. Mientras las anotaba las nombraba en voz alta, para que Cosmin diera su conformidad y luego no tuvieran que repasarlas de nuevo cuando él firmara el libro.

—Un reloj *Casio*, un teléfono *Sony*, una cartera con documentación, un billete de veinte euros, un paquete de tabaco... —En la grabación vi como nombró un

par de cosas más que no supe interpretar, pero supongo que sería papel de fumar

o pañuelos, que también había esparcidos sobre la mesa.

—¿Puedo fumar ahora?

—No. —Cortó tajante, para seguir enumerando sus pertenencias—. Un mechero de color azul, una gargantilla de... ¿esto qué es? —le preguntó.

En la grabación se veía lo que a todas luces parecía un anillo.

—Oro —respondió, Cosmin.

—Sí, del que cagó el moro. —Se burló el policía, pero el rumano no pareció

molestarse por su mofa—. Una gargantilla de bisutería, una pulsera de cuero, un

pendiente de hojalata y una llave de coche. ¿Tienes coche, Cosmin?

—Sí. ¿Está prohibido?

—Tener coche no, conducir borracho sí. Y a ti casi nunca te he visto sobrio.

El rumano sonrió mostrando un diente de oro.

—¿Y esa sonrisa? —pareció molestarse el policía.

Cosmin había sonreído de forma distinta a cómo lo había hecho otras veces.

No fue esa sonrisa burlona a la que tenía acostumbrados a todos los policías que

participaban de una forma u otra en su detención. Ni siquiera esa sonrisa afable

que esgrimía cuando había tomado más de tres litros de cerveza. Para cotejar la

sonrisa habitual del rumano en detenciones anteriores con la última sonrisa de esa noche, tuve que pedir la revisión de varias grabaciones anteriores las cuales no estaban completas. El comisario Herrero me dijo que no se almacenaban durante más de una semana. Dos a lo sumo. Y esos trozos de grabaciones las habían seleccionado los de la Policía Judicial en alguna declaración que le tomaron meses atrás y que habían grabado con las cámaras del Grupo y, por algún motivo que no me supieron explicar, aún las conservaban. El caso es que

la sonrisa de esa noche cualquiera de un día cualquiera fue una sonrisa de miedo

de un detenido que no era cualquiera.

«¿De qué tienes miedo Cosmin?», le preguntó Lasaosa.

Estoy seguro de que fue la primera vez que Lasaosa tomó conciencia de que

Cosmin tenía miedo. La capacidad de percibir el miedo es algo innato que los humanos no hemos sabido desarrollar. Los perros, por ejemplo, aún la conservan

y son capaces de detectar el miedo en sus presas. Supongo que lo mismo le ocurre a los grandes depredadores, de hecho hay una frase muy popular que dice

que el miedo huele. Lasaosa me aseguró que había detectado mucho miedo en Cosmin, pero en un primer momento no supo anexionar ese miedo a un hecho en

concreto. Simplemente me dijo: «ese tío estaba cagado de miedo.»

Cosmin Antonescu era un ladronzuelo de poca monta, un borracho, un faltón, en ocasiones un gracioso, pero lo que no había sido nunca, desde que lo conoció

Lasaosa, fue un miedoso. Sus ojos destilaban tal intranquilidad que le dio por pensar al policía que algo había en esas llaves de coche que lo fastidiaban. Las

llaves podían ser el desencadenante del miedo de Cosmin. La mayoría de las detenciones del rumano eran por atentado a agente de la autoridad, un delito de lo más manido en la policía. Se podía decir que cuando un agente no sabía cómo

detener a alguien, utilizaba el trillado atentado. La maniobra de detención siempre se iniciaba de la misma forma. La pareja de policías solicitaban la documentación a alguien que estaba molestando en un bar o en la vía pública. El

requerido se negaba a entregarla, al mismo tiempo que ponía en evidencia la actividad de la policía frente a numeroso público. Primero gritos, luego insultos, hasta que al final los agentes resolvían la situación colocándole los grilletes e introduciéndolo en el coche de policía.

—¿Necesitas algo de nosotros? —le preguntó a Lasaosa uno de los agentes de

la patrulla que habían detenido a Cosmin, mientras asomaba su mostacho gris por la puerta.

—No, está bien. Gracias. —Rechazó su ofrecimiento.

Detrás de él había asomado su enorme cabeza el otro caimán.

—Bueno, sí. —Corrigió antes de que se fueran.

Se puso en pie y se acercó a la puerta del calabozo ante la inquietante mirada

del rumano, que lo seguía con los ojos como un retrato en una pared, que vayas donde vayas te siguen mirando.

—Échale un vistazo. —Conminó al policía de la patrulla, mientras que el veterano y Lasaosa salieron al patio, donde momentos antes habían estado fumando los dos agentes.—. ¿Por qué lo habéis detenido? —se interesó.

El caimán miró a Lasaosa con unos ojos huecos, como los de un maniquí.

—Lo hemos pescado cuando salía del bar que hay en el polígono municipal

—respondió no muy convencido—. En sus bolsillos llevaba casi dos mil euros en monedas de uno y dos euros. La puerta estaba forzada y las dos máquinas tragaperras reventadas. No había nadie más. Así que fue él, seguro.

Lasaosa no le creyó.

—¿Conducía algún coche?

El policía dudó un instante antes de responder que no. Que no lo habían visto

conduciendo y que tampoco vieron ningún coche cerca. Mientras negaba

balanceaba la cabeza de un lado a otro, como si quisiera reafirmar sus negaciones. A Lasaosa le pareció que de su bigote había saltado una pequeña miga de pan que se estampó contra su camisa. No la sacudió con la mano porque

le dio un asco inmenso. Estoy seguro de ese detalle porque no pudo disimular su

expresión de repulsa.

—Creo que ese no tiene coche —concluyó—. ¿Por?

—Por nada. Curiosidad. —Mintió Lasaosa—. ¿Entonces lo habéis detenido por robo con fuerza? —preguntó de nuevo, para estar seguro.

—No exactamente. —Expulsó todo el aire de sus pulmones mientras respondía—. Al no haber podido demostrar el robo con fuerza, aún —aclaró—,

no nos ha quedado más alternativa que traerlo detenido por Atentado.

—Ya. —Chasqueó la lengua, Lasaosa, gesto que disgustó al caimán—. Si no fuese por el atentado no sé qué haríamos —se incluyó en esa aseveración, ya que

él mismo había detenido en alguna ocasión por ese motivo.

Los agentes se fueron a patrullar y Lasaosa se dedicó a introducir al detenido

en su celda.

—¿Puedo fumar? —insistió.

—No —repitió sin dejar lugar a ninguna duda.

Cosmin y Lasaosa sabían que esa noche no iba a fumar.

—Firma aquí. —Le ordenó mientras sostenía un bolígrafo en su mano derecha.

El rumano observó el bolígrafo con detenimiento. En sus ojos percibió el agente que no tenía malas intenciones; aunque como policía era consciente de

que no se podía fiar de nadie. Tras meditarlo un instante, Cosmin le quitó el bolígrafo de la mano al policía y garabateó un rayón en el papel con tanta fuerza que agujereó el calco, traspasando hasta la segunda hoja. Aquel gesto por parte

de Cosmin fue terrible. Lasaosa sintió como si ese bolígrafo se lo hubiera clavado en el corazón y una aversión mezclada con repugnancia le surgió de su

plexo que le provocó un quemazón imparable. Recuerdo que me dijo que sufrió

una infancia en silencio soportando esa extraña sensación de odio y

animadversión que le corroía las entrañas cuando alguien destruía algo

ordenado. Como cuando un amigo de su niñez golpeó la torre de naipes que tanto esfuerzo le costó armar. Y pensó que habría podido matarlo a golpes sin que en su conciencia asomara ni un ápice de remordimiento. Lasaosa se había sincerado conmigo hasta el punto de contarme un secreto de su infancia que nunca le había contado antes a nadie. Me pareció un gesto fundamental que

marcaría nuestra relación desde ese momento en adelante.

El policía cerró la puerta del calabozo de un golpe. Luego cruzó los dos pasadores y se cercioró de que todas las pertenencias de Cosmin las había introducido en la bolsa de plástico, la que selló con el precinto después de realizar los dos dobleces de rigor, para que nada se escapara por un hueco mal precintado. Dedicó unos prolongados minutos a reescribir el Libro Registro de Detenidos, anotando de nuevo todos los datos en una hoja limpia, nueva, vigilando que esta vez no hubiera nada que empañara esa acción tan metódica.

Y se deshizo de la hoja rota como si fuese un juguete que nunca más se fuese a utilizar. La rompió en decenas de diminutos trozos que sumergió en la pila de agua del baño de los detenidos y que luego envolvió en un revoltijo

irreconocible formando lo más parecido a una pelota de papel que arrojó al váter

y tiró hasta media docena de veces de la cadena.

Luego apagó la luz del pasillo central y le echó un último vistazo al interior de la celda, donde Cosmin ya se había acomodado sobre la colchoneta. Presenció como sus ojos no habían perdido el miedo.

Capítulo 13

Rosendo Lasaosa tuvo otra recaída, esta vez más aparatosa que la anterior.

Desde el accidente en la planta primera del Seminario, del que no se había vuelto a hablar en la comisaría de Jaca, que la superioridad decidió destinarlo exclusivamente en el turno de mañana. Ni siquiera le ofrecieron un puesto de responsabilidad. Lasaosa venía por las mañanas en un horario cómodo, como eran las ocho, y se dedicaba a distribuir los sobres de los Atestados por los juzgados, hacía fotocopias o atendía la centralita cuando el funcionario que se encargaba de ella se iba a desayunar. Había perdido varios kilos de peso y su aspecto era preocupante, según me dijeron los que le conocían.

Fue en esos días cuando le insistieron a Mar Vilas, la psiquiatra de Zaragoza,

que lo tratara de nuevo por lo que tuvo varias entrevistas con él, que lejos de ayudarlo parecía que lo hundían más. Lasaosa parecía descender por un

precipicio sin fondo del que no hallaba la forma de detener su caída. Ella, Mar

Vilas, se sinceró conmigo y me dijo que llegó a desesperarse y que la terapia con Lasaosa le afectó seriamente a su carrera como psiquiatra. En ese sentido, Rosendo se había enquistado en su currículum como una mala sombra que no se

borra nunca; aunque se encienda una luz. Yo la comprendía porque las

conversaciones con ese policia me estaban haciendo aflorar instintos ocultos que

no reconocí como propios en cuanto comenzaron a surgir a la luz. Lasaosa se estaba convirtiendo en un vampiro psicológico que nos exprimía el cerebro.

Sus

historias referentes al atropello de Elisa, el rumano del calabozo y los desmayos de la planta primera del Seminario, no hacían más que poner de manifiesto la fragilidad de la mente humana y cuán manipulables son nuestras vidas en manos

de nuestro inconsciente. Pero lo del hombre del sótano fue determinante y concluyente para dictaminar la locura de Rosendo Lasaosa.

La recaída a la que hago referencia es cuando una mañana, no muy tarde, seguramente serían las once más o menos, según las notas de la psiquiatra, la comisaría estaba prácticamente sola a no ser por el policía de seguridad que custodiaba la puerta. Los policías del grupo de judicial se habían ido a almorzar al *Pilgrim*. El único Zeta de patrulla hacía lo mismo, en un bar distinto. El comisario Herrero estaba en un curso en Zaragoza. Y el policía de seguridad había salido afuera a saludar a un amigo al que vio cuando pasaba por delante del Seminario. Lasaosa había de recoger unos sobres con Oficios destinados al juzgado. Esa tarea la realizaba cada día desde que lo apartaron de los turnos y solo tenía que colocarse los sobres debajo del sobaco y caminar los veinte minutos que había desde el paseo de la Constitución hasta la calle el Ferial. Allí entregaba los sobres en mano y regresaba tranquilamente, deteniéndose, en

contadas ocasiones, en algún bar. De lo que sabía de Lasaosa es que no era bebedor, afortunadamente para él.

A las once hubo de recoger los sobres, pero el policía de judicial no se acordó

de bajarlos al puesto de seguridad, de donde los recogía, sino que los dejó arriba encima de su mesa. Desde lo que ocurrió allí esa noche, Rosendo había desarrollado una incomprensible fobia a subir a la primera planta del Seminario,

pero pensó, según me contó cuando lo entrevisté, que la de ese día era una buena

oportunidad para quebrantar ese temor. Así que decidió subir hasta la primera planta y recoger los sobres que el policía de judicial había descuidado sobre la mesa.

El policía de la puerta terminó de conversar con su amigo y se metió de nuevo

en la comisaría. Ordenó los dos periódicos que había sobre el mostrador y cogió

dinero del bolsillo de su chaquetilla para sacarse un café de la máquina. Estaba

en esa tarea cuando escuchó unos gritos provenientes de la primera planta del Seminario. Lo primero que hizo, muy profesional, fue avisar por la emisora al coche patrulla para que se aproximara a comisaría lo antes posible. Cuando los

agentes accedieron a la primera planta dieron aviso a los servicios de emergencia para que desplazaran una ambulancia al Seminario. Lasaosa yacía tendido boca

arriba en el rellano de la primera planta y su boca espumaba. Sus ojos permanecían abiertos, pero por su mirada ya no era él. Era como si un Ente oculto lo hubiera poseído y quién había allí, tendido, no fuese el mismo policía

que momentos antes subió a la primera planta.

A Mar Vilas ya le habían encargado que redactara el expediente médico de Rosendo Lasaosa. Y, aunque lo tenía muy avanzado, el desplome de ese día no

supo como encajarlo en su perfil psicológico. Me confesó que en esos momentos

se sintió aturdida por todo lo que estaba ocurriendo en el Seminario de Jaca y por su incapacidad de darle una explicación científica. Solicitó una autorización a la Jefatura de Aragón, mediante un escrito motivado al

Comisario Provincial de Huesca, para que permitiera practicar una regresión a Lasaosa. Cuando lo propuso, o la primera vez que lo hizo, me dijo que percibió en la mirada del Comisario cierta animadversión hacia su ofrecimiento. Según supe después, extraído de la conversación que mantuvimos, para el Comisario Herrero la regresión era una terapia consistente en la vuelta al pasado del paciente mediante la hipnosis. Al escuchar que mencionaba la «vuelta al pasado» con sorna, comprendí que para el jefe esa práctica quizá estaba relacionada con un retroceso a «vidas anteriores».

Después de deshacerse en explicaciones, Mar consiguió que el jefe comprendiera que era un procedimiento médico, perfectamente estudiado, y cuya finalidad era atajar la dolencia de Lasaosa, que en esos momentos ya rozaba el límite de la cordura. Para iniciar el experimento necesitaba una autorización explícita y por escrito del Jefe Superior. Pero en la Administración se hace o no se hace algo según el dispendio económico que suponga. Les convenció de que llevar a cabo la hipnosis de regresión era barata y también les

quiso explicar que no supondría un descalabro psíquico para la turbación de Lasaosa. Esto último pareció importarles bien poco, ya que lo que primaba en la

Corporación era que no hubiese costes inexplicables. La salud o el bienestar de

los policías era lo de menos. Siempre lo ha sido.

Mar me reconoció que se mantuvo al margen de la experimentación con Lasaosa, porque en esos momentos no creyó que le afectara lo que estaba ocurriendo en el Seminario. De hecho, no creyó nada, y supuso que todo era debido a un comportamiento errático de la mente del objeto de su investigación

y que se subsanaría tan pronto pudiera entrar allí y averiguar qué es lo que le estaba ocurriendo. Era un hecho probado y contrastado que las dos recaídas que

le llevaron a la inconsciencia se produjeron en los primeros peldaños de la escalera que lleva desde la primera a la segunda planta del Seminario. Sea lo que fuese lo que había allí, conseguía que un hombretón de cincuenta y cuatro años

se desplomara como una marioneta a la que le cortan las cuerdas, e

invariablemente en el mismo lugar. Los síntomas médicos siempre coincidían con temblores, irritabilidad, miedo y balbuceos. Parecía que Lasaosa no fuese capaz de explicar qué le había ocurrido y por qué se desplomaba a peso en el suelo. Los intentos de la psiquiatra de hacerle hablar fueron estériles, y comprendió que no era porque Lasaosa no quisiera colaborar, sino porque ni él

mismo sabía lo que había ocurrido. O no lo sabía o no se atrevía a contarlo.

La mofa y las burlas de los compañeros no ayudaron a la recuperación del veterano agente, y dado que en un año pasaría a la situación de Segunda Actividad dentro de la policía, la Dirección había determinado que estuviera de

baja durante ese tiempo. Desde el punto de vista administrativo el problema se había solucionado. Pero, y no podía ser de otra forma, a Mar lo que le interesaba era el asunto médico. Y, he de confesarlo, para entonces ya me intrigaba sobremanera el misterio del Seminario, las recaídas de Lasaosa y el extraño y misterioso hombre del sótano, del que hablaré más adelante.

Capítulo 14

Lo cierto es que no sé por qué acepté el ofrecimiento de Eulalio Ferra de dirigir una unidad dentro de la policía con un único integrante: yo. La Unidad De Asuntos Ocultos (DAO) no existía en el organigrama de la policía nacional española, y no creo que exista en ningún organigrama de ninguna policía del mundo. Era una unidad ficticia fruto de la mente innovadora del comisario

Ferra.

Esa unidad había nacido con nosotros y se extinguiría con nosotros. Y lo que era

peor: nada de lo que hiciese dentro de ese departamento trascendería. Me sentía

como un niño que hace algo importante y nadie se entera. Y sabía que pasados

los años nadie me creería. Nadie creería que hubo un tiempo en que comandé una Unidad de Asuntos Ocultos dentro de la Policía Nacional española.

Después de lo de Girona, donde investigué la presencia de entes extraños en el

edificio de la Subdelegación de Gobierno, el comisario Ferra me citó de nuevo

en un bar, lugar ya acostumbrado para nuestros encuentros furtivos. En esta ocasión habíamos quedado en el acceso de la estación de Atocha. Frente a la puerta donde había la figura de un niño, un cabezón enorme que casi daba miedo. Nada más entrar había un pequeño bar donde preparaban desayunos

rápidos y café bastante decente.

—¿Te gusta el barullo? —saludé a Ferra cuando se sentó en la mesa.

En nuestras reuniones yo siempre era el primero en llegar. De hecho yo siempre llegaba el primero en cualquier reunión. No recuerdo haber sido impuntual jamás. Rechazaba la impuntualidad y odiaba a los impuntuales.

—Recuerda, amigo Dupont —me dijo—, si quieres mantener una reunión clandestina, hazlo en un lugar concurrido. Nadie sospechará de ti. Los despachos

son los peores sitios para ocultar algo. Aquí estamos a salvo incluso de grabaciones.

Precisamente, años después de nuestra conversación, un Ministro del Interior

del gobierno de Rajoy tuvo serios problemas cuando le grabaron diciendo lo que

no tenía que decir en su propio despacho.

—¿Qué te apetece? —consultó mirando su reloj de muñeca.

Supuse que Ferra quería pedir nuestras consumiciones enseguida, para evitar

que la camarera, una chica sudamericana de unos treinta años, estuviera interrumpiéndonos mientras conversábamos. Ferra era así: pragmático.

—No tengo hambre —respondí—. Un café solo estará bien.

El comisario levantó la mano y llamó a la chica, pero ella no debió vernos, quizá atolondraba por el trajín y el ruido de los pasajeros que subían la escalera mecánica de la estación. Ella me miró y entonces yo le pedí nuestras consumiciones en voz alta, sin importarle que el resto de las mesas del bar se enteraran de lo que íbamos a tomar.

—Dos cafés solos —chillé.

La chica se acercó hasta el mostrador y trasladó la petición a un chico, también sudamericano, que estaba preparando los desayunos detrás de la barra.

Por sus miradas de complicidad no podían ocultar que había algo entre los dos.

En ese momento desvié mi atención hacia las escaleras mecánicas que subían desde la estación, observando a tres tipos de aspecto patibulario. Yo los miré, pero ellos ni siquiera repararon en nosotros. Las apariciones en televisión y prensa de Eulalio Ferra eran frecuentes. Pero a él no parecía importarle y se

paseaba por Madrid a cara descubierta.

—Si los ignoras —me dijo—, ellos también te ignoran.

—¿Perdón?

—Sí. He visto como te has fijado en esos tipos de la escalera —anotó mientras

extraía su monedero del bolsillo de su pantalón—. Cuánto más te fijes en la gente, más se fijará ella en ti.

Ferra se había empapado de una misteriosa mundología que sabía exportar en

cada una de sus explicaciones. Para mí era como un profesor sabelotodo que tiene respuesta para cualquier eventualidad. Lo cierto es que me sentía reconfortado con su presencia.

—He leído tu informe de lo de Girona —comenzó a hablar cuando la chica se

retiró después de dejar los cafés en nuestra mesa—. Supongo que lo has anotado

todo —susurró.

—Sí, claro —me contrarié.

En los informes que había redactado hasta entonces de mis misiones dentro de

la UDAO nunca había ocultado nada. Ni siquiera eran informes que yo valorara

o que incluyera mis impresiones personales. Esos informes eran secretos y solo

tenía acceso a ellos el DAO, en este caso Eulalio Ferra. Lo cierto es que no

servían para nada. Ni siquiera eran documentos oficiales, sino que eran comunicados por escrito del resultado de mis investigaciones.

—¿Qué es lo peor que le puede pasar a alguien? —me preguntó mientras abocaba el sobre de azúcar en su café.

—No te entiendo.

—Sí, Dupont. ¿Qué es lo que más teme la gente?

—Perder su trabajo —respondí.

Ferra soltó una estruendosa carcajada que no inmutó a ninguna de las mesas de alrededor. Era fascinante estar hablando en una terraza de una cafetería de la estación de Atocha, porque podías chillar, hacer aspavientos o morirte allí mismo y nadie se percataría hasta que no hubieran pasado unas horas. La gente vivía su vida dentro de una burbuja ajena a lo que ocurría alrededor.

—No me refería a eso —se quejó el comisario mientras acercaba la taza hasta sus labios. Dio un pequeño sorbo, el café estaba aún muy caliente—. Mi pregunta iba en un sentido más amplio, me refiero a lo que teme la gente en general, en cualquier parte del mundo, cualquier tipo de gente, de indistinto estrato social, de diferente cultura.

—No sé. ¿La muerte?

Todas las mesas de la cafetería estaban llenas. La camarera se había sentado en un taburete, erguida como una escoba, y oteaba el horizonte en busca de nuevos clientes. En ese instante cualquier movimiento imperceptible de un cliente la pondría alerta.

—La muerte nos llegará a todos —dijo—. Todos estos que nos rodean, los que

suben por la escalera y hasta esa camarera. —Torció el cuello señalándola con la

barbilla—. Todos, absolutamente todos morirán. Pero lo que teme la gente es el

mismo miedo. No hay nada más horrendo y que de más miedo que el miedo. Y lo peor es no ponerle cara al miedo.

Sonreí. No podía hacer otra cosa con la conversación de Ferra, porque precisamente era la reproducción exacta de una conversación que había tenido tiempo atrás con Ainhoa. Justamente en el mismo momento que le dije que Ferra

me había ofrecido trabajar para esa nueva Unidad que estaba creando dentro de

la Policía Nacional.

—Y tú, Dupont, ¿a qué tienes miedo?

En ese instante rebusqué en mi memoria una respuesta a su pregunta. Fueron unos segundos, quizá unas décimas de segundo. Pero suficientes como para que

un recuerdo de mi infancia transitara por mi memoria como un mal sueño recurrente que cuesta explicar una vez despierto. Y vi esos conejos que mataba

mi padre en la cocina cuando era pequeño, golpeándoles en la nuca hasta que morían. Temblando, aferrándose a la vida con la incomprensión de un animal desvalido que no entiende lo que está ocurriendo. Con miedo. Esos conejos morían aterrorizados. Rememoré cuando mi madre los abría por la mitad con un

cuchillo de cocina y les extraía las vísceras que arrojaba al suelo sobre un papel parafinado. Mi recuerdo se empapó del olor de las tripas del conejo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con semblante serio.

—Sí, sí. Hay mucho ruido aquí —dije como excusa—. Supongo que tienes razón: tengo miedo a tener miedo.

—El miedo nos paraliza. Nos inmoviliza. No nos deja pensar y nos apresa como el abrazo de un luchador de sumo del que no te puedes zafar —siguió explicando—. Las personas que están en lugares donde dicen que hay fantasmas

no ven a esos fantasmas. No los ven porque no existen, pero tienen miedo a verlos. Y eso es lo terrible, el miedo a tener miedo. Esos policías de Girona pensaron que quizá sí que había fantasmas en la Subdelegación de Gobierno.

Pensaron que quizá sí que estaban allí, ante ellos, y comenzaron a tener miedo a

verlos. Pensaron que no sabrían cómo actuar si algún día veían a esos fantasmas.

No nos entrenan para eso, Dupont. No nos preparan para enfrentarnos a los fantasmas de nuestros recuerdos, a nuestro pasado, a nuestra infancia. Si por esa escalera mecánica —Señaló con la barbilla a la escalera que había detrás de mí

—, subiera ahora mismo un terrorista, nosotros sabríamos cómo actuar. Nos han

entrenado para eso, Dupont. Sabemos como enfrentarnos a un terrorista, como inmovilizarlo.

En ese momento subía una chica de rasgos hermosos cuyos rizos rubios le caían sobre los hombros, desordenados y rebeldes. Sus ojos azules nos miraron.

Al llegar a la parte de arriba de la escalera extrajo un teléfono móvil de su bolso y se dispuso a llamar a alguien.

—Supongo que tienes razón —le dije.

—No lo supongas, Dupont. Tengo razón —aseguró con suficiencia—. Si por esa escalera subieran monstruos, un zombie, vampiros o entes fabulosos...

Entonces no sabríamos cómo actuar y nos devoraría el miedo. Pero nuestro enemigo no serían ellos. No, nuestro enemigo sería nuestro propio miedo.

Capítulo 15

Y cuando Lasiosa se disponía a abandonar los calabozos del Seminario de Jaca para dirigirse de nuevo a su puesto de seguridad, es cuando se apagaron todas las luces del pasillo de acceso a la celda de los menores de edad. Esa celda estaba situada justo antes de acceder al calabozo principal, donde se encerraban

a los detenidos menores para que no se mezclaran con el resto de reclusos. Pese

a la provisionalidad de la comisaría la Ley obligaba a que se contemplara un mínimo de garantías. Cuando le pregunté por ese repentino apagón, el policía me

dijo que supuso que había saltado el diferencial y por eso se apagaron los tres fluorescentes. La instalación eléctrica no soportaría el exceso de

electrodomésticos nuevos: máquina de café, ordenadores, impresoras y

bombillas. La provisionalidad de las nuevas dependencias, para albergar la eventual comisaría de policía, no había tenido en cuenta la adaptación de la instalación eléctrica o de la fontanería al nuevo uso que se le iba a dar al edificio.

En seguridad le había sustituido un policía de nueva promoción con unas patillas a lo *rocker*, muy pasadas de moda. A él no le podía preguntar dónde estaba la caja de contadores para restablecer la luz de los fluorescentes de las celdas de los menores, pero sí que le podía pedir que le continuara sustituyendo

mientras que Lasaosa encontraba esa caja, que se figuró estaría por algún lugar no muy escondido del Seminario.

—¿Te importa quedarte un rato más? —le preguntó en tono suplicante—. Se han apagado todos los fluorescentes del pasillo de los menores —mencionó casi de pasada.

—No hay problema —le dijo mientras que se peinaba una de las patillas en un gesto maniático y repetitivo. Lasaosa me insistió mucho en lo de las patillas cuando hablé con él, evidentemente ese gesto le molestaba sobremanera.

El policía de las patillas cogió una revista de coches que había en una de las

estanterías de la mesa del puesto de seguridad. A partir de ahí todo lo acontecido lo tuve que reconstruir a través de las declaraciones de los policías, especialmente de Lasaosa, el principal implicado. Por lo visto se subió al montacargas que hacía las veces de ascensor, viendo las patillas del *rocker* mientras pasaba las páginas buscando el coche de sus sueños.

Cuando se cerró la puerta del elevador pensó en qué clase de nuevos policías

estaban llegando. Ya no sabía si eran mejores esos dos caimanes que habían detenido al rumano, o esa sangre nueva que arrastraba la moda *retro* en su estética. Me explicó que recordaba especialmente esa noche cualquiera de un día

cualquiera con un detenido que no era cualquiera, porque debió distraerse en demasía con sus pensamientos, mientras que el viejo montacargas bajaba hasta el

sótano del Seminario, donde suponía que estaban todas las cajas de contadores

eléctricos del edificio. Y cuando digo que se debió distraer mucho me refiero a

que cuando el ascensor se detuvo él albergó la sensación de que llevaba mucho

tiempo en su interior. Parecía como si hubiera estado encerrado en esa cabina varias horas mientras que el elevador se deslizaba lentamente recorriendo el único nivel de distancia que había entre el vestíbulo principal y el sótano.

Comentaron que cuando pintaron y adecentaron el Seminario, para utilizarlo como comisaría, los obreros descubrieron un elevador del que no se tenía conocimiento hasta entonces. Echando mano de unos planos antiguos del

edificio descubrieron que ese elevador se había instalado a finales de los años ochenta, con el único fin de utilizarse como transporte de mercancías, ya que el

acceso al sótano era laberíntico e intrincado a través de una escalera de caracol interna por donde no cabían dos personas a la vez. Comprobaron que la cabina

estaba en buen estado y que los cables resistirían su uso. Solo fue necesario cambiar el motor eléctrico por uno más potente y advertir que ese elevador no estaba preparado para transportar personas, solo mercancías. Y así lo indicaba un cartel que colocaron en la puerta y en el interior.

Pero Lasaosa no hizo caso y bajó al sótano utilizando el ascensor. La puerta se

abrió y reconoció en su tez el frío de los lugares lúgubres, que contrastaba con el calor que había en la superficie. Cerca de la puerta había una escalinata que conducía al cuarto de los contadores. Bajó las escaleras de una en una, como si

no quisiera llegar jamás al final. Como si prefiriera seguir allí, en esas escaleras, antes que llegar a su destino. Hacía frío y de su boca surgía una columna de vaho blanquecino que en cierta manera le aliviaba. Después del

último peldaño había

un estrecho y largo pasillo que conforme avanzaba se tornaba más oscuro. Una puerta metálica pintada de azul cobalto le indicó que había llegado a su destino.

Yo sentí miedo cuando Lasaosa me contó su experiencia, pero no percibí el miedo en su voz mientras él hablaba.

En su declaración recordó que no había ruido, tan solo un inquietante silencio

que se rompía momentáneamente con el palpitar de su corazón. Ni siquiera se escuchaba, a través de la puerta de hierro, el sonido de algún tipo de maquinaria que le indicara que allí había un motor, un rotor o cualquier otro artilugio necesario para el funcionamiento de la comisaría. Una bombilla led que dejó atrás, en el último peldaño de la escalera, era el único haz de luz que iluminaba el pasillo, que parecía que se estrechaba conforme caminaba hacia el final. La puerta no tenía cerradura, y eso fue lo más estremecedor de todo. Una puerta cerrada sin cerradura es una señal inequívoca de que la puerta solo se abre por

dentro. Lo que a su vez significa que siempre ha de haber alguien dentro para abrirla. Su rostro se apesadumbró y estuvo a punto de salir huyendo de allí, de

subir las escaleras de dos en dos, o de tres en tres, y montar de nuevo en el elevador y regresar a su puesto de seguridad. Llegó a imaginar que era preferible mil veces estar en seguridad aguantando al policía joven, mientras se peinaba sus largas patillas, que permanecer allí sumergido en ese insoportable sótano. Llegó

a pensar tantas cosas que no se dio cuenta de que el tiempo iba pasando y su corazón se detuvo unos instantes cuando la puerta se abrió. Recuerdo con qué estremecimiento me lo contó. Lo recuerdo como si hubiese sido hoy mismo. Me

dijo que la puerta se abrió sin emitir ningún sonido. Con sus gruesos goznes

aceitados. Sin un quejido de su armazón. La puerta cedió como si siempre hubiera estado esperando a que él llegara. Y no salió huyendo. Se quedó allí, impertérrito. Esperando a que del interior del sótano surgiera alguien. O algo.

—Es la primera vez que veo a un policía uniformado por estos lares —se escuchó una voz demasiado fina para la corpulencia de la persona de donde provenía.

En la penumbra vislumbró una barbilla triangular que se perfilaba en una perilla perfectamente recortada, y que terminaba en su extremo inferior en una punta tan afilada que pensó se podía haber cortado un trozo de jamón con ella.

Después de hablar se quedó estático en la misma posición, como si estuviera calculando hasta dónde podía traspasar la puerta antes de que Lasaosa reculara.

Ladeó la cabeza y dejó que la luz de la bombilla led, que había a su espalda, refractara en sus ojos, que, en un principio, le parecieron negros, tan negros como dos aceitunas revestidas de una capa de cera que las brillantara.

Lasaosa

no recuerda si aquel sujeto pestañeó, aunque es posible que lo hiciera en algún momento y él no se diera cuenta. Estaba tan ofuscado con su barbilla puntiaguda

que no reparó en nada más. No lo recuerda porque su mirada se repartía entre su

boca y sus ojos. Tenía los dientes tan blancos que incluso llegó a pensar que se trataba de una dentadura postiza. El anacarado esmalte resplandecía bajo una perilla negra como la pez. Le llamó la atención su cara de un color blanco pálido, con un tono de marfil sucio y con pocas arrugas.

—Supongo que mis compañeros no han sido tan osados como yo en la búsqueda de la caja de contadores de la luz —respondió el policía como explicación a su estancia en el sótano.

Él lo miró de nuevo con unos ojos renovados, como si detrás de aquellas pupilas profundas no hubiera una persona, sino cientos de ellas que se intercambiaran según la necesidad de conversación que tuvieran en cada

momento. En ese instante le pareció un hombre hermoso. Y no porque expeliera

belleza por las formas de su cuerpo, pero sin embargo de la cabeza a los pies irradiaba sensualidad.

—Bajar al sótano del Seminario no es una cuestión de osadía —afirmó mientras retrocedía de forma sibilina, invitando al policía a entrar en su cuarto

—. Es más un ejercicio de rebeldía. —Lasaosa arrugó la mirada y el hombre del

sótano comprendió que debía explicarse—. Sí, los sótanos son lugares lúgubres,

oscuros y tétricos. Desde niños los tememos; incluso aunque estén bien

iluminados, porque los sótanos nunca son espacios diáfanos y limpios. ¿No siente usted miedo? —le preguntó mientras el policía seguía su mirada para ver

si sus ojos caían sobre su arma, donde había apoyado la mano derecha.

—¿Miedo? ¿De qué habría de tener miedo?

Del interior de su refugio surgía un perfume agradable. Al principio creyó que

era sándalo, pero pasados unos segundos su aroma se difuminó y ya no era capaz

de aventurarse a decir qué era aquel perfume que alteraba sus sentidos de una forma exponencial. No respondió y Lasaosa no insistió en la pregunta.

—Bueno, bien —chasquéo la lengua—. ¿Sabe usted dónde está la caja de contadores? Arriba, en el pasillo de los calabozos nos hemos quedado sin luz.

—¿Calabozos? ¿Se refiere usted a un lugar dónde se encierra a las personas?

—inquirió el hombre del sótano con un cinismo que no le pasó inadvertido al policía.

—Sí, un calabozo. Eso es lo que he dicho. ¿Sabe dónde está la caja de contadores de la luz? —repitió la pregunta, molesto por las evasivas de su interlocutor a responder.

—Sí, sí, suele pasar muy a menudo. —Sonrió afable—. Es una sobrecarga de

tensión porque hay demasiadas cosas conectadas al mismo tiempo. No se

preocupe —le tranquilizó—, ahora mismo subiré la palanca del diferencial para

que regrese la luz a su calabozo.

Sus ojos se habían adaptado a la penumbra y ahora era capaz de percibir sus

facciones al completo. Su rostro le era familiar y desconocido al mismo tiempo.

Era una sensación extraña, pero que no le incomodaba, al contrario, en aquel sótano había un inquietante confort.

—Gracias —le dijo mientras se daba media vuelta para regresar a las escaleras.

—Tus compañeros han detenido de nuevo a Cosmin Antonescu, ¿verdad? —le

preguntó justo cuando había puesto su pie derecho en el primer peldaño de la escalera.

El policía no se giró. No quería que él viera sus ojos mientras pensaba la mejor respuesta para darle. ¿Cómo sabía él que el detenido era Cosmin? ¿Cómo

lo sabía si no había estado arriba, en los calabozos? Aquel chico demasiado joven como para ser un operario de mantenimiento del sótano del Seminario reconvertido provisionalmente en comisaría, hablaba como un policía, pero él sabía que no era policía. Lasaosa llevaba ya diez años en seguridad en la

comisaría de la Avenida Zaragoza de Jaca y varios meses allí y, que supiera, la única puerta de acceso al edificio del Seminario era la que precisamente custodiaba. Nadie, absolutamente nadie, podía entrar o salir del edificio sin pasar por delante del puesto de seguridad. Un sencillo mostrador de poco menos de dos metros de ancho por uno de profundidad, donde se ajustaban mal colocados

seis monitores conectados a las cámaras del perímetro. Nada escapaba al ojo observador del policía de seguridad. Había cámaras repartidas por la puerta de acceso, las calles laterales, el aparcamiento trasero que daba a la Ciudadela, la máquina de café, los calabozos, la puerta trasera, el vestíbulo y la plataforma donde aparcaban los coches de policía; el policía que estaba en seguridad tenía

una visión global de todo el edificio. Pero sin embargo aquella persona que estaba en el sótano le era parcialmente desconocido, mientras que él parecía que

conocía al policía.

—¿Lo conoces? —le preguntó, después de meditar su pregunta durante un instante.

Luego de formular la cuestión le pareció algo banal. Todo el mundo conocía a

Cosmin. Si aquel empleado, o lo que fuese, trabajaba en la comisaría, no era de

extrañar que conociese al rumano; hasta las mujeres de la limpieza lo conocían.

Todo el mundo conocía a Cosmin Antonescu.

—Sí, claro que lo conozco —protestó como un niño del que se dudara si sabía

o no la lección—. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Lo conozco antes de que fuese un delincuente, incluso antes de su primera detención.

En ese momento pensó Lasaosa que el hombre del sótano le mentía. Él era algo más joven que Cosmin, al menos en apariencia, ya que las personas que beben y fuman en exceso suelen aparentar más edad de la que tienen. Era imposible que lo conociera desde antes de delinquir, ya que el rumano se había

iniciado en la delincuencia recién llegado a España, y de eso hacía ya diez años.

—Fíjate si lo conozco —le tuteó—, que sé cosas de él que nadie sabe.

—Ah, sí. ¿Como qué? —Lo retó.

—Como el atropello.

—¿Qué atropello? —le preguntó.

—Ves, tú tampoco sabes lo del atropello. —Pareció burlarse del policía.

—Bueno, te dejo —el policía lo tuteó también—. Tengo que regresar al calabozo a comprobar si ha vuelto la luz y luego reincorporarme a mi puesto de

trabajo.

Lasaosa esperó en el escalón la réplica que proviniera del interior de aquella

habitación oculta en el sótano. Pero el encargado del mantenimiento no habló.

Cuando se giró ya había cerrado la puerta. Había desaparecido como un mal sueño cuando rompe el alba.

Capítulo 16

La primera conversación que mantuve con el comisario Ferra, para anticiparle

las novedades y avances de mi investigación en el Seminario de Jaca, hizo que aflorara su inquietud por los sucesos objeto de mi estudio.

—Ferra —le dije nada más escuché que descolgaba—, ¿puedes hablar?

Era una pregunta inocua, ya que Ferra siempre estaba en disposición de hablar. Le llamara cuando le llamara siempre respondía. Y sus primeras palabras

siempre eran las mismas, también:

—Dupont, ¿qué hay de nuevo?

—Ya he contactado con nuestro hombre —le avancé—. Se llama Rosendo Lasaosa...

—¿Tiene familia? —me interrumpió sin dejar que terminara de hablar.

—¿Familia? ¿No te entiendo? ¿Por qué quieres saberlo?

—Dupont, no me seas ingenuo. A veces pienso que no te han servido de

nada

mis instrucciones en el pasado. Has de considerar aceptar mis enseñanzas como

válidas y útiles. Para conocer a alguien primero has de conocer a su familia. Ese hombre del que me vas a hablar, Lasaosa, tendrá unos padres, unos hermanos, una mujer y, posiblemente, unos hijos. ¿Sabes algo de ellos?

—No. Aún no he llegado a ese punto —justifiqué. Ferra había conseguido que

me sintiera culpable—. ¿Tan importante son sus antecedentes familiares?

—Claro, amigo Dupont. Claro que lo son. Siempre lo son. Un hombre es fruto

de su pasado. Conociendo a sus padres y a sus hermanos hallaras rasgos de su personalidad que podrás explicar de forma genealógica. Ese policía tiene miedo...

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Que tiene miedo.

—Lo sé porque el miedo es el origen de todas nuestras frustraciones. El miedo

es la causa del porqué y del qué. Lo que le ocurre a ese policía es fruto del miedo.

—Vale, vale —acepté sus palabras como válidas—. Pero no comprendo por

qué debo indagar sobre su familia para atajar o comprender ese miedo.

—Sé que me vas a decir que Lasaosa está recreando algo en sus recuerdos

que

trasvasa lo materialmente creíble. —Ferra hablaba como si conociera a Lasaosa

—. Y esa recreación es originada en un miedo a un hecho del pasado. Los miedos siempre se refieren al pasado. Y el miedo pasado es el que genera el miedo al miedo, que no es ni más ni menos que el miedo al futuro.

En ocasiones me desesperaban los galimatías del comisario Ferra, pero tenía

que rendirme a sus discursos filosóficos porque rara vez le faltaba razón.

—Sí, precisamente te iba a hablar de Lasaosa.

—¿Sabes qué le ocurre?

—Aún no, pero sé lo que hace, lo que ve y lo que piensa.

—Adelante. —Me animó a que hablara.

—Ha conocido a un extraño hombre que trabaja en el sótano de la comisaría

—comencé a explicarle—. Ese hombre está ahí, escondido, pero nadie lo ha visto, ni siquiera Lasaosa, que asegura que es la primera vez que lo ve. Han conversado, y el extraño hombre del sótano le ha hablado de Cosmin Antonescu.

—¿Cosmin Antonescu? ¿Quién es?

—Es un delincuente de poca monta de aquí de Jaca, que ha sido detenido infinidad de veces por beber, peleas y agredir a policías.

—¿Por qué ese hombre del sótano le ha mencionado al policía la existencia de

ese rumano?

—Eso es lo que te iba a explicar —le dije impaciente. Ferra conseguía que me

aturullara y no contara las cosas tal y cómo quería contarlas—. Lo que le ha dicho el hombre del sótano a Lasaosa es más importante de lo que podíamos pensar en un momento. Ese rumano, por lo que parece, está implicado en un crimen.

—¿Un crimen? Eso es terrible —clamó el comisario.

—Sí, lo es. Y más porque se trata de un atropello de una chica de Jaca. El rumano la atropelló y luego se dio a la fuga.

—¿Lo han detenido?

—No. Eso te quería contar. El rumano es el autor del atropello, pero todavía

no lo sabe nadie.

—Ahora soy yo el que no te entiendo, Dupont. ¿Por qué no lo sabe la policía?

—Eso aún no lo sé —dije con impotencia—. Todavía estoy en fase de recopilación de datos. Hasta el momento solo he mantenido amplias conversaciones con Lasaosa. Y la información que te acabo de transmitir la he sacado de las conversaciones que a su vez ha mantenido Lasaosa con el hombre del sótano.

—Cuidado, amigo Dupont. Cuidado con ese hombre del sótano. ¿Lo has visto?

—No. Pero existe, de eso estoy seguro.

—No podemos asegurar que lo que no vemos existe, de la misma forma que no podemos estar seguros de que existe lo que vemos.

Ferra y sus frases lapidarias, me dije.

—El hombre del sótano existe porque lo que dice es verdad —solté como si me hubiera convertido en un consumado filósofo existencialista—. Ya sabes, Ferra, pienso luego existo. Y si lo que dice el hombre del sótano es verdad, entonces quiere decir que existe. Además, yo no dudo ni un instante todo lo que

Lasaosa me cuenta. Da detalles suficientes como para creérmelo todo.

—Sabrás si miente o no en cuanto te hable del hombre de la buhardilla.

—¿El hombre de la buhardilla? Venga, Ferra, no estoy para bromas.

—No bromeo, amigo Dupont. Sabes que nunca bromeo con estas cosas. Si

Lasaosa te habla en algún momento de un hombre que está en la parte de arriba de la comisaría, entonces puedes dar por hecho que miente. Y no porque él te quiera mentir, sino porque le traiciona su subconsciente. De mi experiencia te puedo decir que el hombre del sótano es una representación. Ese hombre es una

conceptuación del mal.

—¿El mal? ¿Por qué el mal quiere hacer el bien? —contravine.

—Digo el mal porque está en el sótano, en un lugar lúgubre. El mal siempre campa por las zonas oscuras de nuestra consciencia. El contrapunto es el hombre

de la buhardilla, porque las buhardillas siempre están arriba. Seguramente,

cuando te hable de él, te dirá que está en el desván o en el altillo. Si es así es porque Lasaosa ha recreado en su mente la lucha entre el bien y el mal.

—Sí, bueno, eso ya lo había pensado —le dije con suficiencia—. Es de una lógica aplastante, pero lo que no comprendo es por qué el hombre del sótano, que según tú, representa el mal, habría de dar información para hacer el bien.

—¿De verdad crees que todo lo que ha dicho el hombre del sótano es para hacer el bien? Es más, amigo Dupont, ¿de verdad tenemos clara la diferencia entre el bien y el mal?

—Creo que esto se nos está yendo de las manos —me achanté ante las cuestiones que me planteaba el comisario Ferra.

—Para nada, amigo Dupont, para nada. Sigue ahí, en Jaca. Sigue indagando y hablando con Lasaosa y escucha todo lo que te tenga que decir. Cuando tengas claro lo que ocurre en ese Seminario redacta tu informe y entrégamelo en mano el próximo viaje que hagas a Madrid.

—Así lo haré, comisario —me despedí.

Capítulo 17

Durante las primeras semanas de llegar a Jaca, cuando Cosmin Antonescu ya

había desaparecido, mi primera impresión es que no debía fiarme de nadie. Pero

si tenía que hacer caso a alguien, esa era, con toda seguridad, la psiquiatra. Mar Vilas había sido contratada dos semanas antes de que yo comenzara a trabajar en

el caso, para realizar una consulta, digamos rutinaria, a los policías destinados

en el Seminario de Jaca. En ese sentido me llevaba la delantera y sabía más cosas

de allí de las que yo sabía. Sin embargo su ayuda fue esencial para recabar datos y planificar el estudio del que comenzamos a conocer como «Asunto Lasaosa».

En mi quehacer de ordenar los sucesos de forma cronológica, que es la manera natural de ordenar los acontecimientos, decidí anotar en una libreta todo lo que

iba averiguando. Lo hice principalmente para facilitarme la tarea de conectar los hechos entre sí, porque sabía, sin duda alguna, que todos los hechos tenían relación. Esa concatenación de acontecimientos era una de las máximas que esgrimía el comisario Eulalio Ferra, al que en alguna ocasión le había escuchado

decir aquello de que «*Dios no juega a los dados con el universo*». Su explicación versaba en que todo, absolutamente todo, tiene relación y obedece a

un plan maestro que se nos escapa de nuestro entendimiento. Evidentemente, Ferra no era creyente, nunca lo creí, pero sí que era místico y buscaba explicaciones inexplicables a todo lo que acontecía en nuestro entorno.

En mis anotaciones constaté que lo primero que había ocurrido en Jaca fue el

traslado de los agentes a la nueva comisaría del Seminario, mientras que la antigua estaría en obras durante un tiempo sin determinar. Hasta ese momento no

había ocurrido nada destacable en la ciudad que necesitara de la intervención de

una psiquiatra y de un experto en asuntos extraños. El traslado de toda la comisaría fue en enero de 2015 y duró un par de semanas, entre una cosa y

otra.

Personalmente, a mí, lo de mover toda una comisaría en tan solo dos semanas me parecía un prodigio. Luego hubo un par de semanas más en que los agentes se terminaron de adaptar y solventaron ciertas carencias, como problemas en las

cámaras de seguridad, acomodamiento, comunicaciones e inquietudes, muchas

inquietudes. La primera de ellas fue el desvanecimiento de Lasaosa, al que ya me he referido anteriormente, y que propició la contratación de Mar Vilas, psiquiatra experimentada que debía tratar no solo a Lasaosa, sino a los otros policías, con el fin de evitar que cundiera el miedo a trabajar en el edificio del Seminario, algo que sería terrible en el caso de que llegara a suceder.

El desmayo de Lasaosa fue a finales de febrero y Mar llegó unos diez días después. Y aunque no he hallado ningún documento con la fecha exacta, porque

parece que hubo una demora en la solicitud de la psiquiatra y un atraso en su viaje, calculo que ella debió incorporarse a principios de marzo. Así me lo dijo y así debo creer que sucedió.

Cuando Cosmin fue detenido, Mar ya estaba trabajando en la comisaría, y las

pesquisas posteriores de Lasaosa para averiguar por qué el rumano tenía tanto miedo, desembocaron en su desaparición. Y la muerte de la joven Elisa, la desaparición del rumano y las visiones de Lasaosa, fueron las que forzaron a que

el Director Adjunto Operativo me enviara a Jaca a averiguar qué coño estaba ocurriendo en esa comisaría.

Cuando yo llegué, Mar Vilas ya había practicado unas sesiones de hipnosis regresiva a Lasaosa con el fin de averiguar por qué se desvanecía siempre en el

mismo lugar de la comisaría y descartar, desde un punto de vista médico, que en

el Seminario estuviese ocurriendo algo sobrenatural. Evidentemente tuve acceso

a los informes y los estudié a fondo, tratando de recabar la personalidad psicótica de Lasaosa. Mi interés de entonces radicaba en la probabilidad de que el policía

hubiera estado envuelto en más hechos similares, anteriores a los acontecidos en

esos meses convulsos e inquietantes que pasé en Jaca.

Las sesiones de hipnosis regresiva que le practicó Mar Vilas a Rosendo Lasaosa se iniciaron un miércoles por la tarde y concluyeron un viernes. En total tuvieron tres encuentros; aunque el único que dio sus frutos fue el segundo, el del jueves, según había anotado la psiquiatra en su concienzudo informe.

Escogió un miércoles como primer día porque el lunes no era idóneo para realizar ningún tipo de terapia; los lunes no son buenos para nada. Y aunque no

trabajemos o estemos desempleados, lo asociamos a un reencuentro con algún aspecto que nos disgusta. Todo lo contrario a lo que ocurre con los viernes o los sábados, que los conectamos con recuerdos agradables o de diversión.

Para una

sesión de hipnosis regresiva era menester que Lasaosa no estuviera ni decaído ni

distraído.

A Mar le costó convencerlo de que se sometiera a las hipnosis de forma voluntaria, ya que era importante que él colaborara de forma activa. De otra forma no hubiera obtenido ningún resultado fiable. Lo primero que le llamó la

atención de Lasaosa, era su desconfianza a hechos banales, en los que aparentemente no debía desconfiar, contrastando con su confianza en situaciones

de las que sí debía desconfiar. La primera vez que le sugirió lo de la hipnosis regresiva, él ni siquiera se inmutó. Parecía como si ya se esperase ese tipo de terapia. O esa fue la sensación que tuvo la psiquiatra, y así lo hizo constar en sus anotaciones, y así me lo comunicó a mí cuando hablamos de ello.

El miércoles, el primer día, habían quedado en un despacho del consultorio médico del doctor Tella, en un piso de la calle del Coso de Jaca. El bloque tenía cuatro alturas y era tan antiguo que ni siquiera disponía de ascensor. Lasaosa

protestó en el segundo rellano, ya que era un hombre corpulento, de amplia barriga, y le costó bastante llegar hasta la última planta. Mar le explicó que esos edificios tan viejos eran anteriores a la normativa de construir ascensores y que en esa época solo era obligado para más de cuatro alturas. Por la expresión de su rostro creyó la psiquiatra que desconfiaba de que le estuviese diciendo la verdad.

Una vez arriba le presentó al doctor Tella, su colaborador durante la terapia, ya que no solo utilizaría su despacho, sino que también necesitaría sus útiles como

un cómodo diván, un proyector de luz ambiente y silencio, mucho silencio. Para

iniciar la regresión necesitaban hipnotizar a Lasaosa. Y creo que no es necesario recordar que la hipnosis está prohibida en el sistema sanitario público español desde el año 1994; aunque más bien debería decir que se excluye en el catálogo

de tratamientos de la sanidad pública. Así que para llevar a cabo la terapia de regresión de Lasaosa, Mar tenía que asegurarse de contar con alguien de su entera confianza, como era el caso del doctor Tella.

Sebastián Tella tenía cuatro años más que Mar, es decir: 46; aunque he de reconocer que cuando lo conocí me percaté que aparentaba ser mucho más joven

de la edad que tenía. Coqueto y remilgado, siempre gesticulaba peinándose su larga y rubia cabellera hacia atrás. Es de los pocos hombres rubios que he conocido que aún conservan todo su cabello. No era muy alto, para ser un hombre, pero su delgadez le hacía ofrecer una altura mayor de la que realmente

tenía. Mar me confesó que lo había conocido en un curso en la Facultad de Ciencias de la Salud de Zaragoza, donde coincidió cuando ella tenía treinta años

y todavía conservaba una figura espléndida y no tenía que ocultar sus piernas con pantalones largos, se había sincerado conmigo sin dejar de sonreír. Sebastián tenía entonces treinta y cuatro y llevaba diez años casado con una chica de Pamplona a la que conoció en unos Sanfermines. Su matrimonio no funcionó a

pesar de que tuvieron dos hijos que se llevaban dos años de diferencia. Siempre

pensé que esos matrimonios que tenían los hijos tan seguidos lo hacían por el simple hecho de buscar un nexo de unión que los mantuviese unidos. Pero por muchos hijos que tengas, si el amor no funciona, es que no funciona. Y punto.

Los dos me dijeron, como si estuviesen compenetrados, que trabajaban en el Centro Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza. Confieso que

cuando me relataron qué es lo que hacían en ese centro, no les presté la mínima

atención. Incluso recuerdo que pensé que entre los dos había un lío amoroso. No

sé, la forma en que se miraban, esas sonrisas furtivas. Pero de lo que sí puedo

estar seguro es que me dijeron que trabajaban en ese Centro Neuropsiquiátrico.

Capítulo 18

A mediados de abril de 2015, cuando ya llevaba un par de semanas en Jaca, viajé un fin de semana a Madrid para visitar a mi mujer. Fue un viaje relámpago,

pero necesitaba desconectar unas horas del trasiego del Seminario. No

comuniqué mi viaje a nadie, y ni siquiera solicité dietas de desplazamiento a la

Dirección General de la Policía. Partí en autobús desde Huesca, donde me llevó

un coche camuflado de la comisaría de Jaca, dejándome en la estación del AVE

de Zaragoza. Desde allí me planté en poco más de una hora en mi casa, para sorpresa de Ainhoa, mi sufrida esposa; ella tampoco se esperaba que fuese a visitarla. Pues a pesar de no saberlo nadie, Eulalio Ferra, el sempiterno Director Adjunto Operativo, me llamó al teléfono de casa para invitarme a cenar el sábado por la noche. Fue tanto mi desconcierto que por esa época comencé a sopesar que me estaban espiando o que me habían pinchado el teléfono o que me

vigilaban, ya que no tenía explicación de cómo sabía él que yo había regresado a

Madrid, aunque solo fuese por unas horas.

Ferra me citó en el Círculo de Bellas Artes, en la madrileña calle de Alcalá. Y

teniendo en cuenta que había de regresar el domingo, después de comer, a Jaca,

para mí suponía un esfuerzo sobrehumano perder una noche con él, cuando podía estar con mi familia. Ainhoa no puso ninguna objeción, ella ya se había acostumbrado a mis ausencias, al igual que mi hija Carla.

—¿Cómo te va por Jaca? —me preguntó cuando nos acomodamos en una mesa para dos personas en pleno centro del restaurante.

—De momento nada —respondí—. Comienzo a sospechar que todo está en la mente de ese policía, Rosendo Lasaosa, que por algún motivo inexplicable se desmaya en un lugar determinado del Seminario.

—Entiendo —chasqueó la lengua el Director Adjunto—. En tu informe hablas del hombre del sótano.

—Sí, así es. Ya te lo comenté la última vez que hablamos por teléfono —afirmé.

—¿Qué ocurre con ese hombre?

—¿El del sótano?

—Sí.

—Lasaosa asegura conversar con un misterioso hombre del sótano que le cuenta cosas de Antonescu.

—¿El rumano?

—Sí, ese rumano, por lo que parece, es el que atropelló a una chica llamada Elisa, unos meses antes.

—Parece interesante —sonrió mientras se frotaba la barbilla—. ¿Has cenado

aquí alguna vez?

Observé el interior del restaurante y percibí que no me era desconocido. Quizá

había visto alguna fotografía en alguna revista gastronómica o de ocio de Madrid, pero no recordaba haber comido nunca allí.

—No, creo que no.

—¿Crees?

—Sí. Creo que no he comido nunca aquí. No estoy seguro, vamos.

Ferra ofreció una mirada cínica, a continuación sonrió con simpatía.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Dupont? ¿Cómo no puedes estar seguro de haber comido nunca aquí?

Después de la pregunta tan directa de Ferra, me di cuenta de que tenía razón.

Me pregunté cómo no podía estar seguro de algo tan concreto como era comer en un restaurante.

—Lo cierto es que me suena mucho este local, pero no puedo centrar en mi memoria si algún día estuve comiendo aquí.

—No te preocupes, amigo Dupont —dijo condescendiente—. Esos son los mecanismos de protección de nuestra memoria. Vivimos en un mundo lógico, henchido de cordura, donde todo lo que ocurre a nuestro alrededor tiene, y debe

tener, una explicación coherente. Nuestra mente ha desarrollado, a través de milenios de existencia, unos mecanismos planificados que nos ajustan la realidad

que nos envuelve para evitar que nos volvamos locos. ¿Has oído hablar de la teoría del cisne negro? —Balanceé la cabeza en señal negativa—. Es una teoría

bastante reciente que tiene su fundamento en que durante miles de años el ser humano había creído que los cisnes eran blancos, de ahí su nombre. Esto es así

porque todos los cisnes que se observaban eran de ese color, por lo que no se pensaba que pudiese haber otros cisnes de colores distintos. Era una aseveración

que provenía de la observación. Es decir, como nunca se habían visto cisnes negros, se presumía que estos no existían. En el año 1695 unos exploradores australianos descubrieron cisnes negros, constatando que estos existían

realmente, y de ahí surgió la paradoja del cisne negro, que viene a decir que por mucho que no hayamos visto algo antes, no quiere decir que ese algo no exista.

Un camarero se acercó hasta nuestra mesa y nos preguntó si ya habíamos decidido qué íbamos a cenar. Me di cuenta de que sobre la mesa teníamos las cartas del restaurante, pero ni siquiera las habíamos abierto.

—¿Qué vamos a cenar? —le consulté a Ferra.

Lo cierto es que no me apetecía elegir y me decantaría por repetir lo que él eligiera.

—Una ensalada de primero —dijo, mientras el chico tomaba nota—. Y una lubina al horno de segundo.

Ferra tenía que haber ido muchas veces a cenar allí porque pidió sin abrir la carta.

—Lo mismo —dije.

El camarero recogió las cartas y se dirigió a la cocina.

—Nuestra mente es muy frágil, mucho —siguió hablando el Director
Adjunto

—. Y desarrolla mecanismos de defensa precisos para protegernos. El mundo que nos rodea no tiene por qué ser lógico, pero nuestra mente consigue que lo sea. Vemos algo inusual, incluso increíble, y nuestro cerebro se las ingenia para dotar ese acontecimiento de lógica. Ajustamos nuestra vista a nuestros recuerdos

—sentenció.

—Quieres decir que ese policía de Jaca, Lasaosa, se inventa personas para justificar su entorno.

—La invención de personas no es más que una prolongación de nuestro razonamiento. Hablamos solos porque nos contamos cosas a nosotros mismos.

Pero hay personas que van más allá y esas explicaciones se las dan a seres inventados; incluso los niños se inventan amigos imaginarios. Ese policía del que me hablas, Lasaosa, habla con el hombre del sótano para cuadrar su mundo.

¿No habéis hablado de eso con la psiquiatra? —Negué con la cabeza—. Pues mal hecho —protestó—. Todo esto que estamos hablando es algo que esa psiquiatra debería conocer.

El camarero se acercó hasta nuestra mesa y dejó las ensaladas. Se retiró enseguida, el restaurante comenzaba a llenarse de clientes.

—Háblame de la psiquiatra —me dijo el Director—. ¿Cómo es?
Físicamente

me refiero.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Te ha causado buena impresión? —preguntó a su vez como respuesta.

—No sé, supongo que sí.

—Pero, ¿cómo es? ¿es guapa?

—Tiene cuarenta y dos años. Es una mujer elegante, buena figura. Y sí, es atractiva, si es a lo que te refieres. Es rubia de cabello, pero morena de piel.

—Una tía buena —concluyó el Director.

—Se podía decir que sí. ¿Por qué tanto interés en la psiquiatra?

—Me apetecía conocerla —respondió.

—Vente a Jaca conmigo mañana y te la presento. Aunque creo que ni tú ni yo

estamos como para amoríos.

Sonrió mostrando un trozo de lechuga en uno de sus dientes, que limpió enseguida con la servilleta.

—No me acostaría con una psiquiatra por nada del mundo. Es como acostarte

con una uróloga, no sé si me entiendes.

—Te entiendo —asentí.

—Una chica que conocí me dijo que ella nunca se acostaría con un ginecólogo. Su explicación es que no tendría secretos para él. Y una psiquiatra es a nuestra mente, lo que un urólogo a nuestra polla —dijo soez—. No te puedes

tirar a alguien que te conoce por dentro más que tú mismo.

Confieso que mientras Ferra hablaba así de la psiquiatra de Jaca, mi mente recreó instantes de conversación con ella, y sentí una indescriptible pasión sexual. Comencé a percibir a Mar como una esplendorosa mujer. Pero, ¿por qué

mostraba tanto interés el Director Adjunto Operativo en esa mujer?

Capítulo 19

—¿De verdad es necesario esto? —había preguntado Lasaosa, cuando le pidieron que se sentara en el diván para su primera regresión.

Tanto Mar Vilas, como Sebastián Tella, buscaban que el policía se sintiera cómodo. No sabían con qué se iban a encontrar, pero por aquel entonces el asunto de los extraños sucesos en el Seminario de Jaca les estaba consumiendo

sobremano, hasta el punto de que ya no sabían qué pensar del asunto.

—Sí —asintió con rotundidad la psiquiatra—. Necesitamos saber qué te ocurrió en el pasado para atajar los miedos que tienes en el presente.

Lasaosa aceptó de buen grado y se sentó en el diván, acomodándose a continuación. Sebastián miró de reojo a Mar y, seguidamente, se colocó al lado

del policía. El miércoles era la primera vez que le practicaron la hipnosis y no estaban seguros de si iba a funcionar o no. Pero tenían que probarlo.

—¿Está cómodo? —le preguntó Tella.

Su voz sonaba cavernosa y apaciguadora al mismo tiempo.

—Sí.

—Ahora piense en algo que le haga feliz.

Lasaosa elevó los ojos buscando en su memoria algún recuerdo que le permitiera cumplir la propuesta del doctor. Pero su rostro se enfurruñó como si

no hallara nada válido en su cabeza. Se puso nervioso.

—¿Le gusta la playa?

—La odio —respondió—. Soy excesivamente blanco de piel y me quemó con

facilidad —dijo—. Además la playa me cansa mucho.

—Entonces le gustará la montaña, ¿no? —Tella buscó una alternativa.

—Bueno, digamos que me gusta más que la playa —aceptó la nueva propuesta.

—¿Sale a caminar por el monte?

—Sí; aunque no siempre. Cuando dispongo de algún día libre suelo caminar por los senderos que bordean la ciudad de Jaca.

—Eso está bien, en la montaña hay aire puro. Y hablando de aire puro —anotó el doctor—, veo que respira con dificultad.

—El tabaco —se defendió el policía—. Quizá fumo demasiado.

—El tabaco es malo, supongo ya lo sabe. Tiene que hacer lo posible por dejarlo.

—Lo intento, pero no puedo. No he conseguido estar más de un par de semanas sin fumar.

—Un par de semanas es mucho. Si llega a estar quince días sin fumar, le

aseguro que lo demás será coser y cantar. La próxima vez que intente dejar de fumar, y consiga llegar hasta la segunda semana, hágase esta pregunta: ¿Y por qué no una semana más? Y cuando lleve tres semanas repita la pregunta. Y cuando lleve cuatro vuelva a plantearse la misma cuestión. Y cuando lleve cinco se dará cuenta de que ya ha superado un mes completo sin fumar. Y entonces se fijará la meta de los dos meses. Y luego medio año. Y luego...

Lasaosa se había dormido con las explicaciones de Tella. Allí, tumbado sobre

el diván, aparentaba ser un niño que nunca hubiese hecho una trastada. Mar me confesó que le llegó a dar pena su vulnerabilidad. Tella la miró de soslayo. La psiquiatra conocía esa mirada de sobra y sabía que quería que ella no musitara palabra alguna, al menos mientras durase la regresión. Al principio de semana habían hablado sobre la terapia y convinieron las cuestiones que les interesaba.

Lasaosa había desarrollado una fobia a acceder a la primera planta del Seminario, que coincidía en el trayecto que va desde la primera a la segunda planta. Algo había allí que lo arrojaba al suelo como si fuese un pelele. Tella comenzó a preguntarle aspectos de su infancia, mientras que Lasaosa cabeceaba

y murmuraba sin que se le entendiese muy bien lo que quería decir.

—¿Recuerda a su madre? —le preguntó.

Lasaosa no se inmutó, por lo que Tella hubo de recordarle que se estaba dirigiendo a él.

—¿Rosendo?

—Mande.

—Rosendo, ¿recuerda a su madre?

En el historial del policía leyeron que sus padres habían fallecido hacía años.

Su madre antes de que él accediera a la Policía Nacional y su padre falleció recientemente, creo haber leído en algún documento que un año antes.

—Alfonsa —musitó.

—¿Alfonsa es el nombre de su madre? —inquirió el doctor Tella.

Lasaosa basculó la cabeza afirmativamente, pero no respondió de forma verbal. La ausencia de respuestas verbales denotaban una cierta sumisión, que achacaron a que el policía no quería hablar, ni quería transparentar nada de su interior hacia afuera.

—Hábleme de su madre —le ofreció.

Cuando Mar me lo contó, me recordó una escena de la película *Blade Runner*

cuando un agente está entrevistando a un *replicante* y le dice que le hable de su madre, entonces el robot saca un arma de debajo de la mesa y le dispara un par

de tiros. Yo no tenía mucha experiencia en las regresiones, pero sí que tenía trato con pacientes psiquiátricos, y sabía que todas las precauciones eran pocas, sobre todo cuando se les somete a presión psicológica.

—Mi madre era una buena persona —dijo.

Entonces el doctor Tella miró fijamente a Mar. Los dos sabían que cuando alguien dice de otra persona que es una buena persona, es porque no es lo que piensa realmente. La veta de la conciencia de Lasaosa se había abierto y convenía explorar por ese camino para establecer la relación que hubo entre

su

madre y él y si ahí residía el problema.

—¿Por qué dice que su madre era buena persona? —le preguntó.

—Por las cosas que decía ella de los demás.

—¿De los demás? —Lasaosa no parecía querer hablar y el doctor le tenía que

arrancar las palabras de una en una.

—Nunca pensó mal de nadie, incluso cuando la probabilidad de que esas personas fuesen malas diese un resultado muy alto.

—¿Probabilidad? ¿Se puede explicar un poco mejor? —instó el doctor a que

aclarara a qué se refería.

Entonces fue cuando Lasaosa recordó que cuando tenía quince años conoció a

unos nazis refugiados en los apartamentos donde su madre trabajaba de portera.

Tanto para el doctor Tella, como para la psiquiatra, la mención de los nazis les

produjo un sentimiento de indiferencia. Hablar de nazis en la actualidad era mencionar algo que pertenecía a un tiempo que nadie quería que regresara.

Pero

tenían que ubicarse en la edad de Lasaosa para comprender la importancia que él

le daba a esa época de su vida. Rosendo Lasaosa había nacido en el año 1960, y

la época a la que se refería en sus recuerdos la establecieron en los años setenta.

La Segunda Guerra Mundial concluyó en el año 1945, y con ella la caída del nazismo. Así que la infancia a la que hacía mención Lasaosa, estaba ubicada unos veinticinco años después de que la Alemania nazi se rindiera. Mucho se ha

escrito sobre ese periodo de la humanidad y hay una filmografía extensa, por lo

que es complicado dirimir si los recuerdos de Lasaosa eran ciertos, o se había empapado del cine y la televisión. Algo así como le ocurrió a Don Quijote que se

trastornó de tanto leer novelas de caballería. La distancia entre nuestro inconsciente y el consciente es tan corta y porosa que en ocasiones se traspasa de un lado hacia otro. En el bloque de apartamentos donde trabajaba la madre de Lasaosa, solían ir, según les contó, muchos turistas, principalmente alemanes.

Las familias que viajaban eran jubilados o pensionistas que rondarían los cincuenta o sesenta años, más o menos; ya que no les supo acotar la edad, pues

la perspectiva de un niño siempre es inexacta respecto a la edad de los adultos.

Pero supongamos que los hombres tuvieran cincuenta años, en ese caso

significaría que al finalizar la guerra ellos tendrían entre veinte y veinticinco, por lo que claramente habían sido militares durante el nazismo. Casi todos los hombres de esa edad, en esa época, habían sido militares.

Una vez que Lasaosa habló de ello, el doctor Tella pasó al ataque con una serie de cuestiones que le hicieron balbucear en las respuestas.

—¿Crees que esos hombres eran nazis?

—Sí —respondió dubitativo.

Mar estuvo a punto de intervenir para rebatir, pero Tella ya le había advertido

que el objetivo de la hipnosis era la de extraer datos, no de discutir o discernir con el paciente. Hizo bien en mencionarlo antes de someter a Lasaosa a hipnosis,

porque hubiera sido una imprudencia enzarzarse en una discusión con el policía,

que no les hubiera llevado a ninguna parte.

—¿Tenías miedo de ellos? —preguntó el doctor.

—No.

—¿Y tu madre?

—Ella los trataba bien.

—¿Los cuidaba?

—Sí. Les dejaba entrar en casa.

Lasaosa les había dicho que gran parte de su infancia la había pasado en unos

apartamentos de veraneo donde su madre trabajaba de portera. Cuando les dijo

que su madre dejaba que entraran esos turistas alemanes en su casa,

comprendieron que lo decía porque ella tuvo algún lío amoroso con alguno de ellos. Era importante para la terapia que Lasaosa les aclarara ese extremo.

—¿A quién dejaba entrar en casa?

—A los alemanes.

—¿A los hombres?

—A todos.

—¿A todos los hombres?

—No. A todos los alemanes.

—¿Mujeres y hombres?

—Sí.

—¿Y qué hacían en tu casa?

—Comían, bebían y fumaban.

Mar me dijo que junto al doctor Tella habían llegado a la conclusión de que la

madre de Lasaos se aprovechaba de los turistas alemanes para sacarse un dinero

extra, pero no en el sentido perverso de la palabra, como podía ser una prostitución encubierta, sino como si fuese un bazar de venta de alcohol, patatas fritas y tabaco. Al final concluyeron que se trataba de eso.

—¿Por qué crees que esos hombres eran malos?

Lasaosa cabeceó de forma negativa mientras que sus ojos divagaban de un lado hacia otro, demostrando incomodidad.

—Porque eran nazis —elevó la voz al responder—. Porque eran nazis, nazis,

nazis... —repitió varias veces hasta que Tella optó por despertarlo.

La terapia de hipnosis había llegado a su fin.

Capítulo 20

Mientras Lasaosa subía de nuevo al vestíbulo, en el elevador, cuyo trayecto se

le hizo mucho más corto que cuando descendió, repitió mentalmente parte de la

conversación con el misterioso hombre del sótano. Cuando le preguntó por la caja de contadores, él le dijo que se encargaría de subir la palanca del diferencial para que volviera la luz al pasillo de los menores. Entonces no cayó en la cuenta de que eso significaba que la caja de contadores estaba dentro del cuarto de donde salió cuando el policía llegó. Quizá ese hombre vivía allí. Era una especie de cuidador como el que había en las grandes fincas. Una especie de casero que

dormía donde trabajaba. Pero en ese caso, ¿cómo es que nunca nadie le había hablado de él en las últimas semanas que llevaba en el puesto de seguridad del

Seminario? Algo así debe comentarse no solo en los corrillos de la máquina de

café, sino que debe informarse de forma oficial. Incluso con un documento escrito que obre en posesión del personal de seguridad. No, definitivamente, Lasaosa rechazó que aquel hombre viviera en el sótano.

Y tratando de buscar una explicación coherente, llegó a la conclusión de que

quizá tenía acceso por la puerta trasera, la que daba al aparcamiento de los vehículos particulares de los policías, frente al edificio de La Ciudadela. Esa puerta de la que solo tenía llave el comisario. Sí, eso era, aquel hombre, del que aún no sabía su nombre, tendría una copia de la llave de la puerta trasera y por

eso nunca lo había visto entrar por la puerta principal. Pensó que hasta era más

que probable que mientras él subía en el ascensor hasta el vestíbulo, el hombre

del sótano ya hubiera abandonado la comisaría. Y que la puerta del sótano, donde estuvo hablando, solo se abriera por dentro porque había otro acceso trasero, al que solo podían acceder quienes estuvieran en disposición de una llave.

Pensó muchas cosas, pero luego se dio cuenta de que lo hizo con el único propósito de buscar congruencia a todo lo que pasó esa noche, justo después de

apagarse los fluorescentes del calabozo. Quizá esa primera noche su mente se enturbió y no fue capaz de comprender lo extraño de lo que aconteció. Fue tiempo después, cuando ya era demasiado tarde, que comenzó a hilar datos y detalles en su cerebro para dotarlos de coherencia.

Cuando comencé mi investigación, antes de saber todo lo que ocurrió, la cuestión que más me daba vueltas en la cabeza era cómo alguien como Lasaosa,

que aparentaba una inteligencia formal y que su trayectoria profesional era impecable, no se hubiera planteado unas cuestiones tan básicas como la de preguntarse quién era ese hombre del sótano. ¿Acaso no le pareció extravagante

que hubiera alguien en el sótano? Un buen policía, un profesional, le habría

solicitado que se identificara. Le habría pedido su documento o le hubiera exigido que llevara colgada en la solapa la tarjeta que se facilita en la entrada de la comisaría a todos los que no son policías y, de forma obligatoria, deben llevar en un lugar visible mientras deambulan por el interior del edificio. La comisaría de policía es un edificio público que se sustenta con fondos públicos y trabajan, además de los policías, funcionarios de la administración del estado, como pueden ser conserjes, o personal de mantenimiento como pintores, electricistas o

fontaneros. Entre semana es normal ver circular por los largos y anchos pasillos, de las dos plantas, a toda clase de operarios embutidos en sus monos azules o con sus batas blancas mientras que pintan, abrillantan, barnizan o limpian. La mayoría son caras conocidas que los policías ven a diario.

Ninguno se sorprende

cuando se cruza con un pintor en la máquina de café o cuando un obrero accede

a uno de los despachos de judicial o policía científica y conecta o desconecta algún cable. No se sorprende porque es el quehacer diario de esa docena de trabajadores ajenos a la policía. Pero Lasaosa debería haberse sorprendido, y mucho, cuando una noche cualquiera de un día cualquiera se topó con un empleado de mantenimiento en los sótanos del Seminario, que no era cualquiera.

Cuando comencé a reconstruir el perfil psicológico de Lasaosa, ayudado por

la psiquiatra Mar Vilas, me dediqué unos días a recabar información sobre el Seminario Diocesano que supe se había edificado durante la tercera década del

siglo XX, en lo que fue un importante momento para el urbanismo de Jaca.

Coincidió con la demolición de la muralla medieval para favorecer el

crecimiento y atender las nuevas necesidades de la ciudad. En 1924 el arquitecto

modernista Francisco Lamolla presentó el proyecto de construcción de un

seminario en lo que se conocía como la zona del ensanche. El nuevo edificio se

inauguró en febrero de 1926. Posteriormente se realizaron algunas

modificaciones al proyecto inicial, entre las que destaca la incorporación de una galería superior de gran tradición aragonesa, en la última planta de los cuerpos laterales. Mi interés en documentarme sobre la construcción del Seminario, y subsiguiente adaptación como comisaría de policía, estribaba única y

exclusivamente en comprender cómo y por qué Lasaosa decía cosas que era imposible que ocurrieran. No le podía creer, pero necesitaba hacerlo si quería comprender qué estaba ocurriendo.

Pero lo más sorprendente e inquietante de todo era que en ninguno de los planos

de ese Seminario figuraba que existiera un sótano. Y, por descontado, un ascensor. Recuerdo que el secretario de la comisaría, Tristán Pulido, un salmantino afincado en Jaca, inspector jefe con varios años de antigüedad a su espalda, me había interpelado, cada vez que yo le preguntaba por si hubo un ascensor en el Seminario, con que aún no había llegado la Orden de Servicio de

Madrid que me acreditara como comisionado especial para asuntos ocultos. El comisario Ferra llevaba el asunto tan en secreto, que casi nadie de las comisarías a dónde iba destinado tenían conocimiento de mi presencia. Le cogí tanta ojeriza

al secretario de la comisaría de Jaca, que opté por no preguntarle nada relacionado ni con el Seminario, ni con el personal destinado allí.

Ese día Lasaosa regresó a su puesto de seguridad, en la entrada de acceso al edificio de la nueva comisaría. Allí estaba ese policía joven y con unas patillas tan largas como anticuadas. Ya nadie llevaba esas patillas, ni siquiera en las fiestas de disfraces. El chico se había sentado en su silla, la que durante una década utilizó para vigilar los monitores que registraban cualquier suceso que ocurriera en rededor de la comisaría de la Avenida Zaragoza y que se llevó al Seminario para sentarse en la misma silla que había utilizado los últimos diez años. Desde administración le habían ofrecido otra silla más cómoda, más alta,

más nueva, pero siempre la rechazó. Esa silla era como un mueble viejo de su casa al que se negaba reemplazar por otro nuevo. La solera que había adquirido

durante esos últimos diez años se merecía un respeto por su parte. Y por parte

de todos los otros policías que también se sentaban en esa antigualla tan cómoda como unos zapatos usados.

El policía joven, que después supo se llamaba Julio, se había sentado y repantigado en su silla y sobre la mesa había dejado una bolsa de maíz tostado abierta con mucho descuido. Por la forma de abrir la bolsa ya supo que ese policía no era cuidadoso. Y si no lo era, tampoco merecía estar sentado en una silla que había permanecido impoluta durante una década. Cogía los granos de maíz tostado de dos en dos y se los metía en la boca chupándose los dedos a continuación, con un ruido estridente y molesto. Se recreaba en una sonoridad aparatosa que restallaba en todo el vestíbulo del Seminario, como si el que estuviese allí comiendo fuese un cerdo.

—¿Ya estás? —le preguntó a Lasaosa, mientras que con la mano derecha se peinó la patilla del mismo lado.

A pesar de la noche, del cansancio y de la escasa luz, pudo distinguir cómo en

sus dedos había restos de aceite del maíz tostado y que esa grasa la había trasladado a las patillas. Al policía joven no pareció importarle, pero a Lasaosa sí que le importó. Y mucho.

—¿Me dejas mi silla? —le dijo.

Sonó como una orden.

El policía de las patillas pareció molestarse, quizá por la poca delicadeza de Lasaosa a la hora de reclamar su asiento, pero se levantó y recogió la bolsa de

maíz, que cerró con dos clips que había cogido del primer cajón de la mesa.

Seguidamente abrió de un puntapié la puerta de la sala del 091, contigua al vestíbulo de seguridad, donde supuso seguiría degustando el maíz tostado y molestando al policía que había allí. Se sentó en su silla y se dispuso a leer un

rato para que el turno de noche se hiciera más llevadero. Ajustó el monitor de la derecha para observar constantemente el pasillo del calabozo, donde ya había regresado la luz desde que la activó el hombre del sótano. Un único detenido no

tendría que ser motivo para que la noche no fuese tranquila. Todo lo contrario, un solo detenido merecía una noche sosegada, que solo podía estropear alguna de las dos patrullas nocturnas que trajera a más detenidos.

Sus ojos se clavaron en el monitor que enfocaba al calabozo. Podía distinguir

el largo pasillo con sus celdas, una a cada lado. La mesa de la entrada donde los detenidos dejaban sus pertenencias. Las dos sillas. El cuarto donde se los cacheaba. El calabozo para los menores. La cámara conectada a ese monitor tenía la suficiente resolución como para distinguir hasta el más mínimo detalle de cada una de las celdas. Se distrajo con un ruido proveniente del despacho de

al lado. Sonó como sillas arrastrándose. Quizá el chico de las patillas largas estaría discutiendo con el oficial de la Oficina de Denuncias, se había preguntado. Abrió la puerta y buscó con la mirada a los moradores de esa oficina, pero para su asombro solo divisó al policía de las patillas largas. Él le devolvió la mirada, sonriendo, como si le chocara que hubiera accedido a su redil mientras seguía degustando su bolsa de maíz tostado. No le preguntó qué quería, o por qué había entrado tan de sopetón, se limitó a alisar una arruga de su pantalón de uniforme. Sin musitar palabra alguna regresó a su puesto en seguridad, donde debía seguir visionando las cámaras.

Capítulo 21

Y entonces fue cuando observó las llaves. Era un llavero en forma de chapa redonda, de color plata y sin ninguna letra o distintivo que lo identificara. De la anilla colgaban dos llaves: una de ellas era de un coche, sin duda, y la otra podía ser de algún tipo de candado, por su reducido tamaño. La llave grande era un mando a distancia de la que surgía una llave clásica de coche, por lo que supo que para abrir la puerta se podía hacer de las dos formas: con llave o

con mando.

Las llaves se habían quedado encima de la mesa, cuando deberían estar en la bolsa de pertenencias del detenido. Pero un error, seguramente por el repentino

apagón de las luces de los calabozos de los menores, con el que se distrajo, consiguió que las llaves se hubieran quedado fuera de su bolsa de cuero y ahora

estaban allí, sobre la mesa, reclamando su atención bajo el foco de la única luz

que alumbraba la puerta de entrada.

Levantó los ojos y se fijó en el reloj del monitor más grande, el que tenía a la izquierda de la mesa, en ese momento marcaba las doce de la medianoche. Sus

miedos comenzaron a acrecentarse, sobre todo teniendo tan vivo el recuerdo de

sus pérdidas de conocimiento en la planta primera, unas semanas antes. Pero desde aquello, el Seminario se había modernizado y había monitores de

vigilancia por doquier, así como sensores de movimiento y personal, mucho personal traído de Huesca o Canfranc con el que llenar la comisaría de vida nocturna, como ese imbécil de las patillas largas. Y además estaba esa psiquiatra, Mar Vilas, que lo estaba tratando.

Lasaosa comenzaba a notar el cansancio del turno de noche y los pensamientos se ralentizaban en la misma proporción que pasaban las horas.

Pensó que debía regresar al calabozo y recoger las llaves descuidadas sobre la mesa y meterlas en la bolsa de pertenencias del detenido. Pero para hacerlo había de requerir de nuevo que le sustituyera Julio, el policía de las patillas enormes. Y

en ese momento no soportaría la sola idea de verlo allí, sentado en su silla, y ensuciando su mesa con una bolsa de maíz tostado. Cualquier opción era preferible a que Julio regresara a sustituirle al puesto de seguridad. Así que se levantó y cogió la llave de la puerta del vestíbulo que daba a la calle y la cerró de dos vueltas. A esa hora no tenía que llegar nadie a la comisaría y la patrulla estaría dando vueltas por la ciudad. Ni siquiera se asomó a la Sala del 091 a comunicarle al operador de Sala, y al chico de las patillas, que se iba a ausentar unos instantes para ir al calabozo. No lo creyó necesario.

Mientras recorría el pasillo dirección a los calabozos comenzó a relacionar las

llaves del coche de Cosmin con el miedo en sus ojos y con las últimas palabras

del empleado con el que habló en el sótano. ¿Qué dijo exactamente? ¿Lo

recordaba? Claro, sí, habló de un atropello. Para un atropello se necesita un coche y para conducir un coche hacen falta unas llaves. Con el hombre del sótano había hablado de Cosmin Antonescu, al que le aseguró que conocía, pero

ese hombre no le había dicho su nombre. Ni tan siquiera qué es lo que hacía una

noche cualquiera de un día cualquiera en el sótano de un Seminario

reacondicionado como comisaría de policía.

Llegó al calabozo y agarró las llaves del coche del rumano, mientras

recordaba que la patrulla le había dicho que cuando lo detuvieron no estaba conduciendo. El mando a distancia tenía cuatro aros en un lateral, lo que era señal inequívoca de que se trataba de un Audi. El coche lo debía haber dejado aparcado cerca de su domicilio, pensó. A no ser que lo hubiera utilizado para desplazarse y que la patrulla lo hubiera detenido en un lugar distinto al de su vivienda. En cualquier caso no le era complicado dar con el modelo de Audi e,

incluso, la matrícula, la cual podía consultar en la base de datos de la policía.

Pero antes de todo eso, antes de saber el modelo, matrícula o dónde estaba aparcado el coche, había algo más importante que tenía que aclarar, y era preguntarle al empleado del sótano qué había querido decir con lo del atropello.

Mantén las llaves en la mano. Escuchaba la respiración forzada de Cosmin mientras dormía, apacible. En todos los años de servicio había conocido muy pocos detenidos que no roncaran o que no respiraran de forma aparatosa. El ronquido de un arrestado en los calabozos de las comisarías era el mejor sensor

de seguridad que existía. Ese bufido constante permitía saber muchas cosas de una sola vez. Permitía al policía que lo custodiaba constatar que estaba dentro de la celda y que no se había fugado. Asegurarse de que seguía vivo y que dormía.

Con el transcurso del tiempo aprendió a distinguir, solo con el sonido de la respiración, cuando un detenido estaba a punto de despertarse, necesitaba orinar

o tenía hambre. La respiración dice mucho de alguien, y mucho más cuando es incontrolada, como cuando duerme. Cosmin dormía, pero Lasaosa sabía que

mantenía el miedo que percibió cuando le cogió las llaves del coche. Había pasado tantas veces por su custodia que ya distinguía su estado de ánimo solo por la forma de respirar.

Sin saber por qué se acercó hasta la pequeña ventanilla cuadrada por donde se

podía observar al detenido en el interior de su celda. La escasa luz del pasillo era suficiente como para ver el interior. Los policías más jóvenes solían centrar su cabeza en la ventanilla y se molestaban cuando no eran capaces de alcanzar a ver

el interior del calabozo. La mayoría no se daban cuenta de que su cabeza tapaba

la poca luz que irradiaba desde la bombilla del pasillo. Entonces golpeaban el interruptor y se encendía la luz del interior, aporreando los ojos del detenido. Y

este se despertaba. No es lo mismo observar a un preso cuando duerme que cuando está despierto. De la misma forma que no es lo mismo contemplar un niño dormido que jugando, lleno de energía y vitalidad.

Cosmin estaba tumbado boca arriba. Su mano derecha la tenía apoyada en el pecho, mientras que la izquierda le caía por el lateral de la cama de cemento, rebozada de baldosas de color gris. La colchoneta se había mojado ligeramente y

la frente del rumano se mostraba húmeda. La poca luz que dejaba pasar al ladear

la cabeza, para no interferir entre el interior de la celda y la bombilla del pasillo, le permitió a Lasaosa ver el brillo que le arrancaba el haz tenue a la frente de Cosmin. Respiraba con dificultad, seguramente por el exceso de tabaco y la ingesta de alcohol. Cada cinco o seis segundos abría la boca para atrapar todo el aire del interior del habitáculo. Entonces emitía una especie de silbido que le resultaba cómico al policía.

Permaneció allí, amorrado a la ventanilla de la celda, durante más tiempo del

que luego quiso admitir. Era como si la visión de Cosmin Antonescu respirando

de forma agitada, le recordara a un animal reteniendo los últimos minutos de vida, antes de morir. Fue como una simbiosis intemporal en el espacio y en el tiempo, donde estuvo observando a Cosmin como Dios nos observa a nosotros.

Decidiendo en diminutos intervalos qué hacer con su vida. Como si en su mano

estuviese decidir en qué momento dejaría de respirar o en qué momento se despertaría. Como si a partir de entonces cualquier cosa que ocurriera en la vida del rumano fuese una decisión que él pudiese adoptar, sin consultar con nadie.

Bajo su estricta y aleatoria voluntad.

Y fue entonces cuando elevó las llaves del coche que sostenía en la mano hasta la altura de la ventanilla. Las agitó levemente hasta que produjeron un imperceptible sonido metálico. Cosmin abrió los ojos y lo miró. Seguían conservando el miedo, que ahora se había transformado en terror.

Capítulo 22

—¿Sabes por qué nos dan miedo los sótanos? —me preguntó el Director Adjunto Operativo, nada más descolgar el teléfono.

Recuerdo que le llamé, como venía haciendo un par de veces por semana, para

darle las novedades de la investigación de Jaca.

—Supongo que porque están debajo de tierra —respondí.

Escuché como se carcajeaba por mi respuesta.

—No, no amigo Dupont. Los sótanos son lugares oscuros, profundos y cuya única salida es la misma que se utiliza para entrar. Por eso nos dan miedo. Es un miedo ancestral que proviene de la noche de los tiempos, cuando los sótanos eran lugares infranqueables. ¿Se da cuenta de que a los niños no les gusta bajar a los sótanos; aunque haya luz?

Supuse que el comisario Ferra hacía alusión al sótano como referencia a mi investigación de Jaca, donde yo le había hablado de los temores de Lasaosa y

de

la extraña relación con el hombre del sótano y las averiguaciones que había hecho de Cosmin Antonescu. Pero el Director Adjunto Operativo tenía la extraña

manía de relacionar cualquier cosa con asuntos místicos y ocultos. No obstante era el promotor de nuestra unidad secreta: La UDAO (*Unidad de Asuntos Ocultos*).

—Por lo que parece —le dije—, Lasaosa no tiene ningún temor a bajar al sótano. Es más —añadí para explicarme mejor—, parece que le gusta.

—¿Le gusta bajar al sótano? —consultó el comisario.

—Bueno. —Sonreí sin que él pudiera verme a través del teléfono—. Le gusta

recrear las conversaciones con ese hombre en el sótano.

—¿Y por qué crees que hace eso? Lo de hablar en el sótano, me refiero.

—Es un lugar tranquilo, lejos de bullicios y apacible hasta el punto de que el

silencio es sepulcral. El sótano es un buen espacio para confidencias —sugerí.

—Lo ves, amigo Dupont. Siempre supe que eras mi hombre. Nunca había podido escoger mejor Inspector Jefe para investigar en Jaca.

Mientras escuchaba las disertaciones de Ferra a través del teléfono, comencé a

recordar en qué momento supo él que Lasaosa se había desvanecido y era necesaria mi intervención. Tan solo habían pasado unas semanas, pero para mí parecía que hubiera pasado un lustro.

—Oye —aggravé mi voz para que me comprendiera mientras hablaba—, hay una cosa que aún no me has dicho.

—Hay tantas cosas que no te he dicho —se burló de mí.

—Sí, pero esta es importante.

—Todas lo son —volvió a interrumpirme.

—Me refiero —quise reconducir nuestra conversación—, al asunto de Lasaosa y de la comisaría de Jaca.

—Dime.

—¿Cómo te enteraste tú de que ese policía se había desmayado más de una vez en el trayecto entre la primera y la segunda planta del Seminario?

Ferra se tomó unos segundos para responder, algo desacostumbrado en él.

Sentí que lo había descolocado con esa cuestión que me llevaba rondando la cabeza hacía unos días. Hasta donde tenía conocimiento, la Unidad de Asuntos

Ocultos solo estaba formada por él y por mí. Y era una unidad independiente de

cualquier otra Brigada o Grupo de la Policía Nacional. En ese sentido la capacidad investigadora me correspondía a mí, y la elección de los casos le correspondía al comisario Ferra. Mi cuestión era tan sencilla como las propias palabras que utilicé para plantearla. ¿Cómo se había enterado de los desmayos de Lasaosa en el Seminario de Jaca?

—Leo la prensa —me había respondido.

—¿La prensa?

—Sí, amigo Dupont. Hoy día todo viene en la prensa. Lo único que hay que hacer es saber interpretar las noticias. A principio de año leí una nota de

prensa referente al inminente traslado de toda la comisaría de Jaca por un problema en

la ubicación anterior. Me llamó la atención de que trasladaran la comisaría a un

viejo Seminario.

—El Seminario de Jaca —intervine.

—Sí. Casualmente hacía unos meses había visto un programa en televisión donde hablaban de ese seminario. Me pareció curioso que la Dirección General

de la Policía aceptara trasladar una de sus comisarías hasta allí. Una vez se hizo efectivo el traslado me dio por seguir el asunto tanto en la prensa local como en los archivos de la policía. Me interesé tanto que cada día peinaba cualquier artículo o referencia que tuviese que ver con el Seminario, al mismo tiempo que

hacía lo propio con las aplicaciones de la policía. A finales de febrero, con el traslado prácticamente concluido, en la oficina de habilitación de Jaca se anotó

la baja de uno de sus agentes...

—Rosendo Lasaosa.

—Así es. El agente se había desvanecido en dos ocasiones y desde Jaca tramitaron una baja temporal. El secretario de Jaca...

—Tristán Pulido.

—Gracias, Dupont. Veo que ya conoces a todo el personal de Jaca. El secretario cursó una pequeña notificación donde especificaba que uno de los agentes de Jaca se había desmayado en dos ocasiones en el mismo trayecto que

media entre la primera y la segunda planta del Seminario. En esa nota incluyó su

temor a que cundiera el recelo entre los demás agentes y ninguno quisiera prestar servicio en los turnos de noche o de fin de semana, con el consiguiente inconveniente para el desarrollo de los servicios de esa comisaria que eso supondría.

—¿Te pidieron ayuda desde Jaca?

—No, nunca lo hacen. Recuerda que nuestra unidad es secreta y nunca debes

hablar de ella a nadie. Recuerda: a nadie. Supe que en Jaca teníamos un problema y decidí enviar a mi mejor hombre.

—Tú único hombre.

—No te creas que por ser el único no eres el mejor. Eres único porque eres el

mejor. No hay nadie como tú, Dupont. Y a las pruebas me remito. Eres un sabueso y sabes tirar del hilo hasta llegar al ovillo. Sabía, una vez más, que podía confiar en ti.

Las últimas palabras de Ferra me confundieron ligeramente. Mi misión en Jaca estaba a punto de concluir y el resultado era tan sencillo como evidente: Lasaosa estaba como una puta cabra.

—No te creas eso en lo que piensas —me dijo—. Esto no se acaba encerrando

a Lasaosa en un manicomio. —Ferra siempre me adivinaba el pensamiento—.

Hay que ayudar a Lasaosa, dejar claro que en el Seminario de Jaca no ocurre nada sobrenatural, para que los demás policías puedan seguir trabajando, y, sobre todo, saber qué pasó con esa chica.

—¿Qué chica?

—Elisa Sánchez.

—¿Qué tiene que ver ella con Lasaosa?

—Eso es lo que has de averiguar, amigo Dupont. Eso forma parte de tu actividad en Jaca.

—No te entiendo, Ferra. Creo que me tenía que ceñir a aclarar el asunto del policía que ve fantasmas.

—Sí, claro. Pero las cosas no son tan sencillas como aparentan. Y ese asunto

nos lleva a otro. Ahora no podemos dejar esto en manos de los investigadores de

Jaca. Ellos no sabrían como darle cauce. Solo tú y yo conocemos toda la información.

—Bueno —sonreí—. Hay que coger con pinzas todo lo que Lasaosa diga — cuestioné—. Si tuviera que hacerle caso a todo lo que me ha contado, ahora estaría en un frenopático arañando paredes.

—No, no. No hagas eso, Dupont. No hay que desechar nada cuando se trata de

investigaciones en nuestro campo. Nada de nadie, y menos de los que participan

activamente, como Lasaosa. —Ferra hablaba como si conociera al policía de Jaca—. El Karma es el juez de nuestros actos. ¿Has oído hablar del Karma?

—Sí, sí. Ya me has hablado del Karma en muchas ocasiones.

—Lo sé, amigo Dupont. Lo sé y es importante que no te olvides de nada de lo

que te digo. El Karma nos dice que todo aquello que hagamos volverá a

nosotros. Y lo que te niegas a aceptar, te va a seguir ocurriendo hasta que lo aceptes.

—Sí, eso está bien —critiqué—, pero no sé que tiene que ver con lo que ocurre en Jaca.

—No bromees con esto —me reprendió—. Escucha a ese policía y no te tomes como una locura todo lo que te diga. Quizá ese policía es el menos loco de todos los que estáis allí.

Me silencié un instante para analizar las palabras de Ferra.

—Entonces, ¿sigo en Jaca?

—Claro que sí. Sigue ahí y averigua todo lo que puedas. Si Lasaosa baja al sótano es por algo. Averigua por qué ese policía tiene que hablar con el hombre

del sótano.

Capítulo 23

—No me has dicho tu nombre —le dijo Lasaosa al hombre del sótano, nada más abrió la puerta.

Lo más probable es que él lo oyera bajar por las escaleras y no esperó a que

golpeará con los nudillos en su puerta. Abrió de par en par y salió a recibirlo como si fuese su invitado y se dispusiera a agasajarlo con una cena digna del mejor amigo.

—Luis —replicó al instante—. Me llamo Luis —repitió.

Se habían dejado de tutear e iniciaron una compleja relación de

monosílabos,

como si ninguno de los dos quisiera que el otro supiera más de lo estrictamente

necesario. Para mí era importante que me recreara al dedillo los entresijos de esa segunda conversación en el sótano. Por eso le pedí que colaborara conmigo. Que

Lasaosa y yo fuéramos aliados en la repetición de todo lo que estuvieron hablando.

Lasaosa me dijo que en ningún momento le preguntó su nombre, lo que era síntoma inequívoco de que ya lo sabía. Y si ya lo sabía es que o le conocía o había oído hablar de él antes de aquel primer encuentro en el sótano de la comisaría. Por su parte el policía le confesó que se llamaba Lasaosa. Rosendo Lasaosa, le dijo. Presentía que él ya lo sabía, pero albergaba la posibilidad de que al sincerarse, él hiciera lo mismo y le dijese su nombre. Y efectivamente es

lo que hizo: le dijo el nombre, pero no el apellido. Desde ese momento ninguno

de los dos mencionaron jamás sus apellidos.

—Antes me hablaste de un atropello.

—Sí.

—¿Te referías a un atropello de Cosmin, el rumano?

—Sí.

—¿Qué clase de atropello?

—Con un coche.

—¿Un Audi?

—Su Audi.

—¿Cómo lo sabes? —se atrevió a preguntar, sabedor de que no se lo diría.

—Lo sé —dijo de forma escueta el hombre del sótano.

Después se silenciaron en un duelo de miradas a ver quién era el primero en rendirse. Hubo tanto silencio que incluso se pudo escuchar el sonido de una extraña maquinaria que provenía del interior de la habitación donde el hombre del sótano se aferraba a la puerta impidiendo que nada pudiera entrar, o que nadie pudiera salir.

—¿Qué sabes? —Preguntó Lasaos, esforzándose en solicitar las respuestas correctas.

—Sé que hubo un atropello y sé que fue mortal.

En ese momento, el policía, no debería haber seguido conversando con el tal

Luis. Era policía desde hacía veinte años y había de saber que si seguía manteniendo ese dialogo, él acabaría por vencerlo. Estaba en su terreno y participaba de su conversación. Le arrastraba como una losa que le hubieran atado a un pie y después lo hubieran arrojado al río, desde la parte más profunda.

Con el dato que le había facilitado ya no era necesario que siguiera escuchándole. La ciudad era lo suficientemente pequeña como para comprobar,

en el parte de las incidencias de comisaría, todos los atropellos que hubo durante la semana. Y mucho más sencillo cotejar cuántos de esos atropellos fueron mortales.

—¿Cosmin, conducía?

—Sí.

—¿El Audi?

—Sí.

Sabía que si atropelló mortalmente a alguien, las huellas estarían aún en el coche. No se limpia tan fácilmente los vestigios de un atropello.

—¿Dónde está?

—En el calabozo —sonrió, burlándose.

—Me refiero al Audi.

—Está escondido para que nadie lo encuentre —aseveró tratando de forzar una sonrisa que no terminó de dibujarse en su rostro.

—¿Escondido? ¿Dónde? Sabes que podías ser acusado de cómplice de un homicidio —amenazó.

Había comenzado a perder los papeles y el tal Luis le estaba ganando el pulso

dialéctico. Lo peor que podía haber hecho en ese instante es amenazar a quién le

estaba dando tanta información. Ya había concretado que él conocía detalles del

supuesto atropello, pero que no se los quería decir directamente; aunque aportaba las pistas necesarias para que fuese el policía el que extrajera la información.

—Cosmin sabe que si halláis su coche sabréis que atropelló a alguien con él.

Y entonces irá a prisión por homicidio; aunque sea por imprudencia, pero un

homicidio imprudente es más grave cuando el autor intenta ocultarlo...

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Rosendo —lo nombró para su sorpresa—, estás más pendiente del dedo que

de la luna. Te estoy señalando algo y tú no dejas de mirar el dedo que señala.

—

Aclaró por si el policía no había comprendido su ejemplo.

Entonces recapacitó sobre lo que estaba hablando y se dio cuenta, o percibió,

que Luis tenía datos concretos sobre un atropello por parte de Cosmin Antonescu y que en cierta manera le estaba informando de ello para que él hiciera su trabajo.

—¿Quieres pasar? —le ofreció apartándose de la puerta y dejando que la luz

de la bombilla del pasillo iluminara un aparentemente confortable sofá de tela de color gris oscuro.

El policía accedió, no muy convencido. Arriba, en su puesto de seguridad, no

había nadie. Había cerrado la puerta de acceso a la comisaría y abrigaba la certeza de que si alguien llamara a la puerta, Julio, el chico de las patillas, oiría el timbre y abriría. Miró, disimuladamente, su reloj de pulsera y vio que ya pasaban treinta minutos de la medianoche.

—¿Un café? —le ofreció.

Sus ojos se amoldaron, de forma paulatina, a la penumbra del interior del cuarto. No debía medir en su totalidad más de ocho metros cuadrados. Había dos

butacones de tela gris, uno enfrente de otro, separados por una pequeña mesa de

madera toscamente pintada de un color indeterminado, como si se hubiera utilizado una mezcla desigual de restos de pintura. Al lado de uno de los butacones, el que estaba pegado a la pared, había una lámpara de pie, metálica, y con una bombilla de pocos vatios que encendió Luis, aporreando su haz los ojos

del policía, de forma sorpresiva.

—Perdón —se disculpó el hombre del sótano—. Paso tantas horas aquí dentro

que casi nunca enciendo la luz. Pero quería que vieras mi guarida —se explicó.

Lasaosa se fijó en un armario sencillo que había en una pared, copando sus estanterías un buen puñado de libros que, por su aspecto, parecían antiguos. Un

panel de madera de donde pendían unas cuantas herramientas, no muchas, que supuso utilizaría, Luis, para arreglar desperfectos o para el mantenimiento de las diversas máquinas del sótano. Al lado, como si de un adorno se tratara, había una cafetera antigua de goteo, de las que hacía mucho tiempo no veía. La cafetera estaba funcionando y el agua caliente goteaba a través de un filtro lleno de café molido. En ese momento su nariz atrapó el olor a café.

—Un café estará bien —aceptó el ofrecimiento.

Luis llenó dos tazas de café aromático, recién hecho, y le señaló uno de los butacones, el que estaba pegado a la pared, para que se sentara. El policía sujetó la pistola que pendía de su cinto para que no rozara con los brazos del sofá y tuvo buen cuidado de no golpear con sus botas la pequeña y estrecha mesa donde, de manera inmediata, Luis iba a servir el café.

—¿De qué conoces a Cosmin Antonescu? —quiso iniciar una conversación

afable que arrancara las palabras a Luis y le dijera todo lo que sabía del atropello.

Él no le respondió. Se limitó a servir con precisión el café en las dos tazas que había colocado alineadas sobre la mesita del centro.

—¿De qué lo conoces? —insistió.

—¿Azúcar? —le preguntó mientras aproximaba una azucarera de plástico de color gris.

Cogió dos azucarillos con los dedos y los echó en su taza de café humeante.

—Todo el mundo conoce a Cosmin —respondió a la pregunta del policía.

—¿Dónde está su coche?

—Aparcado en la calle.

—¿En qué calle?

—Eso es algo que has de averiguar tú —sonrió de forma maléfica, como si le estuviera proponiendo un juego.

En Jaca no era excesivamente complicado localizar un coche si estaba aparcado en la calle. Tan solo había que pasar la matrícula, modelo y color a los radiopatrullas y ellos se encargarían de localizarlo. Lasaosa recordó la cantidad de veces que se habían acercado hasta comisaría personas que aseguraban ser víctimas de un robo, que sostuvieron que habían dejado aparcado su coche en una calle concreta y que al día siguiente el vehículo ya no estaba allí. Pero él sabía que el robo de vehículos había quedado obsoleto. Ya nadie robaba coches,

como ocurría años atrás. Las modalidades delictivas mutan, al igual que lo

hacen

las modas. Robar no deja de ser una moda. Antes de redactar la denuncia se pasaba la matrícula a los Zetas y estos peinaban la ciudad hasta que daban con el coche. La mayoría de las veces su propietario no recordaba que lo había aparcado en una calle paralela. Podías observar sus rostros de estupefacción cuando les decías que el coche estaba aparcado y cerrado en la calle de al lado a dónde él decía que se lo habían robado.

Ese hombre, Luis, lo estaba poniendo a prueba. Parecía saberlo todo, pero apenas le apuntaba algún dato superficial, para que él extrajera el resto de información hasta completar las piezas del rompecabezas en que se había convertido el misterio del coche. Mientras sorbía el café, que por cierto me dijo que era delicioso, lo miró. El hombre del sótano pareció esquivar la mirada de Lasaosa, como si se esforzara en demostrar que no lo intimidaba. No tenía que

olvidar que estaba en su terreno, en un cuarto de herramientas del sótano de la comisaría. No tenía que sentirse apabullado con su presencia.

Capítulo 24

Al día siguiente, Cosmin Antonescu pasó a disposición judicial y, como era previsible, fue puesto en libertad; aunque con cargos. La acumulación de pequeños delitos como robos, peleas o hurtos, no eran, al menos en España, suficiente como para que un delincuente entrase en prisión. Ellos, los

malhechores, lo habían aprendido y por eso no les importaba cometerlos. La chulería con la que entraban en comisaría, su tránsito por los calabozos y su actitud frente a los policías, era sintomático de un sistema afable y cordial hacia el pequeño delincuente. Los delincuentes extranjeros lo sabían. Ellos conocían lo que era estar detenido en una comisaría de sus países de origen. Y como lo sabían, podían compararlo. Y la comparativa les llevaba a divertirse con las detenciones de la policía española, su paso por los juzgados y su puesta en libertad.

Con todos estos datos, y cierta animadversión adquirida en sus veinte años

de

profesión, Lasaos se decidió a llegar hasta el fondo del asunto del atropello, del que era conocedor a través de la confianza de un empleado de comisaría del que no sabía nada. En algún momento consideró que hubiera sido más sencillo

contarle todo lo que había averiguado al comisario Pascual Herrero o al jefe de

la brigada de policía judicial o incluso al segundo jefe de la comisaría de Jaca, el secretario Tristán Pulido. Ellos darían instrucciones para cotejar esa información, que por otra parte era sencilla. Tan solo había que hacer una comprobación: si había muerto alguien por atropello en las últimas semanas. Incluso para ese menester no era necesario tener acceso a la base de datos de la policía. Un chequeo de la prensa de los últimos días, hubiera sido suficiente. Un muerto por

accidente es una noticia con la sobrada importancia como para que la prensa local se haga eco de ello.

Pero su veteranía fue la culpable de que no dijera nada y se guardara esa información para él solo. Además, Luis, el tipo del sótano, también podía habérselo dicho al comisario o a algún jefe de judicial. Pero optó por decírselo a Lasaos. Aunque recordaba el policía que no fue intencionado, sino casual.

Lasaos fue al sótano porque se fundieron los plomos y Luis se lo contó porque

se encontraron en el sótano. Seguramente se lo habría contado a cualquier policía que hubiese visto esa noche. O incluso es probable que se lo hubiera contado a más policías. En ese caso, dar con las pruebas convenientes para incriminar a Cosmin Antonescu por el atropello era una carrera contrarreloj.

Durante varios días se dedicó, en su tiempo libre, a buscar el coche de Cosmin. Tenía el modelo, el color y la matrícula, pero el vehículo no estaba por

ninguna parte de la ciudad. Lo buscaba por las calles de Jaca pateando de arriba

a abajo, de Norte a Sur, de Este a Oeste, pero el coche no aparecía. En alguna ocasión se había emocionado percibiendo un Audi de color negro, pero al comparar la matrícula veía que no era el de Cosmin. Entonces se preguntaba qué

ocurriría si el coche no estuviese aparcado en la calle, sino que lo hubiera cobijado en un garaje. En ese caso sería imposible localizarlo.

Le solicitó a un compañero de policía judicial que le buscara si en las últimas

semanas había muerto alguien por atropello no resuelto, y si había alguna investigación abierta por un hecho de ese estilo. El compañero consultó los expedientes y le dijo que no, que no había ningún caso como el que Lasaosa le

mencionaba. No quiso insistir demasiado para no alertar sobre lo que estaba buscando. Esos días se había obcecado de tal forma que comenzó a creer que la

resolución del atropello, del que nadie había oído hablar, sería el servicio más importante que habría hecho en la policía en toda su carrera.

En la biblioteca municipal consultó la prensa de las semanas anteriores; incluso buceó en la hemeroteca. Sin éxito. No había ninguna noticia ni referencia a un atropello mortal provocado por un conductor que se hubiera dado a la fuga.

Y si no había atropello, ni muerte, no había caso. Entonces, ¿por qué le había dicho Luis que Cosmin estaba implicado en un atropello? ¿Por qué Cosmin mostró miedo cuando le enseñó las llaves de su coche? Y lo más inquietante:

¿dónde estaba el coche de Cosmin?

Terminados sus días libres, después del último turno, Lasaosa se volvió a incorporar al servicio. La primera noche planeó volver a visitar al hombre del

sótano para que le aclarara los motivos que lo llevaron a mentir. No existía ningún atropello y ninguna muerte con que relacionar a Cosmin. Durante esa semana se había sentido como un pelele al servicio de un juego macabro. Sus compañeros comenzaron a notar algo extraño, y no se dio cuenta porque se lo hubieran dicho, sino porque lo percibió en sus miradas de incomodidad cuando

estaban con él. Y Lasosa solo deseaba entrar otra vez de turno de noche para bajar al sótano. Había muchas cosas que tenía que aclarar con Luis, con el misterioso hombre del sótano.

—Estás muy callado —le dijo Ernesto.

La relación entre Ernesto y él no pasaba por su mejor momento. Durante años

fueron compañeros de radiopatrulla en la comisaría de la avenida Zaragoza, hasta que a Ernesto lo destinaron en la Inspección de Guardia, dependiente de Policía Judicial, y Lasosa se quedó en Seguridad, dependiente de Seguridad Ciudadana. Eran dos brigadas distintas, pero que confluían en determinados servicios. En la vieja comisaría apenas se veían, pero en el Seminario los encuentros eran constantes, ya que pese a que era un edificio bastante grande, las obras de adaptación solo afectaban a los bajos y a determinadas oficinas de la

planta primera. Esa tarde de viernes se cruzaron en la máquina de café y Ernesto aprovechó para hacerle participe de que los muchachos del turno habían

comentado que llevaba una temporada un poco «raro», según sus propias

palabras. Lasosa ya era conocedor de la fase descolocada por la que estaba pasando por culpa del asunto de Cosmin y el atropello que nunca existió. Y todo

ese trance lo había absorbido por completo.

—Sí, es cierto —aceptó el comentario de su compañero.

—¿Va todo bien? —se interesó.

—Bueno, siempre tenemos altibajos —justificó su comportamiento de esos días.

—Si hay algo en lo que pueda ayudarte, ya sabes. —Ernesto sonrió abriendo

la boca y mostrando unos enormes dientes.

—Te lo agradezco, de veras —le dijo.

Lasaosa me dijo que en ese momento Ernesto se rió y el vientre le tembló.

Ernesto era de esos hombres barrigones cuya panza era fofa y reblandecida. Era

un tío enorme, de piel blanquecina y sonrosada, pero de brazos duros como tablas de madera.

En ese instante Lasaosa estuvo a punto de contarle la verdad. De decirle lo que sabía y lo que le corroía por dentro. Pero el asunto era tan intrincado y laberíntico, que no discernía por donde comenzar. Percibía lo ocurrido de una forma distinta a como lo entenderían los demás. ¿De qué le serviría decirle a Ernesto que había habido un atropello? Se llegó a preguntar. Pero es que además

no sabía ni de quién, ni dónde, ni cuándo, ni cómo. Y mientras lo pensaba comenzó a repetirse en su cabeza lo del dónde. Entonces tuvo una revelación, si

es que se le puede llamar así. El hombre del sótano le había dicho que hubo un atropello mortal y que Cosmin Antonescu estaba implicado. Le dijo el coche, pero no le dijo el lugar. ¿Y si no fue en Jaca? ¿Y si fue en otra ciudad distinta?

Cosmin era un delincuente itinerante, de hecho era conocedor que varias de sus

detenciones habían sido en distintas ciudades de España.

Sus ojos abiertos y su sonrisa ladeada alertaron a Ernesto, que lo miró con cierto temor.

—Parece que has visto un fantasma —le dijo.

—Quizá lo haya hecho. —Sonrió arrojando el vaso de café a la papelera—.

¿Aún sigues teniendo acceso a la base de datos nacional? —le preguntó a continuación.

—Sí, claro. Y ahora mucho más que antes —respondió solícito—. Ahora tenemos una aplicación que incluso indaga en las bases de datos de las policías

autonómicas y la Guardia Civil. ¿Qué quieres saber?

—Estoy interesado en un atropello —mencionó como de pasada—. Es para un

familiar que anda preocupado y la policía de su ciudad no le dice nada.

La mirada de Ernesto le indicó que no le creía. O no te entendía. Había de esforzarse más si quería acaparar su confianza.

—¿Un atropello? —inquirió.

—Sí. Unos primos míos al que atropellaron a un familiar y murió...

—Eso es terrible. —Interrumpió Ernesto, aparentemente apesadumbrado—.

¿Dónde ha sido?

—Lo están pasando francamente mal —evitó responder—. Y me han consultado si sabemos algo de cómo va la investigación y si hay alguna pista del

autor del atropello. Pero yo... Bueno, ya sabes, la policía debe guardar celoso cuidado de cualquier información referente a investigaciones abiertas. Pero me gustaría darles alguna esperanza de que se está haciendo algo.

—No te preocupes. —Tranquilizó—. Acompáñame a mi ordenador y buscamos ese accidente. Aunque sea demarcación de policía local o Guardia Civil, podremos acceder igual. ¿En qué ciudad ha sido? —preguntó por segunda vez.

—Busca, si no te importa, en toda España —evitó responder de nuevo.

Ernesto lo miró con cierta distancia, como si creyera que iba a hacer algo ilegal o comprometido. Pero lo conocía lo suficiente como para saber que aceptaría su demanda.

—Veamos. —Suspiró mientras se sentaba frente al ordenador de la Inspección de Guardia.

Con sus gruesos dedos comenzó a teclear de forma ruidosa, mientras que Lasiosa se puso a su lado y observó el monitor. La aplicación de consulta era tan sencilla, que hasta un niño de corta edad, sin ningún conocimiento informático,

habría sido capaz de manejar las distintas pestañas de información. Ernesto rellenó el campo «lugar» con un asterisco, lo que indicaba que la búsqueda era

global. En el campo «hecho» escribió: «atropello mortal». Y en el campo investigación puso: «pendiente». El ordenador pensó unos segundos mientras que un reloj de arena volteaba en el centro de la ventana de búsqueda.

—Al tratarse de un rastreo a nivel nacional es normal que tarde algo más en pensar. —Sonrió Ernesto—. No creo que arroje muchos resultados —dijo—.

Afortunadamente los atropellos mortales es la modalidad delictiva que menos se

da en España. Y la mayoría se resuelven a los pocos días —aseveró con cierta suficiencia—. Es difícil que en un atropello no haya alguien que sea testigo.

Siempre hay una persona que lo presencié, o vio huir el coche. Luego están los posibles vestigios que son complicados de ocultar. Ya sabes, golpes, manchas, restos que no son tan sencillos de eliminar.

Mientras hablaba Ernesto, Lasaosa no perdía detalle del monitor. El reloj de

arena virtual dejó de girar y en la pantalla apareció un escueto y desmotivado «no hay datos».

—¿Qué quiere decir que no hay datos? —inquirió, molesto.

—Pues eso, Rosendo. Que no hay ningún atropello mortal pendiente de resolver en todo el Estado español.

—¿Ninguno?

—Eso es. Ninguno —dijo delectando despacio, como si se burlara de su incertidumbre.

Capítulo 25

Después de mi última conversación con Lasaosa, esa misma noche llamé por

teléfono al comisario Ferra. Era importante mantenerle al corriente de mis avances. Cené en el mismo hotel Jaqués, donde solía hacerlo a diario. Nada más

terminar subí hasta mi habitación, en la primera planta y me pegué una buena

ducha. Mientras me duchaba dejé encendida la televisión de la habitación, algo

que hacía siempre. No soportaba el silencio cotidiano de las habitaciones de hotel, donde se escuchan los murmullos de las habitaciones colindantes, y el ruido de la cafetería de la planta de abajo. En los días que llevaba allí podía escuchar incluso el ascensor cuando se deslizaba entre las plantas.

En la televisión hablaban del próximo cónclave para elegir al nuevo pontífice

tras la muerte de Juan Pablo II, que había fallecido el 2 de abril de ese año.

Mientras escuchaba a la locutora hablar, explicando lo que era un cónclave y cómo funcionaba el sistema de elección papal, me imaginé cómo sería conocer a

un Papa. Fue un pensamiento absurdo, casi demencial, pero sugirió la

importancia de conocer a personas destacadas de nuestro entorno. Conocer al Papa, y en especial a Juan Pablo II, quizá me hubiera marcado en mi vida. Yo no

era creyente, o al menos me tenía por no creyente, pero quizá si hubiera conocido a Juan Pablo II hubiera sido creyente. Ese hombre era tan bueno que hacía que a uno le entraran ganas de creer en algo.

Me senté encima de la cama, desnudo, tan solo cubierto por unos calzoncillos

de color azul oscuro. Mi mente fue asaltada por el pensamiento de la psiquiatra,

Mar Vilas, que en ese momento estaría en su habitación, en la planta de arriba.

Durante esos días, desde que llegué a Jaca y la conocí, la había evitado cuando

llegábamos al hotel. Solo coincidimos en una ocasión y se me hizo muy

violento

despedirnos en la primera planta, mientras que yo me bajaba del ascensor y ella

continuaba hasta la planta de arriba. En ese sentido me sentía como Lasaosa cuando se desvanecía en el interior del Seminario, entre la primera y la segunda

planta. Desmayarme cuando me bajaba del ascensor y me despedía de Mar, sería

una buena excusa para que ella se bajara conmigo. Ese pensamiento, el de Mar

bajándose del ascensor en mi planta, y acompañándome a mi habitación, fue tomando cuerpo en mi cerebro. Quizá llevaba demasiados días allí, en Jaca, y la

soledad del hotel, combinada con mis constantes conversaciones con Lasaosa y

mi obcecación con la investigación de lo que ocurría en el Seminario, junto con

el asunto de Cosmin Antonescu y el atropello de esa chica, obligó a mi mente a

evadirse con un buen pensamiento. Imaginé a Mar accediendo a la habitación conmigo. Ella me preguntó si podía usar la ducha, ya que se sentía sucia después

de estar todo el día trabajando en la comisaría. En mi memoria se fraguó la

imagen de la psiquiatra completamente desnuda mientras abría la puerta del baño de mi habitación del hotel y se introducía dentro de la ducha. Dejaba la puerta entreabierta y la podía contemplar mientras el agua le resbalaba sobre su

piel morena. En mi recreación me pareció más sexual hacer que se enjabonara con una pastilla, porque así la podía observar mientras que el jabón se

escurría

por su cuerpo y el agua se deslizaba arrancando un brillo excitante en sus partes más impúdicas. Me excité tanto con esa imagen que tuve que aplacar una impensable erección, introduciéndome de nuevo en la ducha e imaginando que estaba allí, con Mar.

Cuando regresé a la cama, con intención de dormir, recordé que hacía unos días que no hablaba con el comisario Ferra. Le tenía que contar lo último que había averiguado, lo de que Lasiosa me había dicho que la policía no tenía conocimiento de ningún atropello mortal que estuviera pendiente de resolver.

Entonces me planteé si era buena idea eso de contarle al Director Adjunto Operativo todo lo que yo estaba haciendo. Quizá debería comenzar a reservarme

algún secreto con que sorprenderlo. El tío sabía cómo hacerme hablar y yo le contaba más de lo que era necesario. Al final siempre terminábamos hablando de

lo que él quería y concluía nuestras conversaciones aleccionándome. Pero para eso era el jefe. Su mediación era imprescindible para mantener nuestra Unidad de Investigación Especial.

—No se puede pensar en dos cosas al mismo tiempo —me dijo nada más descolgar.

Yo me había puesto el pantalón de mi pijama y me había sentado en la cama, con los pies desnudos, sin calcetines. Mientras hablaba con Ferra estiraba los dedos de los pies.

—No será que no se pueden hacer dos cosas al mismo tiempo —repliqué.

—No, amigo Dupont. Si haces dos cosas al mismo tiempo no podrás prestar la

misma atención a una que a otra. Pero si piensas dos cosas a la vez, una de

ellas no te quedará en el recuerdo. Es la ley del enfoque. —Se puso místico, de nuevo.

Sonreí al pensar que como Ferra era comisario, siempre estaba hablando de leyes. No se lo dije para no ofenderlo—. En nuestra profesión tienes que ir subiendo peldaño a peldaño, poco a poco, pasito a pasito. Si no somos obstinados y meticulosos y perdemos el norte, entonces nuestra brújula interna nos desorienta y caemos en brazos de la inseguridad. ¿Y sabes lo que eso conlleva? —preguntó de forma retórica—. Exacto, amigo Dupont —dijo como si

yo le hubiera respondido—, eso nos lleva al miedo.

—Hay una cosa que te quiero contar —lo interrumpí mientras estaba hablando

de sus leyes morales y de sus pensamientos *kármicos*—. Es referente al «Asunto Lasaosa».

—Sé que estás avanzando mucho en este caso —me alabó—. Pero no debes desviarte de tu cometido. —Sugirió como si supiera que yo me había comenzado

a apartar de las directrices del UDAO—. Si tú crees que algo es verdad, entonces

en algún momento de tu vida serás llamado a demostrar que es verdad. ¿De verdad crees que ese rumano, Cosmin Antonescu, es el asesino de esa chica?

—Según Lasaosa, sí.

—No —gritó furioso—. No, amigo Dupont. No te estoy preguntando eso. Lo que quiero conocer es tu opinión. Tu opinión es importante para mí. Sabes que te

aprecio y quiero lo mejor para ti. Sé lo que supone la lejanía de tu mujer y tus hijas, perdido en Jaca, con esa psiquiatra acechando tus instintos más bajos.

La

pregunta es muy sencilla, y solo necesito un monosílabo como respuesta.

Atiende, Dupont, ¿crees que ese rumano atropelló a la chica?

—Sí —respondí—. Sí que lo creo.

—Pero lo que te ha contado Lasaosa aún está sin demostrar. Es más —
añadió

—, lo que te ha contado Lasaosa es lo que le contó el hombre del sótano a él.
¿Y

has comprobado si ese hombre existe?

—Ya sabes que no.

—Ya sé que no existe y ya sé que no has comprobado si existe.

—Vamos Ferra, no juegues conmigo. Ya sabes que el hombre del sótano
solo

está en la mente de Lasaosa y que no existe.

—Que no exista no quiere decir que no esté en lo cierto —dijo para mi
sorpresa; aunque Ferra ya me tenía acostumbrado a esas salidas—. O acaso
piensas que solo las personas que existen están en posesión de la verdad.

Me silencié un instante para pensar bien mi respuesta.

—Supongo que la verdad solo tiene un camino, y que nadie está en posesión
de la verdad absoluta —dije.

—Estás echando balones fuera —se quejó el comisario—. Has dicho dos
conceptos contrapuestos. Mi sugerencia, ya sabes que yo no te doy órdenes —

aclaró—, es que sigas en Jaca unos días más hasta que concluyas qué es lo que le

ocurrió a Lasaosa entre la primera y la segunda planta del Seminario. Eso es lo

importante y lo que justifica tu viaje. Si cumples con eso habrás cumplido con la misión. Lo del atropello del rumano es cosa tuya, si quieres ayudar a ese policía a extirpar el mal que lo aqueja. Ya sabes que no te has de sentir obligado, pero

recuerda que todas las recompensas requieren de un esfuerzo inicial. Si ayudas a

ese hombre la recompensa será tuya, pero desde la policía nadie te lo agradecerá.

Llevaba los suficientes años en la policía como para saber que desde dentro nunca se agradecía nada, y menos si se hacía de forma desinteresada. A los jefes

solo le interesaban dos cosas; los detenidos y la estadística. Y mi labor dentro de la Unidad de Asunto Ocultos no hacía detenidos y no ayudaba a la estadística,

por lo que solo Ferra y yo sabíamos lo que yo estaba haciendo. En ese momento sentí cierta pena de mí mismo cuando comprendí que si Ferra muriera ya nadie

sabría todo lo que hice dentro de la policía en mis últimos años. Además ese secretismo exacerbado del comisario me estaba causando ciertos problemas en mis destinos, como era el caso de Jaca, donde el secretario me había solicitado

en más de una ocasión la orden de servicio que no terminaba de llegar desde Madrid.

—Me quedaré unos días más —le dije—. Al menos hasta que concluyamos

nuestro informe conjunto con la psiquiatra y lo presentemos al Jefe Superior de

Aragón.

—No, amigo Dupont. No lo presentes al Jefe Superior, ese informe lo has de

presentar al comisario de Jaca, a Pascual Herrero, y que sea él el que lo remita al Jefe. Y, como siempre, me envías una copia a mí, para nuestro pequeño archivo

personal. Algún día todo eso que estás haciendo servirá a muchas personas. No

tengo ninguna duda de que tú eres el importante aquí. Has de tener en cuenta de que vayas donde vayas, siempre estarás tú —dijo para mí incompreensión—. Y solo tendrás control sobre ti mismo en esta vida, cuando seas consciente de tus limitaciones. Conocerte a ti, es conocer a los demás —sentenció.

Cuando colgamos, me tapé con la manta y dormí pensando en Mar. Al día siguiente tenía que llamar a mi mujer para quitarme a la psiquiatra de la cabeza.

La época de las tonterías se había terminado en el mismo momento que cumplí los sesenta.

Capítulo 26

Elisa Sánchez quedó tendida sobre la calzada. La chaqueta color perla se tiñó

de marrón oscuro. En una de las mangas había dibujado el surco de la rueda del

Audi de su asesino. El pelo castaño enmarañado y la mandíbula rota. Su cuerpo

era una piltrafa deforme que nada recordaba que minutos antes aquella chica fue

una joven llena de ilusión y esperanza. Una joven que caminaba hacia la panadería Buil a comprar las mejores ensaimadas de toda la ciudad de Jaca. El

Audi circuló a toda velocidad hasta que pasó por delante de la panadería hacia donde se dirigía Elisa. El panadero vio el Audi. Se fijó en él mientras se perdía por la esquina que daba a la avenida ancha. La oscuridad no le dejó tiempo para

leer la matrícula, pero sí que memorizó el color y reparó en una pegatina de una

discoteca que había pegada en el maletero. Se acordó de aquella pegatina porque

pensó en quién sería tan hortera de enganchar una pegatina en todo un señor Audi.

Los servicios de emergencia llegaron a los pocos minutos. Un coche que circulaba por esa calle vio el cuerpo de Elisa tirado en el suelo y se detuvo a pocos metros de él. El señor Ruiz se bajó del vehículo y se acercó hasta el cuerpo sanguinolento. Se agachó tratando de ayudar a la chica, pero cuando hubo comprobado que seguramente estaría muerta, entonces llamó al 112. Indicó

dirección exacta y se esperó hasta que llegó el primer vehículo de policía. Dos

agentes bastante jóvenes se bajaron y comprobaron que el cuerpo, que había tirado en la calzada, era cadáver; aunque este extremo debía certificarlo el médico o el forense. En unos minutos la calle se llenó de vehículos de emergencias: ambulancia, bomberos, policía y el coche del médico de guardia.

Después llegó el forense, el secretario judicial y, más tarde, el Juez.

Un vehículo de la funeraria trasladó el cuerpo al Instituto Anatómico Forense

y los dos agentes de policía, junto a un inspector de Judicial, que estaba de incidencias, se hicieron cargo de peinar la zona en la búsqueda de testigos, cámaras de vigilancia o cualquier detalle que ayudara a identificar al culpable.

Varios curiosos se acercaron y comentaron en voz alta la relación que tenían con

la víctima.

—Es la hija de Rosa —se escuchó que decía uno.

—Sí, vive allí —señaló el bloque de pisos donde residía Elisa, con sus padres.

Los policías cogieron los datos a todos, por el solo hecho de estar allí. Algún

vecino se mostró reticente.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó.

El policía le dijo que era mera rutina y que querían tener identificados a todos los presentes por si fuese necesarios llamarlos para tomarles declaración o

ampliar datos.

—Nunca se sabe —había dicho uno de los agentes—. Quizá dentro de unos días recuerden algo que en principio es banal. Como un sonido, un coche, una cara.

—Agente. —Salió al paso uno de los presentes, un hombre de avanzada edad

que aún vestía con una bata de andar por casa—. Yo he escuchado un golpe desde mi casa. —Señaló hacia un balcón que había en un bloque en la acera de

enfrente.

—¿Qué clase de ruido? —se interesó el agente.

—Un golpetazo —resumió el testigo.

Esa información era interesante, porque indicaría el momento exacto del atropello. Y con ese dato se podían registrar las cámaras de seguridad de toda la zona y calles adyacentes en la búsqueda del coche asesino.

—¿Podía concretar la hora? —interrogó el agente.

El hombre miró el reloj, como haciéndose el interesante. Y respondió:

—Creo que serían entre las siete y diez y las siete y quince.

—¿Está seguro? —insistió el agente.

—Sí, ¿por qué?

—Porque me ha dado usted una franja horaria muy exacta.

—Soy hombre de costumbres. —Se alabó a sí mismo—. Cada día me levantó

a las siete en punto, voy a orinar al baño y preparo una cafetera. Cuando meto el pan en la tostadora son las siete y diez. Por eso estoy seguro, porque he escuchado el ruido justo después de poner el pan a tostar.

El agente cabeceó risueño; la explicación del testigo le había convencido.

Una patrulla de la policía local se encargó de hacer las mediciones.

Comprobaron que el vehículo apenas había frenado, por lo que el conductor no

debió ver a la chica cuando cruzaba el paso cebra. Tomaron fotografías de las marcas de las ruedas y midieron distancias entre el lugar donde estaba el cuerpo

y la última mancha de barro. Desanduvieron varios metros hacia atrás, en el primer semáforo, buscando el rastro de la misma huella y así determinar desde donde venía el coche. Toda esa información era esencial para que la policía judicial indagara el trayecto que había realizado el vehículo antes de llegar al paso de cebra donde atropelló a Elisa.

La primera pista fiable la obtuvieron cuando uno de los policías pasó por delante de la panadería Buil. El dueño estaba en ese momento despachando y al

ver al agente salió a la calle para interesarse por lo sucedido. Una cliente ya le había dicho que esa mañana habían atropellado a Elisa Sánchez, justo en el momento que se dirigía a su panadería a comprar, como cada domingo. El señor

Buil se afligió y en cierta manera se sintió culpable. Sentía como si el atropello y

muerte de esa chica fuese por culpa de que él abría los domingos. Buil no sabía explicarlo, pero en esa ecuación criminal, que había terminado con la vida de Elisa, él se sentía parte activa. En cierta manera esa reflexión tenía su origen en una consideración mucho más profunda que emana de un principio fundamental

del universo: todo tiene un porqué. Evidentemente, ese era el día de Elisa, pero

también era el del conductor del coche, que con su huida se convirtió en un homicida. Atrás quedaron las elucubraciones de si la chica hubiera sobrevivido

en el supuesto de que su asesino la auxiliara. Quizá, si el conductor del Audi se hubiera detenido la primera vez y no hubiera circulado hacia atrás y hubiera avisado al 112, quizá Elisa aún estaría viva. Quizá.

Hasta que no me inmiscuí en la investigación, no vi la lógica en todo eso.

¿Cuándo se deja de investigar un crimen? Efectivamente, cuando se halla al culpable. La investigación abierta por la muerte de Elisa Sánchez Díaz solo concluiría en dos supuestos: uno, cuando se cogiera al culpable. Entonces se iniciaría un periplo judicial para acusarle del homicidio, resarcir a las víctimas, en este caso los padres de Elisa, y calmar a la sociedad al saber que su policía, y su justicia, funcionan. El otro es cuando hubiera pasado un tiempo, digamos prudencial, en que ya nadie se acordara de que un día esa chica fue atropellada

en un paso de cebra de la ciudad.

Lo primero que pasó por mi cabeza, cuando me enteré, fue en las coincidencias de la vida. Cómo una acción circunstancial puede provocar que ocurran otros hechos anexos y que se complementen. Había pasado el tiempo suficiente como para que ya nadie recordara el atropello. Ni los vecinos, ni los

amigos, ni la policía. Solo la familia, que nunca olvida esas cosas, y las bases de datos informatizadas de la policía, que tampoco olvidan; aunque sí manipulan.

En esa variable saltó a la palestra la temida y poco fiable estadística. La estadística es, sin lugar a duda, el peor enemigo de los gobernantes, economistas, empresarios y, no podía ser menos, de la policía. La estadística nos dice cuántos delitos se han cometido y cuántos se han solventado. Y estadísticamente se calcula la diferencia entre lo que ocurre y lo que se soluciona. Yo, al pertenecer a la policía, conocía los chanchullos de la estadística y cómo se manipulan las cifras para obtener unos resultados, que en la práctica totalidad son falsos. Me enteré, después de aquello, que en las comisarías el puesto más valorado, protegido y selecto es el del encargado de la estadística. Me sentí estúpido cuando supe que si robaban veinte coches en el interior de un garaje, el encargado de la estadística lo grababa como un solo hecho, ya que argumentaba

que al ser en el mismo lugar y durante la misma franja horaria, podía ser el

mismo autor, algo que se presumía. Y la triquiñuela que se usaba es que si había

sido el mismo autor, era el mismo hecho, por lo que se introducía en los archivos

policiales como un solo delito. De esta forma el robo de interior de vehículo multiplicado por veinte se convertía en un solo hecho.

La estadística fue la culpable de que el atropello de Elisa Sánchez Díaz figurara en los archivos policiales como «esclarecido». Una palabra llena de significado y que había provocado sensaciones orgásmicas en más de un jefe de

policía cuando la leía. Un hecho esclarecido significaba que nunca había ocurrido. Pero lo peor de todo es que un esclarecido era dinero. Cuando me lo contaron lo comprendí todo. Y entonces sentí un asco profundo hacia nuestra profesión. No hacia mis compañeros, no quiero que se me malinterprete, siempre

he ensalzado la labor de la policía, si no hacía los mandos que se han dejado arrastrar por las cifras. Mi alejamiento de las Brigadas de Investigación Criminal me habían aislado de lo que realmente estaba ocurriendo en las comisarías. El Gobierno había dispuesto un complemento salarial basado en los resultados, lo que ellos denominaron «Productividad». Así, al final de año, todas las

comisarías que alcanzaran los objetivos de productividad cobrarían un

complemento salarial, que en algunos casos podía llegar a ser una mensualidad

entera. Es decir, que un policía que cubría el cien por cien de los objetivos podía llegar a cobrar «quince pagas» al año: doce mensualidades, más Navidad, más verano, más productividad. Y es bien sabido que el germen de la corrupción es el

dinero. Y si la estadística da dinero, la corrupción está servida.

Un par de meses después del atropello, cuando, como he dicho antes, ya pocos

recordaban lo ocurrido, la investigación se dio por cerrada. De nada sirvió la declaración del panadero Buil que recordaba un Audi de color negro circulando

por su calle. Ni la precisión de un testigo a la hora de concretar la hora del atropello, lo que podría haber llevado a la policía a visionar todas las cámaras de seguridad momentos antes del fatal accidente. En una ciudad pequeña era relativamente sencillo comprobar uno a uno todos los vehículos de una

determinada marca, con un determinado color y con un detalle, por

insignificante que pudiera parecer, que lo diferenciara de los demás. De nada sirvió la declaración de Buil donde habló de un Audi negro con una pegatina de

una discoteca enganchada en el lateral derecho del maletero. Incluso uno de los

investigadores se tomó la molestia de enseñar varias pegatinas de discotecas de

la zona al señor Buil, hasta que este, colaborador, señaló con su dedo una que reconoció sin ninguna duda.

—Esta —dijo.

—¿La de la discoteca Aurora? —preguntó el agente.

—Sí —aseguró.

Y el agente anotó en el expediente que el señor Buil había señalado la pegatina de la discoteca Aurora como la que portaba enganchada en el maletero

el Audi de color negro que circuló por delante de su panadería el día que

atropellaron a Elisa.

Tampoco sirvieron las mediciones de la policía local, ni las fotografías de las

huellas de rueda recogidas en el lugar del atropello. Nada de lo que se hizo sirvió de nada, por que el comisario determinó que el autor del atropello fue un viejo

conocido de la policía que falleció unos meses después del accidente. Porque lo

importante era que el delito había sido esclarecido. Y un delito esclarecido ya no se investiga. La muerte de Elisa había dejado de investigarse porque se determinó que el autor del atropello mortal fue Toribio Rocamora, un

ladronzuelo de poca monta de Jaca.

Capítulo 27

—Hola Ainhoa, buenas noches —saludé a mi mujer cuando escuché su voz al

otro lado del teléfono.

—Samuel, ¿ya has terminado en Jaca? —consultó como si estuviera impaciente porque yo regresara a Madrid.

Llevaba tres semanas, pero parecía que ya hubieran pasado un par de años. El

tiempo en Jaca se ralentizó y me sentí como un explorador destinado en una tribu lejana, al que los días pasaban sin ninguna anotación en su cuaderno de viaje. Pero Jaca al mismo tiempo conseguía abstraerme de mi rutinaria vida. Por

aquel entonces había pocas cosas que me llenaran, y mi labor dentro de la UDAO era una de ellas. Incluso llegué a pensar que si el comisario Ferra no

me

hubiera dado esa oportunidad en el año 2002, en esa unidad especial de la que yo

era el único integrante, mi vida dentro de la policía hubiera tocado fin, y me habría jubilado unos años antes, cuando podía haber pasado a segunda actividad.

—No me queda mucho —respondí—. Ya casi tengo todos los datos y ahora solo queda cuadrarlos en mi informe final.

Ainhoa era feliz en su trabajo, en una aseguradora de la calle Goya, donde trabajaba de lunes a viernes en horario de mañana y de tarde. Reconozco que tuve suerte de conocerla, ya que desde nuestro noviazgo y boda que mi vida había cambiado, para bien. En el año 2005 nuestra hija Carla había cumplido los

23 años. Era buena chica, y bastante independiente, ya que nunca nos dio problemas ni motivos de preocupación.

—Hace unos días estuvo en la agencia un compañero tuyo —me dijo—. Ese que había estado unos años en el Líbano.

—Ah, sí. Marcos.

—Sí, así me dijo que se llamaba.

—¿Qué quería?

—No, nada. Vino para hacerse un seguro de hogar más completo con nuestra agencia, ya que el que tenía era más caro y cubría menos. Me reconoció cuando

lo atendí y me preguntó si yo era la mujer de Samuel Santamaría Dupont. Es curioso como algún compañero tuyo te nombra con los dos apellidos.

—Sí —le dije—. A Marcos Oteo lo conocí en la comisaría de Chamberí cuando estuve destinado allí. ¿Tú no lo conocías?

—No —respondió—. No recuerdo haberlo visto nunca.

—¿Y cómo sabía que tú eras mi mujer?

—Me dijo que un compañero vuestro le había dicho que yo trabajaba en esa agencia. —Me comentó Ainhoa sin darle mayor importancia a ese detalle—. Entonces, Marcos, me preguntó que qué tal te iba y por dónde parabas ahora.

—Oh, vaya. Supongo que no le dirías la verdad.

—No, Dupont. —Mi mujer siempre me llamó por mi apellido. Todo el mundo

lo hacía, incluso mi hija—. Yo nunca comentaría en público ni a extraños tu labor dentro de la policía, pero por lo que parecía él sabía algo más sobre tus andanzas.

Recuerdo que cuando mantuve esa conversación con mi mujer sentí una punzada de temor a que alguien supiera mi cometido dentro de la policía. Ni el comisario Ferra ni yo hablábamos de ello con nadie. No creo que ni los comisarios donde iba destinado supieran lo que yo hacía.

—¿Qué te ha dicho?

—Bueno, me preguntó por ti. Dijo que sabía que yo era tu esposa, algo que corroboré, y luego me consultó si ya se habían solucionado tus problemas en la policía.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Pues eso es lo que no sé. Porque cuando le hice esa misma pregunta, él cambió de tema y sentí como si se hubiera contrariado o como si hubiera metido

la pata.

—¿No le hablarías del comisario Ferra?

—Jamás haría eso, ya lo sabes. Pero él sí que lo nombró.

—Marcos nombró al comisario Ferra —repetí la aserción de mi esposa.

—Sí, pero enseguida cambió de tema. Me dijo que Ferra y tú habíais

coincido en la comisaría de Chamberí cuando él ya era comisario y tú inspector, antes de que ascendieras. Yo no le hablé de Ferra, pero cuando le dije que aún seguíais en contacto, entonces es cuando él demudó su rostro y cambió

de tema. Durante el resto de nuestro encuentro ya solo hablamos del seguro de su piso. Antes de irse me dijo que te diera recuerdos. Recuerdos de Marcos, me

dijo.

—Marcos Oteo, Marcos Oteo —repetí buscando en mi memoria alguna

relación entre ese policía y el comisario Ferra—. La última vez que lo vi —le dije a Ainhoa—, fue en la comisaria de Chamberí donde coincidimos un tiempo.

Yo estaba de inspector en un turno de Seguridad Ciudadana, y él, creo recordar,

estaba en Policía Judicial. Después se fue unos años al Líbano en misión humanitaria instruyendo a la policía de ese país. Lo que no sé es por qué te ha preguntado por nosotros: por Ferra y por mí, cuando en principio no tendría

que

conocer nuestra relación. —Ainhoa estaba al tanto de lo que yo hacía dentro de

la Unidad de Asuntos Ocultos del comisario Ferra. Nunca se lo oculté—. Oye, ¿y Carla qué tal está? —me interesé.

Ainhoa me habló de lo que estaba haciendo nuestra hija, en una explicación breve, y enseguida regresó al asunto del comisario Ferra, como si algo le inquietara.

—Oye, Dupont —me dijo—. Ya sabes que yo nunca me meto en lo que haces

dentro de la policía. Y me parece maravillosa tu labor en esas comisarías donde

vas a apaciguar los ánimos y ayudar a los policías que tienen problemas, y además nunca he desconfiado de ti. Vamos, que sé que eres buena persona, pero

no me gustaría que me engañaras...

—Oh, vamos, Ainhoa, ya sabes que no hay otra mujer —rechacé mostrando desconcierto por sus palabras—. Nunca te he engañado con otra mujer y nunca te engañaré —le dije.

—No me estaba refiriendo a eso —me dijo—. Me refería a que no necesitas mentirme y si algo de lo que haces en la policía no me lo quieres decir, pues no me lo digas. Pero quería que supieras, si no lo sabes ya, que no es menester que

me mientas.

—No te miento Ainhoa, lo que ocurre es que me gusta guardar celoso sigilo de todo lo que hago en mi trabajo. Ya sabes que es una unidad especial y que nadie, salvo el comisario Ferra y tú, sabéis lo que hago. Ni siquiera lo saben en las comisarías a dónde acudo para ayudar. Si conocieras al comisario Ferra sabrías a que me refiero —le dije.

—Ya me gustaría conocerlo algún día —dijo nostálgica—, pero parece que ese hombre es más tu amante que tu jefe. —Creo que con esas últimas palabras sonrió.— Hace unas semanas estuvisteis cenando en el Círculo de Bellas Artes

de la calle Alcalá...

—Sí, ya te lo dije —la interrumpí.

—Lo sé, por eso te lo menciono. ¿No sé si sabes que el seguro del Círculo de

Bellas Artes lo tienen contratado con mi agencia?

—No lo sabía, no. ¿Por qué?

—Es un cliente muy importante y negociamos directamente con el dueño — me dijo algo afligida—. Así que lo conozco y después de que tú y... el comisario, comierais allí, estuvimos hablando.

—Oh, Ainhoa —protesté—. No me digas que habéis hablado con el dueño del

restaurante de nuestro encuentro. Ya le dije a Ferra que no era buena idea comer

en un sitio público —dije con cierta pesadumbre—. Pero él me dijo que si hay

que ocultarse, lo mejor es parecer que no te ocultas. ¿No habrá escuchado ese hombre nuestra conversación?

—No, no, tranquilo Dupont —apaciguó mi mujer—. Solo quería que lo supieras, que el dueño del Círculo de Bellas Artes os vio, juntos, mientras comíais.

Los dos hicimos unos prolongados segundos de silencio, hasta que Ainhoa concluyó la conversación.

—Supongo que si no has de decirme nada más, entonces terminamos esta conversación.

—No, Ainhoa, ya hablaremos cuando regrese a Madrid, creo que en unos días,

cuando haya terminado mi trabajo aquí. Dale un beso a la niña de mi parte.

Cuando colgamos tuve la extraña sensación de que mi mujer había averiguado

algo de mí, pero no me lo quiso decir. Ese policía metomentodo, Marcos Oteo, seguro que sabía algo de nuestra Unidad Secreta que investigaba asuntos ocultos.

Siempre me había preguntado si yo fui el primer policía en quién pensó Ferra cuando creo la UDAO. O, por otra parte, se lo había ofrecido a otros agentes. Él

nunca me lo dijo, y es probable que hubiera más personas que lo supieran. La mejor forma de guardar un secreto es no contárselo a nadie. A nadie.

Capítulo 28

Ernesto era un buen compañero, y un buen amigo; ya que no es lo mismo ser compañero que amigo. Estaba preocupado por Lasaosa, igual que yo me

preocupé por él cuando me hice cargo de su caso. Igual que se preocupó Mar, la

psiquiatra, cuando la enviaron desde Zaragoza. Igual que se preocupó el comisario de Jaca cuando aceptó que me enviaran desde Madrid. Y cuando alguien se preocupa por alguien, es capaz de hacer lo necesario para que ese alguien no se sienta mal. Estuve seguro de que Ernesto quiso ayudar a Lasaosa,

aunque cuando me enteré por primera vez tuve mis dudas. Pero después ya no las tuve y supe que Ernesto era un buen compañero.

—No te preocupes —le dijo—. Puedo buscarlo de otra forma.

Repitió la operación de búsqueda en la aplicación de consulta, pero esta vez en el campo investigación escribió: «resuelto».

—¿Resuelto? —le había preguntado, Lasaosa.

—Sí. Quizá el atropello se dio por resuelto y por eso no arroja resultados en la búsqueda.

El ordenador pensó un instante mientras que un colorido reloj de arena giraba

en medio del monitor, para arrojar un listado de varias líneas donde aparecían los atropellos mortales que habían sido resueltos en todo el Estado español.

—¡Vaya! —chasqueó los labios, Ernesto—. Aquí hemos tenido uno —dijo.

Y fue cuando en la pantalla del ordenador vieron que hacía unos meses habían

atropellado en Jaca a una chica llamada Elisa Sánchez Díaz.

—¿Quién fue el autor? —inquirió Lasaosa.

—Aquí dice que fue Toribio Rocamora, un delincuente del tres al cuarto que murió una semana después del atropello.

—¿Rocamora? ¿Murió? ¿Cómo?

Después de aquello también supe que todo policía que estuviera destinado en

Jaca conocía a Toribio Rocamora. Rocamora era un delincuente de poca monta especializado en pequeños hurtos de carteras a los visitantes de mercadillos, descuidos en las terrazas de los bares y algún robo con fuerza en tiendas sin alarma, pero con tan poca profesionalidad que siempre acababan deteniéndolo.

Cuando me hablaron de él me dijeron que se había «comido» más delitos de los

que había cometido. En nuestro argot significaba que cuando había algún delito

sin esclarecer, entonces se lo metían a Rocamora; aunque fuese estadísticamente.

La probabilidad de que hubiese sido él, el que atropelló a Elisa, era tan descabellada como que Cosmin Antonescu estuviese un día completo sin beber,

me comentaron, no sin cierta sorna, los policías de la comisaría de Jaca. Y fue la primera vez que Lasaosa mencionó esos dos nombres, el de Cosmin y el de

Toribio, en una misma frase. El hombre del sótano le había asegurado a Lasaosa que el autor del atropello fue Cosmin, pero la policía había dicho que fue Rocamora. Y mientras que el primero había sido detenido varias veces después

de la muerte de Elisa, el segundo estaba enterrado en el cementerio de Jaca con

una causa por muerte en su ficha policial, cuando anteriormente no le constaba ninguna.

—¿En qué piensas? —Ernesto abstraigo a Lasaosa de la reflexión en la que se había sumido.

—En si fue Rocamora quién atropelló a esa chica —le dijo.

—Tanto si fue él, como si no, ya poco importa porque está muerto.

—Seguramente tendrás razón —asintió—. Pero no creo que las cosas deban ser así. Si Rocamora no fue quién atropelló a esa chica, significa que el verdadero asesino sigue libre.

—¿Sospechas de alguien?

Lasaosa estuvo a punto de decirle la verdad, pero pensó que no le creería.

¿Quién iba a creer que un desconocido en el sótano del Seminario le daría el nombre del autor del atropello de Elisa?

—Sí. Pero solo es una sospecha.

—Si te puedo ayudar —se ofreció.

Rechazó su aporte, pero de forma momentánea, ya que Ernesto le podría ser de ayuda por la facilidad de manejo que tenía con las aplicaciones de la policía.

He de recordar que en el año 2005 las bases de datos no estaban tan avanzadas ni

tan completas como lo están ahora. En esos años no existían los programas tan complejos que manejamos ahora y había muchos policías que seguían manteniendo las obsoletas, pero prácticas, fichas policiales.

—De momento no, quizá más adelante. Pero gracias de todos modos —

agradeció Lasaosa.

La primera vez que intuí lo que estaba ocurriendo fue cuando Lasaosa me contó su encuentro con el extraño hombre del sótano. Había demasiados flecos como para tomarlo en serio. Pero lo que determinó mi creencia en todo lo sobrevenido fue la relación con el hombre del archivo. Después de que Ernesto

le hubiera dicho que existió el atropello de Elisa Sánchez Díaz por un conductor

que se dio a la fuga y que no llegaron a detener, pero sí imputar, cuando el conductor homicida: Toribio Rocamora, fue hallado culpable de la muerte de Elisa. No había que olvidar que durante años fui policía y ejercí como tal, antes de que los repetidos ascensos me hubieran sacado de la circulación. Así que tenía los conocimientos necesarios para saber cómo funcionaba el juego de la policía. Y digo juego para referirme a todas esas acciones legales que resolvían

delitos que no habían sido resueltos. Culpar a Rocamora de la muerte de Elisa era una estrategia por parte de la superioridad, ya que él nunca pudo ser juzgado, y por lo tanto no se pudo defender. En realidad, la muerte de Elisa no se resolvió desde la perspectiva penal; aunque sí estadística. Y, como ya era sabido, la estadística es una lacra que solo sirve para que los policías cobren más a final de año.

Una mañana en la que Lasaosa estaba libre de servicio, se acercó al archivo de

la comisaría. Durante las obras del edificio de la calle Zaragoza tuvieron que trasladar toda esa ingente cantidad de legajos hasta el Seminario, ya que era importante que no se perdiera ningún documento. Durante los años que

funcionaba la antigua comisaría siempre se guardó copia de todo lo actuado, así

como diligencias, informes, minutas o cualquier documento que se cursara en la

policía. El archivo era uno de los pilares más necesarios e importante de toda comisaría. Lo fue antaño cuando no existían los ordenadores y lo era después, en

la época de la informática. El soporte documental era inmensamente necesario para salvaguardar cualquier documentación fundamental. Un compañero de

Secretaría le había dicho que los legajos del archivo habían sido trasladados a la tercera planta del Seminario, la última. Realmente no era una planta,

propriadamente dicha, sino que más bien se trataba de una buhardilla de techos inclinados que habilitaron como almacén de los paquetes de legajos, hasta que las obras de la nueva comisaría estuvieran concluidas y los agentes pudieran regresar allí de nuevo.

Lasaosa saludó al policía de la puerta, al que conocía desde hacía bastantes años, y subió las escaleras hasta la segunda planta, en el tramo donde él se había desmayado en un par de ocasiones. A la luz diurna el interior del Seminario no

parecía un mal lugar. Los destellos del sol reflectaban desde la Ciudadela y se adentraban por los enormes ventanales ofreciendo un aspecto amable del

edificio. Las paredes habían sido pintadas y el suelo pulido. La puerta de la casa del comisario permanecía cerrada y un acceso de dos escalones de madera daban

paso a la buhardilla. En la puerta leyó el nombre en un folio impreso con impresora, donde decía: «Archivo».

Empujó la puerta con la mano y del interior surgió un tufo húmedo y desagradable. Olía a cartón mojado, por lo que lamentó que la mayoría de legajos habían sucumbido a la humedad, seguramente por un poro mal tapado del techo, por donde se habría colado el rocío jaqués. El interior de la buhardilla era más espacioso de lo que podía parecer desde fuera. La

construcción del Seminario ofrecía esos engaños, ya que había habitaciones más grandes de lo que podían aparentar externamente. Le sorprendió el desorden, ya que teniendo

en cuenta que los paquetes de documentos habían sido trasladados desde la comisaría, los operarios podían haber tenido más cuidado y los deberían haber

colocado por orden. Y no me refiero a un orden alfabético, pero sí apilar las cajas una encima de otra, y no como me comentó Lasaosa que los había hallado:

esparcidos por el suelo como si los hubiera derribado un terremoto. Al ser por la mañana entraba un tenue hilo de claridad que caía a plomo desde el techo y cuyo

haz de luz aporreaba un grupo de legajos, algunos de los cuales se habían abierto por la dejadez y mostraban membretes de atestados policiales, cuyo papel se había amarilleado y cuya tinta se desvanecía como si de un momento a otro fuese a desaparecer.

—¿Qué busca? —habló alguien a su espalda.

Se giró y vio como desde el fondo de la habitación surgía una sombra delgada

que se arrastraba lentamente hacia donde estaba él. No tuvo miedo; aunque no le

podía ver la cara por culpa de la oscuridad, pero en su mano derecha portaba un

bastón que deslizaba sobre la madera del suelo y que le servía de sustento.

Cuando el hombre del archivo se acercó, Lasaosa percibió que era un anciano.

Su pelo largo y blanco ocultaba unas arrugadas y enormes orejas. De pobladas y

albugíneas cejas, sus ojos desprendían una eficiente inteligencia, que concordaba con su voz profunda cuando habló.

—Disculpe —le dijo el policía—. Pensaba que no había nadie.

—Y no lo hay —dijo para su sorpresa.

—¿No?

—No, aparte de nosotros dos —sonrió—. Entre nosotros no nos podemos tratar como si fuésemos desconocidos, ya que los dos estamos en un espacio reducido del interior de un edificio de la actual comisaría de policía. Un lugar, le recuerdo, que está creado para hacer el bien.

—Ya, ya, claro —le siguió la corriente—. Bueno, no le entretengo más —se disculpó mientras giraba sobre sus pasos para salir de allí.

—¿Ya se va?

—Sí.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí?

—Mmmm, bueno, la verdad es que quería ver cómo había quedado esta parte

del Seminario. Solo curioseaba.

Recuerdo que cuando Lasaosa recreó esa parte de la conversación con el hombre del archivo, no me dijo, o no supo decirme, por qué no le respondió cuando le preguntó qué estaba haciendo allí. Si su intención, y creo que no me

engañó, era la de recabar información sobre el atestado instruido por el atropello de Elisa y la acusación de Rocamora, entonces por qué no se lo contó al hombre

del archivo. Es de suponer que él le hubiera ayudado evitando que escarbara

de

forma aleatoria por la ingente cantidad de papeles hasta hallar el atestado que le interesaba.

Recuerdo que en la siguiente conversación telefónica con el comisario Ferra, él supo hacerme ver lo que estaba ocurriendo en Jaca y lo que pasaba por la cabeza de Lasaosa.

—¿No te das cuenta de la verdad, amigo Dupont? —me susurró con esa voz de ultratumba que ponía cuando iba a decir algo crítico—. Es pura simbología —

soltó—. El hombre del sótano simboliza al demonio, mientras que el hombre del

archivo representa a Dios. ¿Te das cuenta, amigo Dupont? En la mente de Lasaosa están representados el bien y el mal en su justa medida.

Mientras Ferra hablaba yo me imaginé al hombre del archivo con un nimbo rodeándole la cabeza y al hombre del sótano con unos cuernos de color rojo. El

comisario me confundía cuando exornaba sus palabras en exceso.

—Sí, bueno —le dije al comisario—. Eso es una evidencia. Pero te lo cuento

tal y como me lo cuenta él, porque debería ser Lasaosa quién se diera cuenta de

lo que está ocurriendo.

—No, no. No seas pueril con tus indagaciones. Ese policía no es consciente de

lo que realmente ocurre; nadie lo es es su caso. Para él, tanto el hombre del sótano, como ahora el hombre del archivo, existen realmente. Están ahí. Él los

ve de la misma forma que tú me estás escuchando ahora a mí.

—Entonces todo lo que ocurre en Jaca es una fabulación de su mente. Es un bulo creado por la inconsciencia de Lasaosa.

—No tiene porque ser así —rechazó el comisario Ferra—. Lo que es una fabulación es la aparición de los personajes que envuelven su historia, pero no la historia en sí. Por eso te he enviado, para que averigües qué parte de la historia de Lasaosa es cierta, pero no las herramientas que utiliza ese policía para contarla.

—Sabes que estoy en un atolladero —me sinceré con él.

—Lo sé, amigo Dupont. Lo sé, pero también sé que falta poco para que lo aclares todo.

—¿Cómo?

—Averigua qué parte de la historia de ese policía es verdad, y qué porción forma parte de su invención. Tienes que hallar al culpable que atropelló a esa chica.

—Elisa Sánchez.

—Sí, a Elisa Sánchez. Tienes que dar con el verdadero culpable.
Determinar

qué papel juega el rumano...

—Cosmin Antonescu.

—Sí, aclara si fue él quién atropelló a Elisa. Y cuando lo tengas todo, entonces podrás sanar a Lasaosa.

—¿Sanar? ¿No te entiendo, comisario?

—Sí, amigo Dupont. Es muy sencillo. Y para eso has viajado hasta Jaca. Para eso estás allí. Cuando seas capaz de explicar todo lo ocurrido, entonces

podrás ayudar a ese policía. La verdad nos hará libres —sentenció con esa frase bíblica

que repetía a menudo—. Lasaosa debe comprender por sí mismo que no está loco, pero para eso debes explicar todo lo que le ocurre.

—Otra cosa —aproveché esa conversación con él.

—Dime.

—En la comisaría de Jaca me están apretando con la orden de servicio que justifica mi traslado aquí.

—Mmmm, déjame que piense. ¿Quién es el secretario?

—Se llama Tristán Pulido. Inspector Jefe Tristán Pulido. ¿Lo conoces?

—Seguramente; aunque no le pongo cara. Dale largas —insistió—. Él ha de saber que una orden de servicio especial, como la que te ha enviado a Jaca, necesita un tiempo para darle curso. Dale largas y no te insistirá de nuevo hasta que hayas concluido tu labor allí.

Capítulo 29

A finales del mes de abril contuve mi inquietud cuando vislumbré que no iba a

sacar nada en claro de mis entrevistas con Rosendo Lasaosa. Mar Vilas, la psiquiatra, tampoco avanzaba con su diagnóstico. Y el comisario de Jaca, Pascual Herrero, nos apresuraba para que dictamináramos un resultado que tranquilizara a la opinión pública. Apartar a Lasaosa del servicio tampoco era un buen plan, ya que el policía se sentía útil dentro de la comisaría y su actividad le aportaba paz y armonía y evitaba que sucumbiera en una locura que podía ser irreversible.

El comisario me citó en su despacho, visiblemente incómodo, o esa fue la impresión que me causó cuando accedí. No había que olvidar que yo era Inspector Jefe, y ningún Rey mata a otro Rey.

—Me quería ver —le dije. Siempre que hablamos mantuve el trato cortés hacia él.

—Sí, sí. Pase, Dupont. Tome asiento —me ofreció.

Accedí a su despacho y sorteé una silla de madera con un tapizado horroroso,

sobre la que había una caja de cartón que posiblemente contenía libros. Era la segunda vez que entraba en ese despacho. La primera fue cuando llegué a Jaca y

me entrevisté con Herrero. En esa ocasión fue una entrevista de cortesía, ya que

parte de mi labor dentro de la policía se fundamentaba en la independencia de mi

actividad investigadora. No tendría sentido que pusiera al corriente de los comisarios, de todos los destinos que frecuentara, lo que estaba haciendo. Mi cometido y mi servidumbre estaba clara: yo solo servía al DAO, mi señor. En esta segunda ocasión me percaté de que detrás de él había una grímpola que no

recordaba haber visto la otra vez. Parecía de una embarcación, por lo que supuse

que el comisario tendría algún yate amarrado en un puerto de la costa catalana o

la costa vasca, las más próximas.

—¿Y bien? —farfulló—. ¿Sabemos ya qué le ocurre a Lasaosa?

La poca receptividad de Herrero ya la había constatado cuando llegué a Jaca.

Era un comisario de aspecto moderno, pero chapado a la antigua. De buen porte;

aunque se notaba que no había corrido más de cien metros seguidos en los últimos veinte años, sobre todo por su forma de caminar, ligeramente agachado,

como si estuviese perpetuamente buscando algo que se le hubiera caído al suelo.

Si lo observabas por delante se le veía pelo, que se peinaba hacia arriba con calculada precisión. Pero de espaldas no podía disimular una más que incipiente

calva que le redondeaba toda la coronilla.

—Aún no hemos concluido nuestro informe —me defendí. Los ojos pequeños

de Herrero se convirtieron en dos líneas que emanaban desprecio.

—¿Informe? —chasqueó la lengua.

—Sí, claro. —Hube de mantenerme firme—. Como sabrá, la psiquiatra y yo estamos trabajando codo con codo para hallar un diagnóstico ecuánime y certero

de lo que le ocurre a Lasaosa.

Cuando le nombré a la psiquiatra él contrajo el rictus, como si le molestara que la nombrara. Y me extrañó sobremanera, porque Mar era una chica

agradable y atractiva, algo de lo que todo un comisario no podía huir. Entonces

supuse que quizá habría tenido algún roce con ella y por eso se sentía molesto cuando la mencionaba.

—Imagino que ya habrá descartado la existencia de fantasmas y entes sobrenaturales en esta comisaría. —Golpeó la mesa con unos rollizos nudillos

—.

Porque, hasta dónde sé, ese era el motivo de su labor aquí.

Me percaté de que Herrero hablaba como si no estuviéramos solos, como si en

su despacho hubiera alguien más. Días después, pensando en eso precisamente,

es cuando concluí que había grabado nuestra conversación. Lo de grabar las conversaciones en despachos oficiales era una práctica que se había puesto de moda en los últimos años y que prácticamente lo hacían todos los jefes cuando

hablaban con un subalterno. Quizá había sido una réplica a esos policías de la escala básica que iniciaban la grabadora de su teléfono móvil cuando hablaban con algún jefe, y luego podían utilizar esa grabación para defenderse de una acusación falsa o, incluso, chantajearle.

—Creo que nosotros nunca hemos contemplado la probabilidad de que hubiera algo sobrenatural en todo esto —afirmé para su tranquilidad—. Pero tenemos constancia de que parte de lo que dice Lasaosa es correcto.

—¿A qué se refiere?

Enseguida me di cuenta de que había hablado demasiado, y sentí una tremenda sensación de ineptitud que me sumió en algo parecido a una rabieta.

Durante esas semanas, Lasaosa se había sincerado sobradamente con nosotros, con Mar y conmigo. Y nos había contado, con milimétrica precisión, todo lo que

ocurrió desde la primera vez que se desvaneció en la primera planta del Seminario, hasta que se entrevistó con Cosmin Antonescu, habló con el hombre

del sótano y el hombre del archivo, y descubrió que el rumano había sido el

asesino de la joven Elisa. Huelga decir que todo, absolutamente todo, lo que nos

contó Lasaosa, fue producto de su imaginación. Lo del hombre del sótano era imposible, porque el Seminario no tenía sótano. Y lo mismo ocurría con el hombre del archivo, porque no existía un archivo en la nueva comisaría, ya que

el que había en la calle Zaragoza lo habían trasladado a un edificio municipal hasta que concluyeran las obras. Pero mi demora, en lo que se refiere al diagnóstico de Lasaosa, se estaba retrasando porque tenía que saber si lo que me

había manifestado del atropello era cierto. Si todo lo ocurrido de la chica atropellada, la huida del rumano y su acusación, fuese cierto, mi obligación era

cotejar los datos de los que disponía Lasaosa y buscar al responsable que estaba

detrás de todo. El hombre del sótano no sería nada más que una proyección de su

mente, pero detrás de sus palabras y aciertos habría alguien que orientaría la investigación paralela del atormentado Lasaosa.

—Bueno, la verdad, es que el policía es colaborador y en ningún momento nos ha mentado con nada de lo ocurrido. Nos quedan dudas referentes a lo que le

ocurrió en la primera planta. —Mientras hablaba señalé con la barbilla hacia el

pasillo—. Solo necesito un poco más de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué? —Noté cierto enfurecimiento por parte del comisario

—. La mayor parte de la gente pasa por la vida gastando la mitad de su tiempo

y

energía en intentar proteger una dignidad de la que carece. Ese policía está perdido. Es un desecho —elevó la voz—. Y así debe ser tratado. —Yo me limité

a clavar los ojos en los de Herrero. Él se dio cuenta y quiso rectificar sus palabras; aunque lo dicho, dicho estaba—. Bueno, ya sabe como funciona esto

—se excusó—. ¿Alguna vez ha dirigido una comisaría?

—Nunca. —Negué de inmediato basculando la cabeza—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Dirigir una comisaría no es algo sencillo. Son necesarios muchos factores,

muchos tiras y afloja. Mucha mano izquierda, y, de vez en cuando, mano derecha. —Levantó los ojos con orgullo y me miró como un caballo que mira por encima de una valla—. De repente todo va bien, como de repente todo va mal. —Me pareció distinguir una sonrisa en sus labios—. La comisaría va sobre

ruedas, todo sale a pedir de boca, y surge un policía como Lasaosa que pone en

tela de juicio toda la labor de decenas de policías durante decenas de años.

Incluida la mía, claro está.

Mientras escuchaba al comisario me di cuenta de que me había perdido algo por el camino. A mi modo de entender, el asunto de Lasaosa no era el fin del mundo. Ni tan siquiera era tan importante como para que todo un comisario tuviera que tener miedo. Pero lo mismo que Lasaosa me contó que al rumano se

le dibujó el miedo en el rostro cuando le mostró las llaves de su coche, yo

percibí un miedo incomprensible en los ojos brillantes de Herrero. Un miedo innato, casi ancestral, tan antiguo como la propia existencia del ser humano.
¿A

qué tenía miedo el comisario? Me había preguntado mientras lo escuchaba hablar. La respuesta no se hizo esperar.

Capítulo 30

—¿Sabes por qué creé nuestra Unidad? —me preguntó el comisario Ferrera en

una de las últimas conversaciones telefónicas que mantuvimos.

—No sé —respondí, aunque sabía la respuesta.

—Porque era necesaria, amigo Dupont. Porque en la policía no hay ninguna Unidad como la nuestra. Existe un servicio médico en las comisarías para los heridos. Una capilla para los católicos. Un secretario para el papeleo.

Administrativos para solicitud de licencias. Existe prácticamente de todo, para todo lo que se necesite. Pero no hay nadie que ayude a policías como Lasaosa.

Ese hombre está solo, desvalido, abandonado... ¿Se da cuenta, Dupont? No hay

nadie que lo ayude.

—Estoy yo —dije.

—Claro que está usted, amigo Dupont. Por eso se lo menciono, para que se de

cuenta de que su labor dentro de la policía es imprescindible. Se ha convertido

usted en una pieza única e irremplazable.

—Algún día me jubilaré —lo interrumpí bromeando—. Ya sabe que tengo

sesenta años y a los sesenta y cinco me tendré que ir, quiera o no. No hay nadie

que pueda trabajar pasada esa edad.

—Bah —rechazó mis últimas palabras—. Usted y yo nunca nos jubilaremos,

Dupont. Pertenece a una época distinta donde los policías se forjaban de un

material que ahora no existe. Usted aún es joven. Lo sé porque lo conozco y está

repleto de salud y ganas de hacer cosas. Las personas como usted nunca desfallecen —dijo alabándome—. Sí, amigo Dupont, usted seguirá a mi lado cuando cumpla los sesenta y cinco. Lo mantendré en nuestra unidad secreta, porque hay gente que nos necesita.

—Creo que debería ir pensando en buscar un sustituto —rechacé su catarata de alabanzas hacia mí—. La edad es algo irremediable que nos llega a todos.

Usted y yo sabemos que con sesenta y cinco años no podré seguir atrapando fantasmas.

—¿Nunca le he hablado del Karma? —preguntó de repente.

—¿El Karma?

—Sí, sí. No se haga el tonto ahora, que usted no es nada tonto, amigo Dupont.

Los dos hemos crecido al amparo de las leyes universales del Karma y no nos podemos separar de ellas, aunque lo intentemos. Cualquier cosa que usted ponga

en el Universo, el Universo se la devuelve. La energía negativa enviada, regresará y multiplicada. El Karma, es el verdadero juez de cualquier cosa

que hagamos. Ha de saber que la vida requiere que participemos en ella. Ni usted ni

yo hemos venido aquí para disfrutar. Hemos venido aquí a sufrir por los demás.

Su Karma es ayudar, al igual que el mío es motivarle para que lo haga. Si abandona, cuando cumpla la edad de hacerlo, personas como Lasaosa quedarán a

merced de sus demonios internos.

—Otros vendrán, que buenos nos harán —le dije. Ferra pareció molestarse, porque no replicó—¿Comisario? ¿Sigue usted ahí?

—Sí, Dupont. Sigo aquí.

—¿Se ha enfadado?

—Me ha sorprendido su reacción. Confío en usted y sé que es el mejor para nuestra unidad secreta, pero le ruego que no me falle. No me falle ahora. Si lo hace no solo me estará fallando a mí, sino que lo hará con Lasaosa. Con todos los Lasaosa del mundo que requieren la comprensión de alguien como usted.

Mire a su alrededor. Sepa que lo que nos rodea nos da pistas suficientes sobre nuestro estado interior. Nuestro interior está fuera de nosotros, representado en las personas que nos envuelven.

—Sí, ya sabe que puede confiar en mí.

Me silencié un instante. Ferra se dio cuenta de que algo me preocupaba, porque él siempre se percataba de lo que me ocurría.

—¿Ocurre algo? —consultó.

Confieso que estaba deseando que me hiciera esa pregunta.

—Hace unos días hablé con Ainhoa —le dije—. No suelo hablar mucho con mi mujer cuando estoy en misiones, porque se me hace muy duro. Pero ya sabe que tengo una hija y mi obligación como esposo y padre es preocuparme por ellas.

—Me consta que su mujer es una magnífica compañera, Dupont. Debe hablar

con ella a menudo y debe confiar en su criterio.

—Sí, así lo hago. Pero la última vez que hablé con ella me dijo que había ido

a su agencia de seguros un conocido nuestro.

—Ya sé de quién me habla —me interrumpió sin que llegara a nombrarlo—.
¿Marcos Oteo?

—Así es. El mismo Marcos Oteo contrató un seguro en la agencia donde trabaja Ainhoa y estuvo haciendo algunas preguntas.

—Vaya —chasqueó la lengua el comisario—. Siempre hay metomentodos que

se meten donde no les llaman. ¿Qué le dijo?

—Nada. Pero le habló de que nos había conocido en la comisaría de Chamberí

cuando estuvimos destinados allí. ¿Sabe él lo de nuestra unidad, la UDAO?

—Nadie lo sabe, Dupont. Nadie lo sabe, y nadie debe saberlo. Solo usted y yo

tenemos conocimiento de nuestra pequeña pero fructífera unidad especial. No digo que en Chamberí los compañeros que nos conocieron, cuando estuvimos

allí, murmuren. Aunque lo mantengamos en secreto, estoy seguro de que habrá policías que sospecharán. ¿O acaso no le han preguntado en Jaca cuál es su cometido?

—Sí, claro. El secretario de aquí anda detrás de mí solicitándome la orden de servicio por la cual estoy destinado provisionalmente.

—Esa orden nunca llegará —sentenció Ferra.

—No.

—No. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque esa orden sería nuestra tumba. Si enviara desde aquí, y podría hacerlo ahora mismo, una orden de servicio que le acreditara como enviado del

Director Adjunto Operativo a la comisaría de Jaca en misión especial, todo Jaca,

todo Aragón, y después toda España, sabrían que existe nuestra unidad y a qué nos dedicamos.

—El hotel donde me alojo también me ha preguntado cómo se gestionará el pago de la habitación.

—Bah, ya saben ellos que la policía siempre paga. No te preocupes por eso —

me tranquilizó—. Tú solo preocúpate de Lasaosa y sus visiones. Él es el importante aquí. Nosotros somos meras herramientas y los demás, el hotel, la comisaría de Jaca o el secretario ese tan pesado, lo que tienen que hacer es meterse en sus cosas. Cuando acabes allí les dices al hotel que envíen la

factura a la comisaría de Jaca y yo ya gestionaré el pago desde aquí.

Capítulo 31

Después de la conversación con el comisario Herrero, decidí que debía trasladar lo hablado con él a mi colega Mar Vilas. Al jefe de Jaca no le faltaba razón cuando decía que debíamos concluir. A nosotros, los profesionales con varios años de carrera a nuestras espaldas, no nos persigue el tiempo a la hora de zanjear nuestros compromisos. A mí me enviaron desde Madrid a esclarecer lo sucedido con Lasaosa y, como ya era acostumbrado, y me había pasado en otras

ocasiones, el asunto se me fue de las manos y me adentré en otros entresijos más

complicados. No fue hasta esa conversación con Mar, cuando supe que ella también había iniciado su particular travesía en el interior de la mente de Lasaosa. Quizá sus motivos no eran los míos, y lo que buscaba la psiquiatra era

perfeccionar y progresar en el buceo interno de un policía atormentado, como era el caso que estudiábamos.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunté en la puerta del restaurante

El Portón, en la Plaza del Marqués de la Cadena.

Mar desvió la mirada de un lado hacia otro, sonriendo cuando pasó los ojos

por delante de los míos.

—Pues la verdad es que no, pero sí que he pasado en varias ocasiones por delante. —Indicó apuntando con su mano hacia el resto de la plaza.

Observé que sus manos estaban libres de cualquier anillo. Incluso, y eso me

chocó más, cuando levantó los brazos y se remangó una fina blusa de color beige, me percaté de que tampoco llevaba ninguna pulsera, y ni siquiera reloj.

Nada más acceder al restaurante se nos acercó una chica joven, muy atractiva,

y nos preguntó cuántos éramos y si teníamos reserva.

—Dos. Sí —respondí.

La reserva la había efectuado yo mismo hacía un par de horas, cuando Mar me

confirmó que iba a comer conmigo.

—Por aquí —dijo la chica. Y a continuación subió por unas escaleras que había a mano derecha, según se entraba en el local.

Mar y yo subimos en silencio. Ella risueña, y yo un poco embarazoso. La situación requería que aflorara en mí esa incomodidad, ya que Mar era una mujer

joven, guapa, resuelta y sonriente. Y yo era un hombre maduro, estilizado, casado y con una hija. Estar casado, lejos de casa y quedar a comer con una mujer soltera, y atractiva, me produjo un controvertido choque de sensaciones contrapuestas. Por un lado me agradaba la idea de comer con ella, y por otro tenía una malsana sensación de que nuestro encuentro era una cita. O así lo percibí yo en ese momento.

—Aquí —señaló la camarera.

Mar colgó su bolso en el respaldo de una de las sillas, la que daba a la pared, y me dijo que se iba al baño. Yo me senté en la silla que había delante y recompuse el orden de los cubiertos, en un gesto que albergué como maniático. Un camarero de la misma edad que la chica que nos atendió se acercó hasta la mesa

y dejó una carta con el menú encima.

—Puede traer otra carta —le dije—. Somos dos comensales.

El camarero se acercó hasta un bufé que había a su espalda y trajo otra carta más, y la dejó en la parte de la mesa donde se iba a sentar la psiquiatra.

Mientras esperaba a que Mar regresara del baño, construí en mi cabeza cómo

iba a estructurar la conversación con ella y cómo íbamos a concluir el informe de Lasaosa. Era importante no contradecirnos, por lo que debíamos redactar el informe juntos y que los datos de ambos fuesen coincidentes.

—Ya estoy —dijo pasándome su mano por la espalda, en un gesto que percibí

cariñoso.

Se sentó y antes de coger la carta del menú se colocó en su cara unos quevedos que me arrancaron una sonrisa que no pude ocultar. Mar me demostró

que tenía mucha personalidad portando esas lentes tan antiestéticas, sobre todo para una mujer como ella.

—Y tú, ¿has comido aquí alguna vez? —me preguntó.

—Sí.

—¿Solo?

—Más que la una —le dije, imprimiendo sorna en mis palabras.

El camarero que nos entregó las cartas se acercó hasta nuestra mesa.

Alrededor había movimiento de clientes que arrastraban sus sillas para sentarse,

mientras que la chica que nos atendió al llegar les iba entregando las cartas

del menú. Mar pidió un entrante y un segundo. Yo pedí lo mismo, no tenía ganas de

pensar.

—¿Vino? —consultó el camarero.

—Y agua —añadió, Mar.

Se quitó las quevedos y las dejó sobre la mesa, al lado de su teléfono móvil,

del que ni tan siquiera reparó. Me alegré de que no lo hiciera, porque demostraba que nuestra cita iba a ser formal. Odiaba a esas personas que toqueteaban el teléfono móvil mientras estabas hablando con ellas. En un momento que

recolocó las lentes sobre la mesa, como si tuviera miedo a que se rallaran, me fijé en que tenía un rostro amable en el que unas incipientes arrugas mostraban

ya la inevitable pérdida de la juventud, aunque no de la belleza. Desde luego cuarenta y dos años no es nada, pensé. Pero se vislumbraba que la psiquiatra habría sido una mujer extremadamente escultural, y ahora conservaba una

hermosa y taimada majestuosidad.

—He hablado con el comisario. —Inicié la conversación—. Parece que el asunto de Lasaosa le está incomodando y quiere que le demos carpetazo cuanto

antes.

—Uf —resopló—. Lo cierto es que ya llevamos... ¿cuánto? —se preguntó a sí misma—. Pues igual llevamos un mes.

Nuestra estancia en Jaca se había convertido en un cúmulo de satisfacciones.

Tanto Mar, como yo, nos alojábamos en el hotel Jaqués, en la calle Unión Jaquesa, pagado por la Dirección General de la Policía. Durante el mes que llevábamos allí recuerdo que ella se iba cada fin de semana a Zaragoza, a una hora y media en coche. Yo también iba a Madrid, pero lo hacía cada dos semanas, por lo que solo había ido a ver a mi familia una sola vez desde que aterricé en Jaca. El fin de semana era entretenido al principio, pero después de un mes se me comenzó a hacer tedioso. Algún sábado me acerqué hasta Huesca

en un autobús. Y, de seguir allí, terminaría por viajar hasta Zaragoza los fines de semana que no me fuese a Madrid.

—Un mes —repetí. En ese instante no recordaba el día exacto que llegué a Jaca, y no tenía ganas de pensar.

—Lo cierto es que deberíamos decir la verdad en nuestro informe.

Suponiendo que lo vayamos a redactar en conjunto —añadió.

—Y la verdad es... —Dejé en suspenso mi última palabra.

—Que Lasaosas está como una puta cabra —concluyó Mar.

Recordé como, cuando apenas llevaba un par de semanas en Jaca, participé en

dos de las entrevistas que le hizo Mar a Lasaosas. Entonces fuimos al despacho del consultorio que tenían en un piso de la calle del Coso, y en esa ocasión no nos acompañó el doctor Tella, amigo de Mar, y que colaboró con ella en las recesiones a las que fue sometido.

La psiquiatra aparentaba una profesionalidad exquisita. Casi exasperante, sobre todo cuando trataba a Lasaosas como si fuese un niño malcriado que hubiese sido sorprendido en un embuste. En esa sesión me fijé en que Mar no interrogaba, parecía como si no tuviese la menor idea de cómo hacerlo. Se limitaba a quedarse sentada detrás del escritorio, con los ojos clavados en Lasaosas, esperando respuestas a preguntas que no le había formulado. El

policía

balbuceaba, confuso, miraba a Mar y seguidamente me miraba a mí, como si buscara amparo. Yo mantenía una mirada airada, como si lo que ocurriera en aquel despacho no fuese asunto mío. Fue en esos encuentros cuando escuchamos

a Lasaosa hablar del hombre del sótano y del hombre del archivo. Entonces aún

no había comentado lo de que supo que Cosmin fue el que atropelló a Elisa, pero

semanas después ni Mar ni yo éramos ajenos a sus desvaríos mentales.

—Hay alguna cosa que... —Comencé a hablar, sin estar seguro de qué era lo

que iba a decir—. Bueno, que hay algunas cosas que comenta Lasaosa que son ciertas.

Mar me miró con inquina. O eso me pareció percibir en un gesto maniático, como si quisiera colocarse bien unas gafas que en ese momento no portaba y que

había dejado sobre la mesa.

—Cómo lo del atropello, ¿quieres decir?

—Sí, sí. Algunas cosas, pero especialmente lo del atropello.

—¿Lo has comprobado? —consultó.

Esa cuestión estaba de más, porque ya le había dicho en diferentes ocasiones a

Mar que lo del atropello de Elisa Sánchez era una certeza y que todo lo que me

había dicho Lasaoa que averiguó se correspondía con los hechos.

—Sí, claro. En lo referente al atropello no hay ninguna duda: fue Cosmin Antonescu.

—¿Pero no está detenido por eso? —Arrugó la frente.

—No, ya lo sé. Por el atropello de esa chica detuvieron a otra persona.

—¿A quién?

—A un desgraciado: Toribio Rocamora. ¿Lo conoces? —le pregunté cuando vi que se sobresaltó al nombrarlo.

—No. ¿Debería?

—Lo detuvieron por el atropello y muerte de Elisa Sánchez Díaz y murió una semana después.

—¿De qué murió?

—Pues... —mascullé—. La verdad, no lo sé.

Pensé en lo torpe que fui al no preocuparme de los motivos de la muerte de Rocamora. Quizá me sumí en la locura de Lasaoa y comencé a creer según qué

cosas y a no creer según qué otras. Lo cierto es que la muerte de Rocamora podía ser importante en todo el asunto del atropello de Elisa. Pero mi controversia surgía cuando me estaba metiendo en camisa de once varas.

—Por cierto —mencionó Mar, mientras el camarero dejaba nuestros primeros

sobre la mesa—, creo que nunca me has dicho cuál es tu cometido en la policía.

—Creo que ni yo mismo lo sé. —Sonreí con timidez forzada—. Realmente mi

cometido dentro del complejo organigrama de la policía ni siquiera está contemplado. Soy el único que lo ejerce y cuando yo no esté imagino que no habrá nadie más después de mí. En un inicio me dediqué a investigaciones internas que sobresalían de lo normal. Comisarías donde los agentes habían protestado porque se oían ruidos, sombras, objetos que se mueven... Los

respectivos comisarios sospecharon que eran tretas para ausentarse de sus puestos de trabajo. Ya sabes, el típico policía que llama por teléfono unos minutos antes de incorporarse y dice que padece temor insuperable porque en la

comisaría hay fantasmas. Antes del año dos mil hubo varios casos, algunos muy sonados, y la Dirección General de entonces rechazó contratar servicios

externos. ¿Te imaginas a unos *cazafantasmas* paseándose por las comisarías en busca de espíritus atormentados? Hace tres años ascendí a Inspector Jefe. Y

siempre he sido un policía atípico. —Mencioné con cierta suficiencia que no pasó inadvertida a mi interlocutora—. Ninguno de los puestos del catálogo me satisfacían y no me apetecía, por nada del mundo, ir a una comisaria como jefe.

Lo confieso: como jefe soy pésimo. Y te preguntarás por qué, pues porque no sé

mandar y soy de los que piensa que para mandar hay que tener dotes especiales.

Aunque casi la mayoría de jefes actuales de la policía no saben mandar.

—¿Y qué conseguís con eso? —me interrogó—. Quiero decir: ¿qué resultado

arrojan tus investigaciones?

—En la totalidad de los casos que he investigado concluyo que en la

comisaría no hay fantasmas y que los agentes no han de temer nada cuando entran de servicio. En este caso, y de forma implícita, quiero decir que cualquier policía que asegure ser víctima de una aparición espiritista, o está mintiendo o está mal de la chaveta.

—Como es nuestro caso —me interrumpió.

—Así es —confirmé—. Como es nuestro caso —asentí.

El camarero se acercó hasta nuestra mesa y nos preguntó si todo estaba a nuestro gusto. Yo repliqué enseguida con un sonoro: —Sí.

Mientras que Mar cabeceó con la boca llena.

—¿Qué pasará con ese policía? —consultó Mar.

Estuve a punto de encogerme de hombros, como respuesta. Pero recapacité que debería ser más explícito ante las preguntas de la psiquiatra.

—Supongo que lo apartarán del servicio —le dije—. Le darán un destino tranquilo, donde no deba portar armas. A Lasaosa no le quedan muchos años de

servicio —afirmé—. Y después de los años que lleva en la policía tampoco es cuestión de que ahora lo larguen con una patada en el culo y una paga de mierda.

No debemos olvidar que su situación es por nuestra culpa.

—¿Nuestra culpa?

—Sí. Antes de que actuara así seguramente tuvo algún tipo de manifestación que nos indicó que algún día acabaría viendo fantasmas. Pero no supimos, o no

quisimos, verlo. En ese sentido, somos una sociedad patética, y hemos fracasado

en nuestra empatía, inexistente.

—Me asombra que un policía hable así. —Sonrió la psiquiatra—. Es impresionante que un jefe, como es tu caso, se preocupe por los policías de menor rango.

—Gracias por tus elogios —le dije—, pero es lo mínimo que debemos hacer

con nuestros policías, se lo debemos. Lo he dicho muchas veces, y quizá también te lo he comentado a ti en alguna de nuestras conversaciones, discúlpame si lo repito, pero estamos preparados para cortar un miembro gangrenado o extirpar un tumor. Pero cuando no hay donde cortar, entonces no sabemos qué hacer. ¿Y

tú qué opinas?

Mar se inclinó sobre la mesa. Se acercó tanto a mi cara que creí que iba a darme un beso. Una excitación adolescente me invadió.

—¿Qué opino de Lasaosa? —repitió mi pregunta.

—Sí, ¿qué crees que deberíamos hacer con él? Y ya he descartado lo de encerrarlo en un sanatorio mental.

—Bueno, sabes que yo trabajo en uno en Zaragoza. Y lo cierto es que es el mejor sitio para que personas como Lasaosa se recuperen.

—¿Recuperar?

—Me has pillado —sonrió con picardía—. Ese hombre nunca se curará.

Nunca será el mismo de antes, si es que antes fue alguien distinto a la persona que ahora conocemos. Pero en un centro Neuropsiquiátrico podrá ser vigilado, tratado y sus secuelas irán remitiendo hasta que se comporte como alguien normal.

—Cuando dices alguien normal —la interrumpí—, ¿en quién estás pensando?

—No te comprendo.

—Sí. Queremos que los demás sean normales, porque entendemos que nosotros somos los normales y queremos que sean como nosotros. Pero... ¿estás

segura de que es así? Nunca has pensado que quizá Lasaosa sea el normal y nosotros los que vemos visiones.

Mar palideció. Y yo sentí como una angustia repentina me apretó la garganta.

No quería hacer que ella se sintiera incómoda. No quería molestarla, y con mis

divagaciones lo estaba haciendo.

—Nosotros somos los normales porque somos más —dijo para mi desconcierto. Esas eran las últimas palabras que nunca me hubiera esperado de

Mar—. Es un asunto puramente estadístico.

—¿Sabes que la estadística lo está jodiendo todo? —le dije masticando mis palabras con dureza.

—Lo sé. Y también sé que aunque tratemos con personas no podemos sustraernos a la estadística. Lasaosa está loco porque hace y ve cosas que el resto de personas normales no vemos.

—Entonces —lamenté en lo más profundo de mi corazón—, Lasaosa está loco

estadísticamente hablando.

—Se podría decir así, aunque tampoco estoy muy conforme con esa definición

tan a la ligera que acabas de hacer. —Me recriminó sin perder la sonrisa de sus

labios—. Nadie está en la posesión absoluta de la verdad, ni siquiera nosotros. Y

si profundizamos más incluso podríamos llegar a dudar y sospechar que los locos somos nosotros, y no Lasaosa. No te has parado a pensar que quizá él sea

el cuerdo y nosotros los chalados. Si así fuera entonces él sería el que nos estaría analizando y nosotros las cobayas en un mundo de locos.

—Ahora soy yo el que no te sigo.

—Es sencillo, Dupont. Supón que todo lo que dice y hace Lasaosa sea cierto.

Supón que existe el hombre del sótano, y el hombre del archivo. Y que el rumano ese fue el que atropelló a la chica. Supón que toda y cada una de las afirmaciones de ese policía son correctas y que todo lo que dice que ha ocurrido, ha ocurrido realmente.

—Ya lo he supuesto.

—Entonces, si es como acabo de decir, podríamos afirmar que Lasaosa es el

cuerdo, porque vive en el mundo real, y nosotros somos los locos, porque pensamos que todo lo que él dice y hace es una fantasía de su mente.

—Buen intento —le dije sorbiendo de mi copa de vino—. Buen intento, Mar.

Capítulo 32

—¿Cree usted en la justicia divina? —me preguntó el comisario Ferra nada más descolgó el teléfono.

Mar se había ausentado de la mesa donde comíamos en el restaurante El Portón de Jaca, momento que aproveché para llamar al comisario Ferra. Sabía que el DAO cogería el teléfono, porque siempre que le llamaba, fuese la hora que fuese, lo cogía. Además era instantáneo: un único tono de llamada y Ferra descolgaba. Y siempre lo hacía lanzando una pregunta que tenía que ver con nuestra peculiar y secreta investigación, lo que demostraba que aunque él no estuviese allí conmigo, en Jaca, se preocupaba de lo que yo estaba haciendo.

—Ya sabe que yo soy poco creyente —rechacé responder—. Solo creo en lo

que mis ojos pueden ver.

—Ay, amigo Dupont, los ojos, esos grandes mentirosos —se puso filosófico—. Si solo hiciésemos caso a nuestros ojos, no nos enteraríamos ni de la mitad de lo que pasa a nuestro alrededor. Usted mismo es un ejemplo, Dupont. Un ejemplo fehaciente de que lo que le estoy diciendo es verdad.

—No le entiendo.

—Hace unos días me dijo que sabía que ese rumano...

—Cosmin Antonescu.

—Ese, sí. Que ese rumano fue el que atropelló a esa chica...

—Elisa Sánchez Díaz.

—Sí, esa. Y me lo dijo asegurándolo. Ni siquiera mostró un ápice de duda en

sus palabras.

—Cierto. Así fue. —Mantuve mi primera impresión frente al comisario.

—Sin embargo, y en eso me tendrá que dar la razón, usted no presencié el atropello de Elisa y ni tan siquiera, corriáme si me equivoco, ha visto jamás al rumano.

—Así es.

—Y entonces, ¿cómo está tan seguro de que es él el que atropelló a esa chica?

No me responda, deje que acabe mi disertación. Está seguro porque se fia de lo

que le ha dicho Lasaos. Para usted ese policía es el poseedor de la verdad. Y cualquier cosa que le diga será cierta, siempre bajo su criterio.

—Bueno, jefe. No creo que sea así. Creo en lo que dice Lasaos porque lo argumenta. Aporta pruebas.

—¿Pruebas físicas?

—No, no. Ya sabe que no, sino que aporta pruebas circunstanciales.

—Todas las pruebas lo son, amigo Dupont. Todas las pruebas son circunstanciales y sujetas a dudas. Razonables o no, pero con dudas. Recuerde que todo lo que ese hombre le dice, es porque asegura que se lo ha dicho otro hombre que no existe.

—El hombre del sótano.

—Sí. ¿Lo ha visto usted? ¿Ha visto al hombre del sótano?

—No existe.

—Y cómo sabe que no existe, si no lo ha visto. O acaso insinúa, amigo

Dupont, que alguien que no existe, porque no ha visto, está en posesión de la verdad de lo que está ocurriendo en Jaca. ¿Cree que le he enviado allí para eso?

—Pues la verdad, comisario, no sé qué pensar.

—Sí que lo sabe, Dupont. Sí que lo sabe, porque usted tiene su propio criterio.

Y se deja llevar por impulsos, y le conozco. Nos conocemos desde hace años y

los dos sabemos que sus impulsos son certeros. Los dos sabemos que lo que remueve la conciencia de Lasaosa es saber que el rumano fue el que atropelló a

esa chica, a esa pobre e inocente chica, y que jamás se curará de su demencia hasta que no se haga justicia. Y ahora le repito la pregunta: ¿cree en la justicia divina?

—Bueno —me incomodé con la última cuestión del comisario—. Para comenzar me tendría que definir a qué se refiere con justicia divina. Lo cierto es que suena muy bíblico.

—Es que lo es, Dupont. Ya sabe que yo tampoco soy muy creyente, pero la religión nos ha donado unos conceptos históricos que debemos, y podemos, utilizar. La justicia divina es toda aquella justicia que no sea terrenal, que no le corresponda a los hombres. La podemos denominar de formas distintas: karma,

destino, causalidad... Pero lo cierto es que es una justicia certera que comprendemos y aceptamos. Si el rumano es culpable, entonces debe pagar por

ello.

—Lo es, y pagará por ello —aseguré mientras miraba al hueco de la escalera

del restaurante, sabía que Mar no tardaría en regresar y entonces tendría que interrumpir mi conversación con Ferra—. Será detenido, juzgado y condenado.

—Esa es nuestra justicia, amigo Dupont. La justicia de los hombres. La justicia que hemos creado nosotros mismos para resolver los problemas que originan otros como nosotros. Pero los dos sabemos que no es una justicia justa.

Falta de pruebas, falta de forma, evidencias, contradicciones, insuficiencias... La justicia terrenal se puede falsear, manipular o engañar. Pero la justicia divina, a la que le hago referencia, esa no se puede interpretar. Es así: justa.

—Me está dando miedo, comisario —le dije—. Nunca le había escuchado hablar así.

—Eso es porque quizá nunca nos habíamos sincerado tanto.

—Entonces, por sus palabras, parece que usted está de acuerdo con la Ley del

Talión.

—En cierta forma sí. Sí que estoy de acuerdo porque refleja el dogma de la Justicia Divina. El ojo por ojo y diente por diente es una forma de simplificar algo mucho más complejo. Si el rumano ese del que me ha hablado fue el que atropelló a esa chica, entonces él debería morir también atropellado. Esa sería la auténtica y fundamental justicia divina de la que le hablo.

—Bueno, comisario, me está usted confundiendo —protesté—. Porque eso desmonta todos los principios por los que nos regimos en la policía. De sus palabras se desprende que la justicia terrenal, como la ha denominado, nunca es

justa. Un asesino no es asesinado. No robamos a un ladrón. No violamos a un violador. Según usted la justicia nunca sería justa, porque nosotros siempre aplicamos la misma respuesta a todo...

—Ahí le quería ver —me interrumpió de sopetón—. Ahí quería verle, amigo

Dupont. Nuestra justicia, la justicia que hemos ideado los hombres, siempre aplica el mismo castigo, sea cual sea el delito. ¿Se da cuenta de lo que estoy hablando? Nosotros cuantificamos la pena en privación de libertad. Y aplicamos

un baremo según lo hemos ido creando. Si alguien quita la vida a otra persona, le privamos de su libertad por un tiempo determinado. Luego están esas zarandajas

de agravantes, atenuantes, eximentes... Toda esa parafernalia que hemos creado

alrededor de la aplicación de las penas. Los dos sabemos que hay crímenes que

salen gratis. Una vez que se mata a una persona, matar a más es indiferente a la hora de aplicar una pena u otra. Pero jamás podremos devolver al muerto a sus seres queridos. Lo sabe, ¿verdad? Sabe de qué le estoy hablando.

—Sí —suspiré.

—Mi recomendación —dijo—, pues ya sabe que yo jamás le doy órdenes, que

para eso somos amigos, es que averigüe si lo que dice Lasaosa es cierto. Si es verdad que ese rumano asesinó a la chica. Después, con todo lo que haya recopilado, trate de acusarlo formalmente en el juzgado de Jaca. Y si es absuelto, o no se demuestra que él fue el que lo asesinó, entonces aplicaremos la justicia

divina.

—¿Todo bien? —me preguntó Mar, cuando se sentaba a su regreso del baño.

—Sí, sí —balbuceé.

Mi teléfono móvil permanecía en mi lado de la mesa. La última conversación

con el comisario Ferra me había dejado trastocado. Era la primera vez, desde que

lo conocía, que me había hablado con tanta agresividad. De sus palabras se desprendía un cierto resquemor hacia toda la sociedad. Parecía como si ya no creyera en nuestra labor. Y no me refiero a la labor de la policía en general, sino a la labor que estábamos haciendo los dos en la Unidad de Asuntos Ocultos.

Nuestro cometido, mi cometido, era ayudar a Lasaosa. No podía olvidarlo, ni

obviarlo, porque para eso me desplazé a Jaca. Pero mi misión era como una novela que comienza de una forma y termina de otra distinta. Y la novela del asunto Lasaosa se me estaba escapando de las manos, como un mal sueño que se

diluye al despertar. Y lo que más me anonadaba era el pensar que Ferra había insinuado que yo debería acabar con la vida de Cosmin Antonescu para hacerle

pagar el atropello de Elisa. En mi mente justifiqué mi rechazo a esa propuesta.

Ni conocía a Lasaosa antes de viajar a Jaca. Ni conocí a Elisa Sánchez. Y ni siquiera había visto al rumano. ¿Por qué había de ser yo el brazo ejecutor de un

triángulo de personas que nunca había conocido antes?

—¿Todo bien? —repitió Mar, abstrayéndome de nuevo de mis pensamientos.

—Sí, sí. Solo estoy algo cansado —acredité mis devaneos.

—Pues parece que hayas visto a un fantasma —sonrió.

Y quizá tenía razón y yo también escuchaba a mis propios fantasmas.

Capítulo 33

Recordaba, de la conversación que mantuve con el comisario Herrero, sus ojos de preocupación cuando mencionó que hacía días que no se sabía nada de Cosmin Antonescu. Herrero me dijo que desde que lo soltaron en el juzgado, después de la última detención, el rumano no había dado señales de vida.

—Como si se lo hubiera tragado la tierra —aseveró.

Al principio no comprendí por qué era tan importante para el comisario de Jaca que Cosmin Antonescu hubiera desaparecido. Pero luego supe que esa trascendencia en la ausencia del rumano tenía su magnitud en el hecho de que cuando falleció Elisa Sánchez, por el atropello de un coche que se dio a la fuga, los investigadores habían considerado la probabilidad de que él fuese el autor. Al comisario se le amontonaban los contratiempos. No solo había sospechas de que

un enajenado trabajaba como policía y que afirmaba mantener conversaciones en

un sótano que no existía o veía personas en el archivo, también inexistente, de la tercera planta. Si no que el principal inculcado por el atropello de Elisa había fallecido una semana después de ser detenido y ahora, uno de los sospechosos que se barajaron como autores del atropello, había desaparecido.

—Se habrá ido a Rumanía. —Ofrecí como explicación—. ¿Está en Busca y Captura? —interpelé.

—No, nada de eso —rechazó con una negativa de su cabeza—. Pero desde que Lasaosa asegura que el rumano es el que atropelló a Elisa, que no lo hemos

podido localizar para interrogarlo.

En ese instante pensé que cualquier cosa que dijera estaría de más. Imaginé

que el comisario ya había previsto los posibles lugares donde localizar al rumano, así que mencionarlo sería una falta de respeto, supuse. Pero como no me podía estar callado a riesgo de sucumbir ante un silencio incómodo, opté por

sugerir una serie de posibilidades alternativas de dónde podía estar Cosmin en ese momento.

—¿Sabemos su anterior domicilio? —consulté.

—Antes de venir a Jaca había vivido en Zaragoza. Aunque recién llegado de

Rumanía estuvo un tiempo en Madrid, como la mayoría, hasta que decidió venir

a Aragón. A jodernos —añadió.

—Ya sé que igual me meto dónde no me llaman. —Me atreví a cuestionar su profesionalidad—. Pero... ¿por qué no se investigó a Cosmin Antonescu como autor del atropello de esa chica?

—Sí que se investigó —se ofendió—. Pero no hallamos ninguna prueba que lo incriminara. Sin embargo todo apuntaba a que Rocamora fue el autor del atropello. De hecho se le detuvo y fue condenado como culpable.

—Y murió una semana después —dije.

—Sí, eso es lo que más nos desconcertó.

—¿Murió en prisión?

—No —negó tajante—. Ojalá lo hubiera hecho y así nos hubiéramos evitado

quebraderos de cabeza. El juez lo puso en libertad con cargos y sin fianza.

Supuse que no había obtenido pruebas suficientes como para acusarlo. Ya sabe,

que si tiene domicilio conocido, que si no se va a sustraer a la acción de la justicia, que si da pruebas suficientes de que se personará ante la Autoridad Judicial cuando sea requerido para ello. Todas esas sandeces que se suelen decir

cuando quieren poner a alguien en libertad. El Juez se limitó a ponerlo en libertad con una prohibición de conducir cualquier tipo de vehículo durante dos

años. Es como si a un pistolero, que ha disparado a alguien, lo pusieran en libertad pero con la prohibición de coger un arma. Un absurdo judicial, vamos.

Los dos nos quedamos mirándonos, en silencio. Yo esperaba a que Herrero me

dijese cómo había muerto Rocamora. Y supuse que el comisario esperaba a que

se lo preguntase. Finalmente habló.

—Rocamora vivía en unas casas medio derruidas que hay en la zona de los cuarteles del ejército. Ya sabe que tenía un montón de detenciones por hurtos y

delitos de poca monta, pero nunca lo creímos un asesino. La investigación lo relacionó con el robo de un Audi, ya que Rocamora solía viajar con mediana asiduidad hasta Zaragoza o Barcelona, cuando reunía el dinero suficiente.

Sospechamos que allí adquiría hachís, del que comprobamos que era adicto. En

la investigación se determinó que en un viaje que hizo con un Audi robado de color negro, y puesto de hachís hasta el culo, al regresar a Jaca fue cuando se produjo el atropello de esa chica. ¿Sabes que su madre se suicidó al poco de la

muerte de su hija? —Asentí basculando la cabeza—. Pues cuando comenzamos

a investigar la muerte de Rocamora, el primer sospechoso fue el padre de Elisa.

Me quedé estupefacto, porque jamás habría imaginado que la historia del atropello de Elisa Sánchez tuviese tantos flecos, pero puesto que Herrero tenía ganas de hablar era el momento oportuno de recabar todos los datos.

—¿Y cómo murió Rocamora? —lancé la pregunta.

Herrero carraspeó un par de veces, se notaba que mi pregunta le había molestado.

—Lo hallamos muerto en su casa. Un vecino alertó de que el perro de Rocamora se pasaba el día ladrando. Los agentes llegaron y alertaron a la policía local para que se hiciese cargo del perro, un *Pitbull* de color blanco, bastante bien cuidado. Al parecer el can llevaba un día sin comer y por eso ladraba.

Bueno, por eso y porque su dueño estaba recostado en el tresillo del salón con dos disparos en su cuerpo: uno en el pecho y otro en la cabeza. El del pecho lo mató, según aseguró el forense, y el de la cabeza fue el remate. Su asesino quiso asegurarse de que Rocamora había muerto antes de abandonar su casa.

Escuchando a Herrero sentí una sensación de inverosimilitud en lo que me estaba contando. Un asesinato de dos disparos en Jaca debía ser lo más grave que había pasado en esa ciudad en la última década. Yo llegué meses después, pero me extrañaba que en ningún momento hubiera oído hablar de ello, ni siquiera en la prensa nacional.

—Debió ser un mazazo para la comisaría y para la prensa —dije pensando en

la estadística.

Herrero esbozó una sonrisa entre irónica y cínica.

—Maquillamos el asunto —dijo—. Ya sabe como funciona esto. —No era la

primera vez que le escuchaba decir esas palabras—. Con la muerte de Rocamora

se nos abría un frente nuevo, ya que lo primero que pensamos es que fue un ajusticiamiento por el atropello de Elisa. La madre de la chica se había suicidado y todas las sospechas recayeron sobre el padre: Rafael Sánchez. Al padre de la

chica atropellada lo habíamos investigado hasta la saciedad. Primero por el suicidio de su esposa, y después por la muerte de Rocamora. Pero ninguna prueba fue concluyente y, cuanto más avanzábamos, menos coherencia

hallábamos en toda esta enorme mierda —dijo con furia.

Por maquillar comprendí que quería decir que al final lo calificaron con el consabido «ajuste de cuentas».

—La estadística.

—Así es: la puta estadística —dijo colérico—. La muerte de Rocamora la calificamos como un ajuste de cuentas —pronunció como si me hubiera leído el

pensamiento—. Un ajuste de cuentas entre personas de baja calaña por drogas,

dinero o, incluso, *mentalidad taleguera*. —Se refirió a personas que habían estado en prisión, el talego, como lo conocen los reclusos—. Los desajustes dentro del presidio, los ajustan cuando han salido afuera. Para la prensa y la estadística, Rocamora había muerto por un ajuste de cuentas entre malhechores,

pero para nosotros quedaba la duda de quién lo había ajusticiado, y por qué. Aún

hoy es una incógnita.

—Si me permite un inciso —lo interrumpí—. Es posible que todo esté relacionado —dije recordando todo lo que había averiguado hasta entonces.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, no son más que datos coincidentes —me excusé—. Pero el atropello

de Elisa, el suicidio de su madre, la detención de Rocamora, la muerte de Rocamora, las sospechas del padre de Elisa, la locura de Lasaosa...

—¿Qué tiene que ver Lasaosa con todo esto? —atajó visiblemente molesto.

En ese momento recordé que yo había llegado a Jaca para investigar lo de Lasaosa, y la relación entre el atropello y el policía la estableció él cuando me habló de que el asesino de la chica fue Cosmin. En mi cabeza se apelotonaban los datos y las coincidencias, pero aún no había conseguido darles forma, ni encajarlas.

—Quizá me he dejado llevar por ese hombre —justifiqué—, pero según Lasaosa, el asesino de Elisa Sánchez fue Cosmin Antonescu, el rumano. Me ha dado una serie de detalles que así lo atestiguan.

Herrero basculó su barbilla triangular y arrugó ligeramente los labios.

—¿Qué detalles?

Entonces le quise explicar todo lo que Lasaosa me había contado de Cosmin,

lo que averiguó cuando halló las llaves de su coche entre sus pertenencias, lo que supuso que había hecho el rumano una vez que atropelló a la chica, la ocultación

del coche, la limpieza de la carrocería... Pero cualquier cosa que me hubiera dicho Lasaosa, había de ser contrastada por la versión del hombre del sótano, que por supuesto no existía. Por lo tanto no le podía dar ninguna credibilidad.

—Uf —resoplé—. Lo cierto es que no las puedo probar, pero tienen sentido.

—Ya —rechazó—. Como todo en esta vida. Si no lo puede probar, mejor que

no lo mencione.

—Quizá cuando hallemos a Cosmin Antonescu podamos avanzar un poco más

—dije.

Herrero arrugó los ojos como si estuviera escrutando dentro de mí.

—Ignoro si la clave de todo está en Antonescu o no, pero lo que sí sé es que la

investigación la llevará la comisaría de Jaca.

Con esa aseveración dejó claro que yo me quedaba fuera de toda línea de investigación sobre el atropello de Elisa, asesinato de Rocamora, desaparición de Antonescu y locura de Lasaosa.

Me despedí de Herrero como si nunca más lo fuese a ver. Nos estrechamos la

mano y albergué la impresión de que en unos días llegaría un escrito de Madrid

reclamándome para otro sitio. Para evitarlo yo debía llamar por teléfono al Director Adjunto y comunicarle que en Jaca no estaba todo aclarado. Pero el DAO me diría, entonces, que mi cometido era determinar si en el Seminario ocurrían cosas extrañas o ese hombre, Lasaosa, estaba como un cencerro. Sea lo

que fuere lo que ocurriera, estaba claro que no me iba a quedar de brazos cruzados, y disponía de muy poco tiempo para averiguar qué estaba ocurriendo

realmente. Y mi primera labor era la de localizar a Cosmin Antonescu.
¿Dónde

coño se había metido el rumano?

Capítulo 34

Me contaron que esa mañana el investigador había conducido durante unos kilómetros hasta que llegó a un almacén abandonado que había cerca de la primera gasolinera, según se salía de Jaca. Lasaosa había asegurado que allí fue

donde Cosmin Antonescu se había desembarazado de cualquier vestigio que lo incriminara, limpiando las huellas de su Audi de color negro después del atropello de Elisa Sánchez. El agente llegó al lugar envuelto en un silencio aterrador, como si el coche que conducía fuese eléctrico y su motor no fuera más

que un rumor inapreciable que no emitiera sonido alguno. Las últimas lluvias de

abril habían dejado el camino como un cenagal lleno de surcos de ruedas de motocicletas y de tractores.

Aparcó el coche en la parte trasera del almacén abandonado, cerca de un pequeño descampado sucio de bolsas de supermercado y latas de cerveza. Allí se

habían refugiado seguramente los jóvenes de Jaca huyendo de los controles de la

policía cuando quisieron montar su propio botellón clandestino. El agente se fijó en varios preservativos usados que había en la zona del abrevadero, donde en tiempos bebería el ganado, cuando aquel almacén era una casa y

aquel paraje era

un recinto bien cuidado. En la pared desconchada y sucia habían pintado con spray palabras soeces y dibujado pollas. Los grafiteros que pasaron por allí no eran ningunos artistas, pensó.

Elevó los ojos y se fijó en las ventanas de cristales rotos que había en la parte alta de la casa. Tres ventanales de marcos de color verde. En dos de ellos se percibía claridad en el interior, señal inequívoca de que su interior era diáfano, quizá porque faltaba el tejado que lo recubría, quizá porque no existía la pared

trasera que lo protegía. Pero el tercero, el que estaba a la derecha, no dejaba traspasar ni un resquicio de luz de su interior, lo que le indicó al investigador que esa habitación estaba sellada. Ya no había ninguna duda de que allí dormía el rumano. Llegó a esa conclusión por descarte. Cosmin Antonescu no podía

dormir en la parte baja de la casa abandonada porque era un lugar desprotegido.

En la entrada lo podían atacar alimañas nocturnas, otros vagabundos o, incluso,

sorprenderlo la policía en una redada imprevista a altas horas de la madrugada.

El investigador sabía que Antonescu había sido militar en Rumanía, antes de emigrar a España. Y si fue militar entonces conocía tácticas militares. Y un militar jamás se hubiera alojado en un lugar como aquel improvisando su lecho

en la planta de abajo.

Extrajo su arma del cinto: una USP Compact del fabricante alemán Heckler &

Koch. La empuñó con su mano derecha, apretándola contra el estomago y apuntando hacia el suelo. Se sorprendió cuando comprobó que su arma pesaba

muy poco, como si fuese de plástico y el cargador estuviera vacío. Desconocía si el rumano iba armado, si era peligroso o si arremetería contra él en cuanto se viera sorprendido, por lo que el arma haría su función: la de intimidar. Allí, en ese paraje desolado, podía disparar sin que nadie lo oyera. Caminó buscando la

parte trasera de la casa. Había un patio amplio, con una puerta inexistente que había dejado un hueco amplio por donde podía acceder sin dificultad.

Seguramente el rumano accedió por allí. Se asomó con cautela, vigilando que nadie lo vigilara, ni desde dentro, ni desde fuera. La maleza alta y las hierbas descuidadas lo protegían lo suficiente para que nadie lo pudiera distinguir en la espesura de la selva en que se había convertido la parte trasera de la casa. Se fijó en una rampa formada por dos tablones que ascendían hasta el balcón de la primera planta de la casa. No tuvo que calcular mucho para percatarse que los tablones terminaban su recorrido en la habitación oscura que vio desde la entrada principal. Entonces ya no tuvo ninguna duda, tal y como le habían informado desde la comisaría de Jaca: Cosmin Antonescu dormía allí, en esa casa

abandonada. Y lo hacía arriba, en esa habitación oscura. Defender un puesto desde la parte alta era más estratégico, militarmente hablando. El rumano tan solo tenía que deslizar los tablones hacia abajo para impedir que un atacante subiera por ellos. Y si el enemigo accedía por la puerta principal, entonces tenía la parte trasera, donde se hallaba en ese momento el agente, para escapar.

«¿Cuál es el principal factor para sorprender a alguien?», se preguntó mientras

que blandía su pistola en la mano, asegurándose de que la utilizaría en caso de ser necesario. «La sorpresa», se dijo. La sorpresa es el principal factor para sorprender; aunque parezca una redundancia. En ese instante recordó los cursos

antiterroristas de la Unidad Central en Madrid. Seis segundos, dicen que nos

anticipamos a un ataque. El agente viaja tranquilamente sentado en el autobús.

Un terrorista camina por el pasillo. Las miradas se intercambian. El terrorista saca su arma del cinto por debajo del pantalón. Apunta al agente, pero él ya lo ha visto seis segundos antes. Porque ese es el tiempo que necesita nuestro cerebro

para procesar un ataque. Y el entrenamiento les da un margen de cuatro segundos para extraer su arma y repeler ese ataque. Seis segundos en percibirlo y cuatro en rechazarlo. Un agente bien entrenado aún dispone de dos segundos de

incertidumbre. Dos segundos de margen para repeler un ataque de un terrorista armado.

El agente inicia el ascenso por los dos tablones que se descuelgan desde el balcón donde está la habitación donde duerme Cosmin Antonescu. Sabe que estará borracho, porque sabe que el rumano se pasa el día bebiendo. Esa es su principal baza mientras asciende por los tablones. Sabe que se habrá acostado tarde y que aún es demasiado pronto para que Cosmin se despierte. Y sabe que

estará desarmado, porque leyó los informes de las detenciones anteriores y nunca lo hallaron armado. Como mucho se acompañará, en su colchón roído, donde seguro está recostado en ese momento, de un palo. Se lo imagina con un bate de

béisbol que podrá utilizar para repeler al agente. Un bate de béisbol es poco contra una pistola de quince cartuchos. Pero en la penumbra de su habitación, y

con la torpeza del alcohol, ese bate no le servirá de nada. El policía lo sorprenderá antes de que tenga tiempo para comprender que no tiene escapatoria.

Lo primero es asegurarse de que no gritará. Tiene que ser lo suficientemente contundente para que el rumano comprenda que no es un juego. Lo segundo es

dejarle claro que no lo va a matar, porque si él piensa que su vida corre peligro, entonces no aceptará ninguna de las propuestas que le haga el agente. Hay que

darle una salida airosa para que entienda que tiene una posibilidad. Una posibilidad factible si hace lo que le dice. A veces unas palabras exactas son suficientes para transmitir esa tranquilidad.

—Tranquilo —le diría—. Si quisiera matarte ya lo habría hecho.

El rumano comprenderá que el agente porta un arma y que sabe utilizarla y que utilizará en caso de necesidad. Y también comprenderá que si no la ha utilizado aún es porque no piensa utilizarla, a no ser que se den unas circunstancias determinadas. Y, por supuesto, Cosmin Antonescu no facilitará que esas circunstancias se den.

El agente no conoce el terreno, porque es la primera vez que está allí.

Tampoco sabe si con el rumano hay más personas durmiendo. Igual no está solo

y se hace acompañar de otros vagabundos como él. Nada más acceder a la habitación necesitará la luz suficiente como para ver todo el interior. Sin sorpresas. Sin imprevistos. Desconoce si las persianas, que en ese momento están bajadas, se pueden subir. Quizá no hay luz, porque es imposible que haya

luz. Por suerte va equipado con una potente linterna de la policía, que ha cogido del coche que le ha dejado la comisaría de Jaca. Un haz de luz tan potente que

podrá iluminar toda la estancia una vez acceda a ella. La luz unida a su voz gritando harán que el rumano se bloquee y no se mueva. El rumano y cualquier

otra persona que esté en la habitación.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —grita colérico.

La ráfaga de la linterna cae sobre los ojos adormilados del rumano. El agente

se fija que tiene ojos de pez, excesivamente separados. El rumano se despereza,

se inclina sobre el colchón roto que hay en el suelo. Un barrido de la linterna y comprueba que no hay nadie más en la habitación. En el suelo varias latas de cerveza y una botella de whisky medio vacía. Muchas colillas y algún paquete de

tabaco arrugado. En la pared del fondo un armario destartado, y sin ninguna puerta entera: todas están rotas. La ventana bajada, tal y como vio desde abajo antes de entrar.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —balbucea.

—¿Eres Cosmin?

—Sí. ¿Quién es usted?

—¿Cosmin Antonescu?

—Sí, sí. ¿Qué ocurre? ¿Qué quiere?

Balancea las manos sobre su cara, tratando de cubrir el potente haz de luz de

la linterna que le obliga a mantener los ojos cerrados. El olor es nauseabundo.

Huele a alcohol, sudor y podredumbre.

—¿Atropellaste a Elisa Sánchez Díaz? —interroga arrojando sobre el rumano

una mirada de odio, que él no puede ver.

—¿Quién?

—Elisa Sánchez Díaz. ¿La atropellaste?

—No sé de qué me habla. No conozco a esa chica. ¿Es usted su marido?

—No te pasará nada por decir la verdad —insiste el agente—. La verdad te hará libre.

—Pero de qué coño me está hablando. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

No conozco a esa mujer —dice con miedo cuando en la penumbra distingue el cañón del arma que le está apuntando—. No sé quién es esa chica.

Su voz tiembla. El terror lo invade. Ha iniciado un llanto lastimero que le moja los ojos. El rumano ve la muerte. La ve tan cerca que sabe que ese hombre

ha ido allí a por él. Solo espera escuchar el sonido del arma descerrajando un tiro sobre su cabeza. Justicia divina, había escuchado.

Capítulo 35

Mientras conversaba con Mar Vilas en el restaurante El Portón, tuve la impresión de que ella ocultaba algo. Pero es sabido que en psiquiatría ocurre como en los confesionarios, y tienen la obligación de guardar celoso silencio de

la relación con sus pacientes. Mar trataba a Lasaosa de una forma distinta a como lo trataba yo. La versión mental confrontada con la versión policial.

Aunque podía llegar a pensar que la armonización de ambas era factible, incluso

necesaria. Me sinceré más de lo que debía con ella y le notifiqué la desaparición de Cosmin Antonescu, según me había comunicado el comisario Herrero.

—Ese hombre, Antonescu, ha desaparecido de la faz de la tierra —solté cuando estuve seguro de que no había ningún camarero cerca que pudiera escucharnos.

Mar no perdió la sonrisa en ningún momento. Pero yo era un inspector jefe de sesenta años, con mucho terreno recorrido y con una obsesión por los detalles.

En ese momento no me pasó desapercibida cierta incomodidad por parte de la psiquiatra, que no le quise manifestar. Desde que la conocía y desde que nos embarcamos juntos en la ardua tarea de desembrollar la mente de Lasaosa que, por primera vez, la percibí incómoda. Y antes de que ella pudiera decir nada, me

ausenté para ir al lavabo. Mi intención era darle tiempo para restablecer la conversación.

—Discúlpame —le dije cortés.

Me puse en pie y bajé las escaleras. Al llegar al comedor del piso inferior caí

en la cuenta que en la planta de arriba había un servicio. Pero como ya había descendido utilicé los de esa planta. Mientras me lavaba las manos pensé de forma acelerada en el rostro de Mar, ligeramente contrariado, cuando le dije que

Antonescu había desaparecido. La importancia de ese gesto podía ser determinante en establecer una relación entre el rumano, el atropello y Lasaosa.

Subí la escalera que separaba la planta de abajo de la primera planta del restaurante, dejando atrás el ruido de conversaciones en el comedor. Cuando llegué, Mar se estaba entreteniendo con su teléfono móvil al que volteaba en la mesa como si fuese una peonza.

—¿Sobre qué estábamos hablando? —le dije al sentarme de nuevo.

Ella le dio una vuelta más a su teléfono móvil y me miró con cierto aire de

nostalgia, como si en ese momento la hubiera asaltado algún recuerdo feliz.

—Creo que hablabas de ese rumano, Cosmin Antonescu. Me decías que había

desaparecido.

—Ah, sí. —Me hice el distraído—. Me ha comentado el comisario Herrero que hace días que no saben de él, y eso que lo estuvieron vigilando desde la última detención.

—¿No será por lo que ha dicho Lasaosa? —me interrumpió.

—Sí, claro, por eso también. No creo que el comisario haya echado en saco roto toda la sarta de incongruencias que ha ido diciendo Lasaosa. Cosmin Antonescu es una pieza importante en este intrincado puzle.

—¿Cómo de importante?

La miré con cierta anarquía en mis ojos. No sé si en ese momento tenía ganas

de conversar y por eso me hacía preguntas cortas de respuesta larga, o que simplemente se aburría y estaba poniéndome a prueba.

—Pues tan importante cómo que según Lasaosa él fue quién atropelló a esa chica.

—Una cosa es lo que diga ese policía —objetó—. Y otra bien distinta es lo que ocurrió de verdad. ¿Atropelló Cosmin Antonescu a esa chica? —Encogí los

hombros como respuesta—. Seguramente Cosmin sea un delincuente, una

escoria, pero cualquier cosa que se le achaque se ha de demostrar. —Mar utilizó

un lenguaje judicial para definir la situación del rumano—. Un tipo como ese,

tan menudo y tan poca cosa, con esos ojos de pez, es posible que sea capaz de cualquier cosa y luego no enfrentarse a su responsabilidad.

—¿Lo conoces? —le pregunté al ver que me daba tantos datos de su aspecto físico.

—No —negó rotunda—. Ni ganas.

El camarero se acercó hasta nosotros y nos preguntó si íbamos a tomar café. Mar pidió un cortado y yo un té rojo con miel.

—Voy al servicio —dijo mientras se levantaba.

En su ausencia, que utilizó el baño de la planta de arriba, pensé en sus últimas palabras: «un tipo como ese, menudo y con ojos de pez», recordé la descripción

que había hecho la psiquiatra de Cosmin Antonescu. Lo de los ojos de pez lo podía haber deducido de una fotografía. Es probable que en algún momento hubiera visto una imagen de Cosmin en alguno de los innumerables archivos policiales y cayera en la cuenta de que el Rumano tenía los ojos separados, como

si fuese un pez. Pero lo de la altura solo podía saberlo si lo hubiera visto en persona. De ahí que le hubiera preguntado si lo conocía. Y ella lo negó de forma

rotunda.

—En el fondo me da pena que se acabe todo esto —dijo sentándose de nuevo

a su regreso del aseo—. Jaca me gusta y la gente de aquí es un encanto.

—Lo tienes cerca —le dije—. El que tendrá problemas para regresar seré yo,

ya que Madrid no está al lado y las comunicaciones no son buenas hasta que el AVE no llegue hasta aquí —forcé una mueca de disgusto.

—¿Qué piensas realmente? —inquirió como si hasta ese momento nunca nos hubiéramos sincerado.

—¿Qué pienso de qué? —No sabía a qué se estaba refiriendo—. ¿Te refieres a

Lasaosa y los extraños sucesos que dice presenciar?

—No, no. Eso ya lo sé. Me refiero a qué piensas sobre que la Dirección General de la Policía gaste su dinero en concentrar a un inspector jefe de Madrid y una psiquiatra de Zaragoza en Jaca, con la única finalidad de comprobar si un

policía mondo y lirondo está loco.

Gesticulé con la lengua para soltar un trozo de comida que se me había quedado incrustado entre dos muelas. Aproveché ese instante para pensar una buena respuesta que satisficiera la curiosidad de la psiquiatra.

—Lo cierto es que no es la primera vez que ocurre. A lo de enviarme a alguna

comisaría para investigar fenómenos paranormales, me refiero.

—¿Y has hallado algún caso que pueda considerarse paranormal? —me preguntó apartando su teléfono móvil para que el camarero pudiese dejar su cortado.

—No —negué radical, sin entretenerme a pensar la respuesta.

—Siempre lo mismo, ¿verdad?

—Así es. Policías muy sensibles o temerosos y, como el caso de Lasaosa

—
bajé la voz—: tarados.

—¿Y no has pensado que pueda haber algo oculto?

Confieso que no comprendí su pregunta.

—¿Oculto?

—Sí. Que el motivo de traernos hasta aquí sea por otras circunstancias no revelables.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo el dinero. Me he informado —añadió con sobrada suficiencia.

Volqué la tarrina de miel en mi té y me dispuse a removerlo despacio, para darme tiempo a pensar a qué se podía estar refiriendo la psiquiatra. Sabía que el actual edificio donde estaba ubicada la comisaría era provisional, al menos hasta que concluyeran las obras de la comisaría de la calle Zaragoza. Por lo tanto el Seminario estaba en régimen de alquiler. ¿Y quién era el propietario? La propiedad del Seminario le correspondía a la Diócesis de Jaca. Y detrás de la verdadera propiedad estaba la Santa Sede, porque era un edificio religioso.

Supuse que ese edificio emblemático, más los metros cuadrados y el lugar privilegiado que ocupa, en el centro de Jaca, costaría unos buenos miles de euros de alquiler cada mes. Si mi instinto no me engañaba, Mar se estaría refiriendo a

que un edificio histórico donde los empleados, en este caso policías, no pueden

trabajar porque ocurren hechos extraños, implicaría que se pudiera forzar un abaratamiento del alquiler. Pero en ese caso sería una inmensa tontería

movilizar tantos recursos y tantas zarandajas para ahorrarse unos euros en el alquiler.

Definitivamente, ese no sería el motivo.

—¿De verdad crees que todo esto es para ahorrarse dinero la administración?

—Alguna explicación ha de haber. —Me dijo toqueteando el sobre de azúcar

—. Yo, mi informe lo tengo claro y determinaré que Lasaosa padece un trastorno

de locura transitoria, quizá por la presión del trabajo o por motivos varios, y por eso se inventa esas conversaciones con el hombre del sótano y con el hombre del

archivo. Es algo muy natural cuando se da una lucha interna entre el bien y el mal. El hombre del sótano simboliza al diablo, mientras que el hombre del archivo da forma a Dios. Lasaosa se desploma siempre en la primera planta del

Seminario, antes de acceder a la segunda, porque es la línea divisoria que separa el bien del mal, al menos en su imaginación.

—Pues en ese caso sería un perjuicio para la Iglesia suponer que en un edificio de la Santa Sede puedan convivir Dios y el Diablo en el mismo espacio.

—¿Perjuicio? —arrugó la frente—. De eso nada, querido Dupont. La Iglesia sabe como explotar estos hechos y elevarlos a su vertiente más económica.

Cuando recuperen el control del edificio, la policía, Lasaosa y nosotros habremos conseguido que su valor se multiplique varios enteros.

—No te entiendo —me asusté por sus suposiciones—. Para hacer eso que

dices tendrían que implicar a Lasaosa, y él está loco de remate. Ya lo has visto.

—¿Conoces su historial?

—¿El de Lasaosa?

Mar cabeceó con los ojos mientras sorbía la taza de café.

—Bueno, sí. ¿Hay algo oculto?

—Lasaosa ya había tenido alguna recaída en la anterior comisaría e, incluso,

estuvo apartado del servicio durante unos meses por problemas psiquiátricos. La

Dirección General de la Policía podría haberlo apartado del servicio activo argumentando problemas psiquiátricos, sin tomarse tantas molestias en investigar si había o no fenómenos paranormales.

Me eché hacia atrás y rechacé con un gesto de mi cabeza todas las explicaciones que estaba dando Mar sobre el asunto de Lasaosa.

—No me parece posible, ni probable, ni creíble —rebatí—. Soy más partidario de la *Navaja de Ockham*.

—En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable —dijo sin perder la sonrisa.

—Así es. A mí me hicieron venir para descartar que en el Seminario estuvieran ocurriendo hechos insólitos. Y a ti. —La miré directamente a los ojos

—. Para determinar que Lasaosa sufre alguna patología psíquica. Es pura

rutina,

como todo en la administración. Y no hay que darle más vueltas.

—Dupont el pragmático. —Se acabó el café que le quedaba en la taza de un solo trago.

Mientras abría el bolso, supuse que para pagar, afloró mi caballerosidad.

—Esta la pago yo —le dije.

—Qué galante.

—No siempre tiene uno la oportunidad de comer con una mujer bonita.

Después de mis últimas palabras me sentí ridículo. Pero ya las había dicho y

cualquier cosa que dijese después sonaría peor.

—Me he fijado en tus manos y no tienes manos de policía —me dijo con una

sonrisa ladeada, como si hubiera dicho una picardía.

—¿Y cómo son las manos de un policía?

—Más gruesas y robustas —afirmó—. Tus manos son delicadas y los dedos largos y delgados.

La conversación estaba adquiriendo tintes eróticos, o eso me pareció en ese momento.

—¿Dónde has aprendido tanto de manos?

—De mi padre —asintió con la cabeza mientras respondía—. Era Guardia Civil, ¿no te lo he dicho?

—Así que eres hija del cuerpo —alabé—. Pues no, creo que no lo has mencionado hasta ahora.

—Mi padre estuvo destinado unos años en el País Vasco. Allí conoció a mi madre. Se casaron y nacimos mi hermana y yo y luego...

El asomo de una lágrima le impidió seguir hablando. Supuse que alguien de los que había nombrado, o todos, habían fallecido. Así que no toqué más el tema.

—Gracias —me dijo al darse cuenta de mi sensibilidad hacia su pérdida.

Nos despedimos en la puerta del restaurante. En ese momento me di cuenta de

que esa cena en realidad había sido una enorme despedida. Solo tuve que sostener la mirada de Mar durante unos instantes para percatarme de que no la volvería a ver, al menos en Jaca.

—Ya he terminado aquí —esbozó una mirada de lamento que le arañó la frente de surcos amargos.

—¿Te vas?

—Mañana a primera hora. En el último viaje a Zaragoza me llevé el grueso de

mi equipaje, y mañana solo tendré que arrastrar una reducida maleta con el resto

de mis pertenencias.

—Podemos quedar algún día en Zaragoza —le dije—. Aunque sea a tomar un

café. —Ella se limitó a sonreír—. Y si viajas a Madrid no dudes en telefonear y

te invito a comer. A mi casa —añadí—. Seguro que te encantaría conocer a mi mujer y a mi hija.

Mientras yo hablaba de forma lastimera en la puerta del restaurante ella inició

la marcha hacia la calle Ramón y Cajal. Me quedé parado memorizando su silueta mientras se extraviaba en la penumbra. Una risa furtiva de unos comensales que había en la terraza me abstraieron de mi ensoñación. Los miré y

ellos se silenciaron. Parecía que habían presenciado la escena y por una extraña

maldad humana les hizo gracia el desplante de Mar, que ni tan siquiera se giró antes de perderse en la noche de Jaca.

Supuse que ella se había marchado al hotel. Y durante unos minutos, que me parecieron horas, estuve planteándome si me estaría esperando. Pero para mí era

muy arriesgado llamar a la puerta de su habitación y sugerir cómo podíamos pasar nuestra última noche juntos en Jaca. Enseguida me asaltó la legalidad y el

descrédito. Tampoco conocía tanto a Mar como para fiarme de ella. Pensé en lo

terrible que sería que ella me denunciara en la comisaría por acoso. Y con ese pensamiento deseché de inmediato cualquier gesto por mi parte.

Me entretuve en dar una vuelta por Jaca, no quería soportar la incomodidad de

entrar juntos al vestíbulo del hotel y quedarme allí mirándola mientras ella subía en el ascensor. Pero al mismo tiempo no soportaba la idea que esa noche

fuese la

última vez que la viera. Al final tuve que acortar mi paseo cuando de forma imprevista comenzó a jarrear. Entonces comprendí porqué se decía eso de que en

abril lluvias mil.

Capítulo 36

Al día siguiente, y mientras esperaba a que de un momento a otro me reclamaran de Madrid, me levanté con dos dilemas rondando mi cabeza. En realidad era dos preguntas: «¿Dónde estaba Cosmin Antonescu y si yo aún tenía

alguna oportunidad con Mar?». La primera cuestión le correspondía a la comisaría de Jaca, supuse que ya estarían sobre la pista del paradero del rumano.

La segunda, más personal, me intrigaba a mí. Y estaba seguro de que podía quemar mis últimos cartuchos. Me vestí deprisa y bajé por el ascensor hasta el vestíbulo del hotel Jaqués. La recepcionista levantó los ojos de lo que fuese que estaba leyendo cuando escuchó que se abría la puerta del ascensor. Me miró.

—¿Se ha ido Mar Vilas? —le pregunté.

—¿Quién?

—Mar Vilas, la psiquiatra de la comisaría de Jaca —le dije.

Negó con la cabeza sin responder. Intuí que no me iba a dar esa información,

sobre todo porque contravenía el secreto profesional de facilitar información de

los huéspedes. No insistí más.

El primer lunes del mes de abril de ese año cogí un autobús directo hacia Zaragoza. Opté por jugar a detectives, como si fuese un crío buscando el amor de su vida. Había leído en alguna ocasión que huyas donde huyas tus problemas

se meten en tu maleta y te siguen a cualquier parte a donde vayas. Estaba claro que viajar a Zaragoza no iba a solucionar ninguna de las intrigas que me habían

asaltado esos días y que la explicación sería más sencilla que todo eso, pero me

había obcecado con Mar.

Recordé que la psiquiatra me había dicho que estaba trabajando en el Centro

Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza. Lo busqué en la aplicación de mi teléfono móvil y comprobé que ese centro estaba bastante alejado del barrio del Actur, donde me dejó el autobús, por lo que cogí un taxi

que me dejó en la puerta de ese centro médico en unos veinte minutos. Cuando

me bajé del taxi me dediqué a escudriñar la fachada ante la atenta mirada de dos

enfermeras que saboreaban un cigarrillo apostadas en la puerta. Al sentirse observadas me devolvieron la mirada con cierto aire de superioridad, como si percibieran en mí a un futuro paciente, solo que yo aún no lo sabía. Me encaminé hacia la puerta de acceso y sorteé a las dos enfermeras, una de ellas especialmente atractiva, que me preguntó a dónde iba:

—¿A dónde va?

La otra enfermera arrojó el cigarro consumido en un enorme cenicero de

hojalata que había pegado a la pared.

—Busco al doctor Tella. Sebastián Tella —dije de carrerilla.

Si pudiera hablar con Tella antes, no sería tan violento coincidir luego con Mar. Tella y yo nos caímos bien en las pocas veces que coincidimos en Jaca; a nadie le sorprendería que hubiera viajado desde Jaca para tomar un café con él.

Y Tella me llevaría a Mar.

—¿Lo conoces? —le consultó a su compañera la enfermera que me había interpelado.

La otra negó con la cabeza mientras que sus labios componían un rictus bastante desagradable, como si estuviera agotada de atender consultas de los visitantes del Centro Psiquiátrico.

—Es la primera vez que oigo hablar de él —escupió con una voz tan varonil

que por un instante pensé que se trataba de un hombre disfrazado de mujer.

Pese a sus facciones duras, su voz de hombre y su rictus desagradable, sus ojos eran hermosos.

—A mí tampoco me suena —me dijo la enfermera que me atendió—. Aquí hay infinidad de enfermeras, médicos, auxiliares y celadores. Tenemos muchas habitaciones, muchos pacientes y muchas visitas. Mejor pregunte en recepción donde, estoy segura, le podrán ayudar.

Seguí caminando, sin que nadie me interrumpiera, hasta llegar a un edificio dentro del complejo médico donde había una caseta que anunciaba que allí me atenderían. Delante de mí había un matrimonio que no tendría más de cuarenta años que conversaban con una chica muy alta y flaca. Me fijé que sus manos

eran proporcionadas a su altura y tenía unos dedos largos y estrechos. No necesité observarla más para saber que era una de las responsables del Centro.

Me senté en una silla y me cercioré que la chica me había visto. Me hizo un gesto con su enorme mano, indicándome que en cuanto terminara de hablar con ese matrimonio me atendería a mí. Mientras esperaba cogí una revista que había

encima de una impecable mesa de cristal con forma rectangular. Las patas eran de aluminio y se notaba que el personal de limpieza hacía bien su trabajo, ya que, pese a fijarme lo suficiente, no distinguí ninguna marca de suciedad, y ni siquiera una huella de dedos. La revista era del mismo Centro Neuropsiquiátrico

Nuestra Señora del Carmen. Pasé las hojas apresurado sin entretenerme en leer

los artículos, pero supe que en el centro se trataban jóvenes con problemas de conducta. Que había terapia ocupacional que trataba a los más de doscientos enfermos. Que la especialidad era la salud mental, la discapacidad y la geriatría.

Enseguida me di cuenta de que Mar Vilas encajaba perfectamente en un centro médico así.

—¿En qué le puedo ayudar? —escuché la voz de la chica que hablaba con el

matrimonio cuando llegué.

Aparté los ojos de la revista y me crucé con unos ojos tan vitales y luminosos

que creo que si se lo propusiera podía arrojar rayos láser.

—Hola. —Dejé la revista sobre la mesa—. Soy Samuel Santamaría Dupont, Inspector Jefe del Cuerpo Nacional de Policía. —Lancé mi mano para estrechársela. Ella aceptó el saludo y me cogió la punta de los dedos, balanceándolos ligeramente.

—¿Un policía? —murmuró como si fuese la última persona que esperaba ver

esa mañana—. Yo soy la gerente Lilián Melero. ¿Qué le trae por nuestro centro?

—Me gustaría hablar con el doctor Sebastián Tella.

Lilián entornó los ojos como si me fuese a disparar con un rifle y me estuviera apuntando.

—¿Tella?

—Sí. Sebastián Tella —repetí—. Desconozco su segundo apellido, pero sé que trabaja aquí.

—Yo conozco a todo el personal —me dijo—, por algo soy la gerente. Y le puedo asegurar que es la primera vez que oigo hablar del tal Sebastián Tella.

—¿Está segura? Me han dicho que trabaja aquí.

—¿Me puede mostrar su identificación? —me solicitó cuando comenzó a dudar de que yo fuese realmente policía.

—Sí, claro. Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y extraje mi cartera abriéndola ante sus ojos. Mi placa resplandecía arriba, mientras que mi carné profesional había quedado debajo, mostrando una horrible fotografía de uniforme que me hicieron cuando ascendí a inspector jefe. Casi le pedí disculpas

con la mirada por la foto.

—Voy a ser cortés con usted y consultaré el fichero del personal, pero le puedo asegurar que ese tal Tella no trabaja aquí, y ni ha trabajado nunca.

—Igual confundí el centro médico —justifiqué mi error—. Al trabajar con la

doctora Mar Vilas, creí que él también trabajaba aquí.

—¿Quién? —me preguntó girándose hacia atrás mientras caminábamos por un pasillo largo y estrecho.

—Vilas. Mar Vilas Miren. La psiquiatra que han enviado a la comisaría de Jaca.

—Señor...

—Dupont.

—Señor Dupont, me está usted hablando de personas de las que nunca he oído

hablar. Su otro nombre, Mar Vilas, tampoco la conozco.

Extraje mi teléfono móvil con una velocidad tal que casi rasgo mi chaqueta. Lo desbloqueé y arrastré el dedo buscando una fotografía que le hice a Mar un día que visitamos la Ciudadela de Jaca. Esa imagen la tuve que capturar a traición, ya que Mar nunca quiso que le tomara ninguna foto. Planté el móvil delante de la gerente. La foto no era de buena calidad, en el año 2005 los teléfonos móviles todavía no hacían fotos muy buenas.

—¿No conoce a esta mujer? —consulté temiéndome lo peor.

La gerente agudizó los ojos y observó la fotografía de mi móvil.

—¿Qué mujer?

Giré el móvil y observé la fotografía. En ella se veía a los ciervos de la Ciudadela reposando bajo el sol de abril. La fotografía estaba tomada de lejos y

cuando la hice simulé que iba a fotografiar los ciervos, por lo que Mar no se percató. Pero por lo que parecía ella se salió del plano y lo que estaba mostrando a la gerente no era más que un grupo de ciervos descansando.

—Lo siento. Creí que tenía una foto de ella. Así que no conoce ni a Mar Vilas

ni a Sebastián Tella.

Noté cierta incomodidad en su expresión.

—Ya le he dicho que no —insistió.

—¿Hay algún Centro Neuropsiquiátrico que se denomine Nuestra Señora del

Carmen en Zaragoza?

Esbozó una sonrisa irónica, como si creyera que me estaba burlando de ella.

—Este es el único, inspector jefe. —Me nombró por mi cargo, lo que le daba a

nuestra conversación un ademán profesional.

Me despedí de la gerente con un sentimiento entre contrariado y furioso. Mar

Vilas existía, porque la había visto, de eso podía estar seguro. Y Tella también existía. Pero ni Mar, ni Tella, trabajaban en ese Centro. Entonces, ¿de dónde habían salido?

Capítulo 37

Un taxi me dejó en la misma puerta de la Jefatura Superior de Policía del Paseo María Agustín de Zaragoza. No era la primera vez que veía ese edificio, pero sí que era la primera vez que me fijaba en él de la forma que lo hice ese día.

Pagué al taxista, un hombre grueso de aspecto desagradable que removía ruidoso

un palillo en su boca. Pensé que ese palillo debía llevarlo toda la mañana, por el color que mostraba: entre marrón y negro. El taxista se fue y yo me quedé observando las escaleras de acceso al edificio de Jefatura. Su aspecto era el de una edificación que tiene los días contados. Como si en breve fuesen a hacer obras y demolerlo para construir en su lugar un bloque de pisos de protección oficial. Nosotros, los policías, ya no nos escandalizábamos cuando pasábamos por delante de un inmueble del Cuerpo Nacional de Policía. La gran mayoría eran edificaciones antiguas, envejecidas por el descuido de una administración que no invertía en su policía. Al pasar por delante del agente que custodiaba la

puerta este elevó la mano hasta tocarse la gorra y expelió un amable: «buenos días». Estoy seguro de que ese joven policía no me conocía, pero debió distinguir en mí que yo también era policía, y jefe, supuse después de su saludo.

Le correspondí con idéntica amabilidad y accedí al vestíbulo principal.

—Buenos días —saludé a un policía que había parapetado detrás de una ventanilla minimalista—. ¿Sabe si está el inspector Del Valle?

El policía me miró bien antes de responder, como si preguntar por ese inspector jefe fuese lo más extraño que le hubiera pasado en toda la mañana.

—Sí. ¿Quiere que le avise?

—Gracias.

Descolgó un teléfono de color negro que tenía a su lado y pulsó sobre tres

teclas. Supe que ese policía llevaba tiempo allí porque no necesitó consultar ningún listado telefónico para saber a qué extensión debía de llamar.

—¿Su nombre, por favor?

—Dupont.

—¿Dupont?

—Sí, con eso es suficiente. Él ya sabrá quién soy.

Evidentemente obvié mencionar que era inspector jefe. Decirle a un policía de

seguridad mi cargo podía suponer una ofensa. Nunca me gustó lo de ir

proclamando a los cuatro vientos el cargo que ostentaba en la policía. Es como si un cirujano se acercara a un hospital a saludar a un amigo y al personal de seguridad les dijera: «Soy el cirujano jefe Fulano». No, definitivamente no me parecía buena praxis la de ir presumiendo de cargo.

—Del Valle —escuché al policía mientras hablaba por teléfono—. Pregunta por ti un tal Dupont.

El hecho de que lo tuteara me hizo pensar que los dos debían tener mucha confianza o que Del Valle llevaba tanto tiempo en Jefatura que ya todo el mundo

lo conocía. Yo conocía a Juan Carlos Del Valle desde que coincidimos en un curso antiterrorista en Madrid. Entonces yo era Inspector y él Subinspector.

Recuerdo que siempre le llevé un peldaño por delante en el escalafón. Nos caímos bien y conversamos mucho. Comimos e incluso salimos de copas en diversas ocasiones. Del Valle estaba separado, pero mantenía un trato cordial con su exmujer, a la que conocí en una ocasión en ese curso, cuando me la presentó.

En ese momento, la señora Del Valle, me pareció una mujer espectacular. Alta,

de generoso escote y grandes y rojos labios. Lo primero que pensé es que no hacían pareja. Y no debí equivocarme mucho, ya que meses después se separaron.

—Pero qué cojones —exclamó del Valle mientras se apeaba del ascensor.

Lanzó la mano hacia mi torso y yo la estreché con fuerza. Como si fuésemos dos

energúmenos bailando una danza tribal—. ¿Y esta visita, a qué se debe?

—Ando por Jaca —le dije bajando la voz, unos policías que pasaron por al lado se fijaron en nosotros.

—Jaca, Jaca, Jaca... —repitió tres veces—. ¿Qué cojones se te ha perdido a ti

en Jaca?

—Eso mismo me vengo preguntando desde hace unas semanas.

—¿Llevas unas semanas en Jaca y aún no has venido a visitarme? —preguntó

de forma retórica—. Menudo sinvergüenza estás hecho.

—Sorry —me excusé—. Tengo tanto lío que no tengo tiempo ni tan siquiera para visitar a los amigos —solté mi ensayada parrafada.

—Está bien, está bien. —Me puso la mano en la espalda—. Ven, vamos a mi

despacho y hablamos.

Del Valle era un tío listo. Siempre lo consideré así, y no necesitó más de dos

pestaños para saber que me acuciaba un problema y se ofreció, presto, a ayudarme. Lo seguí mientras se montaba en el ascensor. Subimos hasta la segunda planta y caminó deprisa por un corto pasillo. Al fondo había una puerta

abierta y los dos nos colamos. Entré, me quedé de pie en medio de una habitación austera donde había una pequeña mesa, un ordenador, tres sillas y un

sofá de dos plazas frente a una reducida mesa de cristal con patas de madera redonda. La luz que entraba en ese momento, a través de un enorme ventanal, me aporreó los ojos.

—¿Te apetece un café? —me preguntó.

Busqué con la mirada una cafetera, pero no la vi.

—Sí. Un café estará bien —respondí.

—Enseguida te lo traigo. Azúcar normal, como siempre —dijo en voz alta mientras salía por la puerta.

Me senté en el sofá, más cómodo de lo que podía parecer a simple vista, y calculé qué precio debía pagar por visitar a Del Valle. Mi intención era averiguar todo lo que pudiera, y de la manera más extraoficial posible, quiénes eran Mar

Vilas y Sebastián Tella. Mientras meditaba sobre ello me di cuenta de lo absurdo

que podía ser todo. El solo hecho de que la psiquiatra y el doctor no trabajaran

en el Centro Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen podía deberse a muchos motivos. Desde un malentendido, a una confusión por mi parte cuando

me lo dijo Mar, en varias ocasiones, o que simplemente no quisieran decirlo y al

final todo sería un juego del ratón y el gato. La tardanza de Del Valle en traer los cafés me dio margen suficiente como para pensar que quizá el comisario de Jaca

sabía la verdad y los encubría. Era posible que todo fuese un esfuerzo por maquillar la estadística. Que Mar y Tella fuesen personal contratado para mentir.

Por eso Mar se esforzaba en alargar la terapia de Lasaosa y no concretaba lo que

todos sabíamos: que ese policía era un peligro. Alguien como Lasaosa no podía

seguir portando un arma, pero lo que tanto me preocupaba a mí, parecía no preocuparle a nadie más.

—Café recién hecho con azúcar normal —voceó Del Valle al traspasar la puerta entreabierta de su despacho—. Tal y como le gusta al inspector jefe Dupont. Cielos, Dupont, ya eres inspector jefe.

—Ya ves —le seguí la broma—. Todo un Inspector Jefe.

—¿Y qué haces por Jaca? —preguntó—. No me irás a decir que eres el jefe de

allí —sonrió como si lo que acababa de decir fuese gracioso.

—No, que va. Supongo que sabes que sigo con el tema ese de los asuntos extraños. —En ese momento no recordé hasta cuánto había hablado con Del Valle sobre mi labor en la policía, pero sí que tenía en mente que lo de mi actividad ya lo sabía.

—Sí, claro. Lo de inspeccionar comisarías donde han visto a fantasmas. —
Se

carcajeó de forma estruendosa—. Ya me lo habías dicho antes, pero supongo que

sabrás que para mí es como otros tantos puestos dentro de la policía que se crean porque no saben dónde meternos. No sabían qué hacer contigo y a alguien se le

ocurrió que fueses un *Cazafantasmas*.

Después de su última frase se rió tanto que llegué a pensar que le iba a dar un

mareo. Pero yo sabía que Del Valle no tenía ninguna malicia en sus palabras, pensar eso de mí era lo más normal entre los demás policías. Y más cuando jamás había destapado un auténtico, como dicen los americanos, *Poltergeist*.

Sorbí el café y comprobé que pese a ser de máquina no era malo.

—Llevo en Jaca unas semanas porque han trasladado la comisaría a un edificio antiguo —comencé a hablar.

—Sí, el del Seminario —me interrumpió Del Valle—. Ya lo había leído en la

prensa.

—Por lo que parece —seguí comentando— un policía hace cosas raras, se desmaya de repente cuando está solo y comenta que ve personas que no existen

y le cuentan cosas, y aquí viene lo bueno —hice un inciso—, que sí que han ocurrido. La Dirección General me ha mandado para que averigüe si lo que dice

ese policía que ve, y lo que dice que le dicen los que él ve, es cierto o hay algo detrás de lo que debemos preocuparnos.

—Mmmm, parece interesante. ¿Y ya has averiguado algo?

—Estoy en ello. Como te he dicho llevo varias semanas y parece que la cosa

está clara.

—Que no hay fantasmas —dijo Del Valle.

—Así es. Pero... —cogí aire—. No estoy solo en esto. A mí me han enviado

desde Madrid, pero la Dirección General también ha mandado a una psiquiatra y

a un doctor para que analicen, desde la perspectiva médica, al policía.

—Pues sí que se han tomado molestias para investigar fenómenos extraños —

dijo irónico.

—Ese es uno de los motivos por los que estoy aquí —aseguré.

—Ya me dirás en qué te puedo ayudar —se ofreció mientras arrojaba su vaso

de café a la papelera, después de dar el último sorbo.

Capítulo 38

—¿Qué haces en Zaragoza? —me preguntó el comisario Ferra, nada más descolgar el teléfono—. Se supone que tenías que estar en Jaca concluyendo tu investigación sobre Lasaosa y los sucesos del Seminario.

—Sí —repliqué de inmediato—. Pero ha ocurrido algo...

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Mira, Ferra —traté de explicarle—, esa chica, la psiquiatra...

—Mar Vilas.

—Sí, Mar, esa chica me ha dejado un poco pillado.

—Por Dios, Dupont. No me vegas ahora con esas. ¿Te estás escuchando?

Pareces un quinceañero. ¿Pillado? Vamos, Dupont, espabila. Aquí en Madrid tienes una mujer y una hija. —Se silenció unos segundos mientras hablaba—.

¿Cuántos años me dijiste que tenía esa psiquiatra?

—Cuarenta y dos —respondí.

—Cuarenta y dos años, mientras que tú ya tienes sesenta. ¿De verdad crees que esa mujer puede mostrar algún interés en ti?

Evidentemente, por sus palabras, Ferra no la conocía. Y tampoco sabía la complicidad que podía haber surgido entre los dos. Todo lo que el comisario sabía de Mar había sido a través de lo que yo le pudiera haber dicho.

—Regresa a Jaca —habló como si fuese una orden—. Regresa a Jaca y concluye tu investigación sobre el «Asunto Lasaosa». Mándame tu informe en cuanto lo tengas confeccionado y despídete del comisario de Jaca. Pascual Herrero es un buen hombre y no hará preguntas. Cuando estés aquí, en Madrid, quedaremos un día y hablaremos de todo. De nosotros, de nuestra pequeña pero gran Unidad de Investigación, de ti, de tu mujer. Tenemos mucho de que hablar, amigo Dupont, hay muchas cosas que nos unen —dijo nostálgico—. Pero márchate ahora mismo de Zaragoza y regresa a Jaca. En Zaragoza no hay nada. ¿Me oyes? No hay nada —dijo casi deletreando.

El comisario Ferra tenía razón. Él siempre la tenía. Eran más las cosas que nos unían que las que nos distanciaban. Los dos habíamos compartido esos años

duros en la comisaría de Chamberí, pero también nuestros mejores años. Ferra era comisario y yo inspector jefe, pero entre nosotros dos parecía que no había jerarquía. Él me trataba como a un igual y yo le devolvía ese respeto y admiración que siempre nos tuvimos.

—Te haré caso, comisario. Ya sabes que siempre hago lo que dices, porque tu

visión de las cosas es la más acertada.

—No se trata de eso, Dupont. Se trata de nuestro pequeño gran secreto.

Nuestra Unidad funciona gracias a que tú estás al mando.

—Eres tú el que la dirige —lo interrumpí.

—No, Dupont. Yo muevo los hilos aquí en Madrid. Preparo el terreno, si lo quieres llamar así. Pero quién realmente hace el trabajo de campo eres tú. Sin ti, esta Unidad no tendría sentido.

Mientras hablaba me imaginé al comisario fumando esos cigarrillos franceses a

los que era adicto. Una vez le pregunté por qué los fumaba y me dijo que fue en

los años que compartió información con la policía nacional francesa. Esos galos

solo sabían fumar cigarrillos de su patria, y Ferra comenzó a fumarlos también.

Ferra había sido un puntal de la lucha antiterrorista, hasta que decidió que ya había llegado el momento de apartarse y se refugió en la comisaría de Chamberí.

Era una comisaría tranquila, apacible, de buenos y veteranos profesionales. En Chamberí no tendría los sobresaltos de una Unidad Central. En Chamberí

hallaría una paz plena que le ayudaría a llegar a su jubilación con tranquilidad.

—Haré un par de gestiones durante la mañana de hoy —le dije—, y en cuanto

termine regreso a Jaca. Te doy mi palabra.

—¿Gestiones? ¿Qué gestiones?

—Tengo que averiguar quiénes son la psiquiatra y su compinche —le dije con

tono solemne.

—Espera, espera Dupont. ¿De qué hablas?

—He viajado hasta Zaragoza para encontrarme con Mar —me sinceré con él

—. Sé que es una chiquillería, pero nos despedimos en una cena en Jaca y me quedé con el regusto de que entre nosotros había algo más. Sabía que ella y el doctor Tella trabajan en un hospital psiquiátrico de Zaragoza, por lo que me he decidido a visitarlos y utilizar al doctor Tella como excusa para volver a ver a Mar.

—Mira que tienes ganas de buscarte problemas —me reprendió—. Olvida a esa mujer. Olvídala y regresa a Jaca —insistió.

—El caso —seguí explicando—, es que he visitado el hospital donde se supone que trabajan los dos y...

—Y no saben nada de ellos —terminó mi frase.

—Nadie ha oído hablar de ellos. Ni de la doctora Mar Vilas, ni del doctor Sebastián Tella. ¿Sabes tú algo de eso? —inquirí.

—¿Yo? ¿Y por qué crees que tendría que saber algo? No tengo ni idea de quiénes son esos doctores ni por qué la Jefatura de Zaragoza los ha enviado a Jaca. Supongo que querían contrastar con una versión médica nuestra investigación de los sucesos del Seminario.

Entonces tuve un fatal presentimiento.

—¿Crees que pueden ser de Asuntos Internos? —consulté al comisario.

—No creo —negó al instante—. No es su proceder habitual. Asuntos Internos

no desplaza dos agentes desde Zaragoza y los hace pasar por doctores para investigar lo que sea.

—Bueno, Mar —le dije—, me contó algo de que sospechaba que toda esa operación, la de Lasaosa, no era más que una jugada para revalorizar el Seminario de Jaca.

—¿Qué tontería es esa! —protestó molesto el comisario.

—Sé que es descabellado —argumenté—. ¿Pero qué no es descabellado hoy

día? Escucha Ferra, el Seminario donde está ahora la comisaría es de la Diócesis.

Ellos son los principales interesados con cualquier cosa que ocurra allí.

—No sigas hablando, Dupont. No si solo vas a decir tonterías —reprendió—.

Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza. Además de ser inviable.

—Entonces... ¿quiénes son esos doctores de Zaragoza y por qué han ido a Jaca?

—Está bien, está bien —murmuró entre dientes—. Quédate en Zaragoza el resto del día y trata de averiguar quiénes son esos. Pero ni un día más allí, ¿me oyes? Cuando termines esta noche, hayas averiguado lo que hayas averiguado, regresa a Jaca y concluye cuanto antes con esta investigación.

—¿Va todo bien? —le pregunté después de sus últimas palabras. Noté cierta desesperación en su voz.

—He recordado quién es ese Oteo —me dijo—. Marcos Oteo, el policía que comentaste que se había hecho un seguro de hogar en la agencia de tu mujer.

—Sí, yo también he caído en la cuenta hace unos días, cuando traté de situarlo en la comisaría —le dije.

—Marcos Oteo era, o es, vaya, subinspector y estaba destinado en el Grupo de Policía Judicial de la comisaría de Chamberí —habló el comisario.

—Sí, sí. Ya lo recuerdo —le dije.

—Tratando de centrarlo en mi recuerdo he caído en la cuenta de que él fue el que instruyó las primeras diligencias del atentado del año 2002.

—¿El de ETA? —hice una pregunta estúpida.

—Claro, Dupont, claro. En el año 2002 solo estaba atentando ETA. ¿No lo recuerdas?

Retiré el teléfono móvil de mi oreja durante unos segundos. Necesitaba pensar. «¿Por qué no recordaba ese atentado?», me pregunté.

—Sé que te vas a reír, comisario —le dije casi resoplando—. Pero me acabo

de acordar de ese atentado, como si fuese un mal sueño.

—No te sientas culpable, amigo Dupont —me tranquilizó—. Los mecanismos

de defensa de nuestra mente son tan poderosos que ni nosotros mismos somos capaces de comprenderlos. Yo también he olvidado ese atentado, o hago el esfuerzo diario de olvidarlo.

—¿Y dices que Marcos Oteo estuvo allí? —consulté.

—Sí. Lo he recordado a base de darle vueltas a lo que me contaste de tu mujer

cuando ese policía fue a hacerse un seguro en su agencia. Entonces he caído en

la cuenta de que Oteo fue el que instruyó el primer atestado en el año 2002

cuando ETA explotó aquel coche en las inmediaciones de la comisaría. Él tomó las primeras declaraciones, antes de que la Brigada de Información se hiciese cargo. Debes acordarte —me dijo—. Tampoco ha pasado tanto tiempo.

—Tres años —musité.

—Sí, solo tres años. ¿Y de verdad no recuerdas a Oteo?

—Sí, lo recuerdo vagamente. Pero no consigo centrarlo en mi memoria porque no comprendo cómo un subinspector inició un atestado tan importante como el de un atentado de ETA.

—Marcos Oteo estaba de servicio el día del atentado. El tío, si lo recuerdas,

había estado destinado unos meses en el Líbano como instructor de la policía de

allí. Puedo decir, sin ninguna duda, que era el policía de la comisaría de Chamberí que más sabía sobre terrorismo. Él fue, precisamente, el que alertó que

había un coche sospechoso en la esquina de la calle principal, antes de llegar a la comisaría. Por eso, cuando explotó el coche, él fue el primero en instruir el

Atestado con todo lo acontecido minutos antes. El paso de los coches de policía,

los viandantes, el momento que el terrorista de ETA aparcó el coche... ¿De verdad no lo recuerdas? —me preguntó de nuevo.

—Vagamente —repetí de nuevo—. Recuerdo el atentado, pero no recuerdo qué es lo que pasó los días siguientes.

—No te preocupes, amigo Dupont —me dijo conciliador—. Estás sujeto a mucha presión y yo soy el jefe más inmisericorde que existe por enviarte a Jaca

a luchar contra los fantasmas de un policía que ha perdido el norte. Regresa, amigo mío, regresa en cuanto puedas y olvida todo lo que has hecho allí. Olvida

a Lasaosa, a Mar Vilas, a Sebastián Tella, al comisario Herrero... Olvida todo y

olvida a todos y regresa a tu hogar. Tu mujer y tu hija te están esperando, amigo Dupont. Todos te estamos esperando.

Capítulo 39

Cuando terminé de hablar por teléfono con el comisario Ferra me introduje en

el despacho del inspector Juan Carlos Del Valle, mi contacto en la Jefatura

Superior de Aragón. Juan Carlos tendría unos cinco años menos que yo, pero el

tío se conversaba en una envidiable forma física. De cabello negro y ligeramente

ondulado, siempre lo conocí con una figura excelente: delgado y de buenas formas. No sé cómo alguien con ese físico podía seguir soltero; aunque las malas

lenguas siempre dijeron de él que era de la acera de enfrente. Vamos, que le gustaban los hombres.

—¿Me puedes mirar un par de filiaciones? —le consulté.

Juan Carlos tan solo tenía que introducir los datos que yo le facilitara de Mar

y de Tella, para averiguar quiénes eran realmente.

—A ver, dime —me dijo sentándose delante del único ordenador que había en

su despacho y colocando las manos en el teclado, preparado para teclear.

—Consulta a una chica...

—¿Una chica? Mmmm, no te estarás metiendo en líos —sonrió.

—No. Bueno, no creo —corregí mis propias palabras—. Es una psiquiatra que

ha colaborado conmigo en la comisaría de Jaca.

—Te la voy a mirar igual —me dijo—, pero antes me gustaría preguntarte por

qué quieres consultar el historial de esa chica.

—Supongo que a ti te puedo decir la verdad —quise sincerarme—. Esa chica,

Mar Vilas, se hizo acompañar los días que estuvo trabajando en Jaca por un psiquiatra colega de ella, un tal Sebastián Tella. El sábado la vi por última vez, ya que en teoría ha regresado a Zaragoza tras finalizar su cometido en Jaca.

—¿Y el tío?

—¿Qué tío?

—El psiquiatra. Me has dicho que ella se hacía acompañar por un psiquiatra, y

sin embargo solo haces mención a que fue a ella a la que viste por última vez.

—Bueno, es que es más largo de explicar. La psiquiatra fue la que envió la Jefatura de Aragón a Jaca para colaborar conmigo en una investigación...

—¿Una investigación de esas que haces tú, ocultas?

—Sí, sí. No me interrumpas más —forcé una sonrisa—, que así estaremos todo el día antes de que pueda decirte lo que te quiero decir. —Del Valle hizo el gesto de abrocharse la boca como si la cerrara con una cremallera—. El sábado

cené con ella. No pienses mal, fue una cena de despedida, una cena de colegas.

Al tío hace días que no lo veo, de hecho solo he coincidido con él en un par de ocasiones. En esa última cena —dije nostálgico—, hablamos largo y tendido y sentí una, digamos, punzada en el estómago. Como si entre ella y yo hubiera algo más que compadreo profesional.

—Lo que yo te diga, un enamoramiento transitorio —dijo antes de soltar una

sonora carcajada.

—Es posible, pero la ayuda que te solicito no va en ese sentido —forcé un tono de voz más severo—. El problema me ha surgido después, cuando he querido hacerles a los dos una visita de cortesía. Es posible que me haya dejado

llevar por una pasión adolescente, y haya querido contactar en Zaragoza con esa

psiquiatra, para no perder el contacto con ella. A fin de cuentas ni siquiera tengo su teléfono, algo que te parecerá curioso, pero que demuestra mi escasa aplicación en mantener un lazo de unión entre nosotros. Los he visitado en el centro psiquiátrico donde se supone trabajan los dos.

—¿Cuál es?

—El Centro Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza —respondí.

—Mmmm —chasqueó los labios—. ¿Y no trabajan allí?

—Ninguno de los dos.

—Raro, raro... Dime lo que sepas de ella.

—Se llama Mar Vilas Miren, y tiene 42 años.

—Veamos —dijo tocando el teclado del ordenador—. Si tiene 42 años es que

nació en 1963 —calculó, teniendo en cuenta que entonces estábamos en el año 2005.

—No tengo nada más.

—Si su filiación es correcta no necesito nada más. Los apellidos son poco

comunes, no creo que haya muchas Mar Vilas Miren en todo el Estado español.

El ordenador se tomó su tiempo en pensar. Hay que tener en cuenta que en esos años los ordenadores no eran tan veloces como los de ahora. Ni tenían tanta

memoria de almacenamiento, ni sus procesadores eran tan rápidos. Además la conexión de red que utilizaban era antediluviana. Mi corazón dio un vuelco cuando en la pantalla apareció el impensable: «No hay datos».

—¿Qué quiere decir que no hay datos? —inquirí con urgencia.

—En principio quiere decir que no existe nadie con esa filiación —dijo Del Valle—. ¿Estás seguro de que esa chica se llama así?

—Eso me dijo —me molestó su duda.

—Me has dicho que la envió la Jefatura de Aragón a Jaca, ¿no?

—Así es.

—Entonces debe estar en algún documento de la secretaría de aquí.

¿Psiquiatra, verdad?

—Sí —cabeceé como un perrito de esos que van en la bandeja trasera de los

coches.

—Un momento. —Se puso en pie y salió del despacho.

Mientras esperaba a que Del Valle regresara de dónde hubiera ido, supuse que

a hacer alguna gestión sobre la filiación de Mar Vilas, me entretuve en mirar a través de uno de los ventanales de su despacho. Desde allí se podía ver el

Paseo

de María Agustín al completo. Coches circulando en ambos sentidos, peatones caminando por las anchas aceras y muchos ciclomotores ruidosos, según pude percibir a través de una de las ventanas que estaba abierta.

Una chica de unos cuarenta años, vistiendo de paisano, asomó su cabeza rubia

por el marco de la puerta y me preguntó si me apetecía tomar un café.

—No, gracias —rechacé su ofrecimiento.

Me hubiera apetecido tomar un café, sin duda. Pero la tardanza de Del Valle en regresar y lo extraño de que Mar Vilas no estuviera en la base de datos de la

policía, me hizo albergar una incomodidad que se me estaba enquistando en el estómago. Francamente comenzaba a sentirme mal.

Del Valle traspasó la puerta acompañado por un señor que sería de mi edad, vistiendo también de paisano, y sosteniendo en su mano derecha unas gafas que

intuí eran para leer.

—Dupont —me dijo Del Valle—. Mira, este señor es el administrativo de la

secretaría de Jefatura. Le he comentado lo del asunto de la psiquiatra enviada a

Jaca. —No pude ocultar una mueca de disgusto, ya que le había dicho a Del Valle que mantuviera el secreto sobre mis indagaciones. Él pareció darse cuenta

de mi incomodidad y quiso enmendarse, sin éxito—. No pasa nada, de verdad.

Evaristo es de confianza. —En ese momento dudé que alguien que se llamara Evaristo pudiera ser de confianza—. Él tiene acceso a todos los traslados, comisiones o agregaciones. Y tiene acceso porque es quién gestiona las dietas de

desplazamiento, alojamiento y manutención.

Mientras Del Valle hablaba tuve una revelación y supe lo que me iba a decir.

Lo supe porque yo también lo intuí, lo que pasa es que era tan descabellado que

no lo creí posible.

—No consta que ninguna psiquiatra haya estado en Jaca, ¿verdad?

Me avancé a lo que pudiera decirme.

—Así es, Dupont. Aquí no tenemos constancia de que nadie, ni llamado Mar,

ni Sebastián, ni psiquiatras, ni nada del estilo, haya estado destinado en Jaca. Ni siquiera —amplió más sus dudas—, saben nada de una investigación oculta sobre las secuelas de policías destinados en el Seminario de Jaca.

—Nos disculpa —le dije a Evaristo.

El administrativo miró a Del Valle esperando su aprobación.

—Sí, Evaristo. Déjanos un momento. Gracias por todo.

El administrativo salió por la puerta. En su expresión no percibí que estuviera

molesto.

—Se suponía que mi misión en Jaca era secreta —amonesté a Del Valle.

—No te preocupes por Evaristo, es de plena confianza. Le he solicitado ayuda

al ver que esa tal Mar Vilas Miren no existe. Al sospechar que esa chica te hubiera dado mal el nombre y apellidos, es por lo que he optado por comentarlo

con Evaristo. Mi consulta ha sido debida a que quizá había falseado los datos, al menos los que te dijo a ti. Pero no hay duda, ya que Jefatura no ha enviado nadie a Jaca.

Me quedé un instante meditando. Sin saber qué es lo que estaba pasando y qué

razones tendría Mar para mentir. Por mi cabeza pasaron infinidad de cuestiones

relativas a su actividad en la comisaría de Jaca. ¿Por qué fue? ¿Qué buscaba?

¿Quién era ese tal Tella? En un flash recordé que Mar trató a Lasaosa antes de que este tuviera las extrañas visiones del hombre del sótano y del hombre del archivo. Recordaba las fechas y recordaba que ella y Tella estuvieron con Lasaosa unos días antes, puede que semanas. A Lasaosa lo habían sometido a varias recesiones y fue después de esa terapia que él comenzó a ver al hombre del sótano.

—¿En qué piensas? —interrumpió Del Valle mis divagaciones.

—En que tengo que encontrar a esa chica como sea.

—¿Tienes alguna foto?

—Yo no. Pero ha estado paseándose por la comisaría de Jaca y estoy seguro de que alguna cámara de seguridad la ha tenido que grabar en algún momento.

—Está bien, tranquilízate —me pasó su mano por el hombro—. Ve a Jaca y pon sobre aviso al comisario de Jaca. Hay que identificar a esa estafadora y a

su compinche. En cuanto tengas alguna imagen; aunque sea de una cámara de seguridad, me la envías. Aquí tienes mi correo electrónico. —Me extendió una tarjeta con su nombre, teléfono y contacto—. Haremos una difusión de esos dos

por todas las comisarías de España y daremos con ellos, no te preocupes por eso.

—Lo que no para de dar vueltas en mi cabeza es lo que buscan esos dos. No sé que pretenden sometiendo a Lasaosa a terapia regresiva. —Lamenté a punto de llorar por la impotencia al saberme engañado por esa psiquiatra, si es que lo era, y su amigo.

—Hay mucho loco suelto —exhaló Del Valle—. Mucho loco que actúa por motivos que solo los locos conocen. Pero no te sientas culpable, ya que no solo te ha engañado a ti, sino que ha engañado a toda la comisaría de Jaca. Estoy seguro de que ni el comisario de allí, Herrero creo que se llama, ni ninguno de los jefes de brigada, se ha percatado de que esa estafadora, que ha recorrido la comisaría durante varias semanas, es una tunante que busca Dios sabe qué.

Me despedí de Del Valle y le agradecí su gestión y las molestias que le pude

ocasionar. Al salir de la Jefatura me sentí como un estúpido que no sabe ver más allá de los dos palmos siguientes desde la punta de su nariz. Esa fulana se había paseado por Jaca, por su comisaría, y por delante de mí, sin que nadie hubiera sido capaz de percatarse de que era una farsanta. En ese momento mi mayor preocupación era Lasaosa, ya que yo también me sentía responsable de su bienestar. No tenía que olvidar que me había desplazado desde Madrid a Jaca con la única finalidad de ayudar a ese policía. Ese era el cometido de la

Unidad

secreta que regentaba con acierto el mejor jefe que nunca tuve. Decidí que al día siguiente, nada más levantarme en mi confortable habitación del hotel Jaqués, solicitaría una entrevista con Lasaosa y sondearía hasta qué punto fue perjudicial la mediación de Mar y Tella en su enfermedad.

Capítulo 40

No recuerdo el día, pero sí que recuerdo que era el mes de mayo. Nunca fui amigo de agendas, ni de anotar en ningún lugar mis indagaciones, por lo que no puedo facilitar fechas exactas de mis andanzas. Recuerdo que la noche anterior había viajado desde Zaragoza a Jaca y me alojé en mi habitación del hotel Jaqués. En mi cabeza aún daba vueltas la última conversación con el inspector Del Valle, de la Jefatura de Aragón, y mis indagaciones en el Centro

Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza, donde constaté que

Mar Vilas y Sebastián Tella me habían mentido respecto a su procedencia del lugar de trabajo. Pero también me habían mentido en su nombre y apellidos, porque no constaban en la base de datos de la policía. Al menos Mar, ya que de

Tella solo sabía nombre y primer apellido, y Del Valle no pudo determinar si de

los que listó en la aplicación de la policía había alguno que se correspondía con él.

Esa noche ocurrió algo inusual en los días que llevaba en Jaca, y era que Ainhoa me llamó cuando faltaban unos minutos para las once. Desde que recordaba ella nunca me había llamado tan tarde, por lo que en un primer momento presentí que había ocurrido algo grave. Alguna emergencia que

justificara una llamada a esas horas, que para ella eran intempestivas.

—¿Qué ocurre? —pregunté azorado al comprobar la hora que era.

—Tranquilo, Dupont —me dijo Ainhoa—. No pasa nada, solo quería conversar contigo un rato. ¿Puedes hablar?

—Sí, claro.

—Bueno, no tan claro —se quejó—. Que también podías estar trabajando.

No sé por qué me dio por pensar que mi mujer igual creía que yo tenía un lío

con alguien. Si supiera que la única persona con la que estuve a punto de ponerle los cuernos era una mentirosa y probablemente una estafadora, estoy seguro de

que se hubiera reído. Pero obvié todo ese tema, para no preocuparla.

—¿Qué ocurre?

Escuché como cogía aire.

—¿Recuerdas a Oteo, Marcos Oteo?

—¿Otra vez con ese policía? —renegué sin mucho ánimo.

Esa jornada había sido muy larga y llena de quebraderos de cabeza, y lo menos que me apetecía era discutir con mi esposa sobre un compañero al que hacía muchos años que no veía.

—Ha regresado por la agencia —comenzó a explicar Ainhoa—. Lo llamé porque tenía que firmar el contrato del seguro de su hogar.

—¿Y para eso me llamas? —me puse a la defensiva.

—No. No. Tranquilo, Dupont. Ya sabes que no quiero perjudicarte ni me gustaría que te alteraras. Solo quería charlar contigo, pero parece que cada vez que te hablo de Marcos Oteo, tú te exaltas como si a ese hombre le

tuvieras un odio imparable.

Opté por no seguir interrumpiendo a Ainhoa, porque de hacerlo es posible que

se hubiera alargado la conversación mucho más de lo que estaba previsto. En esos momentos solo tenía ganas de echarme en la cama y dormir del tirón hasta el día siguiente.

—Conocí a Oteo en la comisaría de Chamberí, ya te lo dije la última vez que

hablamos de él. Es un compañero, subinspector, que estuvo destinado unos meses en el Líbano colaborando en la instrucción de los policías de allí. Y ahora, me podrías decir por qué te has obsesionado con ese policía.

—Como te he dicho ha regresado a firmar el seguro de su hogar, que contrató

con nosotros. Hemos estado charlando un rato, solo eso.

En el transcurso de la conversación con Ainhoa comencé a sospechar que ella

había iniciado un rollo con ese policía. Por su forma de hablar comencé a creer

que esa noche me lo iba a contar, para mi estupor y desconcierto, ya que no a todo el mundo le dice su mujer por teléfono que se entiende con otro hombre.

—¿Ha sido amena la conversación?

—Mucho, es un hombre muy agradable. Ha rememorado, con nostalgia, la

época que estuvisteis juntos en la comisaría de Chamberí y lo que sucedió.

—¿Sucedió? Hablas como si hubiera ocurrido algo misterioso que haya que ocultar. ¿Qué sucedió en Chamberí para que tengas que contarlo con tanta intriga

forzada?

—No lo recuerdas, ¿verdad? Dime, Dupont. Dime que no recuerdas que pasó

en la comisaría de Chamberí en el año 2002.

—Que ascendí a Inspector Jefe...

—Por favor. Sabes lo que ocurrió, pero tratas de olvidarlo y no te culpo por ello —se congratuló mi esposa imprimiendo cierto mimo en sus palabras.

En ese instante recordé la conversación con el comisario Ferra. Y recordé que

me había vuelto a ocurrir, pero no quise flaquear ante mi esposa. Flaquear en ese instante reportaría más problemas que beneficios. Eso haría que ella se preocupara y yo no quería causarle más daño del que le había causado en esos

últimos tres años.

—El atentado de ETA —musité como si estuviera en el interior de una biblioteca y no quisiera molestar al resto de lectores.

—¿Qué recuerdas de ese atentado, Dupont? ¿Qué es lo que recuerdas? — repitió la pregunta.

Mientras escuchaba hablar a Ainhoa, mis ojos se perdieron por la reducida habitación del hotel Jaqués. Sentí como si no estuviera allí. Como si todo lo que me estaba ocurriendo últimamente no fuese más que un recuerdo del

propio Lasaosa que había traspasado mi mente. Como si yo fuese Lasaosa.

—No recuerdo mucho —respondí—. Más bien recuerdo poco de aquel día.

—Tienes que recordar, Dupont. Debes recordar, Dupont.

Mi mujer repetía constantemente mi apellido mientras hablaba conmigo, al igual que hacía el comisario Ferra. Yo, como policía que era, sabía que repetir el nombre de alguien mientras hablas con él es una táctica habitual para buscar contacto y complicidad. Me abochornaba pensar que Ainhoa quisiera establecer

contacto conmigo, ya que eso significaba que quizá lo había perdido. Y yo podía

perder todo: mi trabajo, la amistad de los compañeros, incluso mi prestigio como

investigador. Pero no podía perder a Ainhoa; ella era el sustento que daba aliciente a mi vida.

—Había un coche —comencé a hablar—. Era un coche pequeño, creo que un

Fiat Punto de color blanco, aunque no puedo estar seguro de ello. Ese es el único dato que nunca suele publicarse de un atentado de ETA: la marca y el modelo del

coche. Publicar el modelo del coche que la banda terrorista utilizó para un determinado atentado, podría perjudicar a la marca, además de acrecentar un miedo a la ya de por sí atemorizada población. Si los medios de comunicación

dijeran que para el atentado de la comisaría de Chamberí utilizaron un Fiat Punto de color blanco, las semanas siguientes se inundarían las salas del 091 de toda España alertando de que había un Fiat Punto aparcado en las inmediaciones de

un cuartel de la Guardia Civil, de una comisaría o de un centro comercial. No,

definitivamente ese dato nunca debe hacerse público. Los terroristas no avisaron

con antelación de la colocación del vehículo. Algo que ya comenzaba a ser habitual en esos años de pólvora y plomo. La explosión se produjo en torno a las

09:00 horas, en la calle Rafael Calvo, frente a la comisaría de policía, y afectó a varios transeúntes y a las numerosas personas que se encontraban esperando el

autobús en una parada próxima. La onda expansiva de los 50 kilos de *cloratita* utilizados y reforzados con dinamita, provocó daños por valor de unos 3

millones de euros, de los de entonces, en los edificios cercanos. Pero ese dato no se suele publicar tampoco, porque sería un insulto a las víctimas. Cuando hay víctimas humanas el dinero no se puede ni tan siquiera mencionar. En ese atentado tuvieron que ser atendidas hasta 90 personas, 27 de las cuales fueron hospitalizadas. Varios de esos heridos eran niños que se habían retrasado en la entrada del colegio y a esa hora cogían o se bajaban del autobús...

Me detuve mientras trataba de coordinar los recuerdos en mi mente. Mientras

hablaba me venían las imágenes a mi cabeza y podía describir hasta el detalle más nimio en la cronología del atentado. Me imaginé a Ainhoa al otro lado del teléfono, en silencio, escuchando mi relato sin intervenir para no distraerme.

Desde el 2002, tres años atrás, que la sola mención de ese día era un tema tabú.

Yo no hablaba del atentado, y ella no me preguntaba. Mi memoria, de forma cautelar, había suprimido cualquier recuerdo que me trasladara a ese día.

—¿De dónde había salido ese coche, Dupont? —me animó a que siguiera hablando y recordando lo sucedido.

—El vehículo había sido robado en Francia a mediados del mes anterior.
Creo

que habían dicho que en la ciudad de Narbona. Pero las placas que portaba en el

momento del atentado eran falsas y se correspondía con la misma marca y modelo, pero de una matrícula española.

—¿Y los muertos, Dupont? —preguntó agravando su voz, como si quisiera registrar un tono solemne y aterrador al mismo tiempo—. ¿Y los muertos, Dupont? ¿Quiénes murieron ese día?

Yo recordaba que habían muerto varios civiles, entre ellos una niña de corta edad. Pero no recordaba sus nombres, aunque puede que el de la niña sí.
Aquel

atentado fue portada de periódicos y telediarios de la época. La banda asesina había asestado un duro golpe en el corazón de la capital de España.

—La niña se llamaba... —balbuceé.

—La niña, no, Dupont. De la comisaría, ¿quién murió de la comisaría?

—Murió. Murió. Murió...

—Recuerda, Dupont. Recuerda quiénes fueron los que murieron ese día en ese

atentado. Recuerda quién ya no está aquí entre nosotros, en el mundo de los vivos. Dupont, por el amor de Dios, tienes que recordar.

Escuché cómo Ainhoa había comenzado a llorar. Y me sentí triste por ello, porque yo era el que provocaba ese llanto desconsolado.

—Murieron los integrantes de una patrulla que pasó por delante del coche cuando estalló —dije.

—¿Quién más? —inquirió Ainhoa.

—El policía de seguridad y un matrimonio que había en el vestíbulo de la comisaría esperando para presentar una denuncia.

—Más, Dupont. Alguien más.

—No sé sus nombres —lamenté—. No recuerdo los nombres de los muertos de ese día.

—Pero hay uno que sí has de recordar, Dupont. Agudiza tu memoria —sugirió

mi esposa—. Piensa, piensa y recuerda quién estaba saliendo por la puerta de la

comisaría a esa hora. A las 09:00, a la hora del atentado. Piensa quién cruzaba cada día, a la misma hora, la calle para ir al bar de enfrente a tomarse un cortado mientras se fumaba un cigarrillo. Piensa, Dupont. Piensa por lo que más quieras.

Capítulo 41

Por la mañana, una vez hube desayunado en la cafetería del hotel, me dirigía al Seminario de Jaca, donde esperaba hallar al comisario y explicarle la nueva situación creada desde que desenmascaré a la doctora Mar Vilas y a su compinche, el doctor Sebastián Tella. Eso suponiendo que los dos fueran doctores, claro. Reconozco que debía ofrecer un aspecto horrible, ya que no gasté tiempo siquiera en peinarme o anudarme la corbata, ya que después me di

cuenta de que iba sin anudar.

El comisario me recibió en su despacho, en la primera planta del Seminario.

Al franquear la puerta principal me topé con dos policías del turno de mañana,

ambos de uniforme, que murmuraron a mi paso. No sé por qué la gente tiene esa

costumbre, la de murmurar a espaldas de alguien, cuando es bien sabido que eso

siempre se percibe. Supongo que las mujeres les debe ocurrir algo parecido a cuando alguien posa los ojos sobre sus pechos o visiona de forma descarada las

piernas desnudas. O cuando alguien cambia de acera para no toparse con otra persona a la que en ese momento no quiere saludar. Definitivamente, esos desplantes nunca pasan desapercibidos.

Cuando llegué a la puerta del despacho del comisario Herrero, vi que estaba entreabierta. De su interior salía su voz, por lo que supuse que estaría conversando con alguien. Me esperé un instante delante de la puerta, y como solo escuchaba su voz, intuí que hablaba por teléfono. Cuando dejé de oírlo, empujé la puerta y entré.

—Ah, Dupont —me saludó cordial—. Justo ahora estaba pensando en usted —me dijo—. Tome asiento —señaló la única silla que había frente a su mesa.

—Buenos días, comisario —lo saludé—. Si tiene un momento quería hablar con usted. No le voy a entretener mucho.

—Sí, claro. No se preocupe —me dijo más afectuoso de lo que era habitual en

él—. Dispongo prácticamente de toda la mañana.

Me senté en la silla y lo miré como un cordero que fuese camino del matadero. Fue entonces cuando me di cuenta de que el comisario Herrero me trataba como si yo fuese un niño desvalido y necesitara ayuda. No hay que olvidar que era Inspector Jefe y tenía una dilatada trayectoria policial que me avalaba. Por mucho que él tratara de disimularlo, se le notaba que su comportamiento hacia mí había cambiado radicalmente.

—He hecho algunas averiguaciones referentes a la doctora Mar Vilas y al doctor Sebastián Tella —comencé a hablar. El comisario se echó hacia adelante,

mostrando interés por mis palabras—. No sé por qué lo hacen —le dije—, pero

ya le puedo avanzar que sus nombres son falsos. No existe ni Mar Vilas, ni

Sebastián Tella. —El comisario ni siquiera demudó su semblante—. Y además no trabajan en el Centro Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen de Zaragoza —elevé la voz—. ¿Qué le parece?

Recompuso su compostura sobre la mesa, como si no se sintiera cómodo aguantando su cuerpo echado hacia adelante. Se ladeó ligeramente, y dijo:

—Refrésqueme la memoria, Dupont. Ando liado últimamente y ya no controlo lo que ocurre en mi comisaria —forzó una sonrisa—. ¿Qué hacen exactamente esos dos doctores?

Tengo que confesar que las palabras del comisario Herrero me dejaron perplejo. O el tío tenía un problema grave de memoria, o le importaban tres pitos lo que Vilas y Tella estuvieron haciendo en su comisaría las últimas semanas.

—Mar Vilas —le dije con tono de burla—. Ya sabe, la psiquiatra esa *buenorra*

que ha estado trabajando en el caso de Lasaosa. La rubia despampanante. —

Aduje a su aspecto físico para ver si el comisario la recordaba.

—Ah, vale —chasqueó la lengua con aparatosa sonoridad—. Ya le digo que ando tan liado últimamente que ya no sé ni donde tengo la cabeza.

—Sobre los hombros le dije.

—¿Perdón?

—Digo que tiene la cabeza sobre los hombros —sonreí—. La estoy viendo ahora mismo. —Quise gastarle una broma.

Nos interrumpió el secretario de la comisaría, el inspector jefe Tristán Pulido, que en ese instante entraba por la puerta del despacho de Herrero. En su mano

sostenía una carpeta y en la otra portaba un bolígrafo, que siempre le acompañaba. Ese hombre parecía un manojito de nervios.

—Ah, Dupont —me miró por encima de sus gafas de leer—. A usted quería verle —me dijo.

Casi imperceptiblemente levantó los ojos y se fijó en el comisario Herrero, que estaba detrás de su mesa. Yo me había girado para observar como entraba al

despacho del secretario, por lo que no podía verlos a los dos a la vez. Pero puedo asegurar que entre ellos intercambiaron algún tipo de señal, como si fuesen dos

jugadores de mus.

—Usted me dirá —repliqué.

—Mmmm, nada. Solo quería felicitarle por su magnífica labor en esta comisaría.

Tengo que reconocer que no me pasó inadvertida cierta incomodidad por parte

del secretario de Jaca, como si en ese intercambio de miradas con el comisario

Herrero hubiera hallado algo que le hizo cambiar de opinión respecto a lo que

iba a decir. Entonces recordé que desde que llegué a Jaca, él me había estado persiguiendo por el asunto de la Orden de Servicio donde me comisionaban

desde Madrid para tratar el asunto de Lasaosa. Seguramente, pensé, fue lo que me vino a recordar en ese momento, pero el comisario Herrero le había advertido

con la mirada de que ese detalle no era importante. ¿Para qué quería una orden de servicio de Madrid si todo el mundo sabía cuál era mi cometido en la comisaría de Jaca?

—Luego vuelvo —le dijo el secretario al comisario, mientras balanceaba el bolígrafo en su mano.

—Hasta luego, Pulido —se despidió con una cortesía poco habitual—. Me estaba hablando de esa psiquiatra —retomó la conversación.

—Sí, sí. Y además es muy importante lo que le tengo que decir.

—Ah sí.

—Sí. Estoy convencido de que los dos son unos impostores —solté de repente.

El comisario tomó aire.

—Bueno, supongo que quizá no quieran decir quiénes son hasta que se aclare

todo.

—Ya, sí, puede que tenga razón. ¿Pero no le parece extraño que digan que les

ha enviado Jefatura de Zaragoza para investigar el asunto de Lasaosa y resulta que es mentira?

—¿Les ha enviado Jefatura?

—Sí —alcé la voz. Parecía que el comisario Herrero no se enteraba de nada y

que todo lo que estábamos hablando le viniera de nuevo. Esa conversación estaba tomando un cariz desesperante—. Ellos dijeron que les enviaba Jefatura y

resulta que no es cierto.

—Sí, ya. ¿Y usted cómo lo sabe?

—¿El qué?

—¿Cómo sabe que Jefatura no les ha enviado?

—Porque tengo un amigo en Jefatura. —No quise mencionar a Del Valle para

no perjudicarlo—. Que a su vez conoce a otro amigo que le ha dicho que ellos no

tienen ninguna constancia de que desde allí hayan enviado a ninguna doctora, ni

a ningún doctor.

—Vaya, vaya —se frotó la barbilla—. Verá, Dupont, usted también está aquí y

no tenemos constancia de que Madrid le haya enviado.

Tocado y hundido, me dije a mí mismo. Herrero tenía razón, ya que la Orden de Servicio que me comisionaba a Jaca no llegaría nunca. Pero en mí caso tenía

una explicación. Se lo dije.

—En mi caso tiene una explicación.

—¿De verdad? ¿Cuál?

Ese era el mejor momento para contarle la verdad, desde luego. Y así lo hice.

Le relaté lo de la UDAO, la Unidad De Asuntos Ocultos creada por el comisario Eulalio Ferra Hostalrich, el Director Adjunto Operativo. Le dije que era una Unidad estrictamente secreta y que nadie tenía conocimiento de su existencia, a

excepción de los mandos superiores, como el Director de la Policía y el Ministro

del Interior. En un momento de mis explicaciones me interrumpió, visiblemente

desconcertado, para preguntarme si Ferra era el actual DAO.

—¿Ferra es el Director Adjunto Operativo? —me interrogó.

Me parecía totalmente increíble que todo un comisario jefe, como era el caso

de Pascual Herrero, desconociera el nombre del DAO. Todo el mundo en la policía sabe quién es el DAO. El DAO es el jefe uniformado más alto que hay en

la jerarquía del cuerpo. No conocerlo solo podía deberse a dos cosas: una broma,

algo probable, o una enajenación mental por parte de Herrero. Y no podía descartar ninguna de las dos.

—Sí. Lo es. Y es el mejor DAO que hemos tenido en años —afirmé.

—Sí, claro. Ya le he dicho que ando con tanto lío estos días que casi lo olvido

todo, hasta el nombre de nuestros jefes más importantes. Una cosa —me dijo—,

¿conoce al Inspector Jefe Oriol Semprún?

—Oriol Semprún, Oriol Semprún... —repetí en voz alta un par de veces para

ver si me venía su imagen a la memoria—. No, lo cierto es que no lo recuerdo.

—Pues está de viaje ahora mismo. Viene de Madrid y llegará aquí por la tarde.

Me ha dicho que nada más llegar quiere entrevistarse con usted.

—¿Es grave? —me preocupé.

—Oh, para nada, Dupont. Solo que me ha avisado para que no se marche de Jaca hasta que él llegue. Parecía muy interesado en conversar con usted.

—Bueno. —Me puse en pie viendo que nuestra pequeña charla había concluido—. Haga que me llamen en cuanto llegue a Jaca. Y ya me dirá ese Inspector Jefe qué es lo que quiere de mí.

—¿Dónde va? —me preguntó poniéndose de pie también.

—A seguir trabajando —respondí—. Todavía me queda alguna cosa que hacer

por aquí.

Me parecía mentira que Herrero no comprendiera la importancia de mi labor

en la comisaría de Jaca.

—No, hombre. Quédese un poco más que aún necesito conversar con usted.

—¿Necesita?

—Es una forma de hablar. Quiero decir que me gusta hablar con usted y quería hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué? —me puse a la defensiva ante lo absurdo de mi conversación

con Herrero.

—Sobre todo. Sobre todo —repitió—. Y sobre Cosmin Antonescu —añadió

casi de refilón, como si no fuese importante, aunque yo sabía que sí lo era.

—¿Qué pasa con Antonescu? —inquirí.

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Hace unos días me dijo que no sabían donde estaba.

—Pues eso, que ha desaparecido.

—Desaparecer y no saber dónde está alguien son cosas diferentes.

—Puede ser —acató—. Pero ahora estamos seguros de que ha desaparecido.

—¿Seguros? ¿Cómo de seguros?

No me respondió porque le sonó el teléfono del despacho. Miró la pantalla e

interrumpió nuestra conversación.

—Si no le importa, Dupont, debo responder ahora. Es importante. Vaya a tomar un café y en unos minutos retomamos nuestra conversación. No se vaya lejos —amenazó.

Salí de su despacho y me dirigí al bar que había al lado de la comisaría.

Estaba impaciente por saber a dónde quería llegar el comisario y quién
diablos

era ese Inspector Jefe Oriol Semprún.

Capítulo 42

Desde el *Pilgrim* traté de llamar varias veces al comisario Ferra. Pero para
mi asombro no me cogió el teléfono, algo inaudito desde que nos conocíamos.
Y

tuve el presentimiento de que nunca más podría hablar con él. Un
presentimiento

fatídico que reconozco me llegó a hundir moralmente.

—Vamos, Ferra, responde —dije en voz alta.

En mi móvil seguía parpadeando el teléfono de color verde, mientras
lanzaba

la llamada. Pero Ferra no descolgaba.

La chica del *Pilgrim* me sirvió un café con cierta laxitud en sus
movimientos.

Vacíé el sobre de azúcar y me dije que no debía estar dispuesto a desistir si
quería prepararme para lo peor. Si ese tal Inspector Jefe Oriol Semprún venía
de

camino desde Madrid y quería hablar conmigo, era por algo grave. La
Dirección

General no desplaza a un Inspector Jefe desde Madrid solo para tomarse un
café.

Pero, ¿quién era? Con Ferra fuera de cobertura y evasivo ante mis llamadas,

mi

salvación sería el inspector Juan Carlos del Valle, de la Jefatura de Zaragoza. El día anterior se portó muy bien conmigo y fue el que me ayudó a desenmascarar a

la psiquiatra y a su ayudante. Y pensando en eso presentí que quizá Oriol Semprún viajaba desde Madrid por ese asunto. A lo mejor con mis

averiguaciones había tocado demasiadas teclas y estaba incomodando a alguien

que no toleraba injerencias. En ese caso, Semprún era un amigo. Y no un enemigo, como había pensado en un primer instante.

—¿Dupont? —dijo al descolgar. Me recordó al comisario Ferra en sus buenos

tiempos—. Sabía que me llamarías, pero lo que no sabía es que lo harías tan pronto. ¿Sigues por Zaragoza? —me preguntó.

—No, que va. Estoy en Jaca desde ayer —respondí mirando la calle a través

de la ventana del bar.

—Vaya, es una pena —chasqueó los labios—, porque tenía intención de invitarte a almorzar.

—Otra vez será —repliqué.

—¿No me llamarás por esa misteriosa psiquiatra y el doctor que la acompaña?

—No, no —negué—. Pero está relacionado.

—Todo está relacionado —me dijo.

—¿A qué te refieres? —Sus últimas palabras me habían suscitado cierta intriga.

—No seas tan mal pensado, amigo Dupont —me dijo—. Solo es una frase hecha. Todo lo que hacemos o decimos y todo lo que ocurre a nuestro alrededor está relacionado.

—Ah, sí. Nunca lo había visto desde ese punto de vista.

—Sí, y es así porque nosotros mismos lo relacionamos. —Del Valle había comenzado a filosofar—. Lo relacionamos porque cuando algo nos preocupa todo gira alrededor de ese algo. Es como un enfermo en que todo lo que ocurra tiene que tener relación de una forma u otra con su enfermedad.

—No lo había visto nunca así —dije con desdén. No tenía ganas de prolongar la conversación con Del Valle, ya que le había llamado por otro asunto—. Oye,

Juan Carlos, ¿conoces a un inspector jefe que se llama Oriol Semprún? Por lo que parece está destinado en Madrid.

A través de la ventana vi a dos chicos apostados en la escalera que daba acceso al parque que había frente al Seminario y que se iniciaba cerca del bar donde me hallaba. Eran dos chicos jóvenes, uno de ellos me resultó muy familiar, y mi experiencia me indicó que los dos eran policías de paisano. Y si estaban allí, uno de ellos fumando, es porque me estaban vigilando. Pero, ¿por qué me vigilaban? Me pregunté.

—¿Sigues ahí? —inquirió Del Valle a través del teléfono.

—Sí, sí, Juan Carlos. Perdona, me he distraído.

—Creo que a Oriol Semprún, al que haces mención, es un inspector jefe de la

Sección de Análisis de Conducta. Me suena de haber leído alguna entrevista suya en la revista Policía.

—¿Qué coño es eso de la Sección de Análisis de Conducta? Es la primera vez

que lo oigo mencionar.

—La Sección de Análisis de Conducta es de reciente creación —me explicó

—, e incorpora técnicas psicológicas a la investigación criminal. Es un concepto

muy norteamericano, pero por lo que parece está funcionando bien. Ese

inspector del que hablas creo que es el que la dirige. ¿Por qué lo preguntas?

Los dos agentes de paisano cambiaron su posición y se alejaron del Pilgrim, acercándose más hacia un hotel que había al otro lado del parque. Supuse que ellos habían supuesto que yo los había visto.

—Ese inspector está ahora mismo de viaje y viene hacia a aquí, hacia Jaca. Y

quería saber quién es y por qué viene a donde estoy yo.

—Bueno, Dupont, teniendo en cuenta que allí se están investigando esos sucesos del Seminario —me dijo—, no te ha de extrañar que desde Madrid manden a un peso pesado en la investigación psicológica. Después de todo —

añadió—, todos esos temas en los que tú trabajas tienen un fuerte componente psicológico. Ya lo deberías saber.

—Sí, por supuesto —asentí.

—¿Va todo bien? —me preguntó Del Valle cuando, supongo, notó un cambio de tono en mi voz.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, tú me has llamado —me dijo—. Y me has consultado sobre ese Inspector Jefe de Madrid. Intuyo que es porque te preocupa algo, ¿no?

—Ya sabes que no hablo mucho de mi actividad dentro de la policía —me sinceré con él—, pero lo cierto es que tampoco puedo. Ni siquiera mi esposa y

mis hijas tienen conocimiento de lo que hago.

—Es extraño que dentro de nuestra profesión todavía haya secretos inconfesables —me interrumpió en mis explicaciones el Inspector Del Valle —, hasta la Brigada de Información o los grupos de Operaciones Especiales tienen

su margen de confidencialidad más amplio que ese Grupo o Unidad donde estás

tú. Entiendo que no se facilite a la prensa o a personal civil lo que estáis haciendo, pero que no lo sepa el comisario de las comisarías donde trabajas me

parece incluso una falta de respeto o de cortesía profesional.

Desde que estaba en la UDAO era la primera vez que alguien me hablaba con

la franqueza que lo estaba haciendo Del Valle. Sus palabras me hicieron reaccionar y convine internamente que no le faltaba razón. En ese instante pensé

por qué el comisario Ferra exigía que mantuviera en estricto secreto todo lo que

hacía. Era un contrasentido que no le pudiera decir ni siquiera al comisario de Jaca lo que estaba haciendo o que el Secretario de la comisaría no recibiera la Orden de Servicio desde Madrid, acreditándome para investigar el «Asunto Lasaosa». En estas investigaciones clandestinas que dirigía se podía decir que solo los perjudicados o investigados estaban al corriente de lo que ocurría. En realidad, Lasaosa y la psiquiatra, eran los únicos que más sabían de lo que yo estaba haciendo allí.

—El secreto de nuestra Unidad —le dije—, radica en que somos pocos y bien

avenidos. La verdad, si tengo que ser sincero contigo, es que solo somos dos funcionarios trabajando.

—¿En Jaca?

—No, en toda España —aseguré.

—¿Dos? —dijo con desconcierto—. Solo sois dos.

—Sí, amigo Del Valle. Y calculo que cuando no esté yo no habrá nadie más que haga mi trabajo.

—¿Y quién es el otro? —me preguntó.

—Un comisario. Solo somos un comisario y yo los que hacemos todo el trabajo. De hecho fue él quien ideó esta, digamos, unidad especial de investigación de lo sobrenatural. Hacía falta que la policía dispusiera de este tipo de estudios y mi jefe tuvo la ocurrencia.

—Bueno, y quién es tu jefe. Si se puede saber.

—Oh, claro —sonreí. En ese instante comprobé que los policías que me seguían ya se habían ido. En el parque que había frente al bar solo pude ver a

unos niños jugando en la arena—. Supongo que no tiene sentido que te lo oculte, cuando ayer colaboraste conmigo en desenmascarar a los falsos psiquiatras. El jefe de la Unidad de Asuntos Ocultos es el actual DAO.

—¿El Director Adjunto Operativo? —me preguntó.

—Así es.

—Vaya. Pues sí que se le da importancia a esa unidad sobrenatural. Entonces

se podía decir que tu jefe es Dios.

—Algo así —le seguí la broma.

—Pues figúrate —me dijo—, yo nunca hubiera pensado que Vidal Manrique amparara una unidad como esa en la que estáis metidos. Siempre lo vi como un

comisario pragmático y poco amigo de invenciones dentro de la policía. Se me hace raro que esté detrás de esas investigaciones extravagantes que lleváis a cabo. Pero en fin, nunca acabas de conocer a nadie de verdad.

—No. No —negué enérgico—. Debes estar confundido le dije, Vidal Manrique no es el actual Director Adjunto Operativo.

—¿No? ¿Y quién es, pues? —se le escapó el acento aragonés.

—El actual DAO es Eulalio Ferra Hostalrich —le dije.

—¿Es una broma, Dupont? Aunque como broma ni siquiera tiene gracia.

—¿Por qué habría de ser una broma? No te entiendo. El comisario Ferra es el

actual DAO, Director Adjunto Operativo, y es quien comanda la UDAO, la

Unidad de Asuntos Ocultos. ¿Qué hay de raro?

—Eulalio Ferra Hostalrich murió en el atentado de ETA del año 2002 en la comisaría de Chamberí, Dupont. Él era el comisario jefe y la deflagración del coche bomba le pilló de lleno cuando salía por la puerta dirección al bar de enfrente, donde iba cada día a almorzar.

—Pero... Pero... ¿Ferra? No puede ser —balbuceé—. Ferra es el DAO actual.

Es el jefe de la Unidad de Investigación de Asuntos Sobrenaturales. Hablo con él

a menudo.

—¿Te encuentras bien, Dupont? Escucha. Estoy a poco más de una hora en coche de Jaca. Dime dónde estás y me acerco. No pasa nada, amigo. No pasa nada, de verdad.

—Esto es absurdo —le dije—. ¿Cómo iba a estar muerto Ferra si conversaba

con él casi a diario? No tiene ningún sentido eso que dices. Ferra no murió en ese atentado.

—Tú estuviste allí y sabes que sí. Escucha, Dupont, estás en *shock*. Es solo eso. Has soportado mucha presión últimamente y quizá tu memoria te ha traicionado. No debes preocuparte, ahora mismo parto desde Zaragoza y estaré ahí en poco más de una hora. ¿Dónde estás? ¿Dime dónde estás que llevo enseguida?

—En el Pilgrim —le dije—. Estoy en el Pilgrim.

—¿Es un bar, verdad?

—Sí.

—Pídete un café y espera a que yo llegue. Ya verás como hablando lo

solucionamos todo. ¿Me oyes, Dupont? No hagas ninguna tontería. Llego enseguida.

Capítulo 43

No le hice caso a Del Valle. No le hice caso porque en ese instante pensé que

me estaba tomando el pelo. El inspector me había dicho que el Director Adjunto

Operativo de la Policía era el comisario Vidal Manrique, y yo sabía que no era

cierto. El DAO era el comisario Ferra. Y Ferra era el jefe de la UDAO, la Unidad de Asuntos Ocultos. En caso contrario cómo es que yo hablaba con él por teléfono casi a diario. No podía inventarme esas conversaciones. Era un absurdo que yo pudiera recrear en mi cabeza las conversaciones que mantenía a

diario con Ferra. ¿Y cómo es que quedaba con él? ¿Y el día que cenamos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid? Él estaba allí, porque si no el camarero no podía servirle la comida.

Estaba enfrascado en mis propios pensamientos, esperando a que Del Valle llegara desde Zaragoza y poder aclarar lo de Ferra, cuando en el bar entró Lasaosa. Parecía como una incidencia en la *Ley de Murphy*. ¿Cómo era posible que en ese momento de zozobra, Lasaosa estuviera allí, delante de mis narices?

Lasaosa podía explicar muchas cosas, porque mi viaje desde Madrid fue por él.

Porque la existencia de la UDAO era por policías como él. Si Lasaosa no hubiera necesitado ayuda, yo no hubiera viajado desde Madrid y no habría

tenido que seguir instrucciones de Ferra.

—Rosendo —lo saludé levantando la mano desde la barra, donde me había acodado.

—Buenos días, Dupont.

—¿Podemos hablar?

—¿Aquí?

—Es un buen sitio —le dije.

Me acordé de las recomendaciones de Ferra, cuando afirmaba que un lugar bullicioso es el mejor lugar para pasar desapercibido.

—Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos —se puso a la defensiva.

—Siempre quedan cosas en el tintero —dije conciliador—. Solo unas cuestiones y le dejo en paz. Me lo debe.

—¿Qué le debo?

—Todo lo que le he ayudado, ahora debe ayudarme usted a mí.

Lasaosa miró a la izquierda y a la derecha, como si sospechara que no estuviera solo. Finalmente accedió y se sentó en una de las mesas vacías que había al lado de la ventana que daba al parque.

—Aquí estaremos bien —le dije, complacido por aceptar mi ofrecimiento—.

¿Qué le apetece tomar? Le invito —añadí.

—Un café solo y una ensaimada.

Me puse en pie y me acerqué a la barra, trasladando la petición de Lasaosa

al

camarero. Aproveché para escudriñar la calle y comprobar si los policías seguían

apostados frente al hotel. Ya no estaban.

—¿Qué tal se encuentra? —le pregunté cuando me senté de nuevo en la mesa.

Lasaosa había extraído una servilleta de papel del servilletero metálico que había sobre la mesa y la estaba doblando en cuatro partes, como si eso le tranquilizara.

—Bien. Bastante bien. El médico me ha dicho que en unos días me darán el alta.

—Vaya, no sabe cuánto me alegro. Es una noticia fantástica —fingí una alegría que en ese momento no albergaba—. Precisamente le quería hablar de eso.

—¿De qué? —me miró con desconcierto.

—De su enfermedad. —En ese momento supe que definir como enfermedad lo que le ocurría a Lasaosa no era la mejor descripción que podía haber hecho.

Quizá no escogí bien las palabras.

—¿Enfermedad? —consultó confuso—. Dirá de mi lesión.

Me fijé que con su mano derecha seguía doblando la servilleta de papel, mientras que la izquierda la tenía ligeramente retraída, sin llegar a apoyarla en la mesa. Lasaosa elevó el brazo y mostró lo que a simple vista parecía un vendaje.

Bastante ligero, según pude percibir.

—Ya me han quitado el yeso —me dijo—. Y en unos días me quitarán las vendas. El médico me ha dicho que el brazo está completamente recuperado.

—¿Qué le ha pasado? —me interesé.

El camarero se acercó hasta nuestra mesa y dejó el café y la ensaimada de Lasaosa encima.

—¿Quiere algo más? —me preguntó.

—No. Gracias —rechacé con tosquedad. La conversación con Lasaosa me había absorbido completamente.

—El brazo —dijo como si hubiera visto un fantasma—. No recuerda que ya habíamos hablado de eso.

—El brazo —repetí despacio.

—Sí. Me dijo que había viajado desde Madrid por eso —sonrió—. Cuando me

caí en la primera planta del Seminario durante las obras de remodelación del edificio. —Mientras se explicaba, yo lo miraba como si me acabara de despertar

de un extraño sueño del que no recordara nada de lo ocurrido—. Creo que el comisario Herrero le preguntó si era de Riesgos Laborales y usted dijo que sí.

—
Recordé que el comisario de Jaca me hizo esa pregunta, y recordé que le dije que

sí para evitar más explicaciones sobre el cometido que me llevó hasta allí—.
¿No es usted de Riesgos Laborales? —me preguntó.

¿Por qué les habría dicho que lo era? Refresqué mi memoria un instante, antes

de seguir conversando con Lasaosa. Yo me enteré del accidente del policía a través de la prensa. En ese momento rememoré claramente el titular:

« Un agente, adscrito a la Brigada de Seguridad Ciudadana de Jaca, se ha fracturado la tibia del brazo izquierdo al resbalar en las obras de remodelación del antiguo Seminario de la ciudad durante el transcurso de adaptación del edificio como nueva comisaría».

La noticia me había impactado y busqué información sobre el nuevo edificio.

El Seminario de Jaca, había leído. Ainhoa entró en el salón de nuestro piso en Madrid. ¿Qué ocurre, Dupont? Ha habido un accidente en la comisaría de Jaca.

Vaya, recuerdo que exclamó. Hay accidentes en todas partes, dijo sin darle la importancia que ese accidente se merecía. Sí, pero este es importante, Ainhoa.

En este está implicado un policía. Le conté a mi mujer que el accidente estaba envuelto de cierto misterio. Y ella me dijo, después de leer el artículo de prensa que le mostré, que no había ningún misterio en que un policía resbalara por las

escaleras de un edificio en obras y se fracturara un hueso del brazo.

—No. No soy de Riesgos Laborales —le dije con profundo malestar en el tono de voz—. No lo soy y usted ya sabe que no lo soy.

Vació el sobre de azúcar en el café y cortó con el cuchillo un trozo de la ensaimada.

—Es lo que siempre me ha dicho —aseguró—. Siempre que usted y yo hemos

hablado Dupont, ha mantenido que era de Riesgos Laborales de Madrid y que estaba investigando el accidente donde me fracturé el brazo. Y al comisario Herrero también le ha dicho lo mismo.

—Por Dios, Lasaosa, no se haga el despistado conmigo —elevé la voz tanto

que unos chicos de la mesa de al lado nos miraron—. Ya sabe que no soy de Riesgos Laborales. Acaso no recuerda nuestras conversaciones sobre el hombre

del sótano.

—Oiga —se echó hacia atrás en su asiento—. Me está usted incomodando. Si

nuestra conversación va a seguir por este camino, lo mejor es que se largue y me

deje en paz.

—Está bien, está bien... —acepté la nueva relación con Lasaosa—. ¿Recuerda

a la psiquiatra?

—¿Qué psiquiatra?

—Mar Vilas. La psiquiatra que lo trató estás semanas atrás. ¿No recuerda la recesión?

—¿De qué coño me habla? —protestó con la boca llena de ensaimada.

—Ya veo que la tía supo extraerle los recuerdos de su mente y luego borró el rastro para que no recordara lo que le dijo —balbuceé—. Entonces tampoco recuerda a Sebastián Tella, ¿verdad?

—Será mejor que se marche, Dupont. Creo que tiene usted problemas. O mejor aún —rectificó—. Lo mejor es que me vaya yo. Gracias por el desayuno que no me he terminado —me dijo poniéndose en pie y abandonando la cafetería.

—¿Qué se te ha perdido en Jaca? —me preguntó Ainhoa cuando le dije que iba a viajar a esa ciudad durante unos días.

—Estoy destinado en una unidad especial dentro de la policía —le dije—. Es

una unidad secreta.

—¿Secreta? —sonrió.

—Sí, Ainhoa. Ya sé que tú nunca me crees. Pero no puedo hablar mucho de nuestro cometido. La dirige un comisario al que aprecio mucho, con el que tengo

una relación de amistad muy profunda. Él, precisamente, es el que me ha pedido

que no se lo diga a nadie.

—¿Ni a tu mujer?

—La mejor forma de guardar un secreto, es no contarlo.

—Entonces ya no estás de baja —me dijo.

—¿Baja?

—Sí, Dupont. No bromees con esas cosas. Te dieron la baja psicológica desde

el atentado de la comisaría de Chamberí y me dijiste que con tu edad ya no ibas

a regresar a la policía. Solo te quedan cinco años para jubilarte y sabes que te puedes tirar esos años restantes de baja médica. No necesitas trabajar e ingresas más dinero de baja, que si ahora te dieran el alta. Entonces, ¿entiendo que te han dado el alta voluntaria?

—Sí, Ainhoa. Lo necesito. Necesito estar en primera línea. La banda terrorista

me quitó muchas cosas, pero no me va a quitar las ganas de ayudar a los demás.

Ese hombre, el policía de Jaca, necesita mi ayuda. ¿A saber por lo qué estará pasando en estos momentos? Asustado. Arrinconado en esa nueva comisaría de

Jaca.

La puerta del Pilgrim se abrió. Me chocó ver juntos a Del Valle y al comisario

Herrero. Los acompañaba una persona a la que no había visto en mi vida. Lo presentaron como el Inspector Jefe Oriol Semprún, de la Sección de Análisis de

la Conducta de la Policía Nacional. Mi intuición fue certera cuando percibí que

los dos hombres que merodeaban el parque y el hotel que había frente al Pilgrim

eran policías, porque entraron detrás de los tres jefes y me dijeron que los acompañara. Mientras caminábamos por el Paseo de la Constitución, dirección al

Seminario, los cinco policías me custodiaban. Del Valle me dijo que no pasaba

nada, que todo estaba bien. Has sufrido mucha presión, me tranquilizó. No te preocupes, Dupont, todo se arreglará, ya verás como todo se arreglará.

—¿Lleva su arma encima? —me preguntaron.

Palpé mi cintura y comprobé con cierto asombro que iba desarmado. No

conseguía recordar dónde estaba mi arma. Me pregunté por qué no llevaba mi arma encima. Y entonces recordé una conversación con Ainhoa.

—Me han hecho entregar mi pistola —protesté.

—Es normal, Dupont —me dijo—. Cuando estás de baja psicológica siempre

te hacen entregar el arma. Deberías saber que es una cuestión de protocolo.

—No. Voy desarmado —respondí.

Capítulo 44

Me trasladaron al hospital San Jorge de Huesca. Durante varios días estuve custodiado por policías. Y el Inspector Jefe Oriol Semprún no me dejó ni a sol ni a sombra. Recuerdo que mantuvimos prolongadas charlas, como si fuésemos

amigos, donde me iba explicando la nueva situación creada y donde trató de hacerme ver la realidad que me envolvía. Reconozco que su esfuerzo no fue por

complacerme, ni tan siquiera por comprender qué es lo que pasaba por mi mente

en esos días de zozobra, sino que su preocupación, la preocupación de toda la comisaria de Jaca, era la de hallar el paradero de Cosmin Antonescu.

—¿Conoce usted a un rumano que se llama Cosmin Antonescu? —me había preguntado.

Esos días yo andaba más perdido que una aguja en un pajar. Ya no sabía qué creer y a quién creer. Todo mi universo se estaba desmoronando con la misma facilidad que se desploma un castillo de naipes sobre una mesa de madera que tiene una pata más corta que las otras. Mis apoyos morales: el comisario Ferra y

mi esposa Ainhoa, estaban lejos de mi alcance. Semprún se deshacía en un esfuerzo titánico de convencerme de que Ferra había fallecido en el atentado que

perpetró la banda terrorista en la comisaría de Chamberí en el año 2002. Incluso

me mostró recortes de periódico de ese atentado y la esquila donde se anunciaba

la muerte de Ferra. Pero mi desconfianza se acrecentaba conforme pasaban los días y no podía evitar acordarme de la película “*Alguien voló sobre el nido del cuco*”, donde al final consiguen que el protagonista acabe loco de atar. Y esa parecía que era la intención de mis captores. Para más inri, se sumó a ese despropósito el único amigo en quién podía confiar hasta ese momento: el inspector Juan Carlos Del Valle, de la Jefatura de Zaragoza. Y digo podía en pasado, porque desde que viajó desde Zaragoza a Jaca para entrometerse en mis

asuntos, que se había puesto del lado de Semprún. A esos dos solo parecía importarles dónde estaba Cosmin Antonescu.

—Sí, lo conozco —respondí de forma asertiva.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Mi interés en Cosmin Antonescu se despertó en el mismo día que Lasaosa me

habló de él. Y lo que Lasaosa me dijo estaba relacionado con lo que a su vez le

dijo a él el hombre del sótano. Si el hombre del sótano fue una invención de Lasaosa y ellos decían que Lasaosa nunca me lo dijo, sino que todo estaba en mi

cabeza, entonces lo que yo creía que Cosmin había hecho, atropellar a Elisa Sánchez, también estaba en mi cabeza.

—Hace unos días —musité entre dientes, como si no estuviera seguro de que

decir la verdad en ese momento era lo que más me convenía.

—¿Dónde, Dupont? ¿Dónde lo vio?

—Estaba en un aprieto. En un verdadero aprieto. Antonescu es posible que estuviera muerto; aunque por su aspecto y fiereza intuí que a lo mejor aún seguía vivo. Esos militares de países del Este de Europa son realmente duros. Ojalá, pensé en ese instante, ojalá Antonescu aún siguiera vivo.

—¿Dónde lo vio, Dupont? Por el amor de Dios —insistió Semprún—, ¿dónde

vio a Antonescu?

—¿Sabe usted que ese rumano fue el que atropelló a Elisa Sánchez? —
contraataqué.

Del Valle y Semprún se miraban con indisciplina, como si yo no estuviera delante de ellos y no fuese capaz de percibir que los dos se habían compinchado

contra mí. Presentía una animadversión arraigada en el convencimiento de que yo estaba loco. Y ellos se esforzaban en convencerme a su vez de que eran mis amigos, de que estaban de mi lado.

—Hemos leído los informes —pluralizó Del Valle—. Lo del atropello de Elisa

Sánchez lo debiste sacar de la prensa local, cuando lo leíste en alguna hemeroteca —avanzó—. En cuanto consigamos el recorte te lo mostraremos.

—

Semprún le tocó el hombro mientras hablaba, parecía como si quisiera retenerlo

para que no dijese más cosas de las que tenía que decir—. Está bien, está bien...

Cosmin Antonescu no atropelló a esa chica —aseveró con rotundidad—. No la atropelló porque a Elisa... —cogió aire—, la atropelló Toribio Rocamora.

La última palabra la dejó en el aire, para darme tiempo a reaccionar. Yo recordaba como el primero que me habló de esa chica fue Lasaosa. Pero no recordaba ni dónde estábamos ni en qué contexto se desarrolló la conversación.

Lasaosa me había dicho que el hombre del sótano le había dicho que a Elisa Sánchez la atropelló Cosmin Antonescu y que luego se dio a la fuga. Me habló de los padres de Elisa, de lo que sufrieron con esa muerte y la pérdida que supuso para ellos.

—Rocamora —murmuré.

—Sí, Dupont. Sí, en tu cabeza se mezclan sucesos reales con sucesos imaginarios. Sabemos por lo que estás pasando y lo único que queremos, has de creernos, es ayudarte.

Los miré a los dos a la vez buscando en sus ojos algún atisbo de que me estuvieran diciendo la verdad.

—¿Ayudarme, por qué, cómo?

Detestaba esas miradas cómplices que se lanzaban Del Valle y Semprún entre ellos. Como si no se decidieran a contarme algo que solo ellos dos sabían.

—Mire, Dupont —comenzó a decir Semprún, que por algo era de la Unidad

de Análisis de la Conducta—, hay ciertas cosas que usted percibe como reales,

que no lo son.

—Insinúa que estoy loco —me defendí.

—No, no —negó tajante—. Nada de eso. Un loco es el que hace locuras — percibí una sonrisa indeleble—. Y en su caso usted no ha hecho ninguna locura,

que sepamos. Sencillamente no distingue la realidad de lo que no lo es, pero es

un tema médico. Nada más. Para nosotros sigue siendo un policía. Un policía que ha sufrido mucho y ese sufrimiento lo ha troquelado en su cabeza para conjugarlo con sus propias vivencias.

—¿Se refiere al comisario Ferra? —pregunté.

Del Valle lanzó una mirada de soslayo a Semprún.

—Sí, me refiero a Ferra —sopló soltando todo el aire que en esos momentos

tuviera en sus pulmones—. ¿Cree que está vivo? ¿Cree que puede conversar con

él por teléfono?

Mi vista se perdió por el linóleo de la sala donde me hallaba privado de libertad, en la séptima planta del hospital San Jorge de Huesca.

—Supongo que no.

—¿Supone? —inquirió Semprún—. ¿Supone que el comisario Ferra está vivo?

No respondí, me limité a desviar la vista por el suelo. Ni respondí, ni les miré.

—Muéstraselo —escuché que le dijo Semprún a Del Valle.

¿Mostrar, qué? Me pregunté.

Del Valle se retiró unos metros hacia atrás, hasta llegar a una puerta que hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba cerrada. La abrió. Fuera de

la sala dónde estábamos lo esperaba un médico. Al menos era un hombre alto y

espigado que vestía una bata blanca. En el bolsillo de la bata estaba escrito su nombre, pero desde esa distancia no podía leerlo. Así que no sabía cómo se llamaba. Los dos hablaron. Hablaron poco rato, porque Del Valle regresó enseguida. En su mano sostenía una carpeta. Creo que la llevaba en la mano desde el principio, pero yo no me había dado cuenta hasta entonces. Se acercó de

nuevo hasta donde estábamos nosotros y la abrió. Era una carpeta de plástico con

cierre tipo corchete. Extrajo un único folio. Era una fotografía en blanco y negro.

Contenía un titular, una entradilla, una foto y un texto largo. Hablaba del atentado de ETA de la comisaría de Chamberí. El artículo estaba fechado en abril

de 2002 y mostraba los restos de un vehículo. En el pie de foto decía: «Estado en que quedó el Fiat Punto después de la explosión».

—¿Puede leer? —me consultó Del Valle sin retirar la foto de delante de mis ojos.

Necesitaba las gafas de ver de cerca, pero si retiraba el recorte de prensa lo

suficiente, podía leerlo; aunque con dificultad. Le hice un gesto con la mano para que lo alejara.

—Sí.

En el cuerpo de texto hablaba de que el atentado había ocasionado numerosas

víctimas y heridos. La explosión se produjo en torno a las 09:00 horas, en la calle Rafael Calvo, momento en que circulaban numerosos peatones y vehículos

por la calle. Luego había un párrafo que estaba rotulado en negro, por lo que no

se podía leer lo que había escrito.

—¿Qué ha tapado aquí? —le pregunté.

—Nada —me dijo de inmediato Semprún, que estaba apostado al lado de Del

Valle en silencio y que solo habló cuando yo pregunté—. Lea el texto —sugirió;

aunque sonó a amenaza.

El texto del artículo decía que el jefe de la comisaría de Chamberí, en el momento del atentado, era el comisario Eulalio Ferra Hostalrich. Lo nombraban

como Comisario Principal y decían que el atentado truncó su ascenso, ya que su

nombre se barajaba como el próximo Director Adjunto Operativo. Ferra sería el

siguiente DAO, si no hubiese muerto en el atentado.

—Eso es imposible —le dije—. Ferra no pudo haber muerto en ese atentado

—negué tajante—, si no cómo pudo ser escogido para Director Adjunto Operativo y cómo fundó la Unida de Asuntos Ocultos, la UDAO.

—Escuche, Dupont. Sé que es usted un hombre cabal y que lo pasó muy mal con el atentado. Sé que atenderá a razones, porque usted es un hombre razonable. —Me enjabonó Semprún—. No es sencillo para nosotros aceptar la muerte de nuestros seres queridos —siguió hablando, mientras yo lo escuchaba

sin pestañear—. En el año 2002 el comisario Ferra era el jefe de la comisaría de

Chamberí, donde usted estaba destinado. Eran amigos, siempre lo fueron, y nos

consta que Ferra fue su mentor. Ese atentado fue un mazazo para todos, pero en especial para usted, por la amistad que les unía. ETA colocó un Fiat Punto cargado de explosivos en las cercanías de la comisaría, en la calle Rafael Calvo.

La onda expansiva de los 50 kilos de *cloratita* se llevó por delante la vida de Ferra. Los servicios antiterroristas están convencidos de que la banda terrorista fue a por él, ya que el comisario Ferra salía cada día a la misma hora por la puerta de comisaría para ir a desayunar al bar de enfrente. Tiene que acordarse,

porque usted estaba allí. ¿Lo recuerda, Dupont? ¿Recuerda ese día, recuerda el atentado?

Yo siempre me incorporaba tarde al servicio. No recuerdo por qué, pero recuerdo que casi siempre llegaba a las nueve, o unos minutos antes o unos minutos después. Me bajé del coche y caminé unos metros hasta llegar a la esquina de la comisaría. Me esperé como un tonto, porque no quería cruzarme

con Ferra. Él siempre llegaba antes, incluso antes de las ocho. Me parecía vergonzante que el jefe de la comisaría me viera llegar a las nueve, o pasadas las nueve. Por eso, cuando entraba por la comisaría, y sabiendo que a las nueve se

iba a desayunar, me esperaba en la esquina para no cruzarme con él. Era una estupidez por mi parte, porque conocía a Ferra y sabía que jamás me diría nada

por llegar tarde, pero quería evitarme ese trago.

El sonido fue espantoso. Era como si un centenar de aviones a reacción sobrevolaran en ese momento la comisaría de Chamberí. La onda expansiva había sacudido todos los coches de la calle, zarandeándolos. Alguno de los pedazos se me habían incrustado en mi cuerpo. Sentí punzadas en la cara, en el

cuello y en las piernas. Quise limpiarme los ojos para ver qué había ocurrido, pero mis manos estaban empapadas en sangre y por más que me las pasaba por

la cara no conseguía ver nada. La calle se llenó de humo y varias alarmas de los

coches habían saltado y el barullo de esas alarmas acentuaba más la confusión.

La columna de humo principal provenía de la esquina contraria de dónde me había resguardado para que el comisario Ferra no me viera llegar tarde. En una

de las cristaleras de la comisaría había un enorme boquete que se prolongaba hasta los edificios de ambos lados. Del interior se percibía el movimiento de sombras que buscaban salir saltando por encima de los cascotes y el polvo, que

todo lo cubría. Instintivamente saqué mi teléfono móvil del bolsillo de mi chaqueta. No sé por qué quise llamar, ¿a quién?

—No vi al comisario. No lo vi. Ni siquiera lo vi salir de la comisaría.

—No lo vio —me distrajo Semprún de mis pensamientos—. No lo vio pero sabe que estaba allí, que había salido de la comisaría como hacía cada día, a la

misma hora.

—Es suficiente —intervino el médico de bata blanca con el que había hablado

unos minutos antes Del Valle—. Es suficiente por hoy.

—Está bien —acató Semprún. Y dirigiéndose a mí me formuló la misma pregunta que dio inicio a esa conversación con los dos inspectores:— ¿Dónde está Cosmin Antonescu?

No respondí, pero distinguí a Cosmin en la penumbra, como un sueño confuso

e inhóspito. El rumano pataleaba en el suelo amordazado. Sus manos atadas a la

espalda y sus piernas envueltas en varios pliegues de cinta americana. Estaba allí, desvalido, vulnerable. Se retorció luchando por soltarse. En su rostro se cruzaban rasguños que se hizo al golpearse contra el suelo en un intento fútil de escapar de aquel encierro. No sentí compasión de su estado. No lo hice porque si

la justicia divina, que es la verdadera justicia, se aplicaba, el rumano en esos momentos ya estaría muerto. Y si no lo estaba es porque era inocente del atropello de Elisa Sánchez.

Capítulo 45

Las siguientes setenta y dos horas fueron determinantes para esclarecer la desaparición de Antonescu y para dilucidar qué había de cierto en mi vida y qué

no. En la séptima planta del hospital San Jorge, donde me hallaba recluido por

orden judicial, no me daban medicación, algo que agradecía sobremanera. Lo de

la medicación lo mantenían a rajatabla e insistían constantemente en ese detalle.

El médico con el que vi hablando a Semprún y Del Valle se llamaba Zacarías Ocaña, y era, según supe después, uno de los jefes de esa planta. Zacarías era muy alto y delgado, lo que le hacía parecer más alto aún. En una de las conversaciones que mantuvimos, de las constantes visitas que me hizo, intenté escabullirme caminando hacia la puerta de la salida, ya que el doctor siempre venía solo, sin ningún celador o cuidador que lo acompañara, pero cuando intenté rodearlo me lo impidió con un hombro sólido. Fue un indicador de que

aunque él fuese un doctor, su fortaleza física estaba fuera de toda duda. Además

yo le doblaba la edad, ya que en el 2005 tenía sesenta años y ese médico apenas

llegaría a los cuarenta, como mucho. Recuerdo que cada vez que mencionaba el

atentado de Chamberí, con el que parecía se había obsesionado, o pretendía que

yo me obsesionara, siempre ponía cara de decepción con cualquier respuesta que

yo le diera.

Durante esos días recibía visitas constantes del doctor Zacarías y de los inspectores Del Valle y Semprún, me familiaricé con los otros internos, con los

que compartía espacio, charlas y momentos de esparcimiento. Solicité algunos libros para leer cómodamente en mi habitación, pero del listado de diez títulos que entregué, solo me trajeron dos. Desconozco si por censura o porque los

libros los traían de la biblioteca de Huesca y había títulos de los que no disponían. Éramos una ingente masa que fluía por los pasillos en aparente desorden, vagando sin destino fijo. Poníamos un pie delante del otro de manera

mecánica. Izquierdo, derecho, izquierdo y derecho otra vez. Parecía que estábamos allí solo para pasar el tiempo, pero al mismo tiempo era reconfortante

sentirse protegido de daños externos. Allí teníamos de todo: calefacción, aire acondicionado, baños, duchas, cafetería, comida y una superficie larga y lisa por la que caminar sin miedo a tropezarse.

Hice migas con una pareja muy agradable que constantemente se atropellaban

al hablar, como si lo que dijera uno fuese más importante que lo que dijese el otro. Él, creo que se llamaba Jacinto, y ella, Sofía. No estoy seguro porque solo nos dijimos nuestros nombres una sola vez. Con Jacinto estuve conversando en

varias ocasiones, siempre sentados en uno de los bancos que daban a la puerta de

salida. Sofía fingía ocuparse de la lectura de un libro de hojas amarillas sentada a

nuestro lado, pero no ocultaba que participaba de nuestra conversación, porque iba comentando en voz alta lo que decía su marido. Entonces, de forma ineludible, me percataba de que a los dos les faltaba un tornillo. Esos días se había desvanecido cualquier probabilidad de que los internos estuvieran allí por

error. Todos, absolutamente todos, estaban locos.

No me dejaban mucho tiempo solo. De hecho creo que no estuve más de cinco

o seis minutos, los que pasaba en el cuarto de baño, donde mis pensamientos podían campar a sus anchas sin sufrir el acoso del doctor Zacarías Ocaña o de los inspectores Del Valle o Semprún. Semprún se había convertido en una losa que no se separaba de mi consciencia en ningún momento. Recordaba el

atentado de la comisaría de Chamberí. El coche explotando en la calle Rafael

Calvo. La columna de humo que se elevó por encima de cualquier edificio que hubiera alrededor. Las alarmas de los coches atronando esa apacible mañana de

abril. En mi recuerdo percibía la entrada principal de la comisaría. Las dos puertas acristaladas. La estrecha calle que separaba la comisaría del bar de enfrente. Multitud de sombras desplazándose por la acera, arrastrándose. El comisario Ferra estaba allí, cruzando la calle. Sé que estaba allí porque lo vi.

Miró a derecha y a izquierda, como siempre hacía. Miró a derecha y a izquierda

a pesar de que la calle solo era de una dirección. Creo que me miró. Que sus ojos se cruzaron con los míos mientras yo permanecía oculto en una esquina

suplicando para que no me viera. No quería que Ferra me viera llegar tarde, pasadas las nueve de la mañana. Era indigno para un subalterno que el jefe llegara antes que yo. Pero Ferra era un currante. La estela de la explosión lo golpeó. Vi como toda su figura se desplazó por la calle y se golpeó contra un coche, para luego aplastarse contra la fachada del edificio donde estaba el bar.

Fueron unas milésimas de segundo antes de que el humo lo ocultara todo.

Habían pasado tres años de aquello, pero no fue hasta mi reclusión en la séptima planta del hospital San Jorge que no rememoré lo sucedido. Entonces, me dije, todos tenían razón: Ferra murió en ese atentado. El comisario Ferra era

una pieza indispensable en mi vida. Nada, absolutamente nada, después del

mes

de abril de 2002 tenía sentido si Ferra no estaba. La Unidad de Asuntos Ocultos

se creó en esos días, al igual que la elección de Ferra como Director Adjunto Operativo. En esos cinco o seis minutos que dejaron de atosigarme, mi mente planeó por mis recuerdos y recompuse parte de lo sucedido. Había estado encerrado en un lugar como en el que me hallaba en esos días. La Clínica Nuestra Señora de la Paz me acogió durante los meses que duró mi recuperación.

Allí alguien me habló del Centro Neuropsiquiátrico Nuestra Señora del Carmen

de Zaragoza. Por eso lo tenía presente en mis recuerdos. Nuestra Señora de la Paz y Nuestra Señora del Carmen son nombres lo suficientemente parecidos para

que mi memoria los confunda. Mi supervivencia estaba ligada a que fuera capaz de recomponer mis recuerdos y asumiera lo que era cierto y lo que no. Cada vez

que un recuerdo se desvanecía, mi conciencia había de suprimir cualquier reguero que manara de ese recuerdo. Si el comisario Ferra no existía porque el

atentado de la banda terrorista se lo llevó, cualquier estela posterior tampoco había de existir. Si Mar Vilas y Sebastián Tella no existían, cualquier conversación o hecho sucesivo tampoco había de existir. Era una ecuación lo suficientemente simple como para que mi cerebro supiera cuadrarla y ubicarla en

los recuerdos. Debía asumir que ya no estaba Ferra, por lo que nunca se creó la

UDAO. Debía comprender que Lasaosa sufrió un accidente fortuito en el

transcurso de las obras del Seminario de Jaca para adaptarlo como comisaría.
Leí

ese accidente en algún periódico y mi cabeza hizo el resto. Lasaosá jamás me habló del hombre del sótano, ni del hombre del archivo. En mi cabeza luchaba el

bien y el mal, de la misma forma que esa lucha ha sido constante y continúa en

la cabeza de cualquier ser humano. Escuchaba voces, las voces de los

inspectores preguntándome por Cosmin Antonescu. El rumano era real, tan real

que lo creí culpable del atropello de Elisa Sánchez. ¿Pero por qué esa chica asaltó mi memoria? Cada día me acercaba al quiosco de prensa y hacía acopio de

todos los periódicos que hubiera disponibles, más los que el quiosquero me pedía aparte. Leer la prensa a diario era como una terapia que me hundía en ese

mundo real del que mi conciencia quería escapar. Leer cada día la prensa era un

acicate que me mantenía vivo. Reconponiendo lo sucedido me vi a mí mismo leyendo la prensa en mi piso, ante la furtiva mirada de Ainhoa y la de mi hija esquivando mis ausencias. Ellas, las dos mujeres de mi vida, habían soportado con estoicismo mi deambular por las miserias de mi trauma. Lo sabían, sabían por lo que estaba pasando, pero yo no sabía que en mi locura las arrastraba a ellas también. Supuse que en su infinita paciencia sabrían esperar a que me recuperara. A que de un plumazo regresara a ese mundo del que mi cerebro luchaba por escapar. Debí leer en algún artículo el atropello de Elisa Sánchez. La investigación posterior y el asesinato del autor del atropello: T. R. En la prensa siempre ponen las iniciales, pero alguien de la comisaría de Madrid me debió facilitar el nombre completo del autor del atropello de Elisa: Toribio Rocamora.

Por eso sabía su nombre. El artículo era de la prensa local y al lado, en la

misma página, había una pequeña columna donde hablaban de uno de los detenidos más

reincidentes que había en Jaca: Cosmin Antonescu. Esa era la primera vez que había leído su nombre completo, el periodista no fue cauto y lo escribió así, tal cual. Cosmin Antonescu había sido detenido unas cincuenta veces y ya se había

convertido en una leyenda en la comisaría de Jaca. Todos conocían a Cosmin.

Todos sabían quién era Cosmin. Recompuse mis recuerdos y entendí que mi cerebro había conectado las dos noticias: el atropello de Elisa Sánchez y la detención de Cosmin Antonescu. El accidente de Lasaosa fue lo que me decidió

a viajar a Jaca. Allí todos pensaron que yo era de Riesgos Laborales de Madrid,

y por eso me atendieron tan bien. Riesgos Laborales es lo único que puede hundir una comisaría. Nadie de Jaca quería que se abriera una investigación por

el accidente de Lasaosa. El secretario de la comisaría de Jaca no paraba de pedirme la Orden de Servicio que acreditara mi estancia allí, pero yo no disponía de esa orden, porque esa orden no la dio nadie. Y ese era el problema que tenía

entonces: la desaparición de Antonescu. Justicia Divina, me había dicho Ferrera en

una de las conversaciones que yo inventé en mi mente. Justicia Divina

significaba hacer que el rumano pagara por un crimen que no había cometido. Él

no atropelló a Elisa, porque a Elisa la atropelló Rocamora. Y Rocamora fue ajusticiado por Rafael Sánchez, el padre de Elisa. Toda esa parte era real, porque la había seguido a través de los reportajes de la prensa sobre la

venganza de Rafael Sánchez, como lo había bautizado el periodista que cubrió el suceso.

Rafael Sánchez vengó el atropello de su hija ajusticiando al autor. Pero yo seguí creyendo que el verdadero culpable era Antonescu, y por eso quise hacerle pagar

por ello.

—Sé donde está el rumano —le dije a Semprún, la última vez que me lo preguntó.

Capítulo 46

Ainhoa había tenido la feliz idea de invitarnos a mí y a nuestra hija a cenar en un restaurante de Madrid.

—No hagas planes para esta noche —me dijo por teléfono.

—No los tenía —afirmé entusiasmado por la iniciativa de mi esposa.

Desconocía si ese día era un día especial. Pero conociendo a Ainhoa, no era necesario pensar que fuese un día significativo para celebrar algo. Con ella cualquier día era bueno.

—¿Qué se celebra? —consulté.

—Nada —dijo. Luego dejó pasar unos prolongados segundos, hasta que recuperó la conversación—. Nada y todo —asintió.

—¿Y eso?

—Que estamos juntos. Que seguimos aquí, después de todo. Que nos queremos. Porque, ¿me quieres?

—Claro, Ainhoa. Claro que te quiero. ¿A qué viene eso?

—Creo que pasamos poco tiempo juntos. Los tres me refiero —incluyó a nuestra hija en la conversación—. Sabes que ahora está sola.

—Sí, lo sé —le dije.

Carla había abandonado a su último novio. Era un chico formal, tan formal que hasta me caía bien. El zagal trabajaba en un bufete de abogados de la calle

Serrano. Me gustaba porque se alejaba de esos zánganos con los que la había visto años atrás. En el año 2002 había cumplido los 20 años y ya era una mujer

esplendorosa y bella. Se parecía tanto a Ainhoa. Las dos se parecían como dos gotas de agua, como si fuesen hermanas.

—¿Dónde? —le consulté.

—En el restaurante del Círculo de Bellas Artes de Madrid —respondió—.

¿Has estado ahí alguna vez?

—Nunca. Nunca he comido en ese restaurante —le dije.

—Siempre hay una primera vez.

—¿Y tú, Ainhoa?

—Sí. Creo que media docena de veces. Las comidas de la agencia solemos hacerlas ahí.

Los tres llegamos a la puerta del restaurante cuando eran las nueve y media de

la noche. Recuerdo que no hacía frío, pero tampoco calor. Era de esas noches de

temperatura ideal. Nos abrió la puerta una doncella ataviada con un vestido

blanco immaculado. Dos coletas rubias le redondeaban unos hombros desnudos y

hermosos. Ainhoa sonreía, al igual que lo hacía Carla, al igual que yo. Todos sonreíamos, porque esa noche era mágica. Al traspasar la amplia y alta

portezuela, divisé el interior, donde la única persona que había era una mujer que rondaba los ochenta años y tenía el pelo grisáceo y corto. Su piel era de una tonalidad melindrosa.

—¿Tres? Nos preguntó un hombre joven y vistiendo un elegante traje negro, del que sobresalía una camisa tan blanca como una perla anacarada.

—Tres —repitió Ainhoa.

El chico miró a nuestra hija Carla como quien mira un calamar a la plancha.

No expresó emoción alguna. Nos pidió que lo siguiéramos, y así lo hicimos.

Caminamos tras él resiguiendo con nuestros pasos la estela que iba dejando hasta

que llegamos a nuestra mesa. Sabía que esa era nuestra mesa, al igual que sabía

que Ainhoa me quería y que nuestra hija era feliz. Esa noche todo era felicidad y hermosura.

—Aquí, señores —dijo mientras retiraba la silla de Ainhoa para que ella se sentara.

El ambiente olía a flores frescas, como si cerca de allí, en algún jardín, estuvieran podando la primavera. Comenzó a sonar música ambiente. No puedo

decir quién tocaba, pero sí que puedo asegurar que se trataba de música clásica.

Sería incapaz de nombrar los instrumentos de esa orquesta.

—Soy tan feliz —susurró Ainhoa.

Esa noche nadie habló de muerte, ni de guerras, ni de hambre, ni de infelicidad, ni de miedo. El miedo había dejado de existir para todas esas sombras sonrientes que poblaban el restaurante. Era el último recuerdo que conservaba de los tres juntos. En familia. Era lo último que mi mente había retenido, y como le correspondía a un recuerdo feliz lo había hecho con magia.

La magia inundó todas las mesas que nos rodeaban. La magia estaba en el ambiente, en la música, en los camareros que se desvivían porque fuésemos felices. Y lo éramos. Éramos los seres más felices del universo.

—Y yo también lo soy —le dije cogiéndole la mano.

Carla nos miró. Sonrió y escondió bajo la mesa el paquete de tabaco que siempre la acompañaba desde que tenía quince años. Esa noche no había vicios

que corrompieran el alma. Esa noche solo había paz, amor y felicidad. El comisario Ferra quiso estar presente y su voz nos envolvió con palabras sabías.

—Si los ignoras —me dijo—, ellos también te ignoran.

—¿Ferra?

—Sí, amigo Dupont. Ignóralos para que ellos también te ignoren.

—Pero eso sería una descortesía por mi parte —rebatí su máxima—. Yo no quiero ignorarlos. Quiero que estén ahí, delante de mí.

Ferra me dijo que no había nada más liberador que saber que un ser querido murió sin sufrir. En estos casos, insistió, es mejor mentir, y decir que murió al instante, sin sufrir, sin darse cuenta de que se estaba muriendo.

Me derrumbé sobre mi silla. Estaba sudando. Me sentía inerme, desvalido.

Incapaz de reaccionar a los recuerdos que me aplastaban en aquel restaurante donde cenamos la noche antes del atentado. Los recuerdos se escapaban por entre los resquicios de mi memoria, y no podía apresarlos, porque eran ráfagas

de humo. El camarero parecía haber perdido el aplomo con el que nos había atendido. Todo el interior del restaurante se estaba transformando en un campo de tierra seco, donde los cuervos y los buitres volaban en círculos.

—Ferra. Comisario Ferra.

—Sí, amigo Dupont. Estoy aquí, contigo.

—¿Qué está ocurriendo, Ferra? ¿Qué está pasando con esa gente?

—Ya se van, Dupont. No te preocupes, en unos instantes se alejarán como un

sueño que se desvanece cuando estás a punto de despertar. No los mires. No poses tus ojos sobre ellos. Deja que se vayan, que se desvanezcan.

Comencé a desplomarme en la silla. Comencé a palidecer mientras escuchaba

a Ferra al otro lado de la línea telefónica. Ferra era un recuerdo, un murmullo en mi memoria.

—No nos entrenan para eso, Dupont. No nos preparan para enfrentarnos a los

fantasmas de nuestros recuerdos, a nuestro pasado, a nuestra infancia.

—Lo sé, comisario. Nadie está entrenado para eso.

Mientras escuchaba la voz cavernosa del comisario Ferra, comencé a prestar

atención a esa zona de sombras que había en la calle Rafael Calvo. El humo lo empapaba todo, como una niebla inconmensurable que no se desvaneciera jamás.

—Dupont.

—Dígame, jefe.

—Tienes que acercarte a las sombras.

—No quiero acercarme a las sombras, comisario. No quiero ir hasta allí.

—Tienes que hacerlo, Dupont. Tienes que acercarte a las sombras para poder

ver lo que son.

El coche que explotó la banda terrorista había dejado un manchón negro en

el suelo. Los cristales de la totalidad de los edificios de la calle se habían fracturado y el sonido de las ambulancias, bomberos y policías lo inundaban todo, como un huracán imparable que arrastrara con cualquier objeto que hallara a su paso.

—Tienes que verlas, Dupont. Tienes que verlas para despertar. Si no lo haces

te consumirás en ese sueño que te atrapa, que te devora.

—No quiero despertar, comisario. No quiero hacerlo.

—La verdad te hará libre, amigo Dupont.

Entonces, al igual que había hecho cuando me imaginé a la madre de Elisa Sánchez recogiendo el cuerpo de su hija, entonces me arrodillé. La contemplé con la cabeza apretada contra el pecho, empapándose con la poca sangre que

salía de su cuerpo destrozado. Sin emitir ningún sonido. Con los ojos cerrados.

Balanceándose hacia atrás y hacia adelante, sobre sus rodillas y sin dejar de abrazar a su niña con todas sus fuerzas, con toda su alma. Allí estaban tendidos

sobre el asfalto los cuerpos de Ainhoa y Carla. Nuestro coche se había convertido en un amasijo de hojalata. La sombra que faltaba para completar mis

recuerdos era la de mi mujer y mi hija.

Capítulo 47

Madrid, 2015

—Lo siento, señor Dupont. Sepa que lo siento de veras.

El Inspector Jefe Oriol Semprún se puso de pie, en la pequeña sala donde me

había entrevistado.

—Aún las veo, ¿sabe? —le dije—. Aún las veo, pero sé que no están. Que no

están ni ellas ni el comisario Ferra. También acepto que la psiquiatra Mar Vilas y su colaborador, el psiquiatra Sebastián Tella, fueron fruto de mi imaginación.

—Su mente se esfuerza por ocultar su dolor. Pero me consta que es usted un hombre fuerte, Dupont. Debe aceptar la realidad, aunque cruenta.

Mientras hablaba yo me visioné a mí mismo en el piso de Madrid. Solo.

Sentado en el tresillo del salón observando la calle a través de la ventana. De vez en cuando me distraía la sonrisa de mi hija Carla o la voz de Ainhoa

asomando

su cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Te preparo un bocadillo para cenar?

—Sí, Ainhoa. Un bocadillo estará bien.

Un año después vendí el piso y me fui de alquiler a un pequeño apartamento.

Los médicos habían recomendado que me alejara de cualquier recuerdo que me

ataca al pasado. Me retiraron el arma, pero seguía teniendo miedo de estar solo.

Sin mi arma me hallaba desprotegido, por eso adquirí una pistola igual que la que tenía la Policía Nacional, pero simulada. Cuando encañoné al rumano, en la

penumbra de la noche de su escondite, él pensó que mi arma era auténtica.

—Dupont —habló Semprún—, debe decirnos donde está el rumano. Usted lo

sabe. —Cabeceé como un muñeco que tuviera el cuello roto y que fuese incapaz

de mantener la cabeza sobre sus hombros—. Ese rumano no tiene la culpa de nada. Y si la tiene —quiso ser comprensivo—, lo ha de decidir un juez.

—Está... —balbuceé con torpeza—. Está en un almacén abandonado a las afueras de Jaca.

—¿Qué almacén? ¿Dónde?

Su voz se había vuelto más agresiva. Sabía que el tiempo era importante

para

hallar a Cosmin Antonescu con vida.

Al rumano lo encontraron con vida, pero me dijeron, para mi tranquilidad, que

unas horas más y habría fallecido. La policía de Jaca lo descubrió en el suelo del almacén abandonado. Estaba amordazado, con las piernas y las manos atadas con cinta de embalar y con varios golpes y moretones en la cara. Me denunció,

porque cuando accedí a su cubículo lo hice a cara descubierta y me reconoció.

En el juicio me imputaron detención ilegal y lesiones. Parecía que después de la

muerte de Ainhoa y Carla, y de Ferra, nada en mi vida tuviera sentido. Me aferré

a su recuerdo. Y ese recuerdo era lo que me mantenía vivo, pero no cuerdo.

Después de aquello tuve que escoger entre vida o cordura.

Semprún se puso en pie. Observé como se vistió con un elegante abrigo y como caminaba deslizando los pies mientras su espalda ancha bamboleaba la prenda con un movimiento armónico. Se perdió detrás de la puerta y me quedé

solo. Entonces en la habitación entraron Ainhoa y Carla y se sentaron junto a Ferra, que había accedido un momento antes. No me importó estar loco, porque

lo que me preocupaba era estar solo. Y supe que nunca más estaría solo.

* * *

Nota del autor

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser

así, le agradecería que la valorara y/o comentara en amazon.es o amazon.com, para

que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:

www.estebanvarro.es

Document Outline

- [Contents](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)

- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Nota del autor](#)